1819

EN EL PANTANO DE VARGAS, RONDON

... En este momento dramático y cuando todo parecía perdido, Bolívar con una intuición, fruto tardío del desesperado convencimiento de su pronta derrota, le gritó al Coronel **Juan José Rondón**, Jefe de la caballería llanera: "¡Coronel, salve usted la Patria!"

Rondón se volvió inmediatamente hacia sus escuadrones de jinetes, y con metálica voz de mando, les gritó: "¡Camaradas, los que sean valientes síganme, que en este momento triunfamos!". Catorce llaneros, catorce héroes, espolearon sus caballos, y tras el heroico Rondón se precipitaron sobre las filas enemigas, no tardando en seguirles el resto de la caballería. La batalla cambió entonces de aspecto: las filas españolas se quebraron como débiles cañas ante el formidable impulso de aquella legión, cuyas lanzas silenciaron el mortífero fuego de los infantes enemigos. Sólo la noche facilitó la retirada hacia Paipa de las fuerzas españolas, y las salvó de total exterminio, a costa de perder su parque y abandonar sus posiciones, que por su indudable valor estratégico hicieron exclamar con soberbia a Barreiro, cuando su triunfo parecía seguro: "Ni Dios me quita la victoria!"

LIÉVANO

□

EN BOYACA, ANZOATEGUI

... Barreiro, resignado a combatir separado de su vanguardia, formó sus tropas en columnas sobre la altura.

La división Anzoátegui se arrojó sobre el cuerpo enemigo. Dirigiéndose a este cuerpo en su avance, bajo el fuego, el general Bolívar lo arengaba provocando su emulación y entusiasmo.

La acción se hizo general. Las tropas de Anzoátegui, despreciando los fuegos de los enemigos, avanzaban bajo nutridas descargas en perfecto orden; los realistas le oponían tenaz resistencia. Reforzado Anzoátegui con parte de reserva, atacó con "Rifles" y toda la "Legión Británica" a la brigada de infantería española situada a la derecha de Barreiro, la derrotó y persiguió activamente. Barreiro lanzó contra él sus "Granaderos a caballo" todos españoles, mas cargados éstos por el regimiento del "Alto Llano de Caracas", dirigido por Rondón, quedaron destrozados y desaparecieron del campo. En seguida Anzoátegui, reforzado con los "Lanceros de Venezuela", envolvió el centro e izquierda de Barreiro, completamente aislados, y tras ardiente lucha, los arrojó de su posición. Todo el cuerpo de batalla del ejército real, en derrota y cercado, rindió las armas. El soldado de "Rifles", Pedro Martinez, capturó a Barreiro. El ejército libertador contaba 3.000 hombres, como el realista, pero sólo 2.000 eran veteranos.

LECUNA

REVISTA FUERZAS DE POLICIA DE COLOMBIA

DIRECTOR:
TTE. CORONEL MIGUEL AGUDELO GOMEZ

ADMINISTRADOR:
TENIENTE CIRO A. CAMACHO G.

JULIO - AGOSTO DE 1955 — BOGOTA, D. E. - COLOMBIA — NUMEROS 37 Y 38

Editorial

PLANIFICACION ORGANICA DE LAS FUERZAS DE POLICIA

Sin duda alguna, el hecho más sobresaliente dentro de la intensa actividad que ha llevado a cabo el Comando de la Cuarta Fuerza: *La Policía*, lo constituye la expedición del Decreto número 0883 de 1955 (marzo 24), aprobado recientemente por el Gobierno de las Fuerzas Armadas.

La trascendencia y repercusión de este Decreto merecen una especial atención por parte del personal de la Policía, que durante largos años estuvo anhelando una modificación radical de los sistemas orgánicos que imperaron al amparo de intereses que no correspondían a las verdaderas aspiraciones del Cuerpo Armado que más alternativas ha sufrido en su estructura, y cuya revitalización está cumpliéndose en buena hora, bajo el diligente y pulquérrimo Comando del señor Brigadier General *Deogracias Fonseca E.*, una de las más destacadas figuras de las Fuerzas Armadas.

La Policía, cuya constitución debe ser esencialmente técnica, y cuya acción debe estar ceñida a la más absoluta lealtad, disciplina y conducta social, surgió o descendió en su agitada vida, según la dirección y orientación que le imprimieran factores ajenos a su primordial misión.

El Gobierno de las Fuerzas Armadas, consciente de su deber y su responsabilidad histórica, dedicó su mayor atención y llevó al centro de sus patrióticos ideales la preocupación por las Fuerzas de Policía.

El primer trascendental paso lo constituyó la incorporación de la Policía dentro de las Fuerzas Armadas,

determinado por el Decreto número 1814 de 1953 (julio 10), inicialmente; y luégo por el Decreto número 3220 de 1953 (diciembre 9), cuyos artículos 1° y 2° establecieron la constitución de las Fuerzas Armadas, dividiéndolas en Fuerzas Militares y Fuerzas de Policía. En los tres primeros quedan comprendidos el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. La Policía constituye, por sí sola, una agrupación armada separada y con características o modalidades orgánicas propias de su función.

El segundo paso en la transformación de las Fuerzas de Policía está jalonado por el Decreto número 2295 de 1954 (julio 29), que estableció la carrera del Oficial de Policía, reglamentándola en un plano similar a la del Ejército. Esta medida está produciendo ya sus frutos, y será un instrumento valiosísimo para conseguir la selección y superación de los cuadros de mando, necesidad urgente y primordial del Cuerpo de Policía.

El tercer paso consistió en el establecimiento de un escalafón de Oficiales, estudio confiado a una comisión conjunta de Oficiales de Ejército y Policía, y posteriormente determinado por la Junta Asesora del Ministerio de Guerra, que es el mismo organismo encargado de la selección del personal para las Fuerzas Militares.

Un cuarto paso lo viene a constituír la expedición del Decreto número 0883 de 1955 (marzo 24), orgánico del Cuartel General de las Fuerzas de Policía, organismo que substituye la antigua Dirección General de la Policía Nacional, cuya estructura determinó el Decreto número 3036 de 1949 y sus modificatorios (3195-3599 de 1949), 2277 de 1952, 2146 de 1954 y 1000 de 1953.

El nuevo estatuto orgánico del Cuartel General comprende:

Comando de las Fuerzas.
Organismos Especiales.
Estado Mayor de Policía.

La actual composición del Cuartel General de las Fuerzas de Policía guarda paralelismo orgánico con la que hoy tienen los demás componentes de las Fuerzas Armadas, pero con modalidades que responden a la misión policiva.

La nueva modalidad estructural permitirá una dirección más simple y armónica al mando superior de las Fuerzas Armadas, y un mando y conducción más funcionales para el Comandante de las Fuerzas de Policía.

Próximos pasos en la formidable tarea del Gobierno de las Fuerzas Armadas en cuanto a Policía se refiere, lo serán:

La reglamentación del Decreto número 0883 de 1955, por el cual va a señalarse la dotación de personal del Comando General y las funciones del mismo.

El Decreto orgánico de los Comandos y Unidades de Policía.

La reglamentación de la carrera de Suboficiales y Agentes de las Fuerzas de Policía.

El escalafón de Suboficiales de Policía.

La reglamentación de la carrera de personal civil de las Fuerzas de Policía y su respectivo escalafón.

El estatuto reglamentario de la Caja de Sueldos de Retiro de las Fuerzas de Policía.

El Decreto reglamentario del Fondo Rotatorio de las Fuerzas de Policía.

Expedición de los reglamentos generales y particulares de las Fuerzas de Policía.

La elaboración de los cuadros de dotaciones de material de guerra, equipo, ganado, vehículos, etc., que se rigen actualmente por resoluciones independientes.

El desarrollo de ambiciosos planes administrativos tendientes a buscar el bienestar y confort de tropas y Oficiales comprende:

Construcción de la primera "Estación Modelo", cuyos trabajos se iniciaron en la presente semana.

Construcción del Cuartel para la V Estación de Policía en el sector central de Chapinero.

La ampliación de la Escuela "Jiménez de Quesada", recientemente iniciada.

La construcción de la Escuela de Suboficiales y Estación de Relevos en los predios de la "Pequeña Victoria" (Suba).

La construcción del Cuartel de Carabineros del Norte (en la autopista) y del Retén del Guavio.

La instalación de la Red General de Radio de las Fuerzas de Policía, que va a enlazar todos los Comandos Divisionarios de diez y seis Departamentos con el Comando de las Fuerzas por sistemas de radiovox y teleimpresión.

La instalación de la red urbana del Distrito Especial de Bogotá (Estación 100), que comprende un amplio sistema que permitirá el control absoluto de la ciudad capital. Esta Estación, que podrá controlar radio-patrullas, cincuenta motociclistas y cincuenta carabineros, dotados todos de su propio equipo transmisor-receptor, dará un vuelco completo a la actual vigilancia policiva de la capital.

También, gracias a los teléfonos dactilares instalados en los carros de comandos, será posible un enlace telefónico directo entre una persona situada a 100 kilómetros de la capital con Nueva York u otra ciudad cualquiera del mundo.

Estas, y muchísimas obras más, ocupan el interés del Comando de las Fuerzas de Policía, y se están desarrollando por los organismos técnicos correspondientes del actual Cuartel General de las Fuerzas de Policía.

Coronel GUILLERMO PADILLA M.,
Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Policía.

NUESTROS COLABORADORES

SOBRE LOS TERRITORIOS DEL HEROISMO

POR EDUARDO TORRES QUINTERO

Para "Fuerzas de Policía".

Simón Bolívar, Presidente del Estado, Capitán General de sus Ejércitos y los de la Nueva Granada, etc., etc., etc., a los habitantes de la Nueva Granada.

Granadinos:

Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare a las órdenes del General Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores, han pensado en haceros participar de su libertad. De los más remotos climas, una legión británica ha dejado la patria de la gloria, por adherirse al renombre de salvadores de América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya ejércitos de amigos y bienhechores, y el dios que protege siempre la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras.

Granadinos: vosotros en los años pasados sucumbisteis bajo el poder de aquellos aguerridos tiranos que os envió Fernando VII con el feroz Morillo. Este mismo formidable ejército, destruído por nuestros triunfos, yace en Venezuela; vosotros sólo sostenéis la crueldad de vuestros tiranos, pero vosotros sois granadinos, sois patriotas, sois justos; vosotros volveréis, pues, contra los españoles esas armas de maldición que os habían confiado para que fueseis vuestros propios verdugos.

Granadinos: el ejército libertador está convencido de vuestros sentimientos liberales; sabe que vosotros habéis sido más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos. No temáis, pues, nada de los que vienen a derramar su sangre por constituíros en una nación libre e independiente. Los granadinos son inocentes a los ojos del ejército libertador, del Congreso y del Presidente de la República. Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aun éstos perecerán sino en el campo de batalla.

Cuartel General de Paya, 30 de junio de 1819.

El 1º de abril y el 10 de agosto de 1819 son las fechas que, en mi sentir, jalonan el desenvolvimiento de la Campaña Libertadora, ofreciéndose la primera como su cántico inicial y la última como culminación del poema, si bien más cargada ésta de sentido, superhenchida de grandeza y digna, como otro ninguno, de los episodios de nuestra gesta, del alma inmensa de Bolívar.

Sobre la banda izquierda del Arauca, en los Potreritos Marrereños, el General Páez y el colombiano Juan José Rondón escriben a bote de lanza, el cidiano capítulo de las Queseras del Medio. Es el 1º de abril de 1819, y es allí donde el cantor épico, que faltó a nuestra guerra de Independencia, debería embocar la trompa homérica y narrar en las páginas de la Fama la mayor victoria alcanzada por los soldados de la Libertad en los mil campos donde restalló su bravura.

Cerraránse las estrofas hímnicas —tras exaltar el asalto aquilino de Paya y el tramonto heroico de Pisba y el paso de Gámeza y el ebrio empuje contra el Peñón de Tópaga y la carga de los catorce en el Pantano inmortal y la empenachada victoria de aquel Puente, donde los soles de Boyacá brillaron para la eternidad— con ese admirable suceso en que los hondones del alma de don Simón Bolívar muestran su aterradora profundidad humana, no obstante la apariencia casi pueril de que lo invisten los cronistas: El 10 de agosto del epónimo año de 1819, tan pronto raya el alba, el Libertador parte del Puente del Común y pone a galope su caballo en dirección a Santafé. Rondón y el Negro Infante, hipocentauros de las Queseras y el Pantano, se esfuerzan vanamente por mantenerse al raudo paso del Héroe, que va en tales momentos "semejante a la noche", como cantó de Aquiles el rapsodo griego; retumba el ferrado casco de su caballo sobre los guijarros camineros y vibra una grandeza sobrehumana en aquel vuelo velocísimo del capitán invicto que se allega solo, sombrío y pensativo, a la ciudad de sus delirios y de sus amores.

Esquivar la lanza de Hermógenes Maza, arrojándole de paso una palabra no menos grande que la de Cambronne en Waterloo: "No sea pendejo, General"; entrar solitario y tempestuoso a Santafé de Bogotá, exultante y espléndido en el orgullo de sus harapos guerreros; sentir húmedos de emoción los ojos aquilinos al presenciar el tumulto apoteósico de los esclavos redimidos; convertirse, en suma, en el venablo que va seguro al blanco y erguir el cuerpo enflaquecido, como pendón que guía a los vencedores y tremola único y altanero en la Plaza Real de la ciudad, rescatado al oprobio, es cerrar con un trazo sublime la parábola de la Epopeya. Entre las Queseras del Medio y la entrada de Bolívar a Bogotá está escrita aquella portentosa campaña de mil leguas, propuesta por Dios para que la realizara un Genio.

Cuando el Libertador escribió el 3 de abril de 1819 su proclama "A los bravos del Ejército de Apure" y, concitándolos al triunfo, les daba la consigna heroica de prepararse al combate y contar con la victoria que llevaban en el herrón de sus lanzas y sus bayonetas, aseguró a sus tropas en la creencia de que, antes que nada, se entregarían a la empresa de libertar a Venezuela. Fue así como se atareó en preparar la guerra de partidas contra Morillo y enunció la invasión de la Provincia de Barinas para ir al rescate de Caracas, cuando realmente, estaba escondiendo por elementales razones estratégicas la verdad de sus planes, pues ya germinaba en su mente el ambicioso proyecto de arrojarse sobre la Nueva Granada, menos guarnecida que Venezuela, y asestar allí el golpe definitivo a la dominación española. Y tanto es así, que con fecha 20 de mayo comunicaba a Santander sus pensamientos diciéndole: "Para ejecutar una expedición que medito a la Nueva Granada, conviene que reúna usted todas sus fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar

al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luégo que haya formado el plan y combinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar en la empresa''.

Por eso dije antes que las Queseras del Medio son el arco toral por donde entra el Ejército Libertador a la campaña de 1819, pues bien claro aparece que ya para este tiempo se definía y tomaba forma en la mente bolivariana el salto audaz sobre la cordillera oriental y la consiguiente invasión fulminante a las provincias del Virreinato. Después de los párrafos que he dejado transcritos en el comunicado al General Santander, es absolutamente inconcebible que ciertos pseudohistoriadores atribuyan a este soldado la idea de la campaña y pretendan ceñir a una cabeza subalterna aquella apolínea corona que sólo puede ostentar las sienes del Padre de la Patria. Mas ¿qué tiene esto de extraño, si, en desarrollo de su política bastarda de achicar a Bolívar, esos mismos mixtificadores de la Historia han llegado hasta la afirmación miseranda de que no estuvo el héroe en la Batalla de Boyacá?

Anzoátegui, Soublette, Briceño Méndez, Iribarren, Rook, Rangel y Ambrosio Plaza fueron, entre otros, los jefes que el 23 de mayo escuchan atónitos de la boca del Libertador el planeamiento genial de la campaña contra las tierras del interior.

''En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure —nos narra el General O'Leary— se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en estas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de América''.

Hay tal grandeza en esta escena, la carne de la Epica aparece aquí tan desnuda, que no acierta uno a comprender por qué esa visión humanísima y gloriosísima no se ofrece tal a la inteligencia y al corazón de la niñez colombiana, prefiriendo, en trueque, nuestros artificiosos maestros pintar una serie de tópicos prefabricados, en que los generales aparecen vestidos de casacas y dormanes espléndidos, abrumados bajo el peso de las condecoraciones, hablando en voces grandilocuentes, consultando cartas geográficas y relatos de las campañas de César y Napoleón... y falsos todos, tan falsos como un producto de la bisutería exportable. ¡Perversa imaginación tropicalista que así cambias la dramática esquiliana por el postín dorado y la faramalla de los viciosos lugares comunes!

Respondiendo a la carta del Libertador, contesta el General Santander: ''No puedo significar a Vuestra Excelencia todo el placer que ha producido en mi corazón la orden del 20 del corriente, en que Vuestra Excelencia me manda estar preparado para cooperar con el cuerpo de tropas de mi mando a una operación sobre la Nueva Granada''. ¡Estaba en marcha la prodigiosa concepción del Genio, y el péndulo de la tiranía española iniciaba el movimiento de retroceso, que para ventura de América ya ningún poder humano habría de restablecer nunca!

Exhaustivamente se han descrito los pasos todos de las tropas patriotas, desde el lejano Casanare hasta las menos abiertas llanuras de la Sabana de Bogotá.

Bolívar, como Capitán General; Santander en el comando de las fuerzas de vanguardia, y en la división de retaguardia José Antonio Anzoátegui: es decir, unos tres mil quinientos hombres, era la masa humana, ''el ejército de pordioseros'' que avergonzaba como adversario al General Barreiro y que, sin embargo, iba a crear de la nada los astros que iluminan el cosmos del pensamiento bolivariano. El General Carlos Soublette, silencioso dominador del páramo, era el Jefe del Estado Mayor. Sin otra

falla que la deserción del Coronel Juan Guillermo Iribarren y su escuadrón de húsares, temerosos no de la gente peninsular sino de las abruptas moles cordilleranas, pasaron los patriotas el río Apure el día 5 de junio y se lanzaron a la gloriosa aventura a que los empujaba el quijotesco ímpetu de Bolívar. Es de aquí en adelante donde el agua de los caños casanareños lame la cincha de las caballerías y hunde hasta medio cuerpo a los infantes, obligándolos a portar en alto armas y municiones; son los equipajes que se ahogan; es el traje que se desgarra, en hilachas míseras, y son también el Hambre y la Fatiga que, como deidades furibundas, se empeñan en atajar la marcha loca de los guerreros.

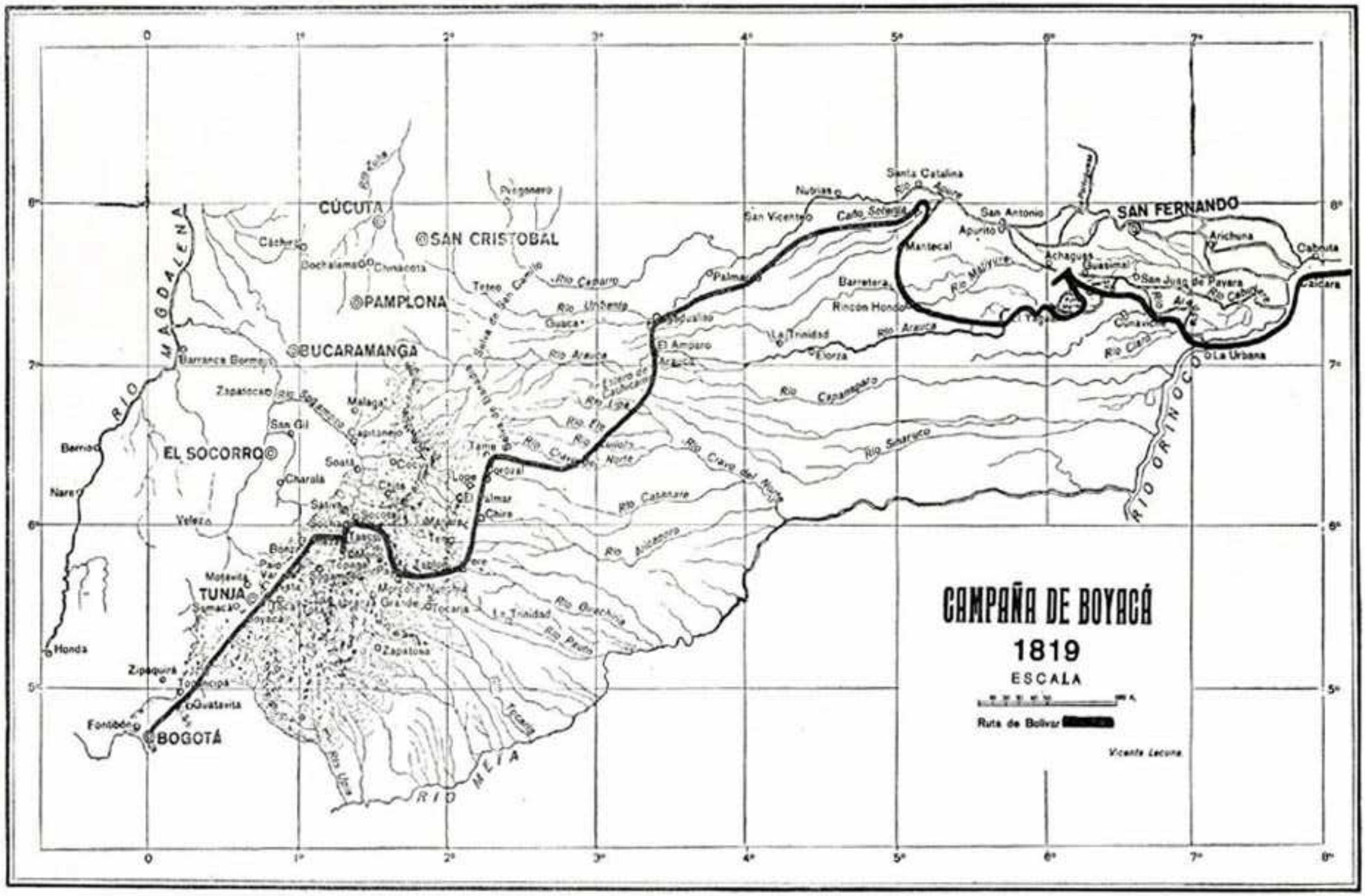
Vencida la llanura surge la espantable picachería andina, que los soldados columbran por entre las abras de las montañas, "sin que puedan concebir cómo ha de franquearse aquella barrera, en apariencia inaccesible", ni cómo han de trasponerse las fieras murallas que plugo a Dios interponer entre la voluntad del Padre de la Patria y su ideal cimero de la emancipación americana.

Pasar el páramo de Pisba, para caer más de sorpresa sobre las fuerzas españolas, no es enigma que arredre al Generalísimo ni a sus épicos mendigos: ¿No cumplió un semidiós trabajos menos increíbles? ¿No pasó los Alpes Aníbal? ¿No se lanzó Bonaparte hasta el corazón helado de Rusia bajo el ruin acicate de dominar a Europa? ¿Por qué no precipitarse Bolívar contra los Andes para ver levantarse al otro lado de ellos el magnífico sol de la Libertad?

Irse por los senderos menos ásperos de Sácama y La Salina o por los desfiladeros de cabras de Labranzagrande y Chámeza era exponer el ejército a una doble lucha contra la naturaleza y contra los esbirros del Rey, que por esos breñales ocupaban posiciones militares singularmente ventajosas. ¡Era mejor el páramo! ¡Era preferible el erial yerto y mudo y amenazante! "Los gigantescos Andes, que se consideran intransitables en invierno, parecían poner una barrera insuperable a la marcha del ejército"; "los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas"; "a medida que subían y a cada montaña que trepaban crecía más y más su sorpresa porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento!" ¿Cómo soñar, ni aun en vértigos de locura, un escenario más primitivo y bárbaro para que en él se desplegase la voluntad granítica del Soldado de la Libertad?

Así fuere como un documental cinematográfico, trataré de resumir los encuentros y batallas campales entre los criollos y chapetones desde el Trincherón de Paya hasta el Puente de Boyacá, no tan sólo porque esos hechos de armas nunca serán lo suficientemente divulgados sino porque, siendo la campaña de 1819 orgullo arisco de los pueblos americanos, siempre será oportuno exhibirla a los ojos miopes de esta sociedad hedonística y escéptica que está perdiendo el sentido de lo heroico y que regüelda en un ambiente de increíble abajamiento moral.

El 27 de junio la retaguardia libertadora arribó al caserío de Morcote, sito en las primeras estribaciones de la cordillera, y desde donde comienza, propiamente hablando, el ascenso a los picos inverosímiles de Pisba. La vanguardia, con una delantera de casi cuatro leguas, iba en el mismo día aproximándose a Paya, otro pueblucco perdido en la inhóspite soledad de los despeñaderos que ruedan hacia Oriente desde el pináculo de los páramos. Además de las brutas defensas naturales que el lugar ofrece, los españoles, "probablemente desde el último alzamiento de los indios támaras en 1782", erigieron allí una estrellada fortaleza de ocho puntas, circuída de foso como los castillos del Medioevo, reforzada por revellín inexpug-


CAMPAÑA DE BOYACÁ
1819
ESCALA
Ruta de Bolívar
Vicente Lecuna
CÚCUTA
SAN CRISTOBAL
PAMPLONA
BUCARAMANGA
EL SOCORRO
TUNJA
BOGOTÁ
SAN FERNANDO
RIO MAGDALENA
RIO ORINOCO
RIO MELA
Santa Catalina
San Antonio
Apurito
Mantecal
Achaguas
Arichuna
Cabruta
San Juan de Payara
La Urbana
Nubiana
San Vicente
Palmarito
Barretera
Rincon Hondo
La Trinidad
El Amparo
Elorza
Guasima
Guaca
Tona
Zapatoca
Malaga
San Gil
Charalá
Soata
Tasco
Tenza
Moniquira
Tocaria
Zapatoca
Zipaquira
Tocancipa
Guatavita
Fontibon
Honda
Yelezo
Nare
Barbo
Barranca Bermeja
Cachiri
Dochalema
Chinacota
Pueblo Nuevo
Rio Cabaro
Rio Umbeta
Rio Arauca
Rio Capanaparo
Rio Suarico
Rio Cravo del Norte
Rio Casanare
Rio Pauto
Rio Guachiria
Rio Tocaria
Rio Uva
Rio Cusiana
Rio Cusiana
Rio Cusiana

nable y defendida con todos los recursos militares propios de aquellos tiempos.

El veterano Coronel Antonio Arredondo, Jefe del Batallón "Cazadores", acordó con Santander una embestida táctica contra los trescientos hombres que don Juan Tolrá tenía apostados en el Trincherón y en las alturas del pueblo y que estimaba más que bastantes para dar una lección definitiva a los insurgentes que quisiesen trepar por los escarpes de la cordillera. Dando un rodeo por los parajes más boscosos y quebrados, Arredondo tomó bien por encima el camino que desciende a Pisba, en tanto que Santander, con el resto del "Cazadores" y un escuadrón del "Guías del General", proseguía la marcha por el camino real de Paya.

Así dispuestas las encontradas fuerzas, los españoles reciben a los soldados que avanzan desde Oriente con nutridas descargas de fusilería; y en tanto que los patriotas aguantan corajudamente, los "Guías", al comando de Reyes Patria, asaltan por la espalda al enemigo, mientras contra el flanco izquierdo de éste se desencadenan las aguerridas tropas de Arredondo. En cuestión de minutos se ven los realistas triplemente batidos desde el Occidente, el Oriente y el Noroeste, no quedándoles sino ampararse en la fortaleza contra la cual se desgajan entonces los patriotas en una carga olímpica que los soldados de Tolrá no saben resistir largo tiempo. Dos paladines de las Queseras (los Tenientes Blanco y Curte) rinden allí a la patria el generoso tributo de sus vidas; no pocos de los nuestros les acompañan en su sacrificio, pero abandona el enemigo sus formidables posiciones y huye a escape en lamentable derrota por el camino de Labranzagrande.

¡El paso del páramo estaba libre de enemigos! La retaguardia que viene con Bolívar siente renacer su coraje ante la heroicidad de los compañeros de vanguardia; y es así esta victoria estímulo vibrante que hace olvidar a los luchadores sus atroces penalidades, les rescata los ánimos abatidos y les hace sentir el aletazo de la gloria.

Pese al buen éxito logrado, dificultades casi invencibles para otro que no fuese Bolívar surgen amenazantes al paso de los libertadores: no hay víveres, se carece de cabalgaduras, los ganados para las raciones de carne no llegan, es misérrimo el vestuario de las tropas, la cantidad y estado de las armas no corresponde a las urgencias de la hora y, finalmente, el desaliento había hecho presa en la retaguardia desmoralizando a los soldados, achicando el ánimo de algunos jefes y poniendo en grave riesgo el futuro de la campaña. Por eso el Libertador reúne su Consejo en el Llano de San Miguel, el 29 de junio, para exponer el pro y el contra de los hechos y provocar una decisión fundamental ante la disyuntiva de aplazar la jornada sobre el interior mientras llegaban elementos y refuerzos de la Guayana o tornar sobre Venezuela para el absurdo empeño de abatir las huestes de Morillo.

La severa elocuencia de Bolívar y la encendida vehemencia del Coronel fray Ignacio Mariño, Capellán castrense, confluyeron en aquel trance a consolidar los presupuestos bolivarianos, que hallaron también el firme apoyo de Santander y Anzoátegui. "¡Vamos a libertar el Reino!", fue la frase que brotó como enseña indomable en aquella deliberación de descamisados gloriosos... Y se prosiguieron las marchas.

Entre el 2 y el 5 de julio, en sucesivos contingentes, fue el ejército trasmontando el páramo de Matarredonda entre los sitios de Puebloviejo y Quebradas y sembrando de cadáveres la hostil topografía de aquellos parajes sobre cuyos cielos en borrasca apenas si, en raras ocasiones, aventuran su vuelo los potentes cóndores, esos ariscos señores del viento que aman la soledad de las alturas.

Sobre la cabeza de aquellos capitanes, porque todos, desde el soldado raso hasta el mismo Libertador, lo

eran en el sentido heroico del vocablo, "se alzan enormes bloques de granito, y a sus pies se abren insondables abismos que los atraen. El silencio de esas agrestes soledades no se ve turbado por rumor alguno, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmullo de los lejanos manantiales".

Un mortal descaecimiento invade el cuerpo; el sopor nubla los ojos y entorpece el andar; una fuerza misteriosa parece atraer a los soldados contra la helada corteza de las ropas; tórnanse pálidos los rostros; la piel endurecida mana una sangre clara, y los hombres, borrachos de la somnolencia que dan la asfixia y la fatiga, se desploman de cara al suelo con los músculos contraídos y una sonrisa trágica en la boca crispada, enmudecida para la eternidad y sellada por un rictus extraño que impone a los rostros la apariencia de máscaras espantables.

"Cien hombres, dice O'Leary, habrían bastado para destruír el ejército en el paso del páramo". Pero ¿qué clase de hombres habrían de ser aquéllos para que pudiesen acechar en tales sitios el desfile de nuestros soldados?

Concluído el paso de aquel tremendo calvario, vieron los soldados abrirse ante sus ojos el soleado panorama de Socha, Tasco, Gámeza, Corrales, Monguí y Tópaga, dulces y eglógicas aldeas que en el recuesto de las laderas o en el marco próvido de sus vallezuelos invitan a la paz y al descanso. Allí moraban los granadinos en el soñar continuo de su libertad; allí estaban las provisiones de boca y cántaro; allí las recias cabalgaduras que correrían sobre las lomas de Vargas y Boyacá; allí las calientes ropas aderezadas por solícitas manos femeniles para abrigar las carnes que flageló el frío. Sobre esas tierras resonó la voz de Bolívar cantando el himno de la gloria, concitando las voluntades, apretando en los pulsos el pomo de los sables, incorporando a su grito la voz multánime del pueblo y marcando con la punta de su espada el derrotero de la victoria.

Tras la escaramuza de Gámeza, que alerta a los realistas el 7 de julio y hace comprender a Barreiro que las fuerzas patriotas se le han venido encima y que tendrá que multiplicarse para oponerse a sus designios, ocurre la primera recia batalla de aquellas jornadas ilustres: el Puente de Gámeza y el Peñón de Tópaga.

Imaginad una alta meseta defendida hacia el Occidente por el violento Chicamocha, que corre atormentadamente hacia el Norte, y circunscrita por el Sur y el Norte por los ríos de Monguí y Gámeza que desembocan ambos en el primero y que bajan mugientes y arrebatados desde las cumbres de la cordillera, a distancia entre sí de unos breves kilómetros. Suponed varios cuerpos de tropa en pequeños destacamentos buscando ocupar aquellos sitios, fluyendo desde distintas direcciones, animados los unos por la dura y activa mano santanderina y los otros urgidos por la voz rápida de Barreiro. Soltad la fantasía por los caminos de la guerra y veréis estos grupos antagónicos perseguirse, rehuír el envite, esguinzar asechanzas, tender celadas e irse finalmente unos sobre otros con la tenaz voluntad de eliminarse.

Tal fue la primera intentona de Tópaga, cumplida indecisamente para Santander y Barreiro el 10 de julio de 1819, día en cuyo atardecer fue aquél a pernoctar en los Aposentos de Tasco mientras Barreiro hacía noche en el campo de batalla.

Al día siguiente, tácticamente reagrupadas las fuerzas de uno y otro jefe, sobrevino el encuentro fundamental que cubrió de laureles a nuestro ejército, e hizo entender a España que allí donde estuviesen los leones de las Queseras y resonasen las órdenes de Bolívar estaban perdidos los soldados de la tiranía.

En las horas matinales de este 11 de julio, el General español tomó el camino de Gámeza, y cuando ya casi llegaba al poblado, he aquí que se encuentra de manos a boca con un buen golpe de soldados del Batallón "Guías"

que se le arrojan encima sin trepidar un punto, haciéndole creer que todo el ejército patriota bajaba por esta vía, obligándolo a un presuroso retroceso que lo lleva a desplegar su infantería sobre el anfiteatro de rocas por cuya brecha pasa el camino que une a Gámeza con Tópaga. Los patriotas quedan al descubierto y aguantan valerosamente el recio tiroteo de sus enemigos que, ciertos de no ser expugnados, se disponen a liquidarlos.

Los historiadores de la batalla cuentan con emocionado patriotismo los múltiples episodios bélicos que precedieron al combate final y fueron a modo de prótasis o estrofa de ese himno pindárico que tiene epodo magnífico sobre la explanada eminente que domina la escarpa. Rememoremos algunos de ellos:

El ínclito Coronel Juan José Reyes, respondiendo como uno de los paladines de Homero al gallardo desafío de un realista que desde el propio terreno del puente le reta con su lanza, empuña el sable descomunal que ganara en los llanos de Chire, y acude temerario a tan insólito palenque. Quizás la brisa de aquellas barrancas meció en sus alas esa mañana los versos del Cantar del Mio Cid:

Enclinavan las caras sobre los arcones;
Batien los caballos con los espolones;
Tembrar querie la tierra do eran movedores.

Es un duelo veloz y ardiente en que derrochan los contendores maestría y encono. Y es digna del poema la final escena, cuando la cabeza del retador vuela bajo "un doble mandoble" y el cuerpo del guerrero se desploma entre las turbulentas aguas del Gámeza. Bolívar, desde un alcor cercano, ha visto la singular contienda; y fue luégo aquel diálogo que resuena con timbres inoídos en la oreja de los asombrados testigos del encuentro:

—¿Cómo se llama usted?, pregúntale Bolívar al vencedor.

—Me llamo Juan José Reyes, le responde el soldado.

Y entonces Bolívar: "Su apellido significa esclavitud. No lo lleve ya más. De ahora en adelante se llamará PATRIA".

Y de ese fulgurante cambio de palabras nace el linaje de los REYES PATRIA, que tánto lustre diera a la República.

Minutos adelante, en sostenida emulación con la épica universal y como si sus almas estuviesen forjadas en el mismo metal de los barraganes antiguos, "una compañía de tiradores realistas se acerca al puente con bandera desplegada, en formación perfecta y con las armas a la funerala"; cruza el río; se allega hasta unos pocos metros de las filas llaneras de Arredondo; saluda bizarramente a los republicanos y con desdén soberbio, alardeando de impavidez y arrojo, retorna a sus bravas posiciones, sin dársele un ardite del trueno de fusilería que aúlla a sus espaldas con estridor de muerte.

Pero no van en zaga los patriotas a los duros peninsulares: acto continuo un pelotón del "Cazadores" devuelve el hazañoso gesto avanzando hasta un tiro de honda de las trincheras españolas, retornando a sus defensores su arrogante saludo y reincorporándose paso a paso a sus filas bajo un alud de balas que aniquila al Capitán Caravallo, abanderado del batallón, y siega la vida de varios de los visitantes. Gesto por gesto, ambos contendores dan la medida exacta de su recia textura de caballeros y soldados y ponen una cifra emblemática en el frontón de la batalla.

Bolívar que oteaba el campo y alentaba tal vez el anhelo secreto de no perder aquella coyuntura para probar el temple de sus soldados, esperaba impaciente el arribo de Anzoátegui, con las tropas de retaguardia, a fin de forzar el paso del boquerón y desalojar a Barreiro de sus formidables posiciones. Es la una de la tarde cuando el combate desencadena su furia. El Batallón "Barcelona", los "Bravos de Páez" y los briosos infantes del "Rifles" y del "1º de Línea",

EL PASO DE LOS ANDES, 1819.

POR TITO SALAS

enfilan tras el Batallón "Cazadores", que lleva el honor trágico de la vanguardia. Y se ve entonces una escena imponente cuando los patriotas, superando a la muerte, escalan el peñón glorioso y maldito, vencen el farallón tenebroso y precipitan a un Barreiro desconcertado y atónito a disponer la retirada general de su ejército hacia la garganta por donde atropella sus aguas el cristalino río de Monguí. París, Arredondo, Gómez, Loboguerrero, Alderete: ¡Habéis vertido vuestra sangre en un chorro de púrpura sobre la explanada mortal! Pero con ella habéis trazado el camino sin regreso al ultramundo de la libertad de un Continente.

Empero, la jornada no ha concluído todavía: tras el esfuerzo prodigioso de rebasar las moles del boquerón y martillar con saña sobre infantes y jinetes, piensa Bolívar que sería suicida el intento de expurgar la arisca ribera sureña del río en donde había logrado aferrarse Barreiro, y dispone entonces retornar por el camino de Gámeza para buscar de nuevo el pueblo y reconstar allí sus tropas.

Ganosos de una represalia por los descalabros de la tarde, no bien advierten los españoles la maniobra del Libertador, cuando se lanzan enardecidos y vengativos sobre la retaguardia, pensando que al repasar el puente sería fácil acribillar a los patriotas y cobrarse el ciento por uno mediante una victoria decisiva. Sin embargo, el Batallón "Cazadores", que tan bravamente combatiera durante el día en los terrenos de vanguardia, toma ahora el puesto de mayor peligro, convirtiéndose en el mastín moloso que guarda el talón de sus compañeros de retirada. Y contra ese baluarte imperturbable se desbarata el furor realista porque el procero corazón de esos soldados ni teme ni se amilana y paga tajo a tajo la ira de sus perseguidores, secundado con singular bravura por los hombres del "Guías", que siembran a lanzadas el terror y la muerte y obligan a la caballería realista a buscar en su espalda el apoyo de la infantería.

La noche se cierne sobre los combatientes; ha corrido la sangre próvidamente; las gentes de Bolívar duermen sobre su adarga en Gámeza, y los españoles se corren hacia Sogamoso, babeantes de ira y mostrando en sus filas los claros trágicos que les abriera el ímpetu republicano.

No cabe en un recuento que quiere tener fuerza de síntesis el tranquilo y espacioso relato de las actividades de nuestro ejército en los días subsiguientes. No escribo un tratado de historia. Aspiro apenas a dar la versión lacónica de un argumento épico; y baste con decir, por tanto, que el Libertador y sus compañeros deciden dejar las fragosas estribaciones del Andes y bajar a los ricos valles de Cerinza y Duitama, pasando, para llegar a este último sitio, por los repuestos labrantíos y los prados viciosos de Belén y Viterbo, y recibiendo en todas partes la aclamación unánime de los pueblos que rivalizan entre sí por dar a sus libertadores las más generosas prendas de confianza, así como las dádivas y auxilios de que tánto necesitaban: armas, bagajes, vestuarios, alimentos, y más que todo eso: corazones listos al sacrificio y manos prontas al combate.

Bolívar se multiplica a medida que crecen las posibilidades que su misma voluntad va creando: proclamas de guerrera elocuencia para galvanizar con eléctricas corrientes de patriotismo el buen espíritu de aquellos labriegos en quienes su genio iba espigando héroes; órdenes militares que todo lo precaven, lo anuncian todo y todo lo resuelven; voces en que se ahonda la sabiduría del gobernante y se transparenta la identidad del caudillo y del sociólogo; raudo envío de columnas volantes hacia Soatá, El Cocuy, Pamplona y los lindes de Venezuela, no sólo para guardarse contra posibles incursiones de flanco por parte de los ejércitos expedicionarios de don Pablo Morillo, sino también para explorar la voluntad de las multitudes,

dar comienzo a la organización del gobierno, vigorizar y expandir su autoridad de Presidente, y consolidar en los pueblos la fe y la esperanza en la República naciente. ¡Esa es tu tarea, oh Padre, en aquellos días fieles y luminosos en que comienzan las auroras de la libertad a esclarecer los horizontes de Colombia!

Del 12 al 23 de julio, patriotas y realistas vienen —tras ágiles movimientos tácticos de una y otra parte— a quedar colocados sobre las tierras del antiguo marquesado de Surba y Bonza, que demora plácidamente entre Paipa y Duitama, enfrentándose en amplias líneas, procurando siempre aprovechar esos terrenos casi planos para hacerse fuertes y eludir toda posibilidad de sorpresas y, especialmente, ingeniándose Bolívar y Barreiro por no perder la libertad de comunicación con sus posibles bases estratégicas que, como es obvio, estaban para el jefe realista en la capital del Virreinato y sus provincias adyacentes, mientras lo estaban para el General insurgente en las llanuras casanareñas y en los distantes territorios de la Guayana, de donde podían provenir, de un momento a otro, los refuerzos que hubiese logrado acopiar el General Páez de acuerdo con las órdenes que tenía recibidas de Bolívar desde la iniciación de la campaña de la Nueva Granada.

En tal situación, y habiendo quedado sin efecto el ardid ideado el 22 de julio por Bolívar para sacar a sus enemigos de las posiciones que ocupaban, y que consistía en una marcha nocturna entre Duitama y Paipa para caer de antuvión sobre las tropas españolas en el sector de Boncita, determinóse el Libertador a efectuar un audaz movimiento por el Oriente, en virtud del cual pasasen sus soldados el río Surba y los charcos profundos que a sus riberas formábanse en invierno, llegasen al Salitre de Paipa, siguiesen el camino del Pantano de Vargas y pudiesen desde el sitio de la Cruz de Murcia, interpuesto entre el Salitre y El Pantano, atacar de súbito al enemigo, haciéndole correrse hacia lugares menos ventajosos.

El 24 de julio, natalicio del Héroe que ese día cumplía los treinta y seis años, estaban listas las balsas de palos y juncos con que los patriotas vadearían el río y sus pequeñas lagunetas, y al amanecer del 25 se inició la operación a la manera cautelosa y tácita como suelen ejecutarse estos actos de guerra. Con todo, no eran duchos los balseros en el manejo de sus improvisadas embarcaciones, y vino a suceder que a media mañana todavía no terminaba la jugada, y ya el espionaje de Barreiro había calado las intenciones del Libertador y se aprestaban los realistas a contrariarlas, saliendo en rápido movimiento de sus seguros atrincheramientos de Boncita, Los Sauces y Los Molinos de Bonza y, adelantándose sobre El Salitre, cortar en seco la estratagema de Bolívar.

En Cruz de Murcia toparon en aquella mañana las descubiertas de los dos ejércitos; foguearon cien realistas a unos cuarenta colombianos dándoles muerte a casi todos, y pasó Barreiro hacia el Pantano con gran copia de tiempo sobre sus contrincantes, de manera que pudo aprovechar a su amaño de las ventajas militares del lugar y colocar sus tres mil hombres como mejor le plugo.

Pero es preciso proponer a los lectores una noción clara de la topografía del Pantano, antes de relatarles las incidencias del combate en que más de dos veces estuvieron perdidos los patriotas, salvándose el ejército sólo merced al furibundo arrojo de jefes y soldados.

En sentido de Norte a Sur, con longitud que no alcanza a los cuatro kilómetros y sobre una latitud no mayor de uno, tiéndese un valle recogido por cuyo centro corre hacia el Norte y ligeramente hacia Occidente en busca del pausado río Grande o río de Sogamoso un menudo riacho que solía salirse de madre y formar tremedales y charcas que valieron al valle el nombre de Pantano.

Del macizo cordillerano que se levanta al Sur del campo y se reparte a varios pueblos circunvecinos, desglósase hasta mediar la planicie una corta serranía que por el Occidente hace marco al Pantano. Al Oriente se recuesta el valle contra la crestería que del mismo nudo del Sur se prolonga hacia Tibasosa. Y es sobre ella exactamente, y también en la parte no pantanosa del valle, donde se apuestan la infantería y la caballería realistas, mientras dos mil quinientos patriotas se sitúan a un lado y otro del camino que, arrancando del citado pueblo, se desliza en sentido sur por el pie de la serranía y pasando por detrás de la Cruz de Murcia, viene a buscar los campos y casas de El Salitre, prolongando hasta Paipa su accidentado y curvilíneo derrotero. En cuanto a Bolívar mismo, fíjase con su Estado Mayor en una pequeña eminencia oriental del Pantano desde donde se divisa la mayor parte de éste; reserva cerca de sí la caballería, despliega por su izquierda la infantería de Santander y también por la izquierda y la derecha los Batallones "Rifles" y "Barcelona" con Anzoátegui a su cabeza.

Son las doce del día al desatarse la batalla: el cerro de El Cangrejo es el objetivo de Anzoátegui, como el promontorio de El Picacho es el de Santander, ocupados y defendidos ambos por el aguerrido batallón "Tambo", varias compañías del "Numancia", un escuadrón de los "Dragones de Granada" y por el combativo y orgulloso "Batallón del Rey". Los dos capitanes patriotas empéñanse hora tras hora en lograr las alturas que se les fijaron como intento, y ya parece a veces que cumplirán su tremendo cometido, ya se les ve cejar por las laderas con colérica angustia, ora reptan enceguecidos las pendientes de aquellos montículos asesinos hasta llegar a sus cimas, como lo obtuvo Santander en El Picacho; ora ceden de nuevo a la furiosa arremetida de las fuerzas del Rey; ya, finalmente, diezmados sus soldados, heridos sus mejores jefes y víctimas todos del destrozo, no obstante su ardoroso empuje, se les mira sembrar la muerte en torno a sí e ir cediendo palmo a palmo delante de los "Húsares de Fernando VII" que han rescatado El Picacho y hecho refluír sobre el cerro de Anzoátegui la violencia de su acometida.

Falta el golpe de maza del medio millar de caballeros realistas que sólo esperan el grito de Barreiro para soltarse sobre nuestras desmenuzadas columnas y subrayar en rojo y negro la catástrofe de nuestro ejército.

Bolívar se conturba. Pálido el rostro y ardiente la mirada, presiente ya el desastre inevitable cuando la jinetería de España, enarbolando lanzas, aclama la anhelada victoria. "¡Se perdió la batalla!", exclama con voz ronca; y escucha entonces a su lado este interrogante de acero: "¿Cómo habrá de perderse, General, si ni yo ni mis hombres hemos peleado?"

Es Rondón, es un Patroclo redivivo, es el rayo robado a una tormenta para fraguar con él un Hombre, es la Venganza, es el ángel de hierro, es todo el ímpetu de la raza oprimida convertido en racha destructora. El heroico grito con que desciende la ladera empuñando la fulmínea lanza tan sólo alcanzan a escucharlo trece enfebrecidos centauros. ¡Es la carga de los Catorce! Es Dios que infiltra en la sangre de esos locos sublimes la certidumbre del designio divino. Es un puñado de centellas que cae de los cielos sobre la garganta blasfema de Barreiro: "¡Ni Dios me quita la victoria!" ¡Allá va la respuesta!

Coronel Juan José Rondón.
Capitán Valentín García.
Capitán Juan Mellao.
Capitán Miguel Lara.
Capitán Celedonio Sánchez.
Capitán Domingo Mirabal.
Teniente Pablo Matute.
Teniente Pedro Lancheros.
Teniente Cruz Paredes.
Teniente Roso Sánchez.
Subtenientes Saturnino y Bonifacio Gutiérrez.
Subteniente Miguel Segovia.
Sargento Pablo Segovia.

1
2
3

PANTANO DE VARGAS

(1) Estribación del "Cerro del Cangrejo".

(2) "Cerro de Bolivar".

(3) "Cerro de la Guerra".

BOYACA

Puente actual, construido sobre los cimientos del antiguo, disputado en la memorable batalla.

He ahí los nombres de aquel escuadrón de campeones que restaura en segundos la perdida batalla y ante cuya inmolación inminente los flojos se agigantan, deifícanse los gigantes y los dioses del campo de batalla, igual que en los versos del Ramayana, roban a las nubes su arsenal de rayos y los convierten en espadas para abatir al enemigo.

"¡A la carga! ¡A la carga! ¡A la carga!", claman las trompetas y los tambores. Es Bolívar quien ha ordenado el marcial retumbo y se lanza él mismo por la cuesta convocando a sus héroes, llamando a los hijos de la Patria que él sueña, y resucitando soldados para que la defiendan. En todos los cuerpos de tropa se ve renacer la pujanza, un soplo de hierro y fuego calcina a los realistas, sus célebres formaciones en cuadro se desbandan, y en medio del fragor de la lucha la "Legión Británica", fría, imperturbable, flemática, trepa el cerrillo de El Cangrejo, enfréntase a casi toda la infantería realista, y su glorioso ejemplo, exaltando el honor de sus camaradas, despierta la reacción formidable de las fuerzas divisionarias y se obra el milagro de que un combate sin esperanza, se cambie en una victoria aterradora.

Llueve inclementemente; Barreiro, ese desdichado cuanto valeroso soldado que alguien comparara con el sinventura campeón de Troya, ordena el toque de retirada; la matanza baña en sangre los mil vericuetos del campo; en las alturas de El Picacho perece hasta el último de los "Húsares de Fernando VII", dando timbre inmortal a sus armas, y en las primeras horas de la noche ya no se escucha sobre los campos entenebrecidos sino el ¡ay! desolado de los heridos y el golpeteo de la lluvia sobre los suelos sedientos de la serranía. Abajo, en las casas de Vargas, suena el clamoreo de los republicanos que cantan bajo su bosque de laureles, aclaman a los triunfadores que van llegando, y ríen con la risa vital y sonora de los capitanes de Homero.

El resultado de la batalla es espantoso: mil cadáveres realistas siembran laderas y hondonadas, han perecido más de doscientos de nuestros hombres, y se han dispersado o perdido cerca de trescientos que al vaivén de la brega, creyéronse en algún momento derrotados. Doce por lo menos de los epígonos de Páez en las Queseras han quedado entre los brazos helados de la muerte, y en todas las unidades faltan oficiales y clases que expiraron en aras de los patrios destinos y que no verán sino desde las salas eternales el sol ardoroso de Boyacá.

El 27 de julio están de nuevo en sus antiguas posiciones de Paipa las tropas españolas, y hace toldas Bolívar en las tierras de Bonza y Duitama.

El rico botín de la batalla arma, remonta y viste la colecticia tropa de semidesnudos campeones. ¡Pero faltan soldados! Y ante una realidad tan palpable, la enérgica voluntad de Bolívar promulga la famosísima Ley Marcial del 28 de julio, que fuerza a todos los varones de 15 a 40 años a presentarse a filas en las provincias libertadas, so pena de fusilamiento.

La audaz medida —peligrosa como pocas porque podía malquistar a los pueblos con el ejército— produjo imprevistos resultados, pues los resueltos granadinos corrieron fervientemente a los cuarteles; y si no se organizaron todos los batallones necesarios fue sencillamente porque no existían dotaciones. Como en tántas otras emergencias análogas, el indómito temperamento de Bolívar colma esta vez los vacíos, solventa dificultades, allana obstáculos y, como afirma O'Leary, "nunca se mostró más digno de su reputación que después de la batalla de Vargas".

Sigue ahora un venturoso encadenamiento de ingeniosos malabarismos guerreros para desalojar a Barreiro de sus cuarteles: Mellao y sus "Carabineros" (no más de ochenta hombres por toda cuenta) se dan trazas

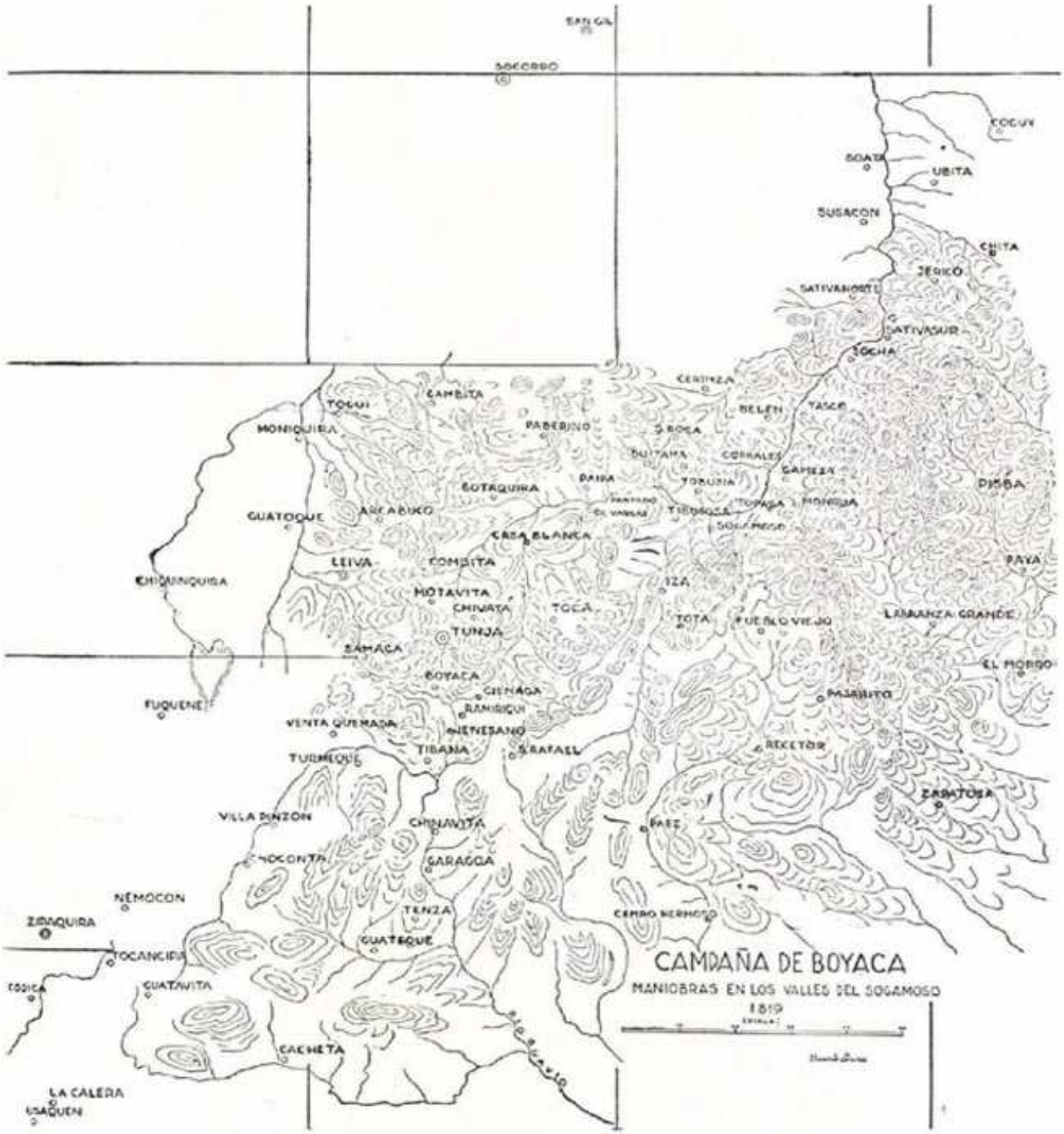
de apoderarse de los acantonamientos de la Cruz de Bonza en la madrugada del 3 de agosto, con mínima pérdida de combatientes. Es en seguida la graciosa carrera —gracia con sabor de tragedia— del terrible lancero en pos de don Juan Tolrá ("¡Espérame, godo cobarde!"), que corre a guarecer a Paipa su curtida pelleja tras salvarse por casualidad milagrosa de las rabiosas lanzadas que le tiró el centauro. A la postre, ya con el ejército encabezado por Bolívar, es la falsa alarma de un centinela lo que provoca la desbandada de los españoles, que buscan salida por el viejo camino de Gámbita, se amparan en Loma-Bonita y esperan con incertidumbre la conducta de los republicanos.

Entran éstos a Paipa triunfalmente entre el alborozo de los pobladores, acampan sobre el río que lame las calles de la villa por el costado del sol, instalan enfermería en las casonas patricias de El Salitre y se aplican, desde el Capitán General para abajo, a la instrucción de los reclutas, enseñándoles artificios bélicos, amaestrándolos en formaciones y manipulación de armas, y aprestándose todos a seguir el vuelo intempestivo que emprendiera la inspiración del Libertador.

Y no demora éste porque, alborcando el 4 de agosto, se sabe en el campo patriota que los seguidores del Rey han recibido poderoso refuerzo de armamento y tropa, quizás porque Barreiro se proponga alguna acción campal para desquitar sus derrotas, tal vez porque abriga el designio de marchar hacia Tunja, ponerse en conjunción con la ciudad virreinal y restablecer con fuerzas nuevas el equilibrio roto en el Pantano. Con su rapidez característica dispone Bolívar atropellar por el camino que por Toca va a Tunja, distraer a Barreiro engañándole con que no se dejan las posiciones de Bonza, y sorprender a Tunja de un zarpazo para trozar las comunicaciones con la sede de los Virreyes, que Juan Sámano apesta con su malvado idiotismo senil.

Tal cual las concibiera el Genio se realizan las operaciones, siendo así cómo al mediar la mañana del 5 de agosto, por las barranqueras multicoloras que dan paisaje a Tunja y al propio tiempo se lo hurtan, bajan los "Carabineros" de Mellao y los infantes de José Ramón Calderón —prosapia histórica en los anales de Colombia—, lancean unos cuantos realistas que les salen al encuentro en són de camaradas, engañados con los uniformes que visten el desmedro de los patriotas sin ser sino despojos del Pantano, y helos aquí instalados en plena Casa de la Torre, donde sustituyen en espacio de horas las autoridades del Rey, salidas ha muy poco con el Gobernador Juan Loño a engrosar la hueste de Barreiro. Sigue siendo el Oriente el costado por donde amanece el sol de la libertad. A las once de la mañana entra Simón Bolívar a la ciudad soledosa y austera, enjambrada de los blasones que cuentan la gloria de linajes vetustos, perchuda en los oros de sus altares y capillas, épica y clásica en Joan de Castellanos, extática y mística en el corazón iluminado de Sor Josefa, mártir y prócer en Vásquez y Camachos y Niños, patriota y señoril y generosa en Acevedos, Flórez, Umañas, Villaveces, Torres y Ribadeneiras, y estilizada para la perennidad de los tiempos cuando Bolívar la bautiza "forja del patriotismo y taller de la libertad".

Pero Tunja no es Capua ni el caudillo de nuestra guerra magna es hombre para perder su tiempo en los fáciles goces que brindan a los vencedores las ciudades rendidas. Capturados los depósitos de indumentaria, medicinas, armas y comestibles que se guardaban en la maestranza y en los estancos de la división realista, bajo cuya custodia había estado la ciudad, todavía hay que llevar a cabo tareas tan importantes como son organizar el nuevo gobierno provincial, procurar más ropas y más armas a los soldados, y, sobre todo, vigilar sin tregua al enemigo para que no se frustren los triunfos obtenidos o se haga


CAMPAÑA DE BOYACA
MANIOBRAS EN LOS VALLES DEL SOGAMOSO
1819
SOCORRO
COCUY
SOATA
UBITA
SUSACON
CHITA
JENICO
SATIVASUR
TOCHA
CERINZA
BELEN
TASCO
CAMBITA
TOGUI
MONIQUIRA
PAEBINO
SOGA
DUITAMA
CORRALES
GAMEZA
PAIPA
TOBASIA
PISBA
SOTAQUIRA
TOPAGA
MONGUA
GUATOQUE
ARCABUCO
TUTAZA
SOGAMOSO
CASA BLANCA
LEIVA
COMBITA
PAYA
CHIQUINQUIRA
IZA
MOTAVITA
CHINATA
TOCA
TOTA
PUEBLO VIEJO
LAMANZA GRANDE
TUNJA
SAMACA
EL MORRO
BOYACA
CIENAGA
PAJARITO
FUQUENE
RAMIRIQUI
VENTA QUEMADA
NIENESANO
TIBANA
SRAFAEL
RECETOR
TURMEQUE
ZAMATOCA
VILLA DINZON
CHINAVITA
PAEZ
CHOCONTA
GARAGOA
NEMOCON
TENZA
CERRO NEGRO
ZIPAQUIRA
GUATEQUE
TOCANCIPA
COGUA
GUATAVITA
CACHETA
LA CALERA
USAQUEN

imposible la adopción de medidas que, acrecentando aquellas ventajas iniciales, permitan cosechar todos los frutos que se prometiera el Libertador como corolario infalible de las feroces lidias de Tópaga y Vargas.

Al efecto, el mismo día de su llegada, convocó el Libertador una asamblea de patricios que eligió como Gobernador de la Provincia a don Agustín Flórez, quien, bajo la inspiración de los jefes militares, procedió a levantar más gentes, dispuso que las mujeres de todas las clases sociales se aplicasen a confeccionar uniformes para la tropa, obtuvo algunas armas y aun dispuso de tiempo para que en la noche del 6 de agosto la aristocrática sociedad tunjana ofreciese elegante sarao en homenaje a los jefes y oficiales libertadores. No se dijera, al considerar la infatigable actividad de aquellos días y de aquellos hombres, que de esa estirpe provenimos nosotros; nosotros, los funcionarios holgazanes; nosotros, los vacilantes; nosotros los vanidosos y pusilánimes; nosotros los que, como en el soneto de Guillermo Valencia, ¡trocamos en establo lo que fue palenque y nos aderezamos asadores con la hoja noble de las espadas de Damasco!

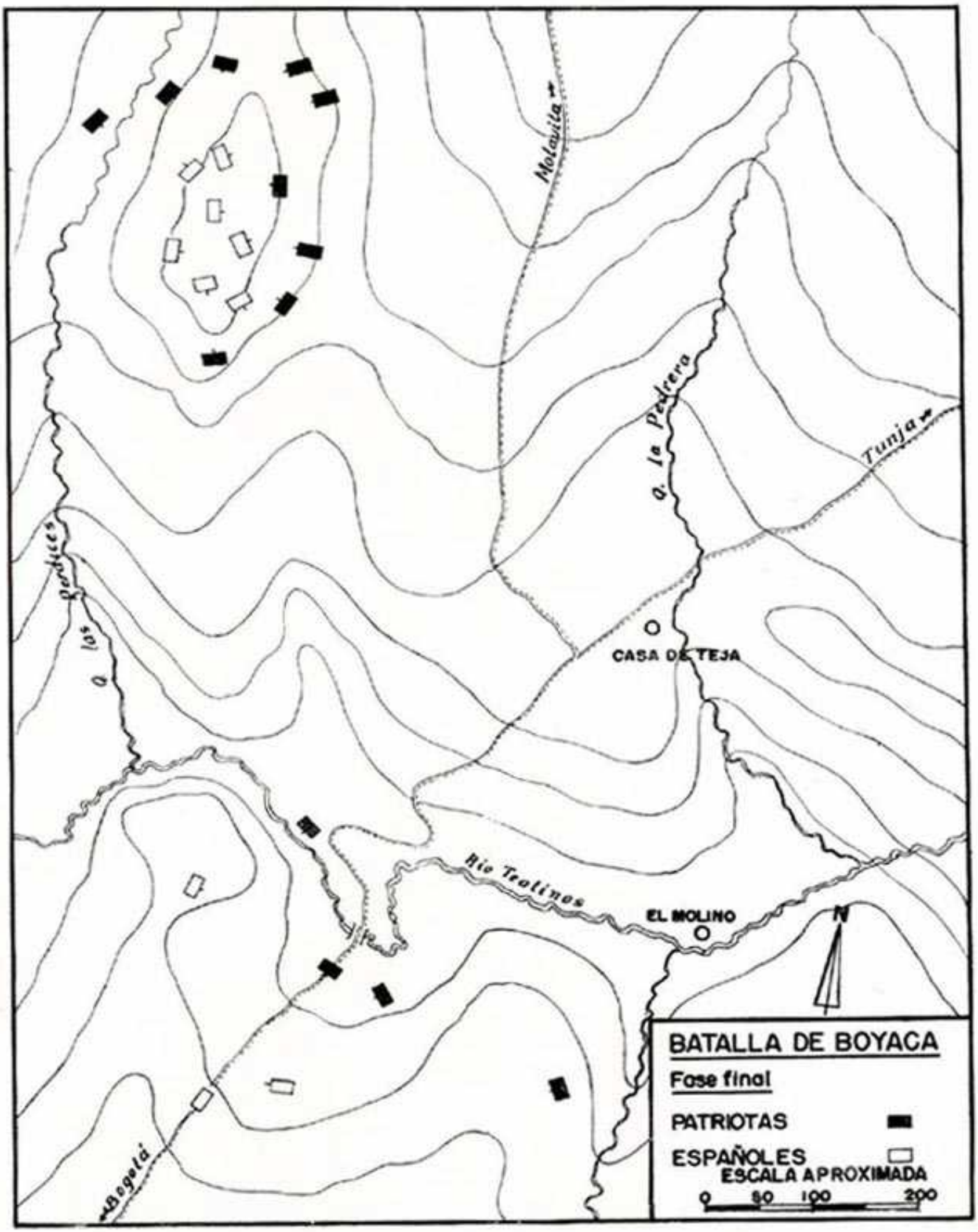
Mas ¿qué era, entretanto, de Barreiro y sus fuerzas? Apostados en la aldehuela de Motavita, acechaban las maniobras de Bolívar, y ni daban ni recibían batalla, ya porque su propósito oculto era irse sigilosamente a Santafé para engrosarse con los contingentes de Basilio García y el Brigadier Calzada, y volver, pertrechados y poderosos, contra Bolívar, ora porque no les convenía exponerse a una lid nueva en momentos en que los patriotas se recrecían con sus continuadas victorias y disponían de mayores elementos que antes.

Valido de ágiles medios de espionaje, supo Bolívar en la noche del 6 de agosto que Barreiro marcharía al día siguiente sobre Bogotá, e inmediatamente adoptó una resolución semejante, aunque guardándosela para él solo. Por eso fue enorme la admiración de las tropas y de gentes al escuchar a las primeras luces del día 7 de agosto el resonar de las dianas que convocaban a la hueste para ponerse en marcha. Y creció de punto la sorpresa colectiva cuando, formados ya los batallones en la plaza principal, se vio a Bolívar encaminarse en compañía de su Estado Mayor a la Loma de los Ahoreados —o también Alto de San Lázaro— en proseución de una finalidad que todos ignoraban.

¿Qué estaba aconteciendo? Nada menos sino que, a punto de partir para la capital virreinal, supo incidentalmente el Libertador de labios de don Francisco Mariño, que de Motavita hacia el Norte, en el llano de Sora, se bifurcaba el camino que llevaban los realistas, y una de sus ramas dirigíase a Chiquinquirá mientras se abría la otra en dirección a Boyacá, siendo imprescindible para los patriotas conocer cuál de ambas vías iba a seguir el General español.

Los catalejos de campaña revelaron los movimientos realistas y enseñaron a los jefes patriotas cómo el enemigo enfilaba por el camino de Boyacá, que necesariamente se cruzaba con el de Santafé, sin que hubiese posibilidad alguna de escoger otra senda. Al instante Bolívar ordenó a uno de sus ayudantes que volase a la plaza de Tunja y notificase a los generales divisionarios que enrutaran hacia la metrópoli de los Virreyes, advirtiendo al ejército que "estuviese listo a combatir en cualquier parte". Y reiteró la orden: "¡Prevenido para combatir!". Unos minutos más tarde picó espuelas a su caballo, se detuvo en la ciudad lo preciso para tomar algún refrigerio y partió hacia el Puente de Boyacá... ¡y también hacia el templo de la Victoria!

Descrito infinidad de veces por meticulosos historiadores, diseñado en mil croquis por hábiles topógrafos y captado en todos los sentidos y direcciones por fotografías panorámicas, el campo donde se libró la máxima batalla de 1819 se nos presenta como un conjunto de colinas de escasa altura,


Molavita
Tunja
q. la Pedrera
CASA DE TEJA
Los Pozos
Río Teatinos
EL MOLINO
N
Bogotá
BATALLA DE BOYACA
Fase final
PATRIOTAS
ESPAÑOLES
ESCALA APROXIMADA
0 50 100 200

escalonadas en vertiente suave de Occidente a Oriente y de Sur a Norte hasta dar todas en anchas líneas al canjilón por donde corre el río Teatinos, proveniente de la alta cadena de páramos que se alzan bien al Occidente. Según se viaje de Norte a Sur, los alcores y lomas del Occidente miran de sesgo los collados del Sur, y de unos a otros el camino de Santafé pasaba en esos tiempos por un estrecho puentecillo con estribera de cal y canto, hoy reconstruído en el sitio preciso del antiguo. Por el lado del Norte algunas serrezuelas separadas por hondonadas pequeñas bajan sin violencia hasta el lecho del río, mientras que por su parte superior los nudos más altos van desvaneciéndose en sentido sur-occidental hasta converger en el sitio donde se levantaban las casas viejas del puente y pasaba el camino de Samacá, por el cual llegaban los realistas.

Como la ubicación de los distintos cuerpos en combate cambió sustancialmente a lo largo del encuentro, nosotros presentamos en estas páginas una versión en croquis de la distribución de las tropas a las tres de la tarde ("Album de Boyacá". C. L. Peñuela), y vamos a describir someramente las ocurrencias bélicas de ese día ilustre desde cuando, a las dos de la tarde, se encuentran en las proximidades de la Casa de Teja las avanzadas patriotas de "Guías del General" con la descubierta del batallón "Tambo".

No creían estos soldados que toda la división de vanguardia, dirigida por el General Santander, se les venía encima entre las neblinas paramunas, y así se limitó el comandante del "Tambo" a destacar una compañía para ahuyentar a los "Guías". Pero el Batallón "Cazadores" bajaba compacto hacia las casas, atacó de firme, obligó a los realistas a replegarse y, luchando a pecho limpio disponíase ya a cargar a la bayoneta, cuando el General Santander, abiertas en dos alas las compañías de sus fuerzas de línea, golpeó al enemigo flanqueándolo por Occidente y por Oriente, y poniéndolo en tremendo aprieto, pues rodaban sus hombres a diestra y siniestra, segados como gavillas por la furia de los atacantes.

Fue este episodio de las vanguardias lo que podría llamarse en realidad la primera batalla del puente, pues el comandante realista, viéndose solo, y a pique de resultar liquidado, abandonó las casas, pasó el río y buscó mejores posiciones sobre el sur del campo.

A la sazón Anzoátegui, con las fuerzas de su mando, entraba en batalla, y al ver las magníficas posiciones de Barreiro sobre las colinas más altas de la mitad del campo, se abría a la derecha por las serranías que se alzan sobre el camino de Samacá, amagaba con envolver al adversario, por lo cual éste tuvo por conveniente abandonar sus reductos y, pasando también el río, buscar el lado sur, del accidentado palenque, apostándose cerca del "Tambo" y llevando consigo las tropas de los Batallones de "El Rey" y el "Primero de Numancia" y toda su caballería.

Con el arribo de Bolívar a los territorios del combate y con las geniales disposiciones militares que adopta de inmediato, puede decirse que comienza en forma la segunda fase de la batalla. Por el frente, por la derecha y por la izquierda los patriotas baten sin tregua, resueltos a coger al enemigo en una terrible tenaza y triturarlo sin clemencia. De cara a él están como reserva los batallones nuevos de Tunja y el Socorro, amparándose en improvisados parapetos; ataca por la derecha toda la división de retaguardia, porque tiene que vérselas con el grueso de los castellanos, y por el opuesto flanco van los "Cazadores" y los "Guías", que tienen a su espalda como rodrigón inconmovible al "Primero de Línea". Mientras, los corceles de las Queseras y el Pantano patean su impaciencia, y el puño de sus caballeros se crispa sobre las lanzas en la nerviosa espera de volar como bandada de gerifaltes a destrozar los escuadrones adversarios.

¡"Numancia", "Granaderos de a caballo", "Tambo", "Dragones de Granada", "Batallón del Rey", ya están contados vuestros minutos en la clepsidra de la Fortuna! ¡No ceñirá la Gloria sus inmarchitos lauros a vuestras sienes sudorosas porque ya se amotina en contra vuestra el valor ingénito que se reprimió siglos y siglos en centenares de corazones avasallados por vuestra tiranía! ¡Brillad por última vez en tierras granadinas, campeones de España, y lucid el esplendor de morriones y penachos y estandartes y banderas! ¡Nosotros pasaremos el puente para deshaceros el pecho, y caerá sobre vuestras espaldas el tropel centelleante de los llaneros de Rondón y Mellao, y Carvajal y el Negro Infante!

Los sucesos, en efecto, se precipitan desde el instante mismo en que los "Guías" y los jinetes de las Queseras, con hábil movimiento envolvente cruzan el río por ignota vereda y vienen por la espalda del "Tambo" y la artillería a inundar con densa ola de sangre el convulsionado estadio de la lucha, al paso que los soldados de Santander violan la estrechura del puente y se llevan de calles en el regatón de sus lanzas los postreros ímpetus de la ardentía española. Para marcar el final derrumbamiento realista, súmanse a tan decisivos factores la cobarde deserción del ex-Gobernador de Tunja, don Juan Loño y, con ella, la fuga del Jefe del Estado Mayor con su montonera de hombres empavorecidos, que escapan como ratas en naufragio a pesar del heroísmo incontestable del desdichado Barreiro.

Ha muerto sobre el campo don Juan Tolrá, veterano de cien contiendas; Jiménez, segundo del Generalísimo, rinde su espada y se da preso; la de-

Simón Bolívar, Presidente de la República, Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, etc., a los soldados del ejército libertador.

Soldados:

Desde los mares que inunda el Orinoco hasta los Andes, fuentes del Magdalena, habéis arrancado catorce provincias a legiones de tiranos, enviados de Europa, a legiones de bandidos que infestaban la América; ya estas legiones destruídas por vuestras armas, preceden el carro de vuestras victorias.

Soldados: Vosotros no erais doscientos cuando empezasteis esta asombrosa campaña; ahora que sois muchos millares, la América entera es teatro demasiado pequeño para vuestro valor. Sí, soldados; por el Norte y Sur de esta mitad del mundo derramaréis la libertad. Bien pronto la capital de Venezuela os recibirá por la tercera vez, y su tirano ni aun se atreverá a esperaros. Y el opulento Perú será cubierto a la vez por las banderas venezolanas, granadinas, argentinas y chilenas. Lima quizás abrigará en su seno a cuantos libertadores son el honor del Nuevo Mundo.

Soldados: Millares de combates gloriosos os dan derecho para esperar otros millares de triunfos, llevando en vuestros estandartes por divisa: Boyacá.

Cuartel General de Santafé, 26 de agosto de 1819, año 9º de la independencia.

rrota extiende su confusión a todos los batallones realistas. Y como epicedio lastimero, la captura del jefe del ejército por un soldadillo adolescente, ignaro y desconocido —¡oh saña del Destino!— que salta con este hecho a la Historia bajo el nombre sonoro y fuerte de Pedro Pascasio Martínez.

No fue la del Puente de Boyacá una batalla tan sangrienta como la de Vargas ni tampoco como lo serían en futuras campañas las de Pichincha, Junín o Ayacucho. Pero señaló el absoluto desplomarse del poderío fernandino en la Nueva Granada y despejó todos los horizontes para los grandes vuelos bolivarianos. Es luégo de ella la liberación rápida de las provincias virreinales; es el galope sin freno hacia la capital codiciada; son Sámano y sus sicarios que huyen de sí mismos, más que de los batallones triunfadores, con un pánico impregnado de irrisión y miseria y con la conciencia mordida por el diente de los remordimientos; y es, en fin, la presencia del Padre de la Patria en la plaza máxima de la ciudad rescatada, solitario y tempestuoso en la magnificencia de sus harapos guerreros.

Entre las Queseras del Medio y la llegada de Bolívar a Bogotá, está escrita aquella campaña de mil leguas pensada por Dios para que la realizara un Genio.

"Después de la batalla de Boyacá se entretuvo todavía el Libertador un rato en darle al General Anzoátegui varias instrucciones sobre la manera de establecer el campamento en Casa de Teja y terrenos adyacentes, para que los numerosos prisioneros no fueran a fugarse; el General Soublette dispuso que Juan Carvajal con sus jinetes salieran a escoltar al Presidente en la marcha, y mientras montaban casi todos los del estado mayor, le decía Bolívar al señor Mariño Soler: 'Vea usted que el éxito de la jornada de hoy ha sido más pronto y mayor que lo que yo esperaba'. Llegaron a Ventaquemada cerca de las ocho de la noche".

"Album de Boyacá".

JOSE ACEVEDO Y GOMEZ Y EL 20 DE JULIO DE 1810

POR MANUEL JOSE FORERO

Para "Fuerzas de Policía".

Si en vez de leer nosotros ahora los relatos del 20 de julio de 1810 hubiéramos vivido en Santafé durante ese día, habríamos admirado a un caballero diligente y activo, entusiasta y gallardo, a quien todos los patriotas seguían con docilidad y alegría, como seguros de su inteligencia y su palabra. Ese caballero se llamaba José Acevedo y Gómez.

Había nacido en una ciudad lejana de Santafé llamada Monguí, en donde pasó sus primeros años y aprendió las primeras lecciones. Tenía mucho talento y un modo de expresarse muy agradable y fino, en lo que se veía la buena sangre que llevaba y el cuidado de sus padres en dirigirlo y enseñarlo. Ya se comprende que Monguí era una población sencillísima y pacífica, cuyos habitantes estaban dedicados a la vida del campo y a los quehaceres de la agricultura, y en donde los niños, por acomodados que fuesen, apenas podían recibir enseñanzas elementales.

Antes de cumplir José Acevedo y Gómez los diez años oyó hablar de los Comuneros del Socorro, y supo que eran una reunión inmensa de hombres trabajadores y buenos, que habían resuelto protestar conjuntamente contra los abusos y la tiranía de los españoles. La insurrección de los Comuneros sucedió en 1781, y José Acevedo y Gómez nació en 1773.

Supo entonces de boca de sus propios padres y de los vecinos de Monguí que los Comuneros pedían al gobierno del país una conducta más bondadosa hacia los campesinos y los trabajadores humildes, y una comprensión verdadera y eficaz de las necesidades económicas del pueblo. Pero no tardó mucho en conocer las noticias llegadas de Santafé y de Zipaquirá, que anunciaban la sentencia de muerte dada por el Tribunal de la Nueva Granada para castigar a los jefes de los Comuneros del Socorro.

José Acevedo y Gómez vio con toda sencillez y claridad que los españoles no respetaban la vida de los granadinos cuando ellos se atrevían a hacer peticiones de justicia. Y comprendió que todo reclamo era mal recibido por los gobernantes que representaban aquí a los Reyes de España.

Estas primeras impresiones fueron muy importantes para el espíritu de Acevedo y Gómez, y lo determinaron desde niño a pensar con amor en sus compatriotas granadinos. Es cosa sabida por todos nosotros que los primeros sentimientos son muy duraderos, y así se explica la decisión y el entusiasmo de este prócer nacido en territorio de Boyacá, en sus luchas por la independencia el 20 de julio de 1810.

No tenemos noticias completas sobre la primera juventud de José Acevedo y Gómez; pero sí sabemos que vino a vivir a la capital del Virreinato, que se relacionó con la mejor sociedad de Santafé, que era muy distinguido por sus virtudes privadas y públicas en los últimos años del gobierno español, y que las gentes todas de la ciudad lo estimaban y querían. Su casa estaba situada en el centro de la ciudad, a una cuadra solamente de la Plaza Mayor.

Perteneció José Acevedo y Gómez al grupo de los patriotas que desde mucho tiempo antes del 20 de julio de 1810 quisieron hacer una reforma total en las instituciones de su país. Esto quiere decir que fue amigo de Camilo Torres, de Miguel Pombo, de Jorge Tadeo Lozano, de Francisco José de Caldas y de todos los demás patricios granadinos interesados en el adelanto y prosperidad del país en donde todos ellos habían nacido. Era hombre culto y de muy arrogante figura, y sus vinculaciones con la sociedad santafereña inmediatamente anterior a 1810, lo colocaron en posición excelente para los acontecimientos que vinieron luégo y en que desempeñó sitio importantísimo. Era entonces Regidor de la ciudad.

El incidente entre el español José González Llorente y los criollos santafereños Antonio y Francisco Morales, cuando estos últimos fueron a la tienda de Llorente en solicitud de un florero, fue conocido inmediatamente por José Acevedo y Gómez. Oyó entonces este gran patriota las protestas de la muchedumbre contra los Oidores Alba y Frías y contra los demás miembros del gobierno español entre nosotros, y recordó las antiguas protestas de los Comuneros del Socorro.

Aquella misma tarde los santafereños más activos y diligentes comprendieron que había llegado el momento de castigar a los crueles gobernantes que España mantenía en Santafé, y de hacerlos a un lado por sus malos manejos. Y naturalmente las gentes todas se fijaron en los hombres más ilustres y distinguidos, para seguir tras ellos y obedecer sus indicaciones y consejos.

Acevedo y Gómez gozaba de mucha popularidad entre los pobladores de Santafé, y por eso, cuando recorrió en la tarde del 20 de julio de 1810 las calles, fue aclamado como uno de los caballeros que deberían representar sus peticiones en el Cabildo y hacer presente en esa junta el interés de los granadinos en favor de la patria libre.

Espontáneamente recibió vivas y aplausos de todos los hombres reunidos en la Plaza Mayor y en la Calle de Florián, donde vivía. Y entusiasmado porque tenía el respaldo de sus conciudadanos, se hizo al momento uno de los principales dirigentes y jefes de aquel día en que empezó la vida de Colombia como nación dueña de sus destinos.

Acevedo y Gómez fue aclamado con el título de Tribuno del Pueblo, porque sus palabras eran elocuentes y su inteligencia sabia. Concurrió a la reunión del Cabildo de Santafé, a las 6 de la tarde, y allí habló para entusiasmarlos a todos y para poner orden en medio del tumulto popular. Como los patriotas tenían fe en él, seguían sus palabras y movimientos con extremo cuidado, y estuvieron listos en todo momento a obedecer sus indicaciones por pequeñas que fuesen.

Naturalmente fue mucha la confusión de los santafereños en las primeras horas de la tarde del 20 de julio de 1810. De un lado querían respetar al Rey, pero del otro estaban resueltos a no tolerar más a sus representantes en el gobierno. Acevedo y Gómez fue uno de los más eficaces en el sentido de lograr la instalación del Cabildo Abierto, a pesar de que el Virrey no quisiera conceder el permiso para hacerlo, por temor a lo que allí pudieran hacer sus enemigos, los patriotas desinteresados y buenos. Dirigió la voz a los caballeros reunidos en el edificio del Cabildo y los invitó a abrir la sesión, sin miedo a la tiranía del Virrey Amar y sin temor a los Oidores Alba y Frías, que eran sus principales colaboradores en el gobierno.

Mientras estas cosas sucedían en el interior de la sala principal del Cabildo, la multitud iba y venía, gritaba y pedía justicia para los granadinos. Entonces don José Acevedo y Gómez, aceptando el proyecto de constituír un nuevo gobierno, y demostrando que era el Tribuno del Pueblo, como lo nom-

P.J.

braban las gentes, pronunció desde el balcón principal del Cabildo un discurso lleno de elocuencia y de fuego.

Enumeró a los oyentes la violencia de los oidores y de los virreyes, hizo ver a todos la conveniencia de instalar una Junta Suprema que tomara el gobierno en sus manos y reemplazara a los antiguos mandatarios señalados por el Rey Fernando VII. Ponderó a quienes sentían amor por la Nueva Granada y no querían soportar más a sus engañosos gobernantes, y los animó a ofrecer hasta la vida con tal de libertar a la Nueva Granada de sus verdugos constantes y terribles. Entonces dijo las siguientes palabras:

"Si perdéis este momento de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes". Y agregó, mientras señalaba con su mano las puertas de la cárcel: "Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan".

Naturalmente sus oyentes comprendieron la verdad de las expresiones elocuentísimas de Acevedo y Gómez, prometieron fidelidad a los próceres, juraron no ceder en sus peticiones, porque eran justas y llenas de buen sentido patrio, y respaldaron desde la Plaza Mayor de Santafé la instalación de la Suprema Junta de Gobierno, compuesta solamente por las personas dignas de la confianza granadina.

MUERTE EN LA SELVA DE LOS ANDAQUIES

En la mañana del 2 de mayo de 1817, llamó Acevedo y Gómez a Pedro —su hijo— y le dijo:

—Hoy hace un año di el último abrazo a tu mamá, quien rezará por mí... Hoy me separo de ti, mi amado hijo, mi fiel compañero, mi dulce consolador...

—¡Mi amado papá! —exclamó Pedro con angustia. ¿Se irá usted de mí?

—Sí, mi buen hijo, y esta cruel despedida me hace conocer cuánto es lo que se ofrenda en el altar de la Patria, cuando se pronuncia juramento de ser libre o morir. Hijo querido, no olvides nunca mis consejos, no abandones la santa causa de la independencia a que hemos servido, y persuádete de que después del conocimiento de Dios, de las virtudes y de un nombre honrado y sin mancha entre sus conciudadanos, el bien más precioso para el hombre es la libertad.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

DOS HEROES

POR NORBERTO SOLANO LOZANO

Para "Fuerzas de Policía".

Los pueblos indoamericanos habían adquirido conciencia de raza autónoma, dueña de sus destinos; habían sentido el anhelo imperativo de poseer unos derechos propios; en los repliegues del alma americana surge poco a poco un afán de libertad y se acentúa un anhelo de sacrificio para emanciparse del vasallaje ultramarino.

Las inteligencias alertas que presienten la transformación política y social comienzan a obrar; aparecen entonces los precursores con sus estampas heroicas y sus mentes afiebradas por el ímpetu de la liberación. La gran síntesis de la raza americana se hace presente: emergen al escenario de la vida de los pueblos coloniales unidades humanas en cuyas venas hierve la sangre entremezclada del hispano, el aborigen y el negro que la convivencia geográfica de tres siglos ha confundido.

El dinámico proceso de la independencia americana es una convergencia de fuerzas, que en el norte del Continente el genio de Bolívar aglutinó e hizo posible la épica libertadora. La conciencia de la libertad se forma a medida que pasan los días, y madura gracias a una serie de circunstancias, pero principalmente por la violencia de las represalias realistas. América se convierte entonces en un hervidero y se abre en amplio abanico la marcha de las ambiciones libertarias.

Las circunstancias aprovechadas ventajosamente por el hombre crean situaciones, forjan acontecimientos y engendran hechos que culminan con la independencia continental.

De la pléyade de varones, héroes y mártires, que vincularon definitivamente sus nombres a la emancipación americana por la nobleza de su vida, dedicada íntegramente al servicio de su patria y de sus semejantes, jugada en paro en aras de la libertad con una voluntad de sacrificio no superada aún, presentamos hoy dos nombres: José Antonio Anzoátegui y Juan José Rondón.

Nació el primero en la ciudad de Barcelona (Venezuela) en el mes de septiembre de 1789. Inició su vida militar en la provincia de su nacimiento. De 1810 a 1812 participó en la campaña del oriente de Venezuela, en la cual se distinguió en varias batallas, se unió al ejército de Bolívar en 1813 y participó en las batallas de Mosquitero, Barquisimeto, Araure y Carabobo. Por su actuación en San Mateo, el Libertador lo apellidó *gallardo*.

En el año de 1815, como otros tantos patriotas, salió del Continente para irse a los Cayos de San Luis. Posteriormente estuvo en Ocumare en calidad de comandante de infantería, y luégo militó al lado del General Manuel Piar, quien lo ascendió a General de Brigada.

Acompañó a Bolívar en la campaña de 1818, y participó especialmente en el combate de Calabozo. Fue herido, aunque no de gravedad, en el combate de El Sombrero, y en acciones posteriores recibió heridas en los campos de batalla en dos ocasiones más.

Cuando Bolívar decidió emprender la campaña para libertar la Nueva Granada, la inmortal Campaña Libertadora, fue Anzoátegui uno de los escogidos por Bolívar como jefe de

División, y al efecto le dio el mando de la retaguardia.

No cumplía aún los treinta años y ya había dado muestras elocuentes de su valor extraordinario, de su intrepidez y de su disciplina. El Libertador, que apreciaba oportunamente las cualidades de los hombres, le encargó la penosa y difícil tarea de conducir la retaguardia de su ejército a través de las gélidas alturas andinas y en condiciones precarias de indumentaria y dotación. Nunca las dificultades que se conjuraron para acabar con la disciplina de un ejército enfrentado a la naturaleza misma, quebrantaron el ánimo de este joven teniente de Bolívar, cuando en las rocosas alturas de Pisba el frío diezmaba las filas libertadoras.

Anzoátegui participó en las batallas de Gámeza y Corrales de Tópaga, y en la decisiva batalla del Pantano de Vargas tuvo a su mando los batallones Rifles y Barcelona.

El 7 de agosto de 1819 fue el día más importante de su carrera militar, por su comportamiento heroico y deslumbrador. La acción de Anzoátegui en la batalla de Boyacá fue de una eficacia extraordinaria, tan notable, que Bolívar al verlo actuar, y ante la solicitud de los jefes de caballería para tomar parte en la batalla, exclamó: "¡Quietos! no es tiempo aún. Dejad que Anzoátegui quebrante al enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada..."

El parte de la batalla de Boyacá, firmado por el General Soublette, esculpió en las páginas de piedra de la historia estas frases: "Nada es comparable a la intrepidez con que el señor General Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió al cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria".

En premio de sus relevantes méritos, el Libertador lo ascendió a General de División el 21 de agosto. Fue destinado a mandar las tropas del Norte, y cuando se hallaba en cumplimiento de su misión, murió en Pamplona en noviembre de 1819. Seguramente la gloria quiso negarle los últimos lauros, arrebatándole la vida.

Gallardo en su comportamiento, valeroso hasta el heroísmo, de modales correctísimos, se recomendaba por su inteligencia y se distinguía por su ilustración; rendía culto a la obediencia y era un esclavo de la lealtad, cualidades que el Libertador apreció desde el primer momento y supo estimular. Sus soldados le tenían cariño especialísimo, ya que su comportamiento como jefe y camarada era ejemplo de hidalguía, y su carácter, norma de soldados.

* * *

El nombre del Coronel Juan José Rondón está vinculado a esa épica acción que en la gesta libertadora fue jalón definitivo para el éxito y culminación de la magna batalla: el Pantano de Vargas.

Soatá, población boyacense enclavada en las estribaciones de la Cordillera Oriental, a poca distancia del río Chicamocha, tiene la gloria de contar entre sus hijos esclarecidos a este héroe legendario ya. Los historiadores venezolanos lo hicieron figurar durante mucho tiempo como nacido en la patria de Bolívar, pero el historiador Cayo Leonidas Peñuela, Canónigo de la Catedral de Tunja, logró demostrar que el héroe del Pantano de Vargas tuvo su cuna en Soatá.

Rondón aparece en la gloriosa campaña de Venezuela (1813) a órdenes de Bolívar. Tomó parte en las acciones de La Grita, Taguanes, Puerto Cabello, Bárbula, Trincheras y otras. En 1814, en Aragua de Barcelona, cayó prisionero, fue incorporado a las tropas realistas, y allí obtiene el ascenso a oficial en 1815 y a Capitán en 1817.

Pero Rondón siente que su vida le pertenece a la causa de la libertad e ingresa de nuevo a las filas patriotas en septiembre de 1817; milita entonces al lado del General Zaraza; toma

parte en los combates de El Sombrero, Calabozo y La Puerta. En el Rincón de los Toros logró hacerse al caballo del realista López y que sirvió al Libertador para su salvación en situación tan apremiante. Estuvo al lado de Páez en las Queseras del Medio, acción en la cual se portó con bravura.

Rondón había adquirido una extraordinaria experiencia en el manejo del caballo, y su participación en todas aquellas acciones de las llanuras venezolanas le colocaban ya como elemento de importancia entre sus compañeros de armas.

Como Teniente Coronel forma parte de la oficialidad que selecciona Bolívar para emprender la campaña a la Nueva Granada, y recibe el encargo de ponerse al frente del escuadrón de caballería que lleva el nombre de Llano Arriba. Con este carácter queda incorporado a la división de retaguardia al mando del General Anzoátegui.

Ayudando a salvar los obstáculos de los precipicios, unas veces, y otras contemplando con asombro las alturas andinas, mientras estimula a sus soldados en la penosa marcha, cumplió Rondón su papel de comandante de su escuadrón durante los días empleados por el ejército libertador en el paso de los Andes.

Vienen luégo las escaramuzas y los combates calculados por Bolívar para lograr avanzar sobre Tunja y dejar expedito el camino hacia Bogotá. Pero los esfuerzos son inútiles para comprometer a Barreiro en un combate decisivo, obligándolo a abandonar sus magníficas posiciones.

El Libertador ordena una audaz maniobra para atravesar el río Chicamocha en balsas de sauces y juncos en la madrugada del 25 de julio de 1819, año venturoso para los ejércitos patriotas y la causa libertadora. El ejército realista, al mando de Barreiro, se dio cuenta del movimiento y marchó resueltamente para salirle al paso. Los dos ejércitos pugnan por tomar sus posiciones, por dominar el terreno que va a ser campo de operaciones.

Y se inicia la acción de ataques y contraataques, de cargas y repliegues, defendiéndose y atacándose con tenacidad y disputando palmo a palmo el terreno. Son las cinco de la tarde y Barreiro tiene casi ganada la batalla; ordena a su caballería una marcha en columnas de seis jinetes, brillantes escuadrones armados de sable, lanza y carabina, y equipados con todos los elementos de la época.

Bolívar, que dirige las acciones desde un cerro, advierte el movimiento de la caballería enemiga y presiente el peligro. En este momento dice al Teniente Coronel Juan José Rondón que había llegado cerca de él: "¡Coronel, salve usted la Patria!".

Es el instante supremo para Rondón, quien en un arranque digno de los héroes legendarios, grita al puñado de jinetes que están en la planada: "¡Camaradas! Los que sean valientes síganme, que en este momento triunfamos". Catorce centauros se lanzan tras su jefe y a gran galope recorren la distancia que los separa de la caballería enemiga y acometen contra las primeras filas sin otra arma que la afilada lanza, que manejan con destreza, valor y denuedo. Espléndida e impetuosa carga de caballería que arrolló las filas realistas y decidió en tan poco tiempo el futuro de la campaña de la Nueva Granada.

En Pantano de Vargas, y gracias a la acción heroica de Rondón y sus compañeros, palpó el español, en la porfiada lucha cuerpo a cuerpo, la disciplina y el valor de los patriotas.

El General Santander escribió después esta frase para la historia: "La gloria del Pantano de Vargas pertenece al Coronel Rondón y al Teniente Coronel Carvajal; a ninguno otro se concedió, sino a ellos, en aquel glorioso día, el renombre de valientes".

Los días siguientes al 25 de julio pasan en marchas y contramarchas de los dos ejércitos, hasta que el Libertador se apodera de Tunja; los realistas avanzan luégo en busca del camino que

debe conducirlos a Bogotá para evitar que los patriotas les corten las comunicaciones con el Virrey Sámano.

Llega el 7 de agosto de 1819, día de esplendor para la causa de la libertad americana. El ejército patriota se halla en la plaza de Tunja en espera de la orden de marchar al encuentro del enemigo, mientras el ejército de Barreiro avanza en dirección a la capital de la Nueva Granada por detrás del cerro San Lázaro.

Después de recorrer la distancia que hay entre Tunja y el Puente de Boyacá, bajo un cielo cubierto por densas nubes, al amparo del lienzo tricolor de sus banderas, los soldados de Bolívar llegan a la encrucijada que por la acción de aquel día no olvidarán los pueblos de América.

Las primeras escaramuzas se precipitan y el Libertador despliega sus tropas en batalla: Santander manda el ala izquierda, mientras que Anzoátegui tiene el mando de los batallones que componen el centro y la derecha; al pie de la colina piafan inquietos los corceles de Juan José Rondón y de Mellao. Es un instante supremo.

El historiador Blanco, venezolano, describe así este momento: "Aquellos dos ejércitos, rebosando de saña y ardimiento, prestos a destrozarse y a morir matando, por dar satisfacción a exaltadas pasiones, a contrapuestos intereses y a viejos rencores, apenas si perciben, ofuscados por la nube sangrienta que vela sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa gestación de los grandes sucesos, que conturba los ánimos, cuando sobre ellos se cierne con alas de bronce el dios de los presagios".

Se cruzan los fuegos cual relámpagos, las bayonetas ensangrentadas brillan como centellas, los fusiles exhalan bocanadas de humo y retumba la metralla; la lucha se extiende y pronto se halla en toda su intensidad; la lid se enardece y el empuje pertinaz de los batallones abre claros en ambas filas.

Los escuadrones de caballería patriota se impacientan por tomar parte en la brega, pero el Libertador los detiene hasta el momento en que juzga oportuna su intervención. Se oye entonces el clarín que en Pantano de Vargas estremeció los ámbitos, y Rondón se lanza como impetuoso huracán a la cabeza de sus escuadrones, sobre los tercios españoles que defienden la altura.

Las lanzas de los llaneros acometen con el ímpetu y la destreza desplegada en muchas batallas; los soldados de Barreiro no resisten el choque de Rondón, y a rienda suelta huyen. Anzoátegui completa la carga y desordena el ejército realista. Ahora es inútil todo empeño de Barreiro, porque la caballería rompe las filas de sus huestes y la derrota es estrepitosa. Para completar la victoria, Santander pasa el puente.

Bolívar ve realizado parte de su sueño de genio inmortal.

Entre las glorias cosechadas aquel día por los hombres que forjaron la libertad, gracias a su heroísmo, Juan José Rondón, el de Soatá, tuvo participación prominente. Por eso en el parte de la batalla de Boyacá quedó esta constancia: "El escuadrón de caballería de *Llano Arriba* cargó con su acostumbrado valor, y desde aquel momento todos los esfuerzos del general español fueron infructuosos; perdió su posición".

En 1820, Rondón es nombrado primer jefe de toda la caballería republicana. Más tarde se le encuentra nuevamente al lado de Páez. Tomó parte en la batalla de Carabobo, con su regimiento de caballería, formando parte de la tercera división, al mando del Coronel Ambrosio Plaza.

El 11 de agosto de 1822 recibió una herida en un pie, de funestas consecuencias, ya que días después fue atacado por el tétanos, por cuya causa murió el 23 de agosto del mismo año, en la ciudad de Valencia (Venezuela).

Dos héroes, dos hombres, dos temperamentos. Ambos ejemplos inmortales para la juventud. Su amor a la causa

de la libertad, su cariño entrañable por la patria, su lealtad al Libertador y su denodado espíritu de sacrificio, son derroteros, iluminados por la gloria, que servirán de guía a nuestras gentes mezas para cumplir bien con la Patria.

Juan José Rondón y José Antonio Anzoátegui, sangre de Colombia y Venezuela, fuerzas vivas de la raza americana, simbolizan la hermandad de dos pueblos unidos por la libertad, por el anhelo de engrandecimiento y por la fe en los principios tutelares que hicieron de nuestro Continente la tierra del futuro.

Su ejemplo habrá de reavivar la energía de nuestra juventud; su comportamiento nos servirá de norma a todos para tener cierto desdén por los mezquinos halagos de la vida; sus cualidades de hombres y de soldados alumbrarán nuestro patriotismo en todo momento y nos darán la altivez y el orgullo de sentirnos americanos.

"La mañana siguiente, 7 de agosto de 1819, Bolívar emprendió una rápida marcha desde Tunja para interceptarlo (a Barreiro), y aconteció entonces la memorable batalla de Boyacá. Cada cuerpo peleó allí con máxima bravura, emulándose entre sí. Bolívar se dirigía a cada uno separadamente diciendo algo conmovedor mientras avanzaba, y ello en lo más recio del fuego".

General Wright
De la Legión Británica.

DE UN ESTUDIO SOBRE GOETHE

POR RAFAEL MAYA

Para "Fuerzas de Policía".

Nadie ha tenido tan abiertos los ojos sobre sí mismo como Goethe. Su mirada interior fue implacable. El esfuerzo de su conciencia reflexiva por analizar los fenómenos del alma fue siempre tan intenso y continuo como el esfuerzo de su inteligencia para captar los hechos del mundo real. Miraba hacia dentro y hacia fuera con idéntica fijeza, y los datos que recogía de una y otra operación iban a ser clasificados luégo como si se tratase de especies vegetales. Reacio a sistematizar su filosofía y enemigo de todas las escuelas, que le parecían clausuras o celdas siempre estrechas, poseía una especie de filosofía natural cuya característica era cierto dinamismo que lo obligaba a convertir en obra de arte todo contacto con el mundo exterior. Amaba la emoción, no por sí misma, sino por la exaltación vital que esa emoción traía a todo su ser. Allí estaba la raíz de su arte. Por eso dijo de sus poesías que no eran más que fragmentos de una larga confesión. Tuvo el arte, apenas concedido a este linaje de espíritus, a la vez reflexivos y dinámicos, de transformar en figuras poéticas todo cuanto le causaba placer o tormento, realizando una de las bases de su estética que consistía, al decir del propio Schiller, en ofrecer una visión de la idea general en la imagen particular.

Pero era tan dueño de sí, y tanto miedo tenía a ser esclavo de sus propias sensaciones, que nunca ponía manos a una obra sino cuando la emoción primitiva había pasado a los dominios cerebrales, y el poeta era dueño ya de su implacable clarividencia. Así lo afirma madame Staël, cuyas palabras es bueno recordar: "Como se sostiene siempre la poética del propio talento, Goethe afirma hoy que es preciso que el autor conserve su serenidad hasta cuando compone una obra apasionada, y que el artista debe mantener su sangre fría para obrar más fuertemente sobre la imaginación de los lectores. Quizás no ha sido de esta opinión en su primera juventud; quizás entonces estaba poseído por su genio, en lugar de dominarle; quizás sentía entonces que, siendo momentáneo en el corazón del hombre lo sublime y lo divino, el poeta es inferior a la inspiración que le anima, y no puede juzgarla sin perderla".

El *Werther*, como todos vosotros sabéis, nació de esta manera. Es el eco de la tempestad lejana, pero reforzado con todos los elementos acústicos del arte. No repetiré la anécdota que dio origen genético a esta novela, pues es de todos conocida; pero sí será necesario afirmar que allí están planteadas, por primera vez en la literatura europea, las perplejidades y congojas de espíritu que, más tarde, encarnaron en esa serie de espíritus descontentadizos, huraños e insaciables, que imprimieron al romanticismo un sello de misantrópica desesperación, el cual, años más adelante, vino a informar el espíritu de los llamados poetas decadentes o malditos, de fines del siglo pasado. En la copa de Werther llegan a beber desde René hasta nuestro Silva, y toda esa falange de "desposados de la muerte" que, impotentes ante el enigma del universo, arrojaron su propio cadáver a las garras de la Esfinge.

Y es que la renovación romántica sólo podía proceder de Alemania, que era el país donde por primera vez la conciencia humana veía derrumbarse

P.J.

los fundamentos objetivos de la certeza bajo los golpes de una crítica radical que colocaba al Yo como árbitro absoluto de todo conocimiento, y que al romper las vinculaciones de este Yo con la realidad ontológica de los seres, hacía de la verdad algo tan movedizo como lo son la ilusión y el ensueño, creaciones personales de la autonomía individual. Estas teorías, transportadas al arte, dieron como resultado toda esa literatura de tono subjetivo, cuyo primer arranque se encuentra en el *Werther*, y que invadió a Europa con la arrolladora potencia de las aguas de un dique sueltas en imprevisto torrente. Y era que, efectivamente, habían sido redimidas las legiones del alma y puestas en libertad las muchedumbres que se agitan en los fondos de la subconciencia, reducidas a mudez, hasta entonces, por los férreos cánones del estrecho clasicismo de entonces. Los mundos interiores habían sido descubiertos por este nuevo Colón de análisis introspectivo, que era Goethe, y voces nuevas, idiomas extraños y clamores inéditos iban a ser escuchados desde el interior de aquellos territorios, hasta entonces desconocidos. Para parodiar la frase del amargo filósofo pesimista, el mundo ya no era conocimiento sino representación.

Pero Goethe poseía un sentido de la realidad tan agudo, y era tan poco amigo de las abstracciones estériles, que bien pronto conoce cuánto había de falso y de vago en la concepción romántica del arte, y poco a poco se deja arrastrar por las nativas tendencias de su temperamento, tan inclinado al análisis minucioso y metódico de la realidad. Medía ya una gran diferencia entre Werther, producto del romanticismo psicológico, y Goetz de Berlichingen, espléndido fruto del romanticismo histórico, y que es una impresionante construcción de la Alemania del siglo XV y de la agonía del feudalismo. Es que ha estudiado apasionadamente a Shakespeare, bajo la influencia y el consejo de Herder, quien modificó radicalmente las ideas estéticas de Goethe y concepto de la literatura, principalmente con aquella afirmación suya de que "Superior a la belleza de la forma existe la inspiración creadora, fundada en la verdad de la naturaleza". Goethe abandona su raquítico clasicismo de entonces, el de sus veinte años, y se acerca al gran dramaturgo inglés, como a las aras de un dios desconocido de quien espera estupendas revelaciones. Efectivamente, no tardó Goethe en darnos testimonio de ello. Oigámoslo: "Después de haber terminado la lectura de una de las obras de Shakespeare me he sentido como el ciego de nacimiento a quien una mano prodigiosa acaba de dotar instantáneamente de la vista. Todo me parece nuevo, extraño; ¡una luz inesperada ilumina mis ojos! ¡La naturaleza, la naturaleza! Nada tan natural como los personajes de Shakespeare".

En este grito: ¡la naturaleza, la naturaleza! está contenido todo el Goethe posterior al arranque romántico. La lectura del autor de *Hamlet* no hace sino confirmarlo en su teoría básica sobre la creación artística: idealizar la realidad. Los románticos procedían al contrario, vistiendo de forma corporal y concreta sus nebulosas abstracciones. Goethe va a llevar a las regiones del más puro idealismo su enérgica concepción de lo concreto y existente. Es entonces como el árbol, que puede difundirse en aromas y murmullos, pero cuyas raíces permanecen entregadas a la labor bien positiva de extraer los jugos nutricios de las entrañas de la tierra. Entonces formula su teoría artística, en frase sencilla y aparentemente trivial, pero que tiene cierto giro que nos recuerda los apotegmas de Leonardo de Vinci. "Aunque sea difícil —dice Goethe— la esencia del arte consiste en saber y pintar un objeto particular". Y más adelante, en sus conversaciones con Eckermann, consigna una variación de la misma frase. Dice: "La peculiaridad artística consiste en pintar lo individual". Y por el camino de lo individual se remonta Goethe a las vastas generalidades del símbolo y de la alegoría. Como consecuencia, todo su arte, tanto sus versos como sus novelas y dramas, dejan una sensación de absoluta plasticidad en cuanto

a los detalles y de plena conciencia en cuanto a la ejecución. Todo allí es vivo y palpitante, todo impresiona como si fuese obra de la misma naturaleza, todo parece alentar con existencia propia. Este arte, como la pintura oriental, carece de perspectiva. Los objetos se ofrecen en primer plano, recortados fuertemente por su propio contorno, y dentro de cada objeto todavía pueden observarse detalles secundarios, no menos vigorosos que los rasgos principales. En el mismo *Fausto*, no obstante su oscuro simbolismo, todo está concebido según esta técnica de pintor primitivo, y cada página del mágico poema es una antología de cosas vivas, un muestrario de gestos animados, un amplísimo repertorio de escorzos profundamente humanos. Todos los personajes ostentan singular relieve moral o físico, todas las cosas están captadas en su más auténtica objetividad, todo se mueve bajo el conjuro de una como acción secreta, que parte del espíritu del poeta y se comunica, como un flúido, a todos los personajes de su creación. Recordad, a este propósito, aquella frase que ilumina todo el *Fausto* como el resplandor de una antorcha divina: "En el principio era la Acción". Para Goethe, en efecto, el universo era una gran corriente dinámica, y por la Acción se lo explicaba todo en el mundo y en la historia. Pero esta acción siempre partía de los seres reales y concretos, que eran como otros tantos depósitos de la actividad cósmica. Si ha habido, pues, en la historia de la literatura universal un poeta creador de efectos vivos y de resonancias humanas, sin mezcla de vana literatura ni de afectaciones retóricas, ese ha sido Goethe. Sólo en las obras de su vejez, cuando se convierte en apóstol del arte docente, las frías abstracciones empiezan a sustituír a esa impetuosa corriente de vida y de verdad.

Toda su poesía, principalmente, es un ejemplo de lo que acabo de afirmar. Por consentimiento universal, Goethe es el primer lírico de la época moderna. Su teoría de los versos vividos iba a ser extraordinariamente fecunda para el arte. Hasta ese momento todo era en lírica fingimiento de cosas imaginarias, complicadas mitologías, reminiscencias seudo-clásicas, fórmulas eruditas. Goethe le abrió a la lírica los despejados horizontes de la vida misma, y confundió Poesía y Verdad en maravilloso desposorio, de donde tuvo origen una nueva raza poética. De la costilla de su costado sacó Goethe a la Eva de la armonía. El abismo que había mediado entre el canto y la vida fue colmado por el poeta alemán de suspiros y de risas, de lágrimas y de alegrías, de presentimientos e ilusiones, de manera que en cada verso extraído de aquellas resonantes profundidades iba engastada una parte del alma humana, como diamante en que irradiasen conjuntamente cielo y tierra. Las canciones de Goethe interpretan lo eterno de la pasión en lo concreto de la imagen, y lo universal del sentimiento en lo particular de la sensación. Traducen al hombre y a la humanidad, como acontece con todas las creaciones del genio. Y es que, en el orden del espíritu, el fenómeno de la refracción cósmica se verifica como en el campo físico. La gota de rocío copia la totalidad del espacio, y el sol aparece en toda su plenitud en cada fragmento de cristal que lo refleja. Una canción de Goethe, a veces un solo verso, expresan el anhelo humano, como pueden haberlo expresado generaciones enteras congregadas al pie de los altares, en torno de las tumbas, frente al sol naciente o en presencia de la noche. Es dueño de un idioma poético ante el cual acaban las fronteras nacionales y las diferencias de razas. Sus flores son las mismas que se abrieron en el paraíso y las mismas que morirán en la última noche de los siglos.

En nada, como en la lírica de Goethe, se transparenta también su concepción panteísta del mundo. Ese fenómeno de la "simpatía simbólica" que los alemanes han puesto de relieve en sus estudios sobre estética, se realiza en Goethe por modo admirable. El poeta alemán les presta su alma a todos los seres a quienes toca con su vara mágica. Se transfunde en ellos, por el camino

de la sensibilidad, e intercambia tributos físicos por cualidades psicológicas, y a la inversa. Si el alma del poeta vibra en la luz es porque la luz se ha identificado con la claridad de la idea. Si percibimos el brillo de la espuma y el rumor del torrente, ello quiere decir que las armonías interiores del poeta han buscado el lenguaje natural de las aguas para expresarse. Goethe sorprende el ser íntimo de las cosas, mediante su intuición genial de la realidad, y las cosas van a susurrar los secretos del universo al oído de este Mago, que parece poseer la llave de todos los enigmas.

Y así, de esta comunión entre lo fundamental de su espíritu y lo esencial de los fenómenos naturales, resulta la perfecta unidad de su arte, que consiste en la efectiva armonía de la esencia con la forma. Si bien es cierto que Goethe había asimilado este principio de las enseñanzas de Lessing, todas las tendencias de su espíritu, a par que sus estudios, lo conducían espontáneamente a su descubrimiento y aceptación. Los espíritus que, como el de Goethe, se hallan dotados de una irresistible tendencia a la unidad, suelen coincidir en fórmulas comunes, a las cuales llegan a veces por caminos opuestos. Tanto Goethe como Schiller, Herder, Lessing y demás espíritus superiores de entonces, empeñados en construír lo que llamaba el primero de ellos "la ciudad ideal", mediante una especie de eclecticismo universal. "Se habían reconciliado, en medio de la oposición, reconciliando, asimismo, los principios opuestos de la razón y de los sentidos, de lo objetivo y lo subjetivo, de la naturaleza y del arte".

Poeta personalísimo fue Goethe, y esto mismo le impidió moverse en el campo dramático con la desenvoltura y señorío de Schiller. Este era dramaturgo hasta en sus poemas, en los cuales casi siempre predominan los elementos épicos, y prueba de ello es que ningún trabajo le costó a Goethe dramatizar la célebre canción de *La Campana*. En cambio, Goethe era sólo poeta en sus creaciones escénicas. Si en su lírica todo es efecto de una metamorfosis de su espíritu, cada uno de los héroes de sus dramas es un fragmento de su personalidad. La circunstancia, pues, de no poder "desdoblarse" en otros seres y de mantener su identidad psicológica a través de los distintos personajes que creó para la escena, resta movimiento a los dramas de Goethe y retarda la acción. Por eso dijo Schlegel: "Puede sostenerse que Goethe, dotado de inspiración dramática, carece de arte para la escena. Conoce los pliegues más delicados del sentimiento; pero no imprime un movimiento rápido a los sucesos exteriores. Así es que Goethe ha considerado el arte dramático como un ejercicio para sus facultades superiores". A esta misma conclusión llega, por distinto razonamiento, Menéndez Pelayo, cuando afirma: "Lo que Shakespeare había hecho por intuición casi divina, Goethe lo realiza a fuerza de arte", poniendo indirectamente de manifiesto la diferencia entre el dramaturgo de vocación y de instinto, y aquel que, como Goethe, sólo lo es por arte de disciplina.

TIMBIQUI QUE MIRA AL MAR

PRIMER DESCANSO — (1817-1819).

DEL LIBRO EN PREPARACION, "JULIO ARBOLEDA O LA IMITACION DE LA VIDA".

POR FELIPE ANTONIO MOLINA

Para "Fuerzas de Policía".

"Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi pavor, pavor tan amargo, que la muerte no lo es tanto..."

DANTE ALIGHIERI

Noticia y paisaje.

Temprano, en la mañana de este jueves 12 de junio de 1817, el hidalgo don José Rafael Arboleda y Arroyo, apuesto joven de apenas 22 años, escribe una carta desde la selva. El lugar no puede ser más extraño, si se le compara con la figura fina del caballero. Un tosco barracón de maderas burdamente labradas, asentado sobre gruesos pilotes que lo defienden de la humedad del suelo, constituye su obligada residencia. A pocos pasos, en contorno, empieza el paréntesis de horror de un bosque milenario e intransitable, cuyos términos nadie osaría presumir. El sol incendia ya la tierra. Por entre los gigantescos árboles aún divaga una niebla pesada y maloliente. Empieza la evaporación de los enormes aguazales que prosperan por la merced de las lluvias interminables. Zumban los mosquitos de filudo aguijón. Un esclavo pasa con una pequeña batea bajo el brazo, semidesnudo y apático. El caballero escribe:

"Timbiquí, 12 de junio de 1817.

Dr. D. José Antonio Arroyo.

Mi amado tío José Antonio:

Desde el 6 dirigí a usted dos peones, que se devolvieron por haber tenido noticia de que robaban en esta costa e impedían el paso de barquichuelos que se tomaron en Charambina algunos fugitivos que salieron por San Agustín. Hemos salido de este cuidado sabiendo que en Punta de Arena ha sido muerto el caudillo de estos piratas por la misma tripulación que conduce presos a algunos de ellos, y aguardamos que lleguen a alguno de estos puertos para cerciorarnos de esta noticia..."

Por el rostro del joven pasa la frescura de una sonrisa. Luégo torna a inclinarse sobre el papel para trazar con rasgos más firmes unas palabras llenas de claridad y fuerza:

"El día 9 ha dado a luz Matilde, con la mayor felicidad, un robusto muchacho a quien se ha puesto por nombre *Manuel José Julio Federico María*, que ofrezco a disposición de usted: él y Matilde se mantienen con la mejor salud..."

Matilde —18 años dulces— está allí cerca, próxima por el afecto y por el heroísmo y por el dolor que representa la llegada del primogénito en medio de esta desolación. La luz temprana que le baña el rostro, ligeramente enflaquecido por las angustias, descubre, sin embargo, los rasgos enérgicos de su raza de guerreros y pensadores. No fue, no, mal escogida esta esposa incomparable. Fresca de juventud, diríasela ya madura para la acción y para el sufrimiento. El niño duerme. ¿Qué será de él mañana, sobre el derrotero de estos tiempos de horror?

Es probable que el tío José Antonio no reciba la carta. No es sólo por

seguir la moda de la época por lo que no se le ha puesto dirección. En realidad, se ignora su paradero. No podrá menos de andar escurriendo el bulto por montes y cañadas el señor abogado que editó en Popayán, por los años de 13 y 14, en asocio con el doctor Manuel María Quijano, *La Aurora*, el primer periódico que allí vio la luz: un botafuego republicano. Además, como Regidor del Cabildo, le pidió a Sámano en 1813 la entrega pacífica de la ciudad. Hace mucho perdió los cuantiosos emolumentos que derivaba como Tesorero de Diezmos y Contador Real. Ahora es un proscrito. Todos lo son. Este hijo y esta mujer amada. El mismo. Todos sus caminos conducen a la fuga. Y de todo no ha quedado sino este claro en la selva, el arrullo de las aguas del *Sesé* y el *Timbiquí*, que rezonga a un escaso tiro de pistola de su escritorio.

Manuel-José-Julio-Federico-María: ¡el primogénito! Hoy es la fiesta del Corpus-Christi. Dentro de poco partirán los peones, rumbo al mar. La pluma sigue arañando el papel. Hay una sorda paz nacida de la guerra, como ciertos chocantes silencios nacen de un gran estrépito. Sobre los pantanos, el sol abomba las burbujas de la putrefacción.

Desde el primer momento, la vida de Julio Arboleda aparece marcada por un signo trágico y por esa ambigüedad incomprensible que la acompañará hasta el final. Destinado por su raza y por su riqueza a mecer su cuerpecillo en cuna de nácar, entre encajes y sedas, un singular momento de la vida de América lo hace venir a la existencia en un lugar horrible, ardiente y solitario, que muy pocos conocen. Nacido en el epicentro del poderío económico de la familia —el *Real de Minas de Timbiquí*— el oro y la regia ascendencia nada significan para él ni para los suyos frente a la conspiración de una naturaleza bárbara. Geográficamente, Timbiquí no emparenta con el océano; pero tampoco se asienta sobre la Cordillera, y nadie diría que es un valle próspero. Centenares de kilómetros cuadrados de selva convierten este sitio en una especie de vórtice implacable. El propio territorio corresponde a una dominación meteorológica casi excepcional —el "Ecuador lluvioso"— sólo comparable, en ciertos aspectos con la cuenca del Brahmaputra, en la India. La vida, que aquí se siente latir en toda su pujanza, casi diríase que no existe como manifestación animal. ¡Timbiquí es la mitad del camino entre el sueño y la muerte!

El litoral de Colombia sobre el Pacífico cubre ahora las tres Provincias del Virreinato de Santafé: Panamá, el Chocó y Popayán, y sus características sólo se rompen sobre la línea equinoccial, poco abajo del sitio en donde la hoya del Mira anuncia los términos del gobierno de Quito: cintura del mundo. Hacia el Norte se prolonga, pues, la densa manigua y el áspero litoral, inaccesible en su mayor extensión por el occidente oceánico y contenido hacia el Oriente por la escarpada barrera de los Andes. Entre el mar y la cordillera, la selva indomable. Hacia el Norte y el Sur, siempre selva. Y desde Timbiquí —rumbo Oeste— apenas la salitrosa noticia del mar, que brama represando el río a cuatro pesadas horas de navegación fluvial. Más exactamente: la costa del Pacífico se extiende 1.470 kilómetros, desde un punto equidistante entre las puntas de Ardita y Cocalito hasta la desembocadura del riachuelo Mataje. A partir del río Baudó, hacia el Norte, el sector del Chocó es seco y relativamente salubre. Pero de allí en adelante, por el derrotero meridional, empiezan las ciénagas y manglares, caños, ríos, fango y una costa baja y deleznable, carcomida por las olas.

El *Real de Minas de Timbiquí* no se encuentra propiamente asentado en el caserío de ese nombre, el primero que se topa remontando la arteria fluvial. Siguen después *Santa María*, lugarejo sórdido, *Coleje*, y, por último, el *Real*. Prácticamente sólo puede navegarse el Timbiquí hasta Santa María. Para continuar el viaje, debe se-

guirse una trocha entre la selva, de suelo húmedo y esponjoso.

El centro del *Real* lo constituye la casa de los amos: meras tablazones aisladas del piso por gruesos postes. En grandes galpones, techados de palma, habita la servidumbre de color. No hay muebles sino para lo estrictamente preciso: sillas, mesas, aparadores, sin barnizar. De allí en adelante comienza —hasta perderse en el infinito— el espeso silencio de los bosques y una media luz que alucina y enloquece a los hombres.

Y la calma, una tranquilidad que estimula el grito; una paz inerte, pesada, soporífera.

Aquí es donde nace —por extraño mandato del Destino— Julio Arboleda, el lunes 9 de junio, en 1817, un día cualquiera en que muchas cosas ocurren en el mundo y otras tantas en su patria, sucesos íntimamente vinculados con él, hechos que él continuará más tarde y que justifican este aparecer tan próximo a todas las desolaciones y alegrías de la tierra.

"En Boyacá terminó la célebre campaña de 1819, que se ha ejecutado con los esfuerzos de los Jefes, con el valor de los soldados, con la cooperación de los pueblos, con la constancia de todos; ¿pero de qué habría valido todo esto si el General Bolívar no dirige y presencia las operaciones?".

GENERAL SANTANDER

BOLIVAR, POETA

POR JOSE MARIA SAMPER

Acaso el distintivo más característico de la grandeza de los hombres es la variedad de las facultades que constituyen su genio. De esta variedad provienen principalmente sus más insignes cualidades, así como sus defectos; sus virtudes eximias y sus debilidades; porque de la combinación de facultades diversas, que todo lo abarcan, resultan de ordinario, tanto en la mente misma y en el temperamento como en el carácter, contrastes que considerados desde un punto de vista, son armonías, y desde otro, son desinencias y aun contradicciones.

Si en los hombres ilustres que sólo brillan por el ingenio se nota casi constantemente la variedad de facultades eminentes y la tendencia de su espíritu y sus esfuerzos hacia la universalidad, más patente aún es tan admirable disposición en los hombres que, destinados a representar un papel sobresaliente en el drama de la política, nacen con fuertes instintos de dominación. Estos necesitan, para imponer su autoridad moral en el movimiento de las sociedades y dominar los acontecimientos, conocer a fondo —y no por experiencia, sino por instinto— el corazón humano; y este conocimiento instintivo con que nace el genio político, es precisamente la mayor fuerza de quien lo posee, porque para guiar sus actos no necesita tanto del saber adquirido con el estudio, cuanto de aquella visión profunda y perspicaz que Dios concede a las almas dotadas de muy diversas y poderosas facultades.

No es menester que se haga minucioso estudio del tipo y de la vida del LIBERTADOR para advertir en su espíritu, su temperamento y su genio, el rasgo característico indicado. En todos sus discursos y proclamas, manifiestos y escritos públicos, así como en su correspondencia privada, se hallan frecuentes y oportunas alusiones históricas, ya a los clásicos de la antigüedad, ya a los más grandes hombres del Estado, que ponen de manifiesto su inclinación admirativa de la Historia y su íntimo anhelo de imitar, aun siendo siempre original y nuevo, las eminentes virtudes encaminadas por los Plutarcos y los Tácitos.

La grande originalidad de BOLÍVAR consistió en que él fue una incomparable combinación de caudillo americano y héroe griego y romano, con no pocas facultades napoleónicas.

Si su genio fue esencialmente militar, formado para las tempestades y vicisitudes de la lucha y el fragor de las batallas, no por eso alcanzó a ofuscar en la gloria del triunfo ni en las amarguras de la derrota, al genio político que le acompañaba, que armonizaba con el del guerrero y le completaba. Ni el gran Capitán excluía la visión constante del hombre de Estado, ni éste perturbaba por un instante siquiera las atrevidas concepciones del caudillo militar.

Si en BOLÍVAR parecían predominar constantemente el Jefe de vastas operaciones militares y el hombre de Estado o de gobierno, en todos los documentos oficiales y cartas que dictó —siempre con asombrosa fecundidad, prontitud y diversidad—, sobresalieron al propio tiempo que aquellas dotes primordiales, las de un escritor de primer orden. Jamás le faltaron opor-

tunos recursos para expresar grandes pensamientos, con una elocuencia que sabía aliar la propiedad de la dicción a la severidad de las ideas y de la nobleza de las formas.

Era proverbial la facilidad que tenía el LIBERTADOR para apoderarse, al pedir informes a cualesquier subalternos, servidores públicos o ciudadanos, de la sustancia de los hechos sociales y políticos que componían una situación; y no menos proverbial la prontitud con que, al informarse de los hechos, iba organizando el gobierno y la administración por dondequiera que pasaba.

Como orador ardiente y persuasivo, nadie ha superado a BOLÍVAR en el Nuevo Mundo, y fue superior a todos los grandes hombres de su clase. Ni Jenofonte ni Alejandro, ni Aníbal ni César, ni Carlomagno ni Carlos V, ni Napoleón ni Washington, ni capitán alguno de los tiempos antiguos y modernos se dirigió jamás a sus ejércitos, o a los pueblos, o a sus adversarios, en un lenguaje tan grandilocuente como el que BOLÍVAR supo emplear en sus proclamas y discursos. El grande orador que había en él era tan natural y espontáneo como el gran escritor, y ora hablase en los campamentos, antes o después de las batallas, ora se dirigiese a los Congresos o a los pueblos, desde el solio presidencial, su lenguaje seducía, conmovía, arrebataba y comunicaba fuertemente el sentimiento de que él mismo estaba poseído.

Pero acaso la faz más simpática y seductiva del LIBERTADOR era la que mostraba al revelar con entera espontaneidad la emoción poderosamente poética con que palpitaba su grande alma. Acaso el *poeta* era superior en él al *militar*, al hombre *político* y de Estado, y sus instintos poéticos eran el secreto de la elegancia de sus escritos y de su ardiente elocuencia de orador de las batallas.

Desde luego, todo en la vida juvenil y educación de BOLÍVAR le predisponía a las altas inspiraciones de la poesía, y todo en su persona tenía el sello de lo escultural y heroico. Su figura era de aquellas que nacen para ser vaciadas en bronce, y todas las líneas de su severo rostro, iluminado por la luz interior que se difundía con la mirada, eran propias para la estatuaria que busca su inspiración en el mundo de los héroes.

La frente vasta, abombada, pensativa, protuberante en la alta región que da asiento a la imaginación, deprimida en las sienes, y con entradas anchas y profundas que invadían la parte central del cráneo; las cejas finas y fuertemente arqueadas; los ojos vivos, fulgurantes en sus hondas cuencas, dominadores y penetrantes como dardos; los pómulos salientes, en armonía con la barba, y las quijadas vigorosamente delineadas; la nariz recta, delgada y de perfil enteramente griego; la boca fina, nerviosa, expresiva y de severas líneas; el cuello delgado y siempre erguido; ¡todo en la cabeza y el rostro del LIBERTADOR denotaba el pensamiento levantado, la resolución, la fuerte voluntad y los caracteres propios de una alma nacida para la lucha, el peligro y el mando!

Pero también sus actitudes predilectas y los elementos de su vida tenían el sello de la eminente poesía. Con su apostura enteramente marcial, si montaba su bridón en las grandes paradas o en los campos de batalla, armonizaba su actitud escultural, si de pie, con la mirada levantada hacia el cielo o al solio, cruzaba los brazos sobre el pecho, o detrás de la espalda, cual si quisiera presentar el busto a la admiración de un estatuario.

Todo en su juventud debía predisponerle a la emoción poética. Las peñascosas cumbres del Avila, desde las cuales se alcanza a contemplar la solemne majestad del océano; el ameno valle del Guaire, que recibe de las faldas de la serranía las graciosas Caracas, esparcidas como flores que se derraman de una canastilla; las elegantes plantaciones de cafetos y cacaotales de los valles de Aragua y del Tuy, sombreados por altas bóvedas de espeso

follaje formadas por cedros, anaucos y otros árboles gigantescos; las vastísimas llanuras y las revueltas serranías de Venezuela, donde todo es oriental por el aspecto, las razas humanas, los instintos, las costumbres, las tradiciones y las tendencias populares; todo en aquellas regiones de la luz, del viento y de las grandes ondas prepara las almas a desarrollarse y vivir agitadas por las fecundas emociones de la poesía.

Después de formarse su rica imaginación al calor de las patrias impresiones, Bolívar halla, para agitar y exaltar su sentimiento poético, nuevos incentivos en su casual viaje por México, país de grandiosa hermosura natural; en sus excursiones por Francia, Suiza, Italia y España, donde todo le sorprende y encanta; en su matrimonio obra del primero y único amor, contraído a la edad de diez y ocho años, que en breve se torna en juvenil viudez, y en el prodigioso espectáculo de la revolución francesa y del Imperio napoleónico.

Nada más poético ni propio para exaltar la imaginación que el ascendimiento fabuloso de aquel advenedizo del genio que, saliendo como una esfinge de la oscuridad de la Córcega, comienza por cañonear a la Gran Bretaña desde Tolón, poniendo de manifiesto su destreza de artillero, y sucesivamente pasa por Marengo y Arcola, conquista las pirámides de Egipto, hace el 18 de Brumario, se impone como el gobernante de Francia, emprende la guerra continental más atrevida, se ciñe la corona de César y Carlomagno, vence a poderoso monarca en Austerlitz y Friedland, dicta la ley a casi todos los pueblos y los reyes, y pasea por toda la Europa la bandera tricolor de la revolución, exornada con las águilas imperiales de un nuevo cesarismo!

Bolívar, en todas sus situaciones críticas o solemnes, es poeta, y gran poeta: no conoce las reglas de la métrica, ni sabe ni pretende jamás componer una estrofa, pero sus actos son poemas. Su audaz expedición de Los Cayos, es poesía del patriotismo que espera sacarlo todo de la nada. Su generosa retirada de Güiria, cediendo el campo a dos rivales que le son muy inferiores, tiene la sublime poesía de la abnegación y del sacrificio. Sus decretos que súbitamente suprimen la esclavitud de la raza etiópica, son poéticos arranques de filantropía revolucionaria. Su primer sitio de Angostura, y su profética previsión en el conflicto de Casacoima, son la poesía de la agresión que intimida y desconcierta, y de la visión lejana que todo lo abarca a través de inmensos y desconocidos horizontes. Su inspiración maravillosa de la campaña de 1819 sobre Cundinamarca, coronada con la eterna gloria de Boyacá, contiene toda la poesía del arrojo y de lo gigantesco en la concepción estratégica. Su idea del Congreso de Angostura, en medio de la lucha, para dar forma y apariencia o germen de vida a Colombia, es la poesía en el gobierno revolucionario, o de la política vuelta gran poema. Su anhelo, concebido en el delta del Orinoco, en el momento más crítico posible, de escalar un día, como lo hizo siete años después, las cumbres de los Andes peruanos, arrollando todas las fuerzas de la metrópoli enemiga, es el colmo de lo titánico y formidable, ¡es la poesía de la guerra! Su salto heroico, tan innecesario como imprudentemente sublime, sobre la piedra saliente en el punto donde va a desplomarse nuestra catarata de Tequendama, es un poético desafío hecho al peligro, que parece decir al pavoroso abismo: "¡Soy tan colosal, que no temo tu fascinación; pero si yo sucumbiera aquí, tendría en tu grandeza tumba digna de mí, y a tu gloria, que es la de la naturaleza, se añadiría la mía, que es la de la humanidad!" Por último su constante empeño en la formación y el mantenimiento de Colombia es todo un poema; y su grandiosa idea del Congreso continental de Panamá, es la poesía aplicada a la diplomacia.

En todas las proclamas del LIBERTADOR brota a raudales la poesía, y su elocuencia tiene de ordinario la opulencia de las más valientes imágenes y el acento y brillo terrible de las tempestades. Su cabeza es como una fragua donde se forja a todas horas el rayo de la revolución; su horizonte se confunde siempre con lo infinito del cielo de la gloria; ¡y en su patriotismo todos los ímpetus son de soberana poesía, porque son de soberana grandeza!

Echese de ver que Bolívar se siente de talla excepcional; de la talla de un hombre-Chimborazo. Quiere tener siempre tamaño y vida de coloso andino, identificando su humanidad con la naturaleza americana; la grandeza del Chimborazo, que asombra; la actividad volcánica del Cotopaxi, que aterra; la fulguración del Tolima, que embelesa con su elegancia y limpidez; la fecundidad del Orinoco y del Magdalena, la prodigiosa variedad de los Andes, donde la vida y la hermosura brotan y rebosan a torrentes; ¡y los robustos brazos del Istmo de Panamá, para extenderlos sobre ambos océanos y abarcar todo el Continente americano!

¡Y qué caudal de fe! ¡De aquella fe profunda, inquebrantable, que es siempre compañera de la inspiración poética! Su gran palabra de Pativilca —"¡Triunfar!"— es el poema de la esperanza indomable de la confianza en la gloria. Hay no sé qué de sublime orientalismo poético en aquel regalo de un millón de pesos hecho a la ciudad de Caracas con la misma regia donación del Perú; y en todos los actos de desprendimiento del LIBERTADOR, hasta su muerte en la pobreza, se pone de manifiesto la poesía de la generosidad.

¿Por qué se detiene tanto en el Perú, sobre todo en Lima, donde, junto con el placer, se le prodiga el desengaño con la traición de unos, la ingratitud y la perfidia de otros? Porque allí, sobre las cordilleras, está la tradición del Imperio de los Incas y de las fabulosas conquistas de Pizarro y Almagro; porque allí, ciñendo una costa de arenales que componen la Siria de la América, se dilata el océano Pacífico en toda su inmensidad esplendorosa; y porque allí está Lima con toda su seducción andaluza, con su clima deliciosamente enervante, sus encantos femeninos y su lujo cortesano, tan deslumbrador como grandioso. ¡Todo aquello es poesía que entusiasma y seduce, o embelesa y embriaga!

¿Por qué al acercarse el fin de la titánica jornada de veinte años —un verdadero siglo de luchas y de glorias, de grandezas y desengaños—, el insigne patriota se detiene en los ardientes arenales de nuestras playas del Atlántico? ¡Ah!, es porque allá le llega, sobre las sombrías alas del viento del infortunio nacional, un grito de muerte que anuncia la consumación del segundo de los grandes crímenes históricos! Sucre ha sido sacrificado, y BOLÍVAR, que le amaba como hermano en grandeza, y amaba a Colombia con amor de poeta heroico y amor de padre, siente que al cavarse la solitaria fosa de Berruecos ha comenzado a derrumbarse el monumento edificado con la sangre y los huesos de la Patria, desde la magnífica mañana de Araure hasta la mitológica tarde de Ayacucho!

¡Es también porque allí está Cartagena, la ciudad heroica y poética por excelencia, cuna de nuestra civilización colonial y sepulcro de inolvidables miles de patriotas! ¡Es porque allí rugen contra las rocas de los últimos escalones de los Andes, las ondas tumultuosas del océano que nos enlaza con el Viejo Mundo, y sobre todo con España! ¡Es, en fin, porque allí brillan delante del líquido, inmenso abismo, los lomos y las cúpulas de eterno hielo con que la Sierra Nevada anuncia al otro mundo la majestad del Mundo Americano!

Por eso el poeta-Titán, como saludando en su propia agonía la cuna que le dio la Providencia, oculta allá, no lejos, detrás de los peñascos del

Avila monumental, escoge sobre la arena del Manzanares el lugar de su tumba; ¡y allí, cisne inmortal de la fábula de la gloria de un Continente, exhala en su testamento, que tiene la profunda poesía de la muerte, el último canto de su corazón —arpa de imperecederas vibraciones que había concentrado en sus armonías toda la poesía de las más grandes almas!

Como homenaje al Padre de la Patria en el día conmemorativo de su natalicio, presentamos a nuestros lectores el artículo anterior "Bolívar, Poeta". Los principios nobilísimos que inspiraron su vida de estadista, gobernante y guerrero, se mantienen a través de los siglos como bases inconmovibles; su férrea y dinámica contextura sirve de fundamento a todos los países latinoamericanos que fincan sus esperanzas en la libertad y en la justicia.

La histórica frase del cura de Choquehuanca se hace verdad a medida que pasan los tiempos y la memoria del Libertador empuja a los pueblos, a los cuales dio libertad, hacia sus verdaderos destinos. Colombia, la mimada de Bolívar, se encrumba por los caminos de la paz y la libertad, al conjuro del verbo del Genio nacido en Caracas el 24 de julio de 1783.

ESTRELLA GEOGRAFICA

Fuentes de los ríos Magdalena y Caquetá

POR EL HERMANO JUSTO RAMON

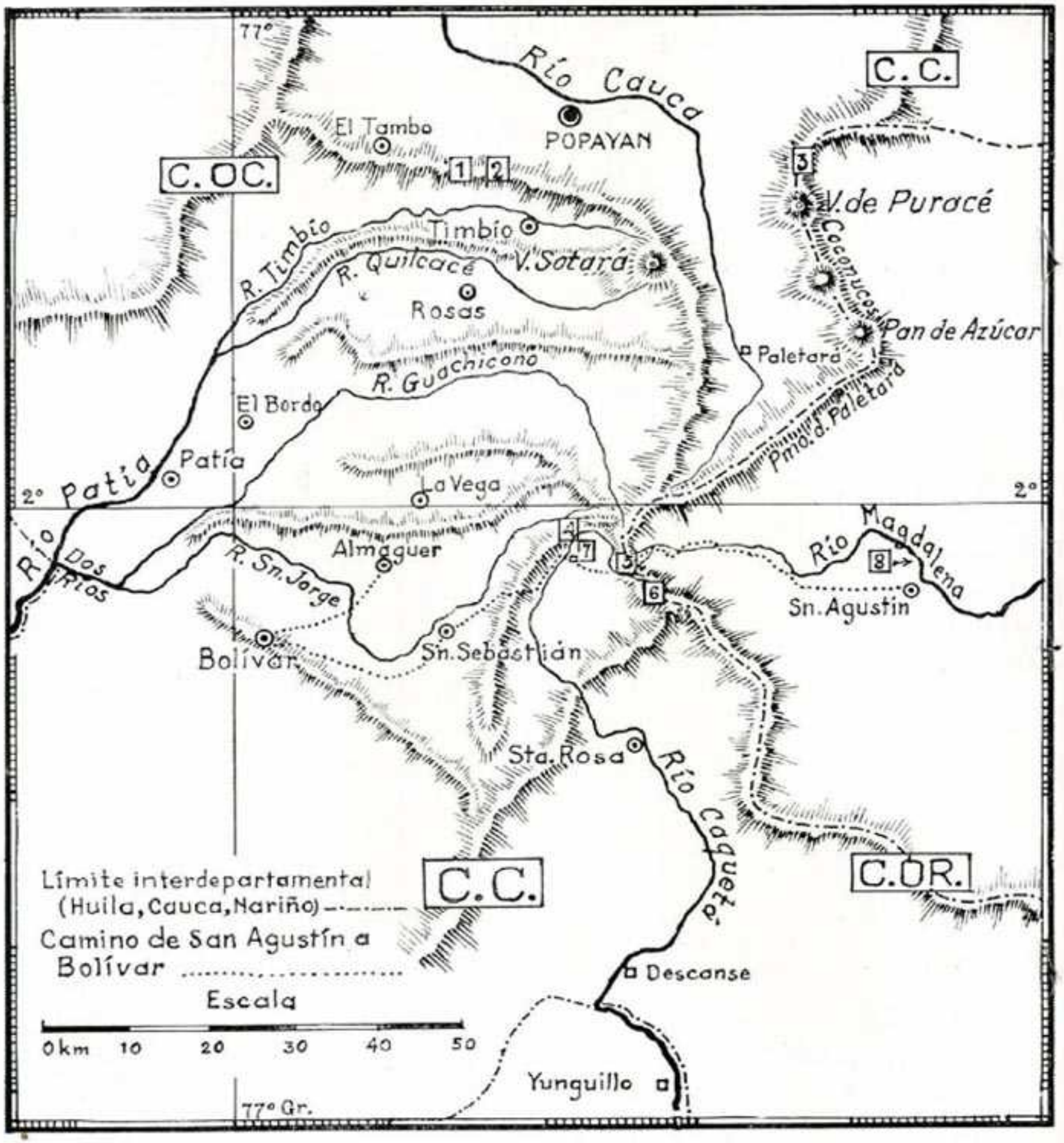
Para "Fuerzas de Policía".

Especialísimo interés desde el punto de vista del relieve y la hidrografía, ofrece el trozo de suelo colombiano comprendido de norte a sur, aproximadamente, entre Popayán y las cercanías de Mocoa, y de oriente a occidente entre San Agustín y Bolívar, localidades pertenecientes a tres Departamentos. Hasta fines del siglo pasado, aquel bloque de montañas se conoció con el nombre de *Nudo de Almaguer*, tomado de una de las poblaciones contenidas en su seno. De entonces acá se ha generalizado el de *Macizo de Colombia*, que le dio el notable geógrafo Francisco J. Vergara y Velasco en su obra, verdaderamente sólida o maciza, que con razón llamó él "Nueva Geografía de Colombia" (1901). Con ella un espíritu nuevo, el de Reclus, flotaba sobre la haz de nuestros valles y montañas.

Aun adoptándola sin reparos, por mucho tiempo pensamos que en esa nueva denominación el término *macizo*, en su acepción geográfica, adolecía de galicado. Mas al presente vemos a la Real Academia decir en su Diccionario: *macizo* es "prominencia del terreno", y también "grupo de alturas y montañas". Todo lo cual corresponde muy bien con la forma y contenido de aquel territorio que, aunque no encierra el punto más alto de Colombia, sí viene a ser, como conjunto, la mayor prominencia del país, en el sentido de que allí se apretujan, como para macizarse, en ostentación de fuerza y majestad, los grandes cordones del relieve que llamamos *cordilleras*. Dibujan ellas en aquella eminencia una estrella de cuatro rayos mayores, que ha dado origen a la descriptiva denominación de *estrella orográfica*, aplicada a aquella extensión de unos 9.000 kilómetros cuadrados de superficie.

La *Cordillera Central* forma las ramas norte y sur de la estrella, que van, la primera a morir remansada en Antioquia, y la segunda a soldarse en los Pastos a la Occidental y al gigantesco bloque de los Andes, que presentan en el Ecuador, Perú, Bolivia y Chile sus mesetas más dilatadas y ambiciosas, así como las cimas más andaces. Tercera radiación es la *Cordillera Oriental*, que lleva sus cumbres y estribaciones a todo el oriente colombiano, reservando las plácidas planicies para Cundinamarca, Boyacá y los Santanderes. Por fin, el cuarto desprendimiento estelar se constituye por las *cuchillas* del *Roble* y del *Tambo* que desgajándose la primera del Sotará y la segunda de la Cordillera Occidental, se unen entre El Tambo y Popayán como para acabalar aquel grandioso consorcio y separar las aguas que corren al Patía de las que buscan la vaguada del Cauca.

En lo de "grupo de alturas y montañas", algún galimatías de incierta lógica encierra la definición académica, por cuanto las alturas son parte de las montañas, las cuales ofrecen diversos niveles. Esto último es lo que nos presenta el Macizo: sierras agudas, a veces de fantástica apariencia, y lomos redondeados; valles de suave declive y amable invitación, y hondonadas temerosas; todo en sucesión,



ESTRELLA GEOGRAFICA DE COLOMBIA

Correspondencia numérica. 1, 2: Cuchillas del Tambo y del Roble. 3: Páramo de San Rafael. 4: Páramo de Barbillas. 5: Páramo de los Papas. 6: Páramo de Peñas Blancas. 7: Valle de los Papas y caserío de Valencia. 8: **El Estrecho.**

forma y dirección indescriptibles. Sólo a la geología es dado atinar en aquel oleaje estático con el cierto deslinde de las cordilleras.

Máximas *cumbres* son allí: los níveos *Coconucos*, el más erguido de los cuales (4.900 metros) es el *Puracé*, al que por su ubicación y frecuente actividad podría llamársele faro de Popayán; el corpulento y romo *Sotará* (4.435), volcán extinguido que se levanta fuera del eje cordillerano. Como *altos valles* sobresalen en el centro del admirable conjunto el de *las Papas* (3.090 metros) y el de *Paletará* (3.000), más poblado el primero y explotados ambos en ganaderías y siembras. Entre los numerosos *páramos* de aquellos dominios, es más generalmente conocido el de *las Papas*, por sus lagunas y nacimientos, y por cruzarlo el camino nacional que comunica los pueblos del Huila con los caucanos de San Sebastián, Almaguer y Bolívar [1]. A su norte demoran, lejos el de *Paletará*, y cercano el de *Barbillas*, que pertenecería, según el geólogo Grosse, a una estribación y no a la magistral de una de las cordilleras. Del lado meridional le sigue el de *Peñas Blancas*, de reducida extensión, que semeja por su forma una valva de ostra, tiene por límite sudoccidental la recia y aplanada mole de su nombre, próxima a los 4.000 metros de elevación, y por sus manantiales brinda también notable interés [2].

* * *

Esa la importancia del Macizo como dilatada masa de montañas que no tiene otra a ella comparable en el país. Mas es también singularísima su significación en lo que a la hidrografía concierne, como que a la descrita corresponde, armonizando con ella, una verdadera *estrella fluvial* tan pintoresca y grandiosa como aquélla. Baste decir que el Macizo es la mayor arca de aguas del suelo colombiano; y, para admitirlo, saber que de aquellas alturas se descuelgan, fuera del crecido número de sus primeros tributarios, cuatro ríos mayores que, acaudalándose a medida que dilatan su carrera, llegan a ser cifras de alto valor nacional.

De una parte el *Caquetá*, que esmalta la selva ilímite, y, tras un recorrido que supera a los 2.000 kilómetros, une sin humildades su destino al del mayor de los ríos que ciñen el globo. De otra, el *Magdalena* (1.538 kilómetros), río colombiano por antonomasia, de amoroso nombre, que besa diez Departamentos, y cuyos beneficios a la Patria, en el curso de siglos, exceden toda ponderación. Nacido cerca del anterior, entre las moles del Puracé y Sotará, pasa galano el *Cauca*, que tras hermosear a Popayán y regar morosamente el valle fecundo y bello por excelencia, se abre paso por entre montes bravíos y con 1.350 kilómetros de recorrido va a estrecharse por múltiples brazos con su gemelo el Magdalena, en el cauce de Loba, entre El Banco y Magangué. Aunque de menos prestancia (450 kilómetros), el *Patía* desciende del Macizo a calmar la sed de un abrasado valle, y realiza la proeza de tajar —tal un hacha colosal— el cordón de recia cordillera para salir al Pacífico con caudal navegable, de tesoro aurífero, a través de selvas y manglares.

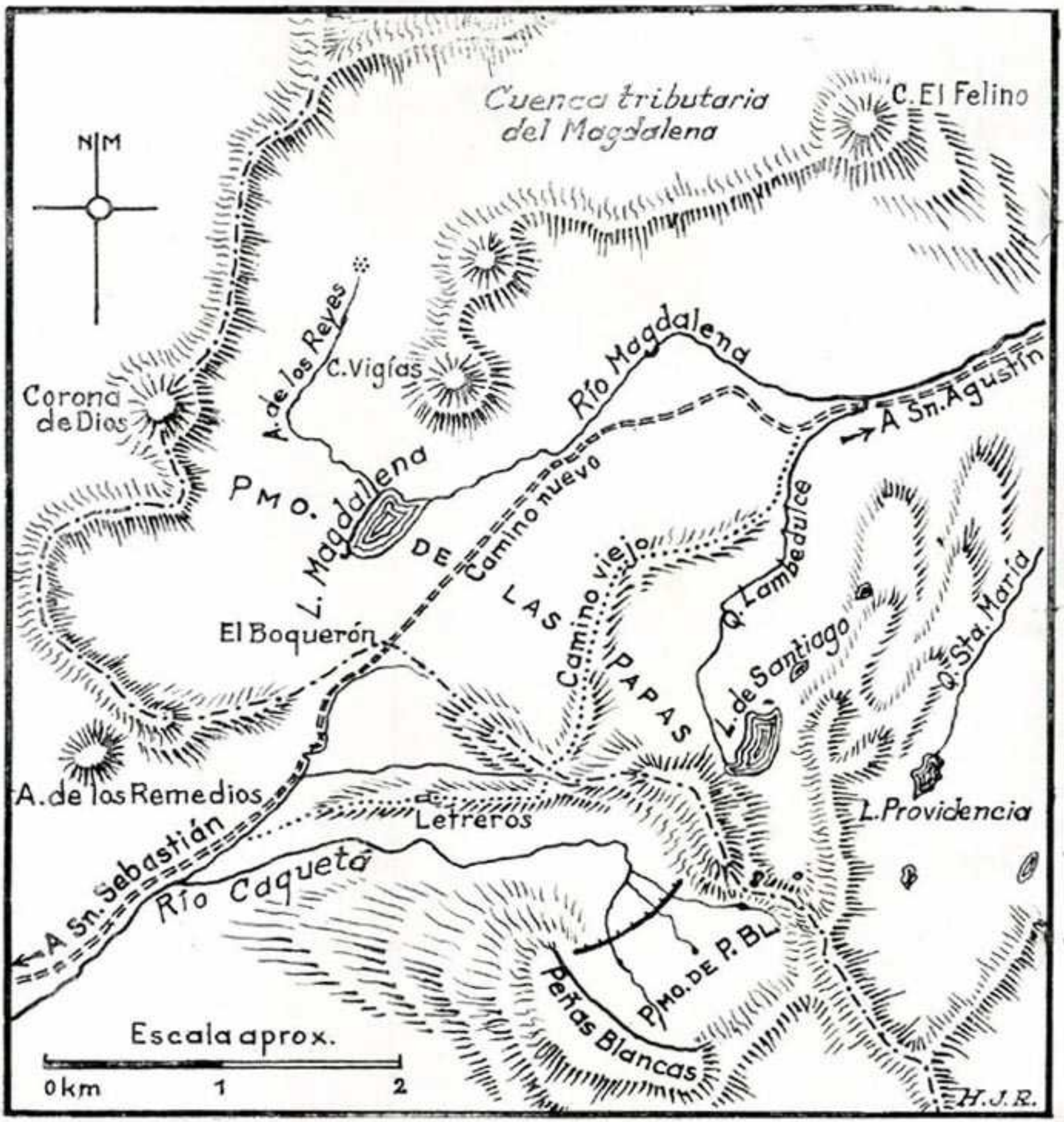
* * *

Si lo expuesto es sobradamente conocido, en lo tocante a los manantiales de esas grandes arterias, circulan todavía en el público, y en obras por otra parte de mucha autoridad, falsedades que es preciso desvanecer. De las fuentes dieron noticia algunos es-

---

[1] Letreros y figuras grabados en varias piedras del camino viejo de este páramo dieron origen a que también se lo denominara *del Letrero* o *Letreros*. Pero su verdadero nombre, y también el más divulgado, es el de *las Papas*, que consta en las obras más antiguas y en Caldas.

[2] Como designación de páramo, este nombre parece de origen reciente. Lo tomamos del tomo III de la "Compilación de Estudios Geológicos de Colombia" (1935). Por su reconditez y especial topografía, no debe considerarse este páramo como parte del de las Papas.



FUENTES DE LOS RIOS MAGDALENA Y CAQUETA

El divorcio de aguas entre los dos ríos (raya y punto) es al propio tiempo límite entre el Cauca y el Huila.

critores de la Colonia, con la vaguedad o los errores que es dado suponer. Finalizando la época, se refiere a ellos Caldas, con la circunspección del hombre de ciencia que no adelanta en el dibujo y la literatura más de lo que ciertamente conoce, por lo cual no precisa él sino el nacimiento del Magdalena en una laguna cuyo nombre se ha mudado o sobre el cual erró nuestro sabio [3]. Casi todos los errores de monta, por cuanto intentando precisar se incurrió en falsías, datan de mediados del siglo pasado. Pese a la vastedad y méritos de su labor, incurrió en ellos la Comisión Corográfica, y los recibieron como herencia, acrecentándolos a veces, viajeros, autores o institutos que buscaron arrimo a su autoridad o intentaron acarrearle enmiendas.

¿Cómo explicar los graves desaciertos? Muy sencillamente. Si al presente la región de los manantiales de los dos primeros ríos en referencia está totalmente despoblada, por lo desapacible del clima, a cinco horas del lado del Huila, y a una hacia el Cauca, piénsese lo que sería aquello hace cien años, cuando actuaba la famosa Comisión. Aunque desde los tiempos coloniales cruza el páramo de las Papas un camino nacional, los miembros de aquélla tuvieron que contentarse, indudablemente, en fuerza de la expresada causa y de las dificultades del terreno, con estudios festinados por el mal tiempo, con estimaciones a distancia, corroborados quizá por correístas, arrieros y camineros que se dieron por conocedores de aquellos parajes yermos y destemplados [4]. Investigadores in situ, de más reciente data, hubieron de atenerse asímismo, constreñidos por las circunstancias, a engañosas apariencias e informaciones desprovistas de sólido fundamento. Sea como fuere, debe el país estar agradecido a tales inquisidores, por cuanto ellos mantuvieron vivo el interés en torno a los orígenes precisos de corrientes de tanta magnitud y beneficio.

* * *

Gracias a dos exploraciones hechas en 1946 y 47 en parte del Macizo, con la eficaz colaboración de otros dos miembros de la Comunidad lasallista, desde la segunda de aquellas fechas pudimos dejar perfectamente libre de error el dibujo de los nacimientos de los ríos *Magdalena* y *Caquetá*, y desde entonces nos hemos empeñado en divulgarlo, como contribución modesta al mejor conocimiento de la geografía nacional. Con tal objeto aprovechamos hoy la colaboración que generosamente se nos brinda en la ya acreditada *Revista de las Fuerzas de Policía*.

Dos de los páramos dichos, sembrados ambos de lagunas y lagunillas que les imprimen vida y gracia, nos introducen en un breve comentario al adjunto mapa de las Fuentes, muy simplificado aquí, para mayor claridad, con relación al original de nuestro estudio, exhaustivo en la materia [5].

[3] En "Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé" señala Caldas el nacimiento del Magdalena en una laguna que él llama *del Buey*, a 1º 58' de latitud boreal, y sitúa los manantiales del Cauca 2' más al norte. No hace mención del nacimiento del Guachicono (uno de los brazos superiores del Patía) ni de las fuentes del Caquetá. En cuanto al nombre de la laguna, es posible que haya habido error en Caldas, o que ulteriormente lo haya suplantado el actual de *Magdalena*. Este se remonta, cuando menos, al tiempo de la Comisión Corográfica.

[4] Es indudable que la Comisión Corográfica visitó la zona de los nacimientos. Así lo atestigua en su Album el dibujo inconfundible del cerro Corona de Dios (nombre tan bello como apropiado, que sólo recibió mucho más tarde) con la laguna que yace a sus pies. Pero es también evidente que no hizo estudio detenido de las lagunas como manantiales. Sus apreciaciones debió hacerlas desde la parte alta del camino viejo, que brinda dominio casi total sobre ambos páramos.

[5] En su integridad esencial, salvo la cuenca de la quebrada Santa María, recorrimos palmo a palmo cuanto en el mapa de los nacimientos insertamos. El mapa original de nuestro estudio, mucho más pormenorizado, puede verse en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, volumen VII, Nº 4, de 1947.

La laguna Magdalena y el cerro Vigías.

El Estrecho: donde el Magdalena, con curso no inferior a 45 kms., y tras recibir el tributo de 5 verdaderos ríos y de numerosas quebradas, reduce su anchura a 2 metros con 35 centímetros.

En el *páramo de las Papas* se destacan por su belleza y tamaño (490 y 460 metros de largo, respectivamente) las lagunas de *La Magdalena* y *Santiago*, distantes una de otra algo más de 2 kilómetros, y puestas ambas a una altura de 3.500 metros, más o menos. Alimentada *La Magdalena* por el diminuto *arroyuelo de los Reyes* y por la humedad latente en los tremedales que casi por completo la rodean, es el verdadero origen de nuestro *río Magdalena*, que desde allí se conoce con este nombre. Y por cuanto diversos autores han querido extremar la fecundidad de este depósito lacustre, preciso es declarar, enfáticamente, que ninguna relación guarda él con las fuentes del Cauca, del Caquetá o del Patía, ni de ningún otro río.

Más pintoresca la de *Santiago*, por la forma del cuenco que la contiene y la majestad y encanto de las "Peñas Altas" que la cercan, de ella fluye el arroyuelo popularmente llamado *Lambedulce*, que es el primer tributario del Magdalena por la banda derecha, 3 kilómetros abajo de su origen, aproximadamente. También aquí, contra lo que hallamos en obras muy respetables, que halagaron la fantasía con una prodigiosa hermandad fluvial, hemos de afirmar, perentoriamente, que tampoco tiene esta laguna nexo alguno con las fuentes del Caquetá ni con las de alguna otra corriente. A su oriente, en recóndita hondonada que tal vez nadie más ha contemplado, está la *laguna Providencia*, que nutre la quebrada *Santa María*, la cual se arroja igualmente al Magdalena por la orilla derecha.

Aunque pequeño comparado con el anterior, digno es también de nombradía, como cuna de uno de los mayores ríos patrios, el páramo de *Peñas Blancas*. Cuatro *lagunillas* dan luz y gracia a esta rinconada. Situadas dos de ellas en el límite de los páramos, pagan tributo apenas perceptible a la laguna de Santiago, situada en nivel inferior. De las dos restantes y del pie de la mole que da nombre al páramo, saltan unas fuentecillas que luego de descolgarse por alto peñón, cortado a tajo, reúnen sus aguas para constituír, en modestos comienzos, el famoso *Caquetá*. Como fuente prima del río damos la preferencia, por su mayor altura inicial, y por el volumen con que prorrumpe, después de sumirse bajo tierra, arriba del despeñadero en que forma grácil cascada, a la que surge al pie del enhiesto y también tajado muro de las Peñas, por su costado norte. Apenas así formado el Caquetá, apresúranse a unirse dos delgados arroyuelos, para llevarle su tributo cual fraternal mensaje del colindante páramo de las Papas.

* * *

Dejamos resuelto así, en plena luz, el problema de los nacimientos de esos dos ríos colombianos, durante un siglo convertido en logogrifo que daba cabida a las más contradictorias afirmaciones. Por lo que al *Cauca* respecta, sus fuentes hay que buscarlas bastante al norte de las del Magdalena (quizá a unos 10 kilómetros), en sitio y forma que aún no tienen geográfica precisión. Bastante más cerca (talvez a menos de 5 kilómetros), también hacia el norte, deben hallarse las del *Guachicono*, uno de los brazos superiores del *Patía*, que principalmente se forma del *Quilcacé* y del *Timbío*, alimentados por los flancos del Sotará. Ojalá no esté lejana la fecha en que afortunados exploradores, de tierra o de los aires, expresen en líneas de nítida certeza esos otros manantiales, al propio tiempo que pongan en evidencia la verdad de nuestros asertos y talvez lo fundado de nuestras conjeturas. Para entonces se habrá adelantado considerablemente en el conocimiento de aquel mar de montañas y prodigio de venas fluviales que es el Macizo colombiano.

DE LA MORAL

POR LUIS MARIA MURILLO

Para "Fuerzas de Policía".

"Los principios naturales de la moral son: la creencia en el bien, es decir, en el orden universal, y la creencia en el deber, esto es, en la dignidad humana".

GABRIEL CAMPAYRÉ (*Curso de Moral*).

"La virtud es una obra de arte, y la sabiduría se asemeja a Fidias; la materia que moldea es el alma humana, y el modelo que imita, Dios".

A. FOUILLÉE (*La Filosofía de Platón*).

¿Desaparecerá algún día el culto a la belleza? Yo no puedo seguir a Renán cuando afirma que hay un antagonismo irreductible y casi absoluto "entre el mundo de la razón y el efectivo". Allan Fergusson, notable físico inglés, dice "que el hombre de ciencia es, en el fondo, un artista; tiene todas las intuiciones y la sensibilidad de un artista"; y, para respaldar su pensamiento, trae el grato recuerdo de Federico Augusto Kekulé —el sabio químico alemán que hizo una gloriosa exploración por los arcanos de la estructura atómica— cuando decía: "Aprendamos a soñar... quizás entonces hallemos la verdad..."

Este hombre de ciencia de tipo moderno (que recibió, sin los grandes ideales de la humanidad, el rico legado de toda su cultura; que al margen del palpitar de nuestra vida interior sólo tiene en cuenta la fría experimentación; que con el solo balance de los genes y de los cromosomas cree haber descubierto el camino futuro del hombre; que ha hecho surgir al *homo máquina* cambiándole el *sapiens*, por calculadoras automáticas, las funciones del cerebro; que construye en serie máquinas gigantescas, torres de Babel y campeones de bíceps monstruosos; que ha ideado la inseminación artificial quebrantando el amor; que principia a despojar al corazón de las dulces pasiones y a sustituírlo, en un ensayo que nadie sabe a dónde conducirá, por groseras bombas que impulsan el plasma hacia tejidos animales sin alma y cuya vida parece inmortal; que ha dado a los déspotas las armas de la tiranía, y vive en torres de marfil desde donde suele asistir, como a un experimento, al paso de las procesionarias de los pinos creadas por sus métodos, los borregos humanos, las multitudes sin personalidad, que vegetan y viven sólo para ofrendar al amo, sin amor y sin piedad, la gestación de cada año, la munición en muchedumbre, la blanca, la amarilla, la negra carne de cañón...), se ríe de la intuición, no quiere soñar... Ha olvidado que el maravilloso mundo gozado por sus vanidosos sentidos es el milagro de una lámpara encendida por el paganismo, un paganismo paradójicamente espiritual que —como lo dice con justicia y acierto el profesor Percy Gardner—, tuvo ocho rasgos que fueron ocho virtudes: "Humanismo, sencillez,

equilibrio y medida, naturalismo, idealismo, paciencia, alegría y compañerismo''; es decir: ¡AMOR!

¡Pero la lámpara principia a apagarse, y como preludio de las sombras, el hombre de hoy, sin luz celestial, ha tomado torpemente el patrimonio de una gran cultura, y en sus manos principian a desencadenarse fuerzas monstruosas...! ¡Quizá este ''Aprendiz de Brujo'' alcance a oír las voces de su maestro...!

En 1925 Kramer y Holst decían con acento de terror algo que puede ser como la siniestra profecía de un apocalipsis:

''Ya ha sido sugerida la idea de que las catástrofes del universo, representadas en los cielos por la repentina aparición de estrellas muy brillantes, pueden ser el resultado de una liberación de energía subatómica, producida quizás por la *hipersabiduría* de sus mismos infortunados habitantes''.

Aunque esta profecía no se cumpliera, hay una ley biológica definida por Depéret y que parece suspendida, con mayor riesgo que la espada del célebre tirano de Siracusa, sobre el hombre de más allá de los trópicos; ese hombre que ha hecho de la especialización de sus funciones un sistema funesto y antiespiritual, y que mira con soberbia racial el canon de su gigantesca estatura...

Depéret, en efecto, ha podido probar que el mecanismo de la desaparición de las especies está en relación con el aumento gradual de su talla y con la especialización de sus funciones; es decir, ha predicho el fin del superhombre de las zonas templadas, del fin del único culpable de la perturbación actual de la moral. Y entiéndase bien la idea del célebre sabio francés: ''Estas especies están en vísperas de desaparecer en el preciso momento en que han adquirido el máximo de poderío...''

* * *

''El arte frívolo, la moda delirante, son siempre el canto del cisne de toda una éra que presiente un fin cercano'', y este signo de los tiempos tan inteligentemente definido por Payró, ¡está presente! Sí, hay una crisis de principios que afecta al orden universal y a la dignidad humana... conocemos algunos de sus signos:

El amor, sin espíritu, ha perdido su humanismo; podría incluírse dentro del catálogo de las *Costumbres amorosas de los animales* escrito por Jean Rostand y otros biólogos.

Del canto a la alegría de Beethoven, que se alza armonioso por las esferas celestes, hemos descendido hasta los ritmos lujuriosos y entorpecedores que van depositándose en las playas de los grandes ríos y de las islas tropicales, y que son como la vieja piel, todavía palpitante, que la naturaleza va abandonando en las mudas de su eterna transformación. A propósito de estas abominables mutaciones de la música, decía Platón esta verdad que podría corroborarse espléndidamente con los hechos de la época presente: ''El nuevo estilo va introduciéndose poco a poco y se desliza suavemente en los hábitos y en las costumbres; y luégo sigue creciendo y se lanza al ataque de las leyes y de las constituciones con la mayor insolencia hasta terminar causando la ruina del Estado y de los particulares''.

De Praxiteles, Miguel Angel y Rodín, que descubrieron la forma corpórea de Dios, hemos caído hasta la ''informe brutalidad'' de los Franz Metzler, cuyas esculturas atormentan como pesadillas.

De Fra Angelico, Giorgione y Rafael, nos hemos hundido hasta los inquietantes ''ismos'', que solamente podríamos tomar con decencia, como le sir-

vieron a Lombroso los dibujos escritos por los presidarios en las paredes de las cárceles, para explorar un climax de perversidad...

. . . . . .

El hombre salta desconcertado entre dos "ismos", el del espíritu y el de la materia, sin topar el justo medio, su único "ismo" lógico, el humanismo. Podríamos mantenernos con carne de aserrín, pero la humanidad sucumbiría si la sensualidad no se conforta con el espíritu. Pero andan igualmente equivocados quienes nos proponen el régimen absolutamente espiritual, a espaldas de la voluptuosidad. De un lado se da pábulo a la concupiscencia; del otro se hace ancho y desorbitado el horizonte de la locura.

El "Boletín" del 8 de agosto ha referido ya la batalla de Boyacá, y yo no añadiré otra cosa sino que el General Simón Bolívar, presente en todos los puntos de acción, dio las órdenes precisas para hacer brillar el valor de las tropas, el esfuerzo de los Jefes y Oficiales, y terminar de una vez la obra que había tomado a su cargo.

GENERAL SANTANDER

ARTE

ENSAYO DE DEFINICION DE UN ESTILO

POR MARTA TRABA

Para "Fuerzas de Policía".

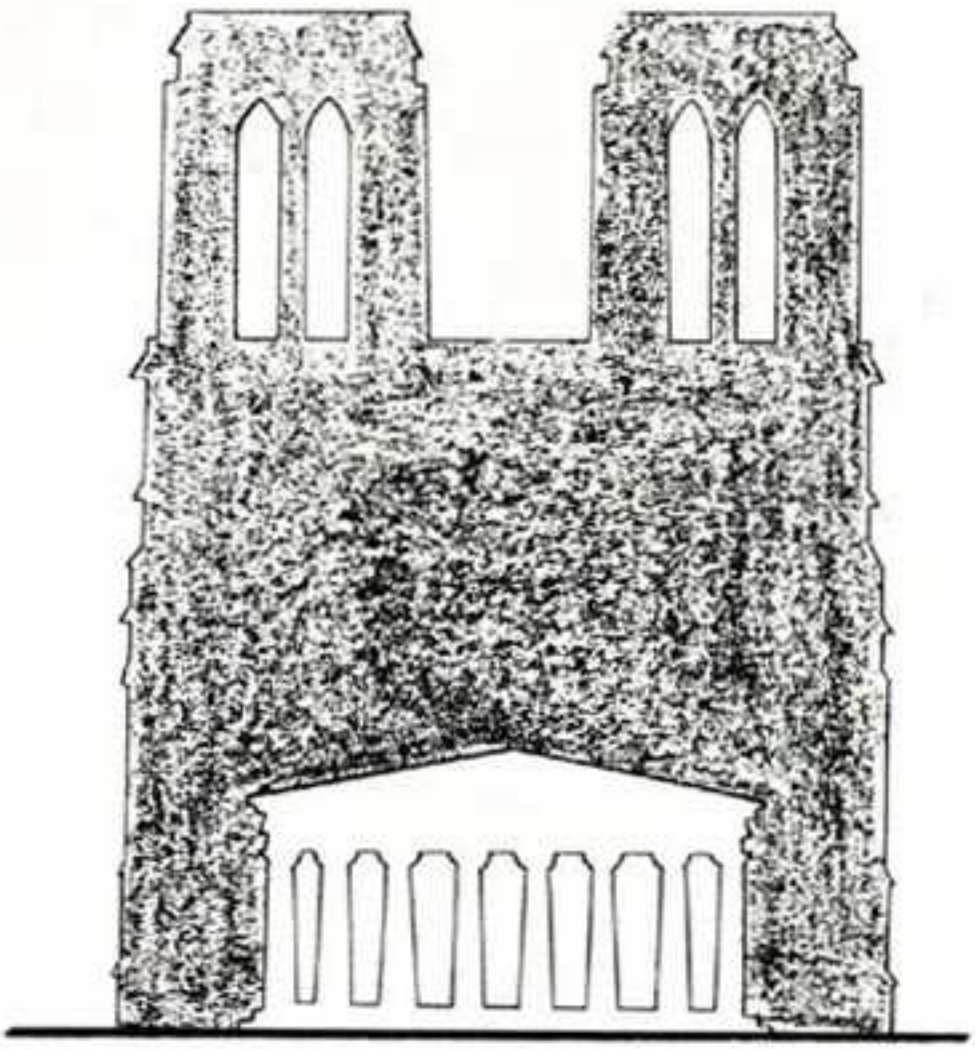
El arte griego ocupa en la historia un período relativamente breve, si se compara con el deslumbramiento que causó y sigue causando al mundo: va desde el siglo VII hasta el año 150 antes de Jesucristo, año de la conquista romana. Y su espacio geográfico no es menos reducido; Grecia, propiamente dicha, Asia Menor y Gran Grecia. Y si recordamos que las obras maestras de esos cinco siglos pueden contarse con los dedos de ambas manos, tanto en arquitectura como en escultura, y que en este último arte, lo que ha llegado en general a los museos son copias bastardas de originales desaparecidos, la pregunta que parece plantearse con fuerza de necesidad es: ¿Cómo ha podido el arte griego mantener sin altibajos (caso único en la historia del arte) su condición de excelsa forma de la inteligencia y la sensibilidad humanas? La pregunta sería cómo y por qué. Al tratar de responderla se intenta, en cierta forma, la definición de un estilo, que en la mayoría de los casos se admira por simple tradición, sin haber hecho el esfuerzo de entenderlo.

El hombre es el creador del estilo; ¿él debe ser, pues, el punto de partida de la definición? ¿Se diferencia el hombre griego (me refiero a su actitud y reacción ante la religión y la naturaleza, factores vitales del mundo antiguo) de los tipos humanos que pueblan antes y después de él el resto del mundo? Sí, se diferencia de manera fundamental. Ha llegado a un dominio de las fuerzas naturales que encuentra a su alrededor, y de esa dominación deduce su propia jerarquía, que es violentamente egocéntrica. Sintiéndose centro y eje del universo, el hombre griego pierde el temor ante lo desconocido y la divinidad. El olimpo griego está formado de semidioses, donde los dioses no tienen inconveniente en alternar con los hombres. Perdido el miedo, se pierde la idea de religión, como cosa trascendente, y el arte, por consecuencia, pierde también y por completo su trascendentalismo. Ahora bien: ¿cuándo puede un hombre perder el temor a lo desconocido y pararse en mitad de la tierra sintiendo que todo lo que le es exterior (tanto en el dominio de la materia como en el del pensamiento), existe simplemente porque se relaciona y vincula de alguna manera con su propia persona? Sólo cuando ha llegado a un total equilibrio de fuerzas, sólo cuando comprende —o cree comprender—, que no hay nada que tenga más peso que su idea. Perdido el temor por la naturaleza, todo lo que es natural se convierte en una especie de soporte para tan admirable equilibrio. Perdido el temor por la religión, ésta se vuelve familiar y hecha a la medida humana. A esta salud mental se llama clasicismo; a ese hombre perfectamente equilibrado con todo lo que le es exterior, se le ha llamado "hombre clásico".

¿Cuál es la consecuencia del clasicismo en el arte? En primer lugar, como ya lo hemos visto, la pérdida total del trascendentalismo. El griego hace

del arte su espejo, un espejo ideal, una especie "de intuición ideal de la vitalidad depurada y consciente". El arte, nacido de un concepto hedonista, ¿debe satisfacer un canon de belleza que está hecho, como la religión, a la medida del hombre? ¿Podría buscar, en este caso, el hombre clásico, la monumentalidad del egipcio que vive prosternado ante deidades misteriosas, o los espacios grandiosos del hombre medioeval que vive de rodillas ante un solo Dios clemente pero inexorablemente justiciero? (El temor en un caso, el amor en otro, ha roto el equilibrio que llamamos clásico). No, la única búsqueda que un hombre totalmente equilibrado puede hacer, en materia de arte, es la armonía, donde cada elemento es ponderado de tal manera que del conjunto emane una belleza, ni ascética, ni turbadora, ni miserable, ni terrible; una belleza exacta, que goza objetivamente de sí misma y que está desprovista de toda ulterior finalidad. Tal es la belleza griega.

El hombre clásico, al crear un arte conforme con su imagen, un arte que no tiene ningún carácter de necesidad y que se desenvuelve como un lujo del espíritu, calcula cuidadosamente las medidas. Mucha gente que no conoce sino de manera superficial las cuestiones artísticas, cree firmemente que el Partenón es un templo monumental. Quizás se decepcionarían al saber que, comparado con Nuestra Señora de París, por ejemplo, aparece más o menos del tamaño de los tres portales de la famosa catedral francesa. Es que siguiendo lógicamente el camino de las ideas, se comprende que el griego no podía hacer edificios colosales, que hubieran desentonado con su propia dimensión. No sólo las dimensiones son humanas (el templo griego es morada de dioses y semidioses que tienen apariencia humana), sino que el plan es extraordinariamente simple; esquemáticamente está constituído por una caja paralelepípeda (naos) rodeada de una columnata (peristasis). Este espacio está cubierto por un techo a dos aguas, que crea dos frontispicios, uno adelante y otro atrás. Pueden existir variantes, pero lo esencial, del Partenón para adelante, está ahí.

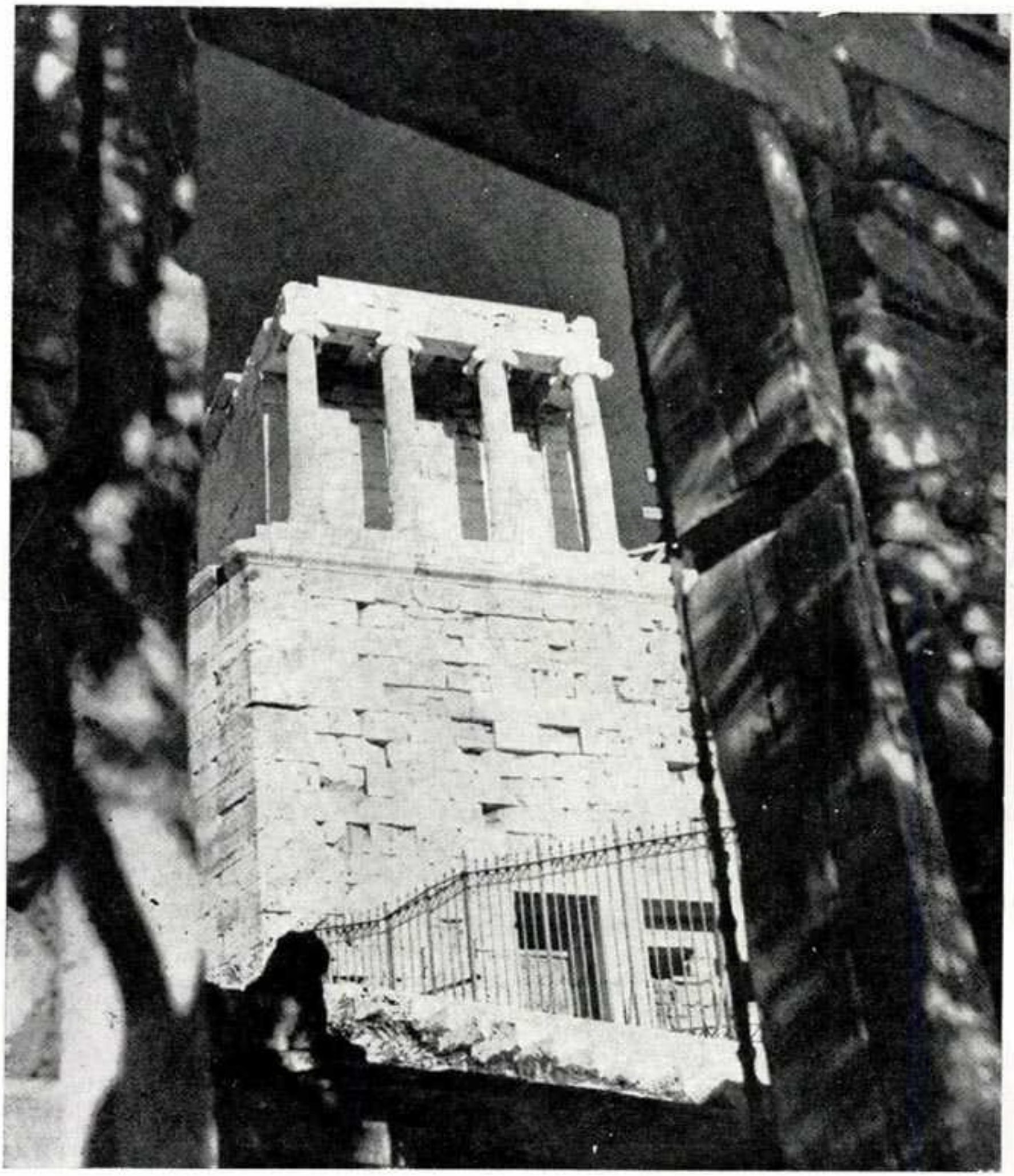


Si se colocaran juntos la Catedral de Nuestra Señora de París y el Templo del Partenón, este templo ocuparía, más o menos, el espacio de las puertas de la Catedral.

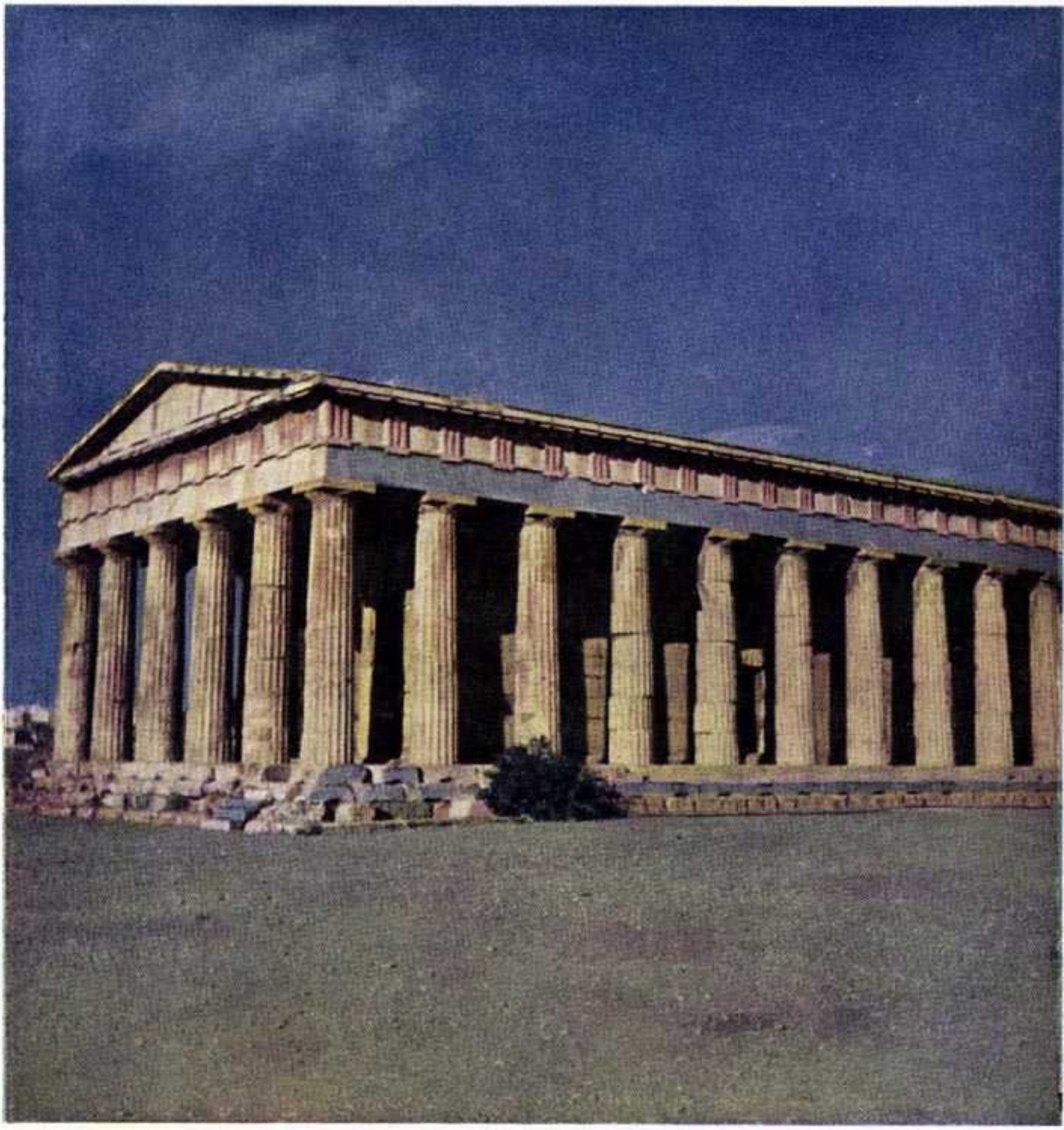
La grandeza de estos templos, asombrosamente simples, parece residir toda en el sentido de las proporciones. El cálculo parece haber ocupado entre los griegos mucho más lugar que la construcción gráfica. Todas las partes de que está compuesto un edificio son, por lo general, conmensurables en relación a una medida común, el módulo, que de ordinario es el radio de la columna. De esas relaciones entre los elementos arquitectónicos surgirían los dos grandes órdenes: el dórico y el jónico. A este respecto, Vitruvio habla de una clara intención ideológica que habría presidido la creación de dichos órdenes; según él, al dar al orden dórico sus medidas y su expresión particular, se habría querido imprimirle el carácter de fuerza y gravedad que es atributo del hombre. Para el orden jónico, en cambio, mucho más fino y grácil, la inspiración estaría en la figura femenina. Esta interpretación, aunque literaria y legendaria, encaja, sin embargo, con la naturaleza del genio helénico, que, en ningún momento, traiciona su serena voluntad de goce.

Esa creación simple, bella y solemne que es la arquitectura griega, se vuelve naturaleza idealizada cuando entramos en el taller del escultor clásico. Y volvemos siempre al punto de partida; la materia esculpida es el hombre perfecto, el atleta; se capta su perfección, no inmóvil, ya que esto sería reducirla a un esquema, sino en lo que tiene de más conmovedor y humano: en mitad de la acción, organizada en la gracia del movimiento. Nuevamente vemos surgir la necesidad de proporción, que es hermana del equilibrio; de manera general, hemos visto que reside en el mismo instinto del artista griego. La observación apasionada de la belleza humana la ratifica a cada instante; finalmente, esa infatigable y obsesionante proporción encuentra su consagración en el sentimiento, que aspira a un ideal, a un absoluto de perfección. Así como el módulo creaba la proporción arquitectónica, un canon (que pudo ser la palma de la mano u otra medida distinta) ordenaba la proporción o armonía escultórica. Desde el punto de vista estético, el estilo escultórico culmina donde se encuentran la pasión por la verdad, con la pasión por encontrar un ideal. Ambas búsquedas son auténticas y no hay fraude ni en una ni en otra. Los detalles más corrientes nos autorizan a creer de buena fe en la pasión por la verdad; el hecho de que tallaran (al contrario de los egipcios) en tierna piedra calcárea o en mármol de grano fino dócil al buril que quiere reproducir el movimiento; o las explicaciones de un Policleto al acabar el Doryforo, en que se intentaba demostrar que la belleza perfecta no se da sin esfuerzo, sino que es el resultado de la obstinación de la inteligencia. Hacia el ideal —un ideal próximo y accesible—, tiende la "divina proporción", que desde la convención de la sonrisa en las estatuas arcaicas, hasta el movimiento libre de las grandes estatuas áticas, va uniendo puntos de equilibrio entre el instinto y el intelecto.

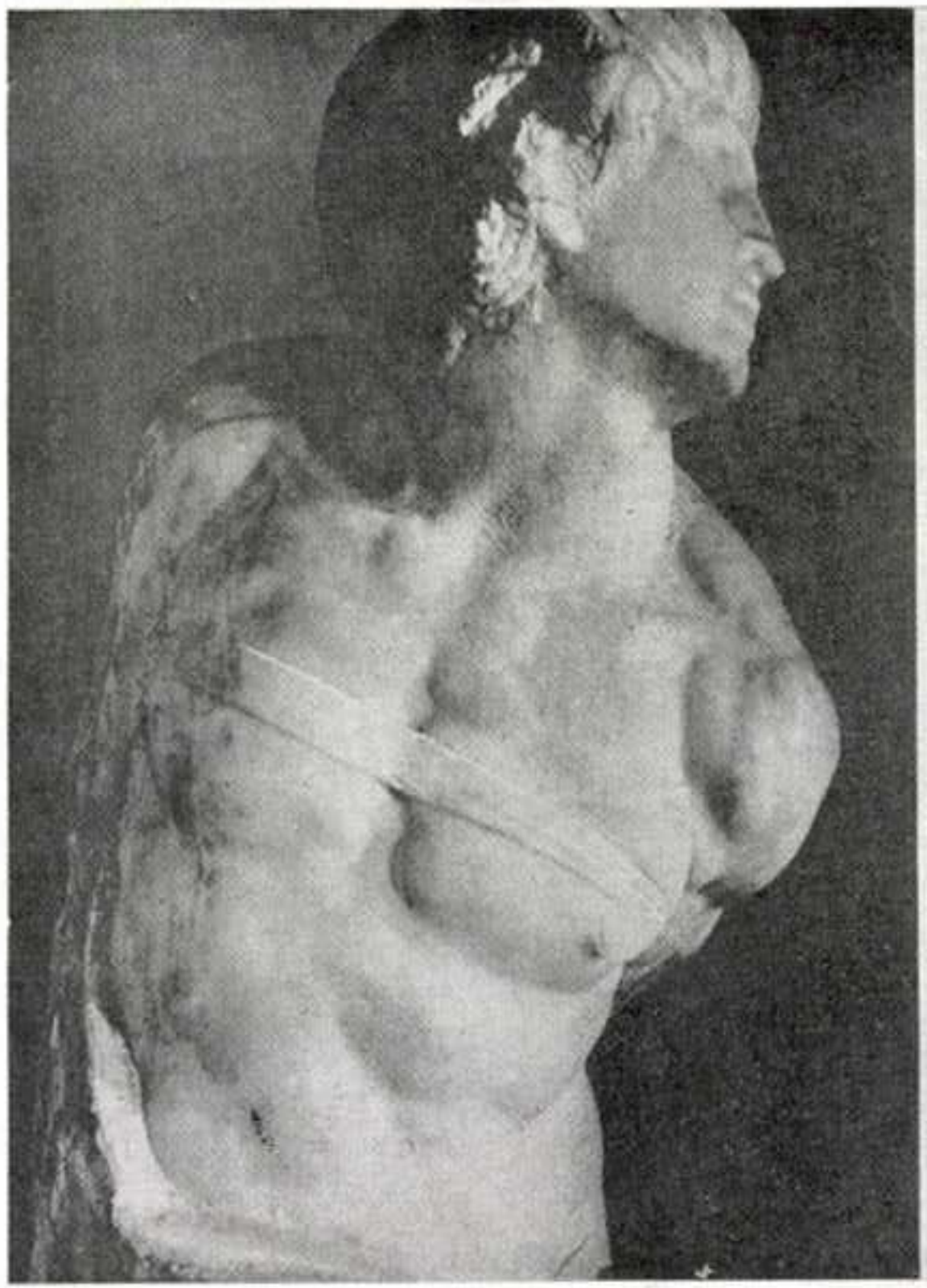
Resumiendo: es la proporción, nacida del equilibrio intelectual y físico, la que da la tónica al estilo griego-clásico. No habiendo desequilibrio, no hay alteración, no hay profundos sobrecogimientos, no hay altibajos; no hay tampoco el carácter, la soberanía y la fuerza que nacen de la desesperación, o del amor, o de la angustia. Pero la belleza pura tiene algo de milagroso, mientras que el carácter lanza un impacto más directo, pero transitorio; la armonía clásica es perennemente conmovedora porque representa un estado pacífico en que el alma —eterna desarraigada— encuentra en sí misma su sosiego.

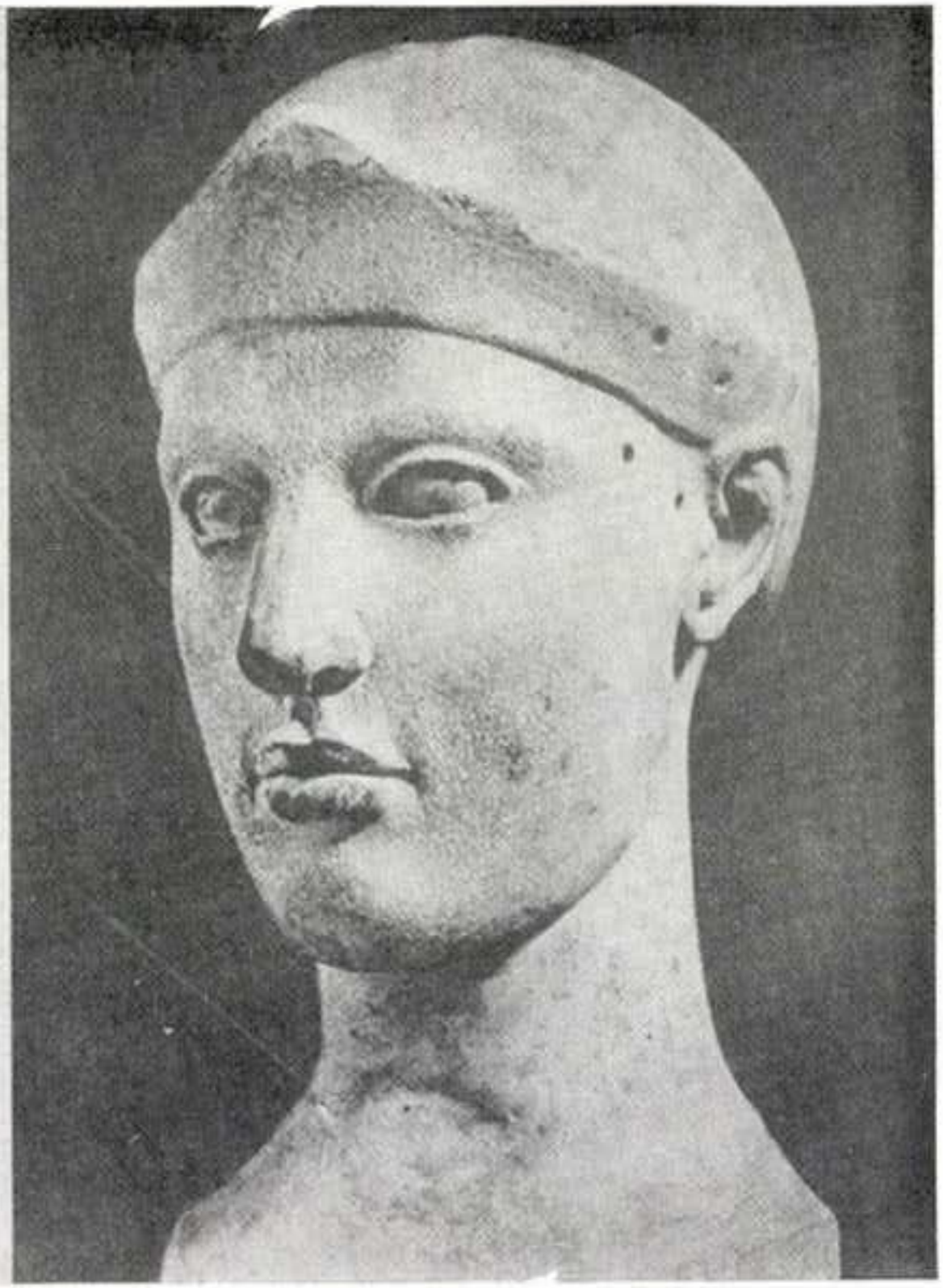


TEMPLO DE ATENAS



TEMPLO DE TESEO





ATENA DE AEGINA

FUERZAS PATRIOTAS EN BOYACA

Comandante en Jefe, el Libertador Simón Bolívar.

FRACCION DE VANGUARDIA

Comandante, el General Francisco de P. Santander. Batallón Cazadores, 400 hombres; Comandante, Mayor Joaquín París. Batallón 1º de Línea, 410 hombres; Comandante, Teniente Coronel Antonio Obando. Escuadrón Guías de Casanare, 200 hombres; Comandante, Teniente Coronel Santiago Béjar.

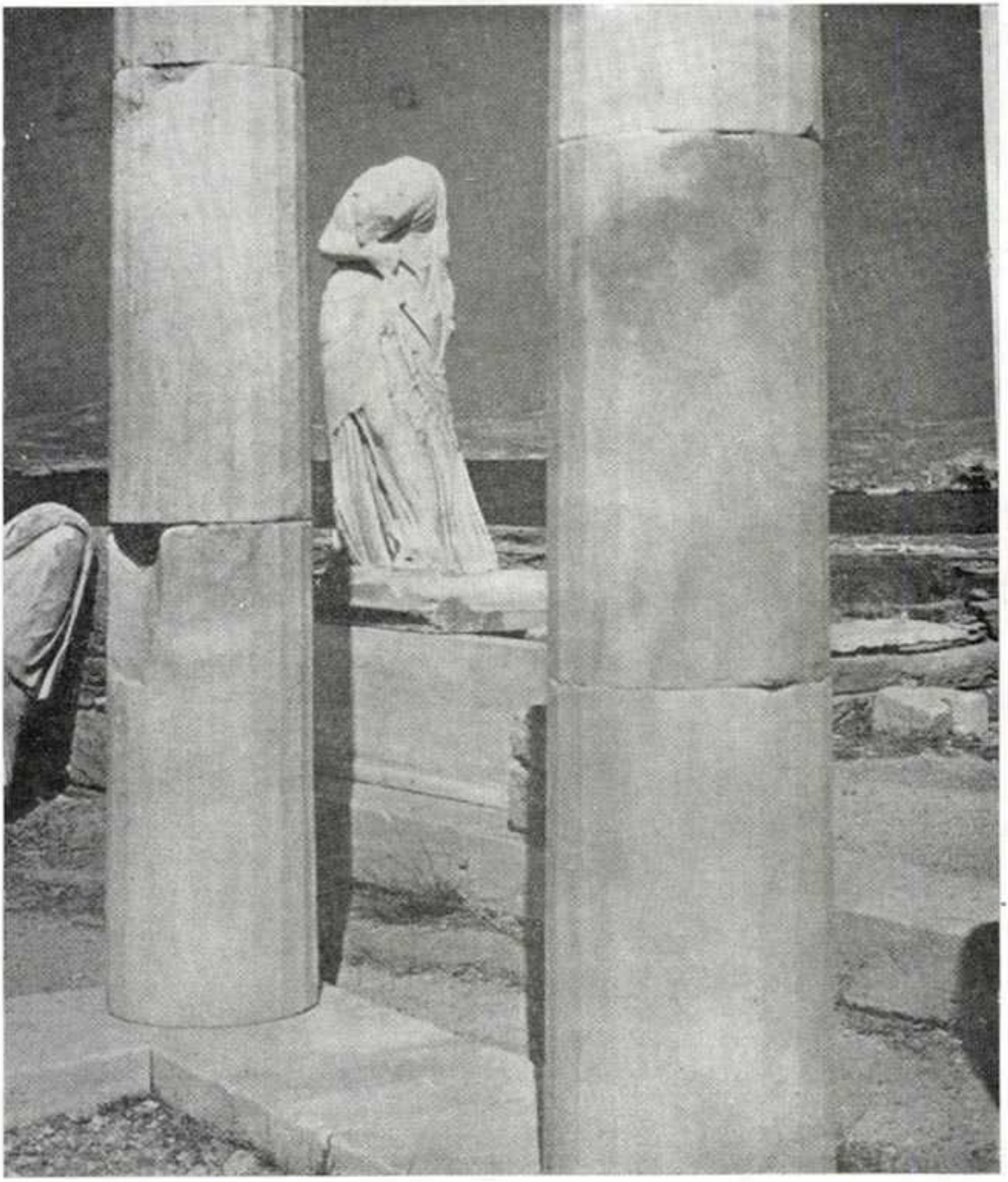
FRACCION DE RETAGUARDIA

Comandante, el General José Antonio Anzoátegui. Batallón Rifles, 420 hombres; Comandante, Coronel Arturo Sanders. Batallón Barcelona, 300 hombres; Comandante, Coronel Ambrosio Plaza. Batallón Bravos de Páez, 300 hombres; Comandante, Coronel Cruz Carrillo. Legión Británica, 120 hombres; Comandante, Mayor Juan Mackintosh. Escuadrón Lanceros, 300 hombres; 1º Escuadrón, Comandante, Teniente Coronel Juan José Rondón. 2º Escuadrón, Comandante, Teniente Coronel Leonardo Infante. Escuadrón Guías de Apure, 100 hombres; Comandante, Teniente Coronel Hermenegildo Mujica. Escuadrón Dragones, 80 hombres; Comandante, Mayor Juan Mellao.

RESERVA

Columna Tunja, 500 hombres; Comandante, Teniente Coronel José Gabriel Lugo. Columna Socorro, 300 hombres, Comandante, Mayor Félix Soler. Total, 3.430 hombres. (Sólo 2.000 veteranos).

HYGIE DE SCOPAS



CASA Y ESTATUA DE CLEOPATRA

SECCION ILUSTRATIVA

A cargo de la Escuela de Policía "General Santander".

La influencia de lo geográfico sobre la personalidad del delincuente

POR MARCO ANTONIO FONSECA T.

Para "Fuerzas de Policía".

1. EL VALOR DE ESTA INFLUENCIA. 2. EL TIEMPO. — 3. EL CLIMA — 4. EL SUELO. — 5. EL PAISAJE — 6. ENFERMEDADES ENDEMICAS.

1. *El valor de esta influencia.* Lombroso y Ferri fueron los primeros científicos criminalistas que se preocuparon por la influencia del medio geográfico sobre el delito, llamando a éste causas físicas de las manifestaciones delictivas. Ya antes, muchos biólogos y hombres de ciencia se habían preocupado por la geografía para averiguar su influencia sobre los seres animados. Entre nosotros el sabio Caldas, probablemente la figura científica más destacada de la América del Sur en todos los tiempos, escribió *El influjo del clima sobre los seres organizados*, de mucho valor científico.

Es lógico pensar que el medio geográfico, con todos sus componentes, influye grandemente en las manifestaciones de costumbre, ya que la humanidad vive en el escenario de la geografía, sometida a las mutaciones de ésta y a su implacable determinismo; pero también debe advertirse que los pasos de la civilización se han orientado a la conquista de la naturaleza. El hombre, que con su afán de dominio quiere subyugarla, ha llegado a aminorar los rigores de ésta y a vencer muchos de sus obstáculos.

Muchos historiadores y geógrafos han acusado la influencia de la geografía sobre el curso de la historia. Herbertson, en su *Geografía humana*, anota cómo, por ejemplo, la colonización de la llanura central de los Estados Unidos, realizada tan rápidamente y con tanta facilidad, se debió a la escasez de árboles y a la fertilidad de esta llanura del Oeste del Misisipí; en cambio, los nativos de Australia, colocados en una región inhospitalaria y seca como aquélla, se vieron relegados a la miseria, y no pudiendo criar animales ni cultivar la tierra, desviaron sus costumbres hacia el canibalismo y el asesinato de los enfermos y débiles [1].

Antes de entrar de lleno en este tema, hemos de advertir que la conducta humana obedece a múltiples aspectos, no pudiéndose rigorizar, por tanto, la influencia de la geografía en la conducta de los individuos, menos aún en las manifestaciones delictivas, toda vez que, puede argumentarse, la naturaleza es un conjunto armónico en donde todo marcha coordinadamente hacia lo constructivo y hacia el bien, y no se concibe que un aspecto de la naturaleza, como sería el geográfico o el físico, en algunos sectores, lance al hombre hacia el delito, que es una fuerza destructora de la misma naturaleza. Según el profesor Ernesto Ghul, este argumento es contundente, pues si en algo influye la geografía en el delito no es precisamente por el influjo del ambiente físico, sino por la transformación humana de lo geográfico, es decir, por el elemento humano que vive en una determinada región y que al manifes-

[1] A. J. y E. D. Herbertson, *Geografía humana*, S. A., Industrias Gráficas. Barcelona, 1914.

tarse delictivamente no lo hace por influencia de la misma geografía sino por razón de sus costumbres, o sea de las transformaciones y creaciones humanas.

Es importante tener en cuenta, además, que el grado en que influye la geografía en el hombre, es primordialmente subjetivo, es decir, que cada cual sufre su influjo, de acuerdo con sus circunstancias anímicas y biológicas.

Utilizaremos la división que hace Willy Hellpach en su maravilloso libro *Geopsique*, al fijar la influencia de la geografía en el alma desde cuatro aspectos: tiempo, clima, suelo y paisaje, que ejercen su influjo sobre cuerpo y espíritu por su apreciación sensible (impresiones) y por el efecto tónico (influjo) sobre el organismo [1].

2. *El tiempo.* El tiempo, que es el estado en que se encuentra la atmósfera en un sitio y en un momento determinado, está compuesto de varios elementos: el aire, en donde el tiempo se desarrolla, formado por oxígeno, nitrógeno, anhídrico carbónico, gases nobles y vapor de agua; el calor y el peso del aire, que constituyen la temperatura; la quietud o movimiento del aire, la presión atmosférica, los sonidos (truenos) y el olor. Todos estos elementos, combinados en diferentes proporciones, determinan las características del tiempo que se experimenta en un momento determinado y que influye en nuestra psique, según se presente.

Así, la *tempestad*, que es un "proceso de condensación de vapor acuoso en la atmósfera, unido a descargas eléctricas visibles y audibles", ejerce influencia en el espíritu desde un doble aspecto: por el espectáculo de las descargas eléctricas (relámpago) y de las condensaciones acuosas (nubes espesas que obscurecen el día), que resulta para algunos deprimente, aterrador, angustioso, y para otros, atractivo, exaltado, desconcertando y distrayendo los ánimos (delitos culposos, delitos contra la integridad personal), y por el influjo del efecto tónico, que se opera, generalmente, antes de que la tempestad sea sensible. Antes de ésta, las personas manifiestan una especial intranquilidad, incertidumbre del porvenir, impaciencia, irritación, angustia, un ánimo oprimido y temeroso pero irritable, lo que puede llevarlas a acciones antisociales como delitos culposos, lesiones personales, daño en cosa ajena, riña, injuria. A menudo esos aspectos anímicos van acompañados también de aspectos corporales como temblor, movimientos exagerados e inseguros, zumbido en los oídos, deseos insistentes de orinar, exagerado apetito sexual, que puede conducir a violaciones.

Las autoridades de circulación fácilmente se han dado cuenta del mayor número de accidentes de tránsito en tiempo tempestuoso. Este crecimiento en los accidentes no se debe únicamente a la poca visibilidad del tiempo lluvioso y tempestuoso ni al suelo resbaladizo por la humedad, sino también a los efectos que hemos anotado anteriormente.

Las heladas, granizadas, chaparrones, y la niebla, ejercen el mismo influjo deprimente en el espíritu, como el de la tempestad, también por razón del paisaje deprimente que presenta.

El tiempo fresco, refrescante, en donde hay claridad y viento moderado, causa alegría y euforia. Durante éste nos sentimos emprendedores, magnánimos y menos propensos a la pelea. Para que este tiempo ejerza tan benéfico influjo, se necesita que la presión atmosférica esté alta, haya poca humedad en el aire y viento suave. Porque cuando la presión atmosférica baja, los temperamentos se agitan y se invaden de zozobra e irritabilidad. Clarence A. Mills observó en Indiana que una vaca en tiempo claro y estable era "una criatura dócil y agradable", pero en la bajante barométrica (descenso de la presión atmosférica) en momentos de tormenta próxima, se ponía rara y terca. Igual cosa pudo ob-

[1] Willy Hellpach. *Geopsique*. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1940.

servar en los peces, los perros y las ratas.

El grado de humedad en que se encuentra el tiempo es de gran importancia para la conducta, y en particular, para la criminalidad. La humedad excita los nervios, hace irritables a las personas, y en general, rigoriza los efectos del tiempo. Compárese, por ejemplo, la criminalidad de menores en Quibdó y Tunja en 1950, en concordancia con estos aspectos:

	Quibdó en 1950.	*Tunja en 1950.*	
Días de lluvia en el año	249	94	
Cantidad en mm.	706,6	721,9	
Humedad relativa	82%	75%	
Temperatura máxima absoluta	34,0	22,2	
Temperatura media mensual	25,2	14,8	(año anterior).
Menores delincuentes en el mismo año:			
Delincuentes contra la propiedad ...	21%	48%	
Delincuentes contra las personas ...	42	24	
Delincuentes contra el pudor	14	7	
Por vagancia	14	7	
Otros hechos	9	14	

El calor del tiempo influye también sobre la psicología. Si las radiaciones calóricas son muy altas y prolongadas pueden ocasionar impaciencia, hiperexcitación nerviosa, excitabilidad. Por eso el sol directo sobre la cabeza de las personas durante un tiempo largo es peligroso, y de ahí la antigua costumbre del uso del sombrero. Cuando el calor de radiación es permanente, ocasiona excitabilidad, impaciencia ruidosa, nerviosismo; por tal motivo las personas que trabajan habitualmente en medio de calor de radiación, como las cocineras, herreros, fundidores, encuentran, por lo general, una vejez temprana acompañada de mal humor y nerviosismo. Naturalmente la influencia del calor no siempre es la misma, y depende del "desnivel térmico" entre el interior del cuerpo y la piel, y entre el calor de ésta y el aire exterior.

En general, puede decirse que el calor ardiente disminuye la concentración de la atención y la capacidad del pensamiento. Mills, en su libro *El clima hace al hombre*, relata esta experiencia hecha sobre un buen número de ratas: puso tres grupos de ratas a aprender a pasar por un pequeño laberinto, pero sometió a cada grupo a temperatura diferente, poniendo al primero a 65° F, al segundo a 76° F, y al tercero a 90° F., resultando que las ratas del primer grupo, en temperatura fría, tuvieron que ensayar sólo 12 veces para aprender a pasar por el pequeño laberinto. Las del segundo grupo, en temperatura templada, ensayaron 18 veces, y las sometidas a la temperatura ardiente (clima tropical), necesitaron 48 ensayos [1]. Estas observaciones tienen importancia para la sociología criminal, ya que se desprende fácilmente que en tiempo de calor, al relajarse la atención, puede cometerse mucho delito culposo.

El frío es estimulante, al contrario del calor, que es deprimente. Pero un frío riguroso trae cierto grado de torpeza mental, favorable a la delincuencia culposa, y mucha excitabilidad que puede ocasionar riñas. En cuanto al viento, es fácilmente comprobable que mitiga los rigores del calor, pero acrecienta los del frío. El viento, al principio, es estimulante y agradable, pero prolongado, se hace fatigoso e irrita y

[1] Clarence A. Mills. *El clima hace al hombre.* Editorial Argonauta, Buenos Aires.

malhumora a las personas. Muchas de las riñas callejeras tienen lugar en tiempo de insistente viento húmedo y frío.

El olor, que también interviene en la formación del tiempo, sea agradable, como el de los perfumes, o desagradable, produce, cuando es muy prolongado, dolor de cabeza, aflojamiento de la atención y mal genio. El olor específicamente sexual produce fuertes deseos sexuales que se traducen a veces en acciones criminosas.

3. *El clima.* Es el "tipo de tiempo en una región", o sea el tiempo que permanece en una determinada región a pesar de que continuamente sufra fluctuaciones. Quetelet, quien enunció la llamada "ley térmica de la delincuencia", dedujo que los delitos de sangre son característicos de los pueblos del mediodía, en tanto que los delitos contra la propiedad caracterizan a los pueblos nórdicos; esta ley, desde luégo, aún no se ha comprobado satisfactoriamente.

Para hablar de clima hay que concretar su significado. Se puede hablar de clima, simplemente, y entonces nos referimos al clima de una región durante un año. Así se dice, por ejemplo, clima ártico, tropical, caliente, templado o frío, continental o marítimo. También la palabra clima se refiere al estado habitual del tiempo durante una época del año determinada por el sol, como en el caso de la primavera, verano, otoño e invierno, o al estado común del clima en una región en determinado momento del día o de la noche, y por eso podemos referirnos al clima del día en una región o al clima nocturno. Todos estos aspectos tienen considerable importancia para la sociología criminal.

Nuestro clima es el tropical. En él la naturaleza es exuberante y nos brinda a todos facilidades. Por esto no nos pasa como a quienes viven en tierras de clima ártico que permanecen en continua agitación y actividad, previendo el futuro, calculando los medios de vida, almacenando en el verano para el invierno o viceversa, por los rigores de la naturaleza, la escasa vegetación y la ausencia de medios de vida. Vivimos a ese respecto una vida muelle y hemos degenerado por eso mismo en la imprevisión, ya que no tenemos que preparar nada para el futuro. Esta razón ha determinado probablemente el atraso en que viven estas tierras y la falta de cooperación de los habitantes entre sí; y, en cuanto a las ciencias criminógenas se refiere, no sería raro que las estadísticas comprobaran un mayor número proporcional de delitos culposos, por imprevisión, en los trópicos que en otras zonas.

Casi todos los autores están de acuerdo en que el trópico es un clima deprimente para la psique del individuo. Bajo su influjo se siente pesantez, deseo de descansar, tendencia a la parranda y a los vicios. Los rigores del trópico se manifiestan especialmente durante la aclimatación, y así para las gentes que vienen de otros climas, al enfrentarse con el ambiente tropical, experimentan fuertes excitaciones sexuales y tendencias inmoderadas al alcohol y al relajamiento.

Pero el trópico admite varias clases de climas. El clima continental, en donde el tiempo se manifiesta con todo su vigor, y que no tiene la brisa marina cuyo efecto es apaciguar los rigores del tiempo. En el interior la sequedad o la humedad son más fuertes, el frío o el calor más intensos, de suerte que la influencia del clima se manifiesta con mayores dimensiones que en la costa, en donde el único estímulo es la brisa marina, que no está ejerciendo constantemente su influencia por la limitación de las habitaciones y ciudades, en donde de ordinario permanecen las gentes. Así, los habitantes de las costas tienen menores estímulos, en relación con el tiempo, que los habitantes del interior. Este es uno de los aspectos geográficos que hacen que el índice delictivo sea notoriamente menor en los departamentos costaneros que en los del interior.

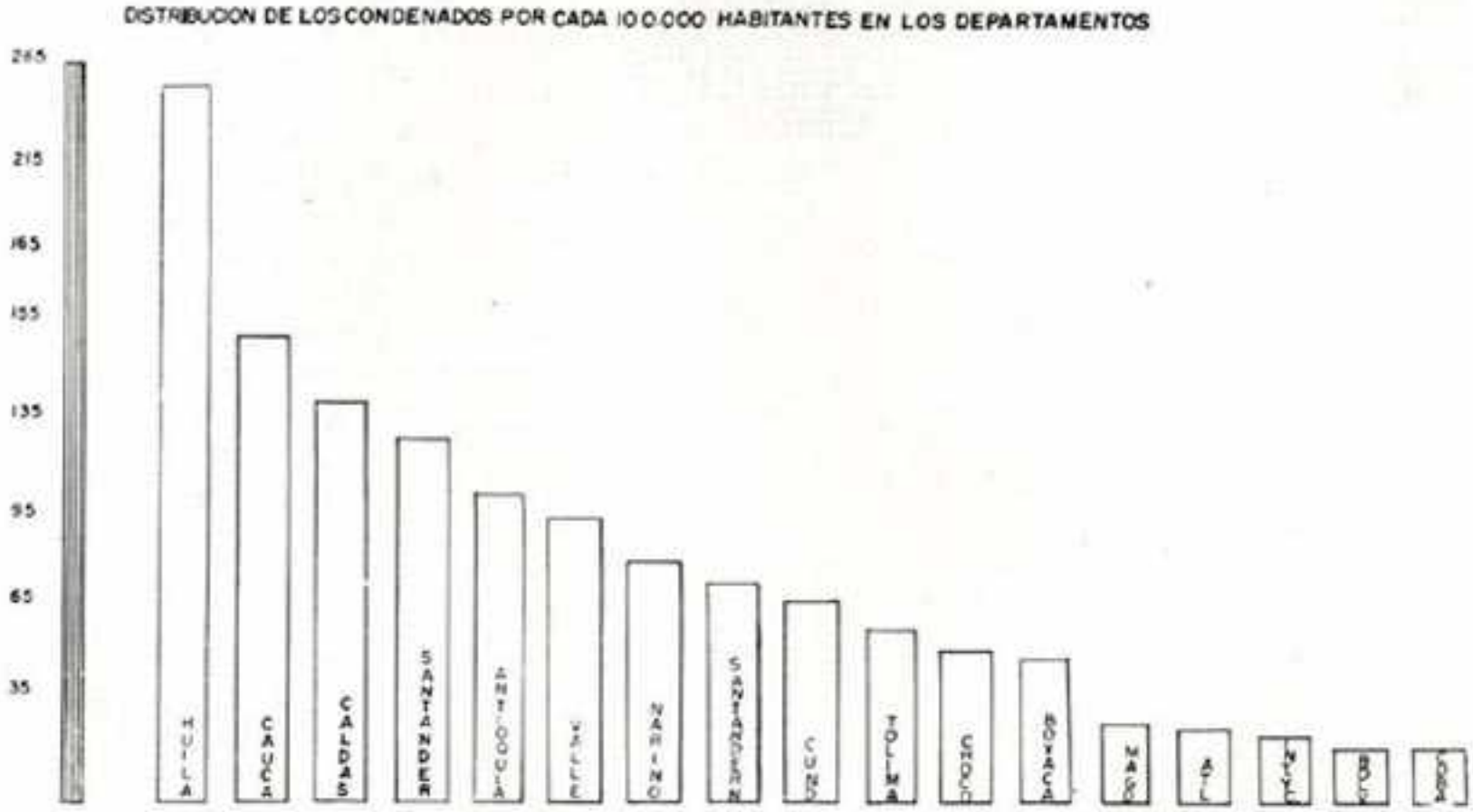
También nos interesa la altura sobre el nivel del mar, que actúa sobre el clima, y por consiguiente sobre el espíritu del hombre. En las tierras altas, montañosas, el espíritu se siente libre, dinámico, trabajador, aun cuando hay un descenso en la presión atmosférica (contradicción que los técnicos aún no se han explicado satisfactoriamente), en tanto que en las tierras bajas existe el cansancio, el deseo de dormir, la inactividad, en lo cual influye también la falta del paisaje que presentan las tierras altas. (En la costa no se reduce el paisaje, como en otras tierras bajas, ya que se tiene el maravilloso e inconmensurable mar).

Por la vida dinámica de los habitantes de tierras altas y frías y apacible de los habitantes de tierras bajas y calientes, podemos concluír que en las primeras la vida delictiva es más intensa. En efecto, el hombre de tierra alta, es dinámico, nervioso, vivaz, y se caracteriza por sus reacciones intrépidas, en tanto que el de tierra baja es mohino, abúlico y soñador. El cuadro que sigue sobre el índice de criminalidad de los diferentes Departamentos, comprueba lo que acabamos de decir, aunque cabe hacer una observación previa para su lógica interpretación: estos datos que presenta el cuadro están tomados de la estadística de criminalidad legal, y los resultados de la criminalidad legal no sólo dependen de la delincuencia sino también de los funcionarios encargados de administrar justicia; por eso, los resultados, alejados de la realidad, que presentan algunos Departamentos (como en el caso de Bolívar), no nos hablan únicamente de su escasa criminalidad sino de la pasividad con que en esos Departamentos se administra justicia. Por el contrario, si algunos Departamentos presentan un índice muy elevado (como el Huila y el Cauca), este índice nos está manifestando que en aquellas zonas administrativas es más certera y efectiva la administración de justicia.

CRIMINALIDIDAD LEGAL EN LOS DEPARTAMENTOS

(Número de delincuentes por cada 100.000 habitantes).

	1 9 5 2 Todos los delitos	Todos los delitos	1 9 5 0 Violencia carnal	Lesiones personales	Hurto
Bolívar	0,8	1,7	0,00	1,10	0,28
Córdoba	0,8	—	—	—	—
Magdalena	13,5	4,6	0,21	0,87	0,65
Intendencias y Comisarías	11,9	—	—	—	—
Chocó	47,1	14,2	0,00	5,00	3,00
Boyacá	41,0	26,4	0,78	9,30	2,87
Atlántico	12,6	27,3	1,00	4,13	11,40
Norte de Santander	64,7	33,5	0,50	10,00	2,60
Tolima	53,3	45,9	0,80	14,90	9,63
Nariño	73,0	72,4	1,20	34,85	12,01
Santander	53,3	45,9	0,60	15,00	9,74
Cundinamarca	60,1	81,3	0,20	32,40	27,80
Antioquia	99,2	91,8	0,70	33,10	37,50
Valle del Cauca	91,7	104,8	0,90	31,16	49,13
Caldas	135,0	132,9	0,68	51,60	60,10
Cauca	144,6	144,6	1,00	85,80	44,50
Huila	256,6	223,9	3,00	99,80	89,80



En este cuadro podemos observar que los Departamentos de clima costeño, o aquellos territorios de llanuras planas y bajas, son los que presentan un menor índice delictivo, como sucede con los Departamentos de Bolívar, Córdoba, Magdalena, Chocó, Atlántico, Tolima y las Intendencias y Comisarías. Pasa lo contrario con los Departamentos montañosos, como el caso del Cauca, Caldas, Antioquia, Cundinamarca, Valle y Santander.

En general, podemos aceptar que en los territorios montañosos y fríos hay mayor dinamismo de la vida, más trabajo y costumbres más austeras por la misma razón, en tanto que en las bajas llanuras, calientes y sofocantes, las personas, como hemos dicho, están sometidas a una astenia permanente, a "un quietismo que se revela en todo: hamaca, tabaco y aguardiente" [1]. Particularmente en las tierras de calor húmedo, no así en las secas como las de Cúcuta.

Lo anterior determina en los habitantes de tierras altas y frías una serie de inhibiciones de carácter moral y social que no presentan los habitantes de tierras bajas y calientes. Mills, en su obra citada (página 73), dice al respecto, refiriéndose a la geografía norteamericana: "La influencia de los climas en las restricciones humanas suele dar origen a situaciones sorprendentes. Los de las altas presiones del norte, salidos de plenos rigores invernales, que llegan a los calores lánguidos de la Florida austral o de las regiones del Caribe, muchas veces deben afrontar una brusca caída de sus códigos morales. La laxitud de las relaciones sexuales, tan común entre la población que los rodea, agrega más leña al fuego. Muchas personas, en esas condiciones, se han comportado de una manera tal, que a ellas mismas las ha sorprendido, cuando el retorno al Norte ha vuelto a poner en vigencia las inhibiciones. El 'no debes' del cristianismo es muy apropiado, por cierto, para las gentes enérgicas de los climas fríos, donde la vitalidad es intensa y donde la concesión a todos los impulsos produciría un verdadero caos".

Igual cosa podemos decir al relacionar nuestras altas tierras frías con las bajas llanuras y las tierras costeras. Mientras Antioquia, Cundinamarca y

[1] Luis Cuervo Márquez. *Geografía médica y patológica de Colombia.*

Caldas, territorios altos y montañosos, presentan un alto índice delictivo general por cada 100.000 habitantes, acusan apenas el mínimo de 0,70, 0,20 y 0,68 en los delitos de violencia carnal, estupro y seducción, por el mismo número de habitantes; en cambio, los Departamentos del Atlántico y Tolima, cuyo índice delictivo general es notoriamente inferior al de los anteriores, presentan uno mayor de 1,00 y 0,80 para los mismos delitos.

Otra diferencia entre las bajas tierras cálidas y las altas tierras frías en lo relativo al crimen, surge de los efectos del alcohol, que son más dañosos y perjudiciales desde el punto de vista de la sociología criminal, en las tierras frías que en las calientes. En las tierras bajas, por razón de la escasa energía humana, el influjo del alcohol se traduce en letargo y abatimiento, mientras que en las tierras frías, en donde hay una preponderante capacidad energética, el alcohol impulsa a la actividad, a los excesos y a menudo a la violencia delictiva. Esta es la razón de que los habitantes de tierra fría delinquen más bajo las influencias del alcohol, especialmente en delitos contra la vida y la integridad personal, que los habitantes de tierra caliente. Veamos, por ejemplo, la criminalidad en Antioquia, Atlántico y Bolívar en 1950, teniendo este punto de vista:

	Estaban ebrios	*No estaban ebrios*
Antioquia	40%	60%
Bolívar	16%	84%
Atlántico	13%	87%

Esta diferencia en las reacciones alcohólicas, según el clima en que se toma, se debe a la influencia alcohólica sobre las células cerebrales (Mills), que se opera en la siguiente forma: El alcohol no es un verdadero estimulante, en estricto sentido, y no aumenta, como lo hace la cafeína, la combustión celular y la actividad de los tejidos. El alcohol únicamente se queda, como un alimento en las células; de suerte que su efecto psicológico es ejercido sobre el sistema nervioso central, especialmente en el cerebro, actuando como un narcótico sobre las células cerebrales de los altos centros, que son las que tienen que ver con el juicio, el sentido moral, las inhibiciones y con todas las ideaciones sobre ética social. Como estas células se adormecen, quedan desconectados y libres otros centros inferiores en donde están localizadas las emociones básicas, como el sexo, la ira, los afectos y los gustos, que, independientes del control de las inhibiciones morales y sociales, se expresan tomando un aspecto primitivo, pues operan a base de impulsos. Entre las gentes de los trópicos y en particular de tierras ardientes, el perder las inhibiciones en la forma descrita anteriormente no significa mucho cambio en sus ordinarias manifestaciones de conducta, ya que sus disposiciones inhibidoras no actúan sobre su conducta con tanta intensidad como en las gentes de tierras altas. Así se comprende cómo el alcohol ocasiona más graves trastornos en tierra fría que en tierra caliente.

El sol, durante el transcurso del año, determina otros tipos de climas, claramente especificables en otras regiones de este planeta. Allá se ha podido apreciar que en primavera y en verano, la vida del hombre, al resurgir como la de las plantas, manifiesta su conducta en formas más plenas y firmes que en otras estaciones del año. En estas estaciones hay mayor número de concepciones sexuales, de delitos contra la castidad y el pudor, de suicidios, de enfermos de la mente que ingresan a los manicomios. Es decir, durante la primavera y el verano la vida se acelera notablemente, y con ella la vida delictiva. (Lombroso, Ferri).

Entre nosotros el dato anterior únicamente nos sirve para convencernos, una vez más, de la influencia del medio físico en las manifestaciones delictivas. Es probable, aunque no lo poda-

mos comprobar con datos estadísticos, que la vida delictiva en el país sea más intensa en el verano que en el invierno, aunque los delitos culposos por accidentes de tránsito sean mayores en invierno, y los incendios culposos ocupen, con toda seguridad, mayor número en el verano.

Durante el día y la noche, el sol y la luna determinan específicas condiciones de clima. Hellpach habla de la "periodicidad diaria de la vida psíquica", así como para referirse al tema de las estaciones en Europa habla de la "periodicidad anual de la vida psíquica". Siguiendo a este autor podemos establecer los diferentes episodios psíquicos en el día y en la noche: el sueño nocturno produce un valioso efecto reparador de las pérdidas de energía de la mente. En la mañana, al despertar, se inicia la actividad intelectual que va acrecentando su capacidad paulatinamente en el término de 4 o 5 horas, de suerte que entre las 10 y las 12, horas la curva de la atención, y en general de la capacidad intelectual, está en la plenitud de su manifestación. De ahí en adelante, de las 13 horas a las 16, se inicia una decadencia de la atención y de las facultades psíquicas, para volver a ascender el rendimiento entre las 16 y las 19 horas, aproximadamente. Después de esta hora se entra en un período de cansancio que se esfuma de nuevo con el sueño. Claro está que este ritmo de la vida psíquica, durante el día, puede cambiar según la actividad y según los estimulantes. El café y el baño de la mañana aceleran el despertar de la conciencia en las horas matutinas; el tinto continuo está produciendo constantemente tales efectos. También debe hacerse referencia a las llamadas "horas críticas", de mucho interés, y que son las de el iniciar de la noche, horas en que de ordinario aumenta la fiebre de los enfermos y hay tristeza y zozobra en los espíritus, y las de el iniciar de la madrugada, cuando la presión atmosférica baja, el frío se hace más intenso, mueren los agonizantes y dan a luz las madres.

Esta periodicidad diaria de la vida psíquica de que hemos hablado, tiene, como se comprende, mucha importancia para el estudio de los delitos, especialmente en las ciudades populosas, y en particular para el de los delitos culposos.

4. *Suelo.* El suelo también es de mucha importancia para la determinación de las diferentes manifestaciones de conducta de las personas que en él habitan. Algunos sociólogos han encontrado mayor índice de criminalidad en los terrenos arcillosos, jurásicos, calcáreos y de aluvión, que en los graníticos. En general, puede decirse, que si en los terrenos mineros hay un alto índice de criminalidad, esto se debe a la concentración de gentes que se dedican al laboreo de las minas [1].

5. *Paisaje.* Un paisaje abierto, de armónicas proporciones, expande el corazón y lo invita a la generosidad y al buen humor, en tanto que los lugares cerrados, los cañones de los ríos, las hondonadas, sofocan el espíritu y agitan el carácter.

6. *Enfermedades endémicas.* Finalmente, la geografía también influye en las manifestaciones delictivas del hombre desde el punto de vista de las enfermedades geográficas o endémicas. De éstas, la más importante, desde el punto de vista de la medicina legal, es la hipertrofia de la tiroides, llamada bocio o coto, que puede conducir hasta el cretinismo, el que a su vez, puede manifestarse delictivamente. El coto se presenta ordinariamente en climas templados y cálidos. Especialmente en el valle de Guaduas, la región de Villeta, Alto Magdalena, hoya de Sumapaz, región cafetera de Sasaima y, en general, en casi todos los climas cálidos, con excepción del litoral atlántico.

En Bogotá se presentó con mucha frecuencia en épocas pasadas, lo que hizo pensar a nuestro sabio Caldas que la capital sería en el futuro una población de cotudos. Pero, por el contrario, la enfermedad ha disminuído

[1] Alvaro Navarro de Palencia. *Sociología criminal.* Editorial Reus.

notoriamente en los últimos tiempos por la llegada del acueducto y la pérdida de la costumbre del uso de aguas de pozos y aljibes.

La tuberculosis, de mucha importancia médico-legal, se presenta en los climas cálidos. Pero en esta enfermedad no sólo influye la temperatura sino otros factores como la mugre, la falta de aire en las habitaciones, la alimentación deficiente, el uso inmoderado del alcohol, causas que han hecho que en nuestra capital haya un buen número de tuberculosos, acrecentado, entre otras cosas, por los enfermos que llegan de las provincias en busca de un buen clima y de un centro médico apropiado [1].

[1] Luis Cuervo Márquez. *Geografía médica y patológica de Colombia.*

"Bolívar, montado en su negro corcel, se hallaba presente en los primeros momentos de la lucha, organizando las formaciones y dirigiendo el ataque a los cuerpos realistas, y luégo sobre la peña inmortal, siguió con mirada escudriñadora todos los detalles de la acción, impartiendo las órdenes oportunas con la precisión y el acierto característico de sus dotes militares".

PORRAS TROCONIS

LA AFECTIVIDAD

SINTESIS DE LA CONFERENCIA DICTADA A LOS ALUMNOS DEL TERCER CURSO DE OFICIALES, DENTRO DEL PROGRAMA DE CRIMINOLOGIA.

POR JESUS A. RAMIREZ SUAREZ

Para "Fuerzas de Policía".

Bien sabido es cómo las orientaciones del Derecho Penal moderno se fincan en el estudio de la personalidad del delincuente. El criterio clásico que entendía el delito exclusivamente como un ente jurídico, ha sido reemplazado por el concepto definitivamente establecido de que el delito es un hecho del hombre, un acto humano, resultado de diversas causas, unas llamadas endógenas o biológicas y otras ambientales, como las físicas o naturales y las sociológicas. Pero estos postulados científicos que hoy ya nadie discute, aún no han dado su cosecha en pro de los intereses de la defensa social y de la justicia penal, debido en buena parte a la complejidad de estas disciplinas, que dejaron de ser estrictamente jurídicas para convertirse también en investigaciones biológicas, psicológicas, psicopatológicas, sociológicas, etc., requiriendo para su técnica aplicación, cuerpos especializados de funcionarios judiciales y de expertos médicos legistas y psiquiatras.

Estas dificultades que se han presentado en los principales centros europeos, como Italia, España, Francia y Alemania, y en los países americanos que van a la vanguardia en estas materias, como México, Argentina, el Brasil y Chile, se hacen más ostensibles en nuestra patria, que apenas comienza a dar los primeros pasos sobre tan delicadas materias.

En este escrito nos limitaremos a presentar en forma sintética el contenido del examen que se practica en la personalidad del delincuente cuando éste deja entrever algunos signos de grave anomalía psíquica, de enajenación mental o de intoxicación crónica producida por el alcohol, o cuando las peculiares condiciones en que se ha verificado la infracción permitan pensar en algunas anormalidades que, sin consistir en verdaderas figuras psicóticas, sí dan una explicación acertada del hecho criminoso y que se refieren a la constitución del individuo, a su carácter o a su temperamento.

Hecha la síntesis a que nos hemos referido, concentraremos nuestra atención sobre la clasificación más aceptada hoy, acerca de las constituciones de los seres humanos y de la predisposición que tales constituciones crean para la perpetración de determinados delitos, ilustrando este punto con casos concretos estudiados por el profesor Uribe Cualla en el Instituto de Medicina Legal, en donde el factor constitucional ha sido preponderante en la valoración de la personalidad y, por lo tanto, en la explicación del fenómeno delictivo.

Antes de entrar de lleno en el análisis de las circunstancias transcritas, conviene advertir que estos estudios antropológicos se vienen realizando desde hace apenas setenta años aproximadamente, cuando el genio de César Lombroso recogió y puso en práctica algunos de los datos dispersos que sobre estos temas existían, creando de su propia cosecha nada menos que la ciencia de la Antropología Criminal.

El examen de la personalidad del delincuente abarca múltiples y variados aspectos, tales como el morfológico, el funcional y el psicológico, teniendo en consideración también, el estado de la afectividad y de la voluntad. La sola enumeración de estos factores nos da a entender ya que la personalidad es un efecto, un resultado, en el que todos y cada uno de los elementos dichos juegan su papel importante en la estructuración de la misma.

Hoy, pues, no se considera la personalidad desde un punto de vista exclusivista y unilateral, sino que se recogen todas las facetas que la configuran y se le da a cada una de éstas el valor condicionante, y en veces determinante, que pueda tener la explicación de la conducta del hombre.

Como su nombre lo indica, el examen morfológico del delincuente hace relación a la forma del cuerpo del individuo, primero en su conjunto y luégo en sus diversas partes, como la cabeza, el tronco, las extremidades. Por este aspecto se podrán presentar algunas irregularidades y deformidades que repercuten grandemente en la conducta de una persona. Citemos como ejemplo las diversas deformidades craneanas que traen modificaciones en la anatomía del cerebro y en su fisiología, defectos que se proyectan en la conducta social del individuo que las padece. Asímismo, los complejos psicológicos creados en individuos que por su obesidad, su estatura o su pequeñez, son ejemplos que nos demuestran qué gran influencia tiene en el comportamiento de las personas el factor morfológico. Como parte de este examen morfológico deben considerarse los tatuajes, de singular importancia en el estudio de la personalidad de muchos delincuentes. Por ellos se pueden aclarar ocultas manifestaciones instintivas que han tenido su exteriorización precisamente en los signos que aparecen sobre la piel. Tales signos pueden ser de contenido político, artístico, sexual, etc. En gracia de la brevedad que debe caracterizar un escrito de revista, dejemos aquí el aspecto morfológico, para pasar a observar todavía en forma más somera los aspectos funcional y psicológico.

El factor funcional se refiere al funcionamiento del organismo, considerado en sus diversos aparatos (circulatorio, respiratorio, urogenital, digestivo, etc.), y al funcionamiento del sistema nervioso y de los sentidos específicos (vista, olfato, gusto, oído, etc.). Por medio de este examen se podrán descubrir multitud de deficiencias y anormalidades que también repercuten en la conducta del hombre. Nos interesa destacar aquí la importancia fundamental que en los últimos años ha cobrado la endocrinología como ciencia clave para la explicación de muchas anormalidades del carácter.

El examen psicológico se relaciona con el estado de la memoria, de la atención, de la imaginación y de la ideación. Sobre los trastornos en cualquiera de estas facultades anímicas existen varios tratados con abundante literatura, y tal vez en otra oportunidad podamos detenernos en su estudio pormenorizado. Por ahora nos basta dejar establecido que su influencia en la personalidad es decisiva, comoquiera que tales facultades se refieren a la vida de relación de las personas y a su mundo intelectual, tan importante de descubrir en el examen de la personalidad.

Hechas las anteriores aclaraciones, entremos a considerar el factor más importante en el examen de la personalidad, que toca con la afectividad, y que constituye concretamente el tema de esta charla.

El profesor E. Mira y López ha dicho con sobrada razón que lo *afectivo* es lo *efectivo* en la vida personal. El conocimiento a fondo de los sentimientos de un individuo equivale al dato más esencial para poder predecir su comportamiento y su valor social. (E. Mira y López, *Psiquiatría Básica*, página 93). Pero la afectividad está condicionada por la reunión de factores corporales que vienen a estructurar la constitución de una persona. La constitución,

según esto, es el conjunto de disposiciones innatas que acompañan a un individuo en todo su desenvolvimiento biológico y que, al lado de los factores paratípicos y fenotípicos (que no son hereditarios y que se manifiestan a partir de la concepción, de múltiples maneras), configuran el temperamento y el carácter. En otros términos, podemos decir que la constitución es la personalidad innata de un individuo.

A continuación estudiaremos sintéticamente las constituciones psicopáticas que han sido clasificadas hasta hoy, tratando de ilustrar con casos específicos de índole criminológica el valor que tiene el sistema constitucionalístico, como poderoso auxiliar de las ciencias criminológicas. Tales datos los hemos tomado de algunas publicaciones nacionales y particularmente de las revistas de Medicina Legal de Bogotá.

La constitución paranoica. Todos los seres humanos tienen en su existencia alguna aspiración, algún punto de llegada al que dirigen todas sus ambiciones. Por ejemplo, algunos desean adquirir toda clase de bienes materiales para satisfacer sus ambiciones económicas; otros aspiran a la gloria por sus capacidades intelectuales y por su sólida cultura, etc. Pero muchas de esas personas no logran cristalizar esos deseos, unas veces por razones ambientales que no están en consonancia con tales anhelos, y las más de las veces, por deficiencias psíquicas que no les permiten coronar sus aspiraciones. De estas ambiciones desmedidas e insatisfechas nace la constitución paranoica, que se caracteriza por los siguientes perfiles: orgullo desproporcionado, con hipertrofia del yo, o egofilia, complejo de inferioridad originado por el fracaso de sus desmesuradas aspiraciones que las llenan de desconfianza, porque creen que es en el medio ambiente en donde se hallan las resistencias a sus propósitos, cuando en realidad tales barreras las llevan ellas mismas, por falta de habilidad o por insuficiencia en su inteligencia. Por esa desconfianza que se apodera de estas personas vienen las ideas de fondo persecutorio, producto de la falsedad del juicio acerca de los hechos de la vida y de sus consecuencias, resultando de todo esto una constante inadaptación al ambiente social. Conviene advertir que esta constitución paranoica no constituye por sí sola ninguna enfermedad mental, sino una predisposición a la llamada psicosis paranoica, ésta sí una verdadera enfermedad mental que sobreviene por diversos aspectos que no es del caso anotar aquí. El profesor Guillermo Uribe Cualla en su libro *Cuestiones Médico-Legales y Criminológicas*, páginas 299 y siguientes, trae entre otros, el siguiente caso que ilustra lo que venimos exponiendo. El señor Carlos Rebolledo Matamala asesinó al profesor Oscar Fontecilla, de Chile. Se trataba de un individuo soltero, de 21 años de edad, quien "desde muy joven sufría de estados depresivos que él atribuía a perturbaciones del plexo solar. Fue tratado por varios médicos, y en su última época por el profesor Fontecilla, quien lo sometió a un tratamiento eléctrico; tenía períodos de mejoría y épocas de agravación. Decidió matar al doctor Fontecilla porque estaba convencido que él con sus tratamientos lo había inutilizado y era el causante de su desgracia. Preparó muy consciente su delito, y un día en que concurrió a su consulta, encontrándose el profesor hablando por teléfono, lo ultimó de tres disparos hechos por la espalda". Los estudios hechos a este sujeto en su personalidad por eminentes psiquiatras dejaron claramente establecido que se trataba de un individuo de constitución paranoica, en quien evolucionó un delirio crónico sistematizado de fondo netamente hipocondríaco.

La constitución perversa. Existe una tendencia afectiva que se refiere a la bondad y que se manifiesta por el afecto para con nuestros familiares, por el reconocimiento con nuestros benefactores y, en general, por la generosidad para con nuestros semejantes. Cuando esta cualidad se altera, viene

la ingratitud, el desafecto y el más refinado egoísmo. En este estado el individuo pierde los más elementales sentimientos altruístas, y para satisfacer sus deseos sacrifica hasta a sus familiares y a sus más caros amigos. Su atrofia exagerada y congénita recibe el nombre de constitución perversa, y se manifiesta desde la infancia por la indisciplina, la desobediencia y el rencor, tanto en la casa como en la escuela, y también, por la crueldad para con los animales. Según Regis, caracterizan al perverso la amoralidad y el desafecto. Además es notoria su inadaptabilidad, su tendencia a la incorregibilidad y a las reacciones antisociales. Se observa con frecuencia en esta constitución la deficiencia de una o varias glándulas, especialmente de la tiroides y de las genitales, así como también algunas otras anormalidades somáticas, como en el caso que ilustramos a continuación, cuyo estudio fue hecho por el profesor Uribe Cualla, y cuya publicación puede verse en la revista *Anales Neuropsiquiátricos*, números 31 y 32. Se trataba de un joven de 17 años de edad, quien en forma cruel mató a su benefactor propinándole tremendos golpes de martillo en la cabeza. Después de cometido el hecho manifestó la más escalofriante insensibilidad y trató de justificar su delito con sugestivas mentiras que lo desenmascararon con mayor facilidad ante el erudito profesor que le practicó el examen psiquiátrico. Este muchacho, según las radiografías que se le tomaron, presentaba alteraciones craneanas que repercutieron directamente en la anatomía y fisiología del cerebro que, al lado de su asimetría facial (lóbulo de Darwin en la oreja derecha), sirvieron para diagnosticar la personalidad de este individuo.

La constitución mitomaníaca. La persona de esta constitución, por aparecer más interesante ante los demás, debido también a un complejo de inferioridad, acude a la mentira y al disimulo, dejando notar un ostensible desacuerdo entre lo que siente y lo que exterioriza. No tiene inconveniente en sacar de su propia inventiva hechos y sucesos que no existen en la realidad y que a veces traen variados problemas sociales, como el caso más o menos frecuente del mitómano que con su maledicencia indispone las mejores relaciones de amistad. Es explicable la mitomanía en los niños, por razón de que éstos, debido a su poco conocimiento de la realidad y al mito y a la fantasía que acompaña casi toda su vida interior, llegan consecuentemente a la mentira. Lo que no puede considerarse normal es la presencia de tal mitomanía en personas adultas. Nos parece oportuno citar como ejemplo aquí el caso que se presentó en la investigación del asesinato de una mujer del bajo pueblo conocida con el nombre de "La Ñapa". Un día después de este asesinato, que causó alto revuelo en Bogotá, se presentó ante las autoridades judiciales una mujer que dijo ser la autora del execrable delito. En verdad, en su confesión pintó con toda suerte de detalles la manera como había ultimado a su víctima, y así despistó a los funcionarios y puso en peligro el éxito de la investigación. Pero afortunadamente se pudo comprobar que el día del asesinato dicha mujer se encontraba detenida en la cárcel del Buen Pastor y había sido puesta en libertad un día después del crimen. En la prueba psiquiátrica que le fue practicada en el Instituto de Medicina Legal se pudo comprobar que esta mujer presentaba una clara constitución mitomaníaca, adornada con un delirio sistematizado de autocastigo, producido por un sentimiento de culpa.

La constitución ciclotímica. Se entiende por actividad la capacidad de obrar, la diligencia; ésta se acentúa de una persona a otra, varía aun en la misma persona, según las horas del día y el estado de salud del individuo. Todos estos cambios en la actividad son perfectamente normales. Lo que caracteriza la personalidad ciclotímica es la exageración de estos excesos o defectos que llevan al individuo a una hiperactividad notoria o a una hipo-

actividad extrema, sin poder mantenerse en el punto medio de su actividad funcional. La hipertrofia de la tendencia ciclotímica origina la llamada psicosis maníaco-depresiva. No consideramos oportuno ilustrar esta constitución con un caso concreto, y solamente nos basta decir que en uno de los dos extremos que caracterizan la constitución ciclotímica pueden realizarse multitud de infracciones penales.

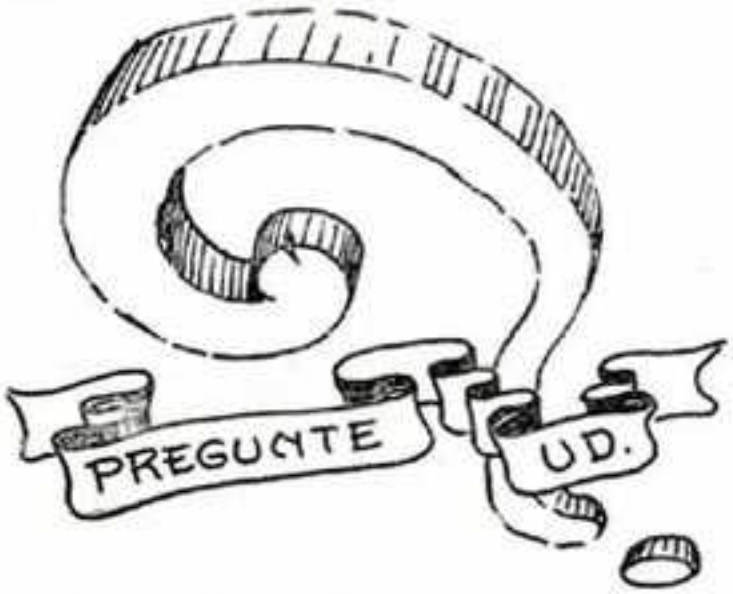
La constitución hiperemotiva. Cuando el organismo responde a los estímulos exteriores con reacciones anormales, caracterizadas por su vivacidad, duración y extensión inusitadas, manifestándose un desequilibrio de la sensibilidad que rompe los frenos inhibitorios y el control de la voluntad, tenemos la constitución hiperemotiva. Todos nosotros tenemos reacciones emotivas, más o menos duraderas, producidas por diversas causas, tales como choques traumáticos, pasionales o afectivos, a que todos estamos sujetos por razón de la naturaleza humana, y que por lo tanto pertenecen al plano de lo normal. Las manifestaciones objetivas de la constitución hiperemotiva se traducen en alteraciones vasomotoras, salivación, crisis humorales y de taquicardia, temblores, secreción urinaria, etc., todo lo cual va acompañado, por el aspecto subjetivo, de desesperación, estados ansiosos y preocupaciones. Cuando se exagera esta tendencia puede dar origen a la psicosis hiperemotiva, que es en realidad una enfermedad mental.

Hace pocos días el honorable Tribunal Superior de Bogotá dictó un sobreseimiento definitivo con base, entre otras razones, en el dictamen médico-legal que demostró que el procesado había obrado en un momento de enceguecimiento, debido especialmente a su constitución hiperemotiva que lo llevó a perpetrar el delito. La crónica judicial presenta muchos de estos casos. El profesor Uribe Cualla, en la obra citada anteriormente, página 524, trae una observación interesante sobre un homicidio cometido en estado de embriaguez aguda por un individuo emotivo e hipertiroideo.

Finalizamos esta conferencia diciendo que al lado de las constituciones que dejamos detalladas atrás se conoce la constitución epileptoide, aceptada por muchos autores y rechazada también por otros tantos. No es a nosotros a quienes corresponde tomar parte en esta polémica y apenas nos interesa destacar la existencia de tal constitución.

"No son calculables las ventajas que ha conseguido la República con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas".

General SOUBLETTE



Una revista de una Institución como la nuéstra debe cumplir la misión de crear centros de interés para todos los miembros de las Fuerzas de Policía, a quienes está dedicada y va dirigida. Por tal motivo, nos hemos esforzado en determinar las secciones que componen esta Revista, con un criterio distributivo, pensando en las necesidades y aspiraciones artísticas, técnicas y profesionales, de todos nosotros.

Con el mismo criterio de servicio a los miembros de las Fuerzas de Policía, iniciamos una nueva sección que puede y debe interesar a todos los lectores de esta Revista. Esta sección será un nuevo pilar de la **Sección Ilustrativa**, a cargo de la **Escuela de Policía General Santander**, entidad rectora de todos los aspectos didácticos de la Policía.

Muchas veces aparecen interrogantes en torno a una profesión. La nuéstra, a veces, nos presenta graves problemas para resolver, incertidumbres que angustian, en ocasiones, o simples detalles que provocan nuestra curiosidad.

"Pregunte usted..." tiene la misión de resolver tales interrogantes, y procurará ponerse a la altura de las circunstancias y corresponder al afán por el perfeccionamiento personal de cada uno de los que le escriban interrogando.

Pregunte usted sobre la profesión, interrogue sobre asuntos técnicos, averigüe por sistemas nuevos, que todo ello lo resolverá **"Pregunte usted..."**

FUERZAS REALISTAS EN BOYACA

Comandante en Jefe, el General José María Barreiro.

FRACCION DE VANGUARDIA

Comandante, el Coronel Sebastián Díaz. Escuadrón Dragones, 160 hombres; Comandante, Teniente Coronel Juan Salazar. Batallón 2º de Numancia, 500 hombres; Comandante, Teniente Coronel Juan Tolrá. Batallón 3º de Numancia, 350 hombres; Comandante, Teniente Coronel Juan Loño.

FRACCION DE RETAGUARDIA

Comandante, el Coronel Francisco Jiménez. Artillería, 90 hombres, 3 piezas; Comandante, Capitán Juan Esteban Díaz. Escuadrón Dragones, 320; Comandante, Coronel Víctor Sierra. 1º Escuadrón, Comandante, Capitán Francisco González. 2º Escuadrón, Comandante, Capitán Francisco Góngora. Batallón 1º del Rey, 640 hombres; Comandante, Teniente Coronel Nicolás López. Batallón 2º del Rey, 400 hombres; Comandante, Mayor Juan Figueroa. Batallón Cazadores, 480 hombres; Comandante, Mayor Pascual Abril.

Total, 2.940 hombres.

EL ARTE
DE MANDAR

LOS PROCEDIMIENTOS DEL MANDO

POR ANDRES GAVET

¿El temor? Llamamiento al sentimiento del deber. Errores y faltas: la arrogancia, el afán de la popularidad, la tendencia a eludir las responsabilidades.

Para desarrollar el valor de una unidad es preciso, en primer término, hacer nacer y crecer el valor de los elementos individuales que la componen; en seguida, colocar esos elementos en su lugar y en su función, y por último, exigir que obren allí con todo su vigor, es decir, con toda su inteligencia. Ya hemos estudiado precedentemente los dos primeros puntos; pasemos al tercero y examinemos cuáles son nuestros medios de acción.

Emplear el temor como medio de mando es el procedimiento más anómalo que puede imaginarse. Al dirigirse al soldado, el valor es la primera cualidad que se le debe inculcar, y sin embargo, hoy se le hace ejecutar diariamente lo que pudiera llamarse ejercicios prácticos del miedo. Por el contrario, el ideal consistiría en enseñar a los inferiores a no temerle a nada. Jamás se debe juzgar excesiva la suma de su valor, si es que se reflexiona en las pruebas del tiempo de guerra y en las del servicio de combate.

Es indudable que las heridas y la muerte sólo tienen una lejana relación con las pruebas humanamente moderadas de la represión disciplinaria. Hay quien teme a las primeras y no a las segundas, y viceversa. Sin embargo, el sistema del temor es tan verdaderamente ilógico, que se ven oficiales que contemplan con ojos indulgentes a malos sujetos siempre prontos a lanzarse en todas las empresas de su agrado, desafiando las represiones duras a que saben hacerse acreedores.

Es porque en el fondo, y en conciencia, nada es tan digno de desdén como un soldado que acepta el temor, por móvil de sus actos. Puede disculparse el temor por los castigos ligeros, que es más bien la preocupación de una molestia y el deseo inteligente de evitarla; pero el temor de las represiones aflictivas no está desprovisto de algún parentesco con la cobardía propiamente dicha. Cualquiera que sea el nombre con que se designe la cosa, es menester no habituar a los militares a mostrarse temerosos.

Se comprende que un soldado novato se imagine que en el ejército se procede por temor del Cabo, que funciona por miedo al Sargento, quien, a su vez, hace el servicio porque teme al Subteniente, y así sucesivamente; se explica que se forje así la idea de una máquina grotesca a cuyo frente entrevé al Coronel, que todo lo hace marchar por los medios superiores de temor de que dispone; esa concepción ingenua puede albergarse en el cerebro de un joven campesino cuyos jefes aún no han tenido tiempo de ilustrar en la materia; pero es inadmisible que ella se implante en la inteligencia de un oficial.

Los oficiales están obligados a destruír esas ideas falsas; deben comprender y hacer comprender que el servicio es una colaboración, que la obediencia debe ser espontánea, que obedecer o mandar equivale siempre a desempeñar su parte en la tarea común, bajo la inspiración de un deber común.

En las circunstancias normales y tratándose de inferiores que hacen profesión de disciplina, la autoridad del jefe no debe aparecer como que

dirige por medio de la amenaza y del temor a hombres que sólo desean obrar. La autoridad debe mostrarse en su acción cotidiana tal como es. Lejos de amenazar, la autoridad del jefe es, en general, un poder bienhechor, absolutamente necesario para los subalternos sobre quienes se ejerce, y cuyas fuerzas centuplica al agruparlas en un solo haz. Eso resalta en el combate, donde la acción soberana del jefe es deseada de todos, puesto que cada uno se siente muy pequeño y muy débil cuando sólo puede contar con sus propias fuerzas. La colaboración mutua del jefe y del subalterno es entonces evidente, y queda allí demostrado con claridad que ambos representan una misma fuerza aplicada a una misma obra en nombre de un mismo deber.

Es porque tenían el sentimiento profundo de esa identidad del deber bajo sus diversos aspectos de mando y de obediencia, por lo que los soldados de la revolución fueron en realidad soberanamente disciplinados, a despecho de una libertad de conducta que hoy no admitiríamos por ningún concepto. Allí se obedecía a la regla de mala gana; oficiales y soldados vivían en un pie de familiaridad inaudito; pero, desde el General en Jefe hasta el simple soldado, todos se sentían sometidos con perfecta abnegación al gran deber nacional que reclamaba todas sus fuerzas. Esa era su disciplina. Se tenían en poco las muestras de respeto; pero la víspera de una batalla, los heridos y enfermos se escapaban del hospital para volver a las filas y tomar su parte de cumplimiento del deber.

Conservemos con gran cuidado en nuestra unidad, a la acción del mando y a la acción de la obediencia, ese carácter de deber común del jefe y del inferior, carácter frecuentemente desconocido y desnaturalizado. Si estamos bien penetrados de esta idea, nunca tendremos la tentación de buscar en el temor un medio de acción, ni emplearemos los raros castigos que sean necesarios sino como medios de represión aplicables sólo a los individuos de carácter inferior sobre los cuales no se puede influír de otra manera, y a quienes no es posible elevar al alto concepto de la subordinación digna y voluntaria. Una pena ligera, no aflictiva, podrá servirnos a veces para mejor afirmar la realidad y la importancia de una falta cometida; pero en todo caso, debe prohibirse, absolutamente, que alguien llegue jamás a pronunciar la amenaza de un castigo: determinar la obediencia por ese procedimiento equivale a romper el resorte moral de la subordinación, a renegar del único principio de disciplina que puede quedar intacto siempre y en dondequiera, en las circunstancias más críticas del tiempo de guerra, en la retirada y en la derrota. Es esto, por lo demás, en definitiva, substituír a la disciplina del deber, que es la única verdaderamente digna de ese nombre, por una disciplina inferior de humillación y de coacción. Si queremos preparar realmente soldados fuertes, orgullosos, atrevidos y animados del espíritu de sacrificio para marchar al asalto bajo el fuego del enemigo, hay que hacer algo mejor que domesticarlos.

Esta idea de que la consagración voluntaria al deber es la verdadera fuente de la disciplina y de la fuerza de toda unidad, encontrará inevitablemente algunos escépticos. Muchos oficiales se dirán: "Sin duda es bueno que nuestros hombres sean abnegados; pero importa, ante todo, que la orden del jefe sea ejecutada inmediatamente con una sumisión absoluta, y es esta seguridad de la obediencia lo que constituye el valor de la máquina. En resumen, es muy hermoso el espíritu del deber, pero la subordinación es la palanca indispensable, la única segura, por lo menos, y es el espíritu de subordinación lo que procuramos mantener y cultivar". Muchos irán más lejos aún por esa pendiente, y, para cultivar el espíritu de subordinación, llegarán hasta a servirse del temor como medio de acción.

Que se reflexione en ello, sin embargo. He ahí una tropa de infantería que marcha al asalto de una posición. Esos hombres han caminado la víspera cuarenta kilómetros, encorvados bajo el saco, cegados por el sol, cubiertos de sudor y de polvo; han llegado con los pies ensangrentados, agotados por la fatiga, tambaleando como los ebrios. Se les ha encorralado de cualquier modo en un campo para que pasen la noche. Al amanecer, han vuelto a echarse el saco a la espalda para emprender de nuevo la marcha, y vedlos cómo corren al asalto bajo el fuego, dejando el camino sembrado de cadáveres. ¿Es, acaso, por subordinación por lo que un pueblo impone a sus hijos esa prueba y que ellos la afrontan? ¿Es, por ventura, la subordinación la que, por su propia virtud y por sí sola, produce ese milagro de abnegación humana? ¿No comprendemos que, para que ese sacrificio sea hoy exigible en un ejército cívico, es menester otra cosa, y es preciso que el derecho del jefe a la obediencia se apoye sobre una fuerza reconocida y aceptada por todos... sobre el sentimiento del deber? Es porque el deber es aceptado en masa por nuestra tropa, por lo que tenemos acción sobre todos y cada uno de sus individuos.

Coloquémonos en las circunstancias más comunes del tiempo de paz. ¿Es acaso por obediencia disciplinaria por lo que el soldado aprende y acepta para el porvenir sus deberes de guerra? ¿Es sólo el sentimiento de la obediencia el que imprime en su corazón esa convicción extraordinaria con que algún día correrá sin vacilación hacia la muerte?

La sumisión temerosa asegurará en la unidad una exterioridad brillante, una presentación correcta. Se obtendrán todas las apariencias externas que se quieran, o al menos mientras esté presente el jefe y no haya posibilidad de que se le engañe, pero jamás logrará lo fundamental, ni nunca formará soldados.

En eso estriba el error. El espíritu del deber constituye la fuerza esencial del ejército. Es el deber del subalterno lo que crea el derecho del jefe; la obediencia resulta muy naturalmente de este estado de cosas, pero cuando el oficial no ha reflexionado suficientemente en la naturaleza de su autoridad, no percibe su origen, no ve sino lo que hiere inmediatamente su espíritu y sus ojos: jefes provistos de insignias, que mandan ostentando sus galones, y que tienen en sus manos los medios de forzar la obediencia. Estos sólo perciben ante sí hombres que se pliegan al mando y que saben que, llegado el caso, se obtendría su sumisión por la violencia. Es, pues, la violencia ejercida por los unos y sufrida por los otros lo que salta a la vista ante todo para aquellos que no saben ver más lejos, y para quienes ella es y debe ser el resorte de la acción.

Sin embargo, las cosas deben ser de otro modo. Es, sin duda, bueno que se sepa que el jefe tiene en sus manos los medios de forzar la obediencia, si fuere necesario; pero eso no quiere decir que esos medios sean los indispensables de su acción normal. La experiencia demuestra que las unidades sometidas al régimen de la intimidación continua son, en realidad, las más indisciplinadas, y aquellas en que la obediencia es menos segura. No se les hace marchar, por decirlo así, sino a la fuerza. ¿Puede ser el ideal de la disciplina tener hombres que no se mueven si no se les impulsa con gran violencia, o cuando se les muestra la autoridad como un pesado bastón, siempre levantado sobre sus cabezas?

La subordinación es un deber del hombre libre, no una servidumbre, y debe practicarse dignamente, como una obligación aceptada con lealtad, sin humildad, sin vacilación, sin miedo. Es por ese aspecto por el que debe ser presentada y exigida por el jefe. Conviene, sobre todo, evitar el darle carácter de sujeción personal. Nuestros inferiores no están a nuestro servicio, sino que están como nosotros, en el servicio. Tanto el mando por una parte, como la obediencia por otra, son cosas impersonales, pues no somos si-

no los representantes temporales (muy efímeros a veces) de los derechos y deberes del grado de que estamos investidos; a cada instante uno u otro de nosotros desaparece, por un simple cambio, por retiro del servicio o por la muerte, y la obra es continuada con la misma autoridad por quien nos sucede, con los mismos derechos, los mismos deberes y los mismos honores, pues nada cambia en el ejército cuando uno de nosotros se va.

Esa es, por lo demás —dicho sea de paso— una de las razones de la necesidad de la abnegación personal en el ejercicio del mando, que hemos indicado desde los comienzos de este estudio. Personalmente, y como individualidad humana y privada, tenemos en el ejército el valor de un átomo, y sólo valemos por nuestra función en el conjunto. Lo mismo acontece, en suma, en todos los empleos públicos; pero en el ejército el cargo asume el carácter de un deber moral absoluto, permanente, que absorbe todas las fuerzas del individuo y le exige todos los sacrificios, en tanto que en los demás casos no se trata sino de una obligación limitada en su extensión, en su duración y en sus exigencias. Toda tentativa de ostentación personal en el ejercicio del deber militar es sencillamente irrisoria.

Cerremos aquí este largo paréntesis y volvamos a la subordinación, que es cosa digna e impersonal. Entre el superior que habla y el inferior que escucha, hay siempre una tercera persona, un intermediario invisible, llamado generalmente el servicio, y que es, en definitiva, el deber militar. El jefe y sus subalternos están ambos en el servicio, si se quiere, en el deber militar común, y ese deber, siempre presente, es el que se manifiesta por la autoridad, de un lado, y del otro por la obediencia.

Para expresar aún bajo otra forma esa idea esencial, diremos que la autoridad del jefe y la obediencia del subalterno son en realidad dos aspectos de una sola e idéntica cosa: el deber común en el servicio. Ya se mire esta cosa única por cualquier aspecto, del lado del jefe o del lado del subalterno, no resulta ni más ni menos digna, ni más ni menos hermosa.

Pongamos un ejemplo:

El frente del ejército choca con un puesto avanzado del enemigo, e inmediatamente surge el deber común de tomarlo. Este deber común consistirá para el Coronel del regimiento, que se encuentra en presencia del obstáculo, en la obligación de mandar uno de sus batallones que empiece el ataque; para el jefe del batallón designado, en la obligación de llevar su tropa al ataque; para el soldado, en la obligación de marchar; pero siempre será una misma cosa: el mismo deber, la misma obra que se comparte y se subdivide, hombres de diferente graduación que proceden bajo un común impulso moral. En el servicio del tiempo de paz, esta similitud de la naturaleza del mando y de la obediencia no saltan a la vista de una manera tan evidente, pero no por eso es menos real.

Siendo como son el mando y la obediencia dos actos de idéntica dignidad, es claro que tanto el tono arrogante del jefe como la actitud humillada del inferior están igualmente fuera de lugar. Una y otra cosa no son sino vanidad, simulación poco noble. Cuando de superior a subalterno pueden establecerse esas falsas relaciones, se pone de manifiesto que ambos están fuera del deber común, y que se preocupan más de sus actitudes que del interés del servicio.

Por lo demás, todas esas simulaciones están sujetas a accidentes irónicos, puesto que quien es superior de alguien, es subalterno de otro, y cualquiera que adopte actitudes de arrogancia para con sus inferiores está expuesto a encontrarse en el mismo instante, de improviso, en presencia de un jefe, y entonces se verá obligado a efectuar cambios súbitos de fisonomía, lo cual no resulta nada... decorativo.

Si la arrogancia es odiosa, el afán de la popularidad responde a una

preocupación no menos perniciosa en sí, puesto que tiende a una satisfacción egoísta, y el jefe que se entrega a ella falta a su deber. Sin falsear nuestra misión no podemos subordinar el ejercicio del mando al deseo de conquistarnos el cariño de nuestros subalternos.

Por la fuerza de las cosas, es muy natural que se establezca una adhesión seria, recíproca, entre el jefe y sus subalternos, durante el curso de su colaboración en la obra común. El afecto que así se produce por floración espontánea es infinitamente más fuerte que aquel cuyo nacimiento se trata de provocar por medio de demostraciones exteriores o complacencias generalmente consentidas a costa del servicio, y la primera tiene además la ventaja de ser sincera y desinteresada. Cuando este afecto se manifiesta a su debido tiempo, por sí mismo, discretamente en el servicio y más calurosamente fuera de él, hay que congratularse por ello, y nada es más honroso, puesto que esas manifestaciones no son artificiales, ni tienen nada de cálculo; y puesto que, en una palabra, son leales y no se hacen por ostentación.

Pero tiene algo de repugnante el empleo de los artificios para conquistar a los inferiores con demostraciones de afecto simulado. Este modo de captarse el cariño, cualquiera que sea su objeto, nunca podrá ser del todo honroso. Hay cierta probidad moral que se resiente de todo asomo de deslealtad, por ligero que sea, introducido en las relaciones de gentes destinadas a marchar juntas al combate con un grado de abnegación que implica la más entera confianza.

El afecto recíproco que nace de un deber cumplido en común, no tiene, por lo demás, nada de análogo con los procedimientos agradables y fáciles de mando cuyas muestras aparecen en la literatura contemporánea.

El ideal actual del jefe, en la literatura del día, parece ser el tipo del buen muchacho, aristocrático a la vez. El subalterno, o el soldado, por lo menos, es como un buen perro de quien el jefe hace lo que quiere dándole de tiempo en tiempo palmaditas cariñosas con su mano fina y enguantada. El se considera a lo último como un ser inferior cuya abnegación ingenua se obtiene con facilidad, y como se tienen sentimientos delicados y distinguidos, hay que enternecerse en presencia de esa especie de Cuasimodo, tan incompleto moralmente, que pone todas sus fuerzas al servicio de su dueño a cambio de unas migajas de benevolencia... ¡lo cual es archifalso!

El servicio obligatorio nos da desde luego, hombres que sólo por su juventud nos son inferiores en valor general, inferioridad que desaparece cuando ya ellos pertenecen a la reserva o a la guardia territorial. Además, la disciplina familiar y zalamera, tan grata a las almas delicadas y a los corazones sensibles, que se traduce por remilgos, complacencias y amables debilidades, y se confirma por la propina pronta y frecuente... esa disciplina no es sino un juguete frágil y gracioso; no es esa la disciplina militar.

En el origen de este error seductor encontramos ahora y encontraremos siempre la misma causa: la falta de abnegación. El jefe emplea su mando en satisfacer sus propios sentimientos: si son delicados y tiernos, falsean la disciplina, la enervan y la puerilizan; la destruyen de un modo distinto que las actitudes afectadas y la dureza de las gentes de tendencias brutales, pero con la misma seguridad que éstas. Es diferente el sentido en que se opera la desviación, pero ésta no es menos real.

Es absolutamente indispensable que el deber común se presente tal como es, sin el menor disfraz si es que deseamos hacer que todos lo conozcan y acepten por completo.

En tiempo de paz, somos antes que todo los educadores encargados de formar y organizar las fuerzas que se conserven y que encontraremos el día de la movilización. Que tal o cual soldado haya tenido en otra época un

Subteniente o un Capitán sensible y amable, no habrá de servirle gran cosa el día en que le toque afrontar las pruebas del servicio de guerra. Lo que entonces se necesita son los hombres penetrados del carácter invenciblemente obligatorio del deber militar, que lo hayan comprendido y practicado como tal, y lo hayan aceptado definitivamente.

He ahí el resultado que se debe buscar. El mando no se nos confía para expandir en él las efusiones y dulzuras de un alma delicada, ni para entregarnos a las arrogancias o brutalidades. No se nos entrega para satisfacer nuestras tendencias, por distinguidas que sean, sino más bien para asegurar la práctica de un deber determinado.

Hay un género de popularidad de que no hablaremos sino con cierta reticencia, por lo duro que sería calificarlo exactamente: es el que un jefe busca entre la tropa a expensas de sus subordinados inmediatos.

El error es tan manifiesto y tan odioso el procedimiento, que no se puede pensar se produzca de otro modo que bajo la forma de una tendencia de ligereza e inconsciencia. No por eso es menos necesario guardarse de él cuidadosamente. Tengamos por nuestros soldados toda la solicitud que les debemos, pero sin hacerla resaltar, y sobre todo, sin ponernos jamás, por decirlo así, a hacer profesión de celo ante sus ojos, a tomar partido a favor del soldado en contra de sus superiores inmediatos, y en actitud de protectores indispensables.

Evidentemente, que esto jamás pasa de modo tan claro, y apenas es una tendencia.

"Vuestros suboficiales no os cuidan, pero yo los haré marchar como sobre ruedas. Como veis, en el fondo soy yo el único que siente algún interés por vosotros, y es a mí a quien lo debéis todo; si los que os mandan hacen alguna cosa por vosotros, es porque yo los dirijo..."

¿Quién osaría decir eso netamente a su tropa?

Semejante procedimiento sería evidentemente monstruoso, puesto que constituiría un atentado directo contra el principio de la subordinación jerárquica, una excitación a la indisciplina, una traición al deber común, y la destrucción de la autoridad de los colaboradores de cargo inferior.

Aquello no puede producirse de una manera tan caracterizada, pero se efectúa a veces bajo la forma de una tendencia inconsciente: el jefe habla al soldado o al suboficial con la dulzura y terneza de un padre, lo anima a manifestar sus deseos, a formular sus quejas, como si quisiera aprovechar con empeño la ocasión de agradarle; después se vuelve hacia el Teniente o el Capitán, y entonces su mirada se torna dura y su palabra seca para pedirles cuentas, como si éstos no fueran de la familia, sino mercenarios sospechosos encargados de asegurar el bienestar de sus hijos, y a quienes es preciso vigilar de cerca y tratar sin contemplaciones, porque de otro modo los hijos quedarían abandonados y carecerían de todo.

* * *

No pretendemos que existe en realidad ese tipo de jefe; intencionalmente hemos recargado los colores para hacer resaltar mejor el bosquejo, de que sólo queremos retener esto: por vaga y accidental que sea, toda tendencia a erigirse un pequeño pedestal de autoridad o popularidad a expensas de sus subordinados es vituperable en el jefe; para con nuestros subalternos es una especie de traición cometida en el curso de la obra común.

Una flaqueza apenas menos grave es la tendencia a eludir las responsabilidades. Abstenerse de un acto de mando por la impresión de un temor cualquiera, es propio de un pobre de espíritu; ya ordenado el acto, tratar de esquivar la responsabilidad por medio de ardides o explicaciones alucinantes, es proceder poco brillante; pero echar una responsabilidad sobre el inferior que no ha hecho más que obedecer,

constituye una falta de naturaleza especial. Al sorprenderla en alguna parte, se debe reprimir duramente, y obligar al culpable a que abra los ojos y reconozca lo censurable de su actitud.

Por lo demás, en tesis general, corresponde al jefe colocarse al frente desde que se trata de su unidad; él es su representante obligado, y no sería admisible que los reproches lo dejaran a un lado para ir a buscar por sobre su cabeza responsabilidades de segundo orden. Es a él a quien corresponde hacer frente a la buena o mala situación que se produzca; y por otra parte, es a él también a quien toca pedir directamente a sus subordinados cuenta de las faltas cometidas.

Debe evitarse que, por deferencia al rango un poco elevado de algunos, de lo alto de los escalones de la jerarquía se hagan recaer directamente todos los reproches, todas las responsabilidades y todas las represiones sobre los individuos de graduación inferior. Estos últimos tienen ante todo necesidad de ver su autoridad acatada a los ojos de la tropa; de otra suerte acabarían por preguntarse si constituyen, en definitiva, una categoría desheredada; la disciplina dejaría de ser a sus ojos el deber común, para convertirse en una carga de que se aligeran los de arriba, ahogando con ella a los inferiores. De allí a pesar que todo el servicio no es sino una molestia y a tratar de sustraerse de ella a fuerza de habilidad, no hay mucha distancia, y entonces, al quedar destruída, la concepción del deber militar, la verdadera disciplina dejará de existir.

(*En la próxima entrega: "La subordinación"*).

"No era generoso, no era digno, no era noble, ni ello cabía en su moral, que siendo el Libertador el autor del parte de la batalla, se hubiera loado a sí mismo, tanto más cuanto que debía firmarlo Soublette, quien no era, ni mucho menos, un testaferro..."

DANIEL F. O'LEARY

"El Ejército Libertador ha llegado al término que se propuso al emprender esta campaña. A los setenta y cinco días de marcha desde el pueblo de Mantecal, en la provincia de Barinas, entró S. E. en la capital del Nuevo Reino, habiendo superado trabajos y dificultades mayores que los que se previeron al resolver esta grande operación, y habiendo destruído un ejército tres veces más fuerte que el que invadía. Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de modo infalible la de toda la América del Sur".

Boletín de guerra publicado el 11 de agosto de 1819.

UNA CARTA A GARCIA

POR ELBERT HUBBARD

Las gentes que nunca hacen más de lo que se les paga, nunca obtienen pago por más de lo que hacen.

APOLOGIA

El pasatiempo literario que va a leerse, *Una carta a García*, fue escrito de sobremesa, una tarde, en el corto término de una hora. Pasaba esto el 22 de febrero de 1899, aniversario del natalicio de Jorge Wáshington, y ya en la revista *Philistine*, de marzo de ese mismo año, corría publicado. Fue algo que brotó caliente de mi corazón, y que fue escrito tras un día gastado en la pesada faena de excitar a infelices sumidos en los limbos de inacción criminal a que se tornasen hombres, hombres auténticos, radioactivos.

Pero la verdadera frase creadora brotó de los labios de mi hijo Bert, cuando en el curso de la conversación, y entre taza y taza de té, sugirió que el héroe verdadero de la guerra de Cuba había sido Rowan. Sí —dijo mi hijo—, porque Rowan fue quien en la hora oportuna, culminante, llevó a cabo el hecho único, necesario: llevar el mensaje a García.

La frase me hirió como un rayo. Sí —exclamé— el muchacho tiene razón: el héroe es siempre aquel que cumple su misión, el que lleva la carta a García. Corro a mi escritorio, y, de un tirón y de uno a otro cabo escribo *Una carta a García*.

Tan poco caso hice de mi escrito, que él fue publicado en la revista sin encabezamiento siquiera. La edición salió, y empezaron a llover pedidos por doce, por cincuenta, por cien ejemplares de la revista; y cuando The American News Co. pidió mil ejemplares, pregunté lleno de asombro a uno de mis ayudantes qué era lo que en ese número de la revista levantaba tal polvareda: "Esa historia suya acerca de García", fue su respuesta.

Al siguiente día recibí un telegrama de George H. Daniels, del New York Central Railroad, que decía así: "Deme precio de cien mil ejemplares del artículo de Rowan, en forma de folleto, con un aviso en la portada sobre el Empire State Express, y diga cuándo puede hacer la entrega".

Contesté dando el precio y avisando que la entrega se le podría hacer en dos años. Disponíamos de tan pocos elementos, que eso de imprimir cien mil ejemplares parecióno una empresa tremenda. El resultado fue que di permiso a Mr. Daniels para reimprimir el artículo por su cuenta. Hízolo él en ediciones de a medio millón de folletos. Dos o tres lotes de a quinientos mil fueron puestos en circulación, y además fue reproducido por cerca de doscientas revistas y periódicos y traducido a todas las lenguas vivas.

Por los tiempos en que Mr. Daniels distribuía *La carta a García*, vino a los Estados Unidos el Príncipe Hilakoff, Director de los Ferrocarriles rusos. Y como el dicho príncipe fuese huésped del New York Central y saliera a una gira por todo el país bajo la dirección personal de Mr. Daniels, conoció el folleto y se interesó por él, más quizás por ser Mr. Daniel quien lo repartía y por la gran cantidad que de él vio circular de mano en mano, que por cualquiera otra causa.

Lo cierto del caso fue que, de vuelta a su país, lo hizo traducir al ruso e hizo repartir de él sendos ejemplares a los empleados de todos los fe-

rrocarriles del imperio. De Rusia pasó a Alemania, a Francia, a España, a Turquía, al Indostán, a la China.

Durante la guerra ruso-japonesa, cada soldado ruso que iba al frente llevaba un ejemplar de *La carta a García*. Al encontrar los japoneses el folleto en poder de todos y cada uno de los prisioneros de guerra, concluyeron que aquello debía ser cosa excelente, y lo vertieron a su idioma. Por orden del Mikado un ejemplar fue repartido a cada uno de los empleados del gobierno, militares o civiles. ¡Alrededor de cuarenta millones de ejemplares de *Una carta a García* han sido impresos, siendo ésta la mayor circulación que una obra —en vida de su autor— haya logrado, en tiempo alguno de la historia, gracias a qué serie de afortunados accidentes!

* * *

Hay un hombre cuya actuación en la guerra de Cuba culmina en los horizontes de mi memoria como culmina un astro en su perihelio.

Sucedió que cuando hubo estallado la guerra entre España y los Estados Unidos, palpóse clara la necesidad de una inteligencia inmediata entre el Presidente de la Unión Americana y el General Calixto García. ¿Pero cómo hacerlo? Hallábase García en esos momentos Dios sabe dónde, en alguna serranía perdida en el interior de la Isla. Y era precisa su cooperación. ¿Pero, cómo hacer llegar a sus manos un despacho?

¿Qué hacer?

Alguien dice al Presidente: "Conozco a un hombre llamado Rowan. Si alguna persona en el mundo es capaz de dar con García, es él: Rowan". Se busca a Rowan y se le confía la carta que ha de llevar a García, y... nada más.

Cómo el sujeto que lleva por nombre Rowan toma la carta, guárdala en una bolsa que cierra contra su corazón, desembarca a los cuatro días en las costas de Cuba, desaparece entre la selva primitiva para reaparecer de nuevo a las tres semanas al otro extremo de la Isla, habiendo cruzado un territorio hostil y habiendo entregado la carta a García, cosas son que no tengo especial interés en narrar aquí. El punto sobre el cual quiero llamar la atención es éste: McKinley da a Rowan una carta para que la lleve a García; Rowan toma la carta y no pregunta: "¿En dónde podré encontrarlo?"

¡Por Dios vivo!, que hay aquí un hombre, un hombre cuya estatua debería ser vaciada en bronces eternos y colocada en cada uno de los colegios del Universo. Porque lo que debe ser enseñado a los jóvenes no es esto o lo de más allá, sino vigorizar, templar su sér íntegro para el deber, enseñarlos a obrar prontamente, a concentrar sus energías, a hacer la cosa, a *llevar la carta a García*.

El General García ya no existe. Pero hay muchos Garcías en el mundo. No alienta un solo hombre de los metidos en empresas que necesitan de la colaboración de muchos, que no se haya quedado alguna vez estupefacto ante la imbecilidad del común de los hombres, ante su abulia, ante su falta de energía para llevar a término la ejecución de un acto.

Inatención culpable, trabajo a medio hacer, desgreño, indiferencia, parecen ser la regla general. Y, sin embargo, no se puede tener éxito si no se logra por un medio o por el otro obtener la colaboración completa de los subalternos, a menos que Dios, en su bondad, obre un milagro y envíe un Angel de Luz como ayudante.

El lector puede poner a prueba mis palabras; llame a uno de los muchos empleados que trabajan a sus órdenes y dígale: "Consulte usted la Enciclopedia y haga el favor de sacarme un extracto de la vida de Correggio". ¿Cree usted que su ayudante le dirá "sí señor", y pondrá manos a la obra?

Pues no lo crea. Le lanzará una mirada vaga y le hará una o varias de las siguientes preguntas:

¿Quién era él?

¿En qué Enciclopedia busco eso?

¿Está usted seguro de que esto está entre mis deberes?

¿No será la vida de Bismarck la que usted necesita?

¿Por qué no ponemos a Carlos a que busque eso?

¿Necesita usted de ello con urgencia?

¿Quiere que le traiga el libro para que usted mismo busque allí lo que necesita?

Diga: ¿para qué quiere saber eso?

Y apuesto diez contra uno a que después de que usted haya respondido íntegramente el anterior cuestionario y haya explicado el modo de verificar la información y para qué la necesita usted, el prodigioso ayudante se retirará y buscará otro empleado que le ayude a buscar a García, y regresará luégo a informarle que tal hombre no existió en el mundo.

Puede suceder que yo pierda mi apuesta, pero si la ley de los promedios es cierta, no la perderé. Y si usted es un hombre cuerdo no se tomará el trabajo de explicarle a su ayudante que Correggio se busca en la C y no en la K, se sonreirá usted suavemente y le dirá: "dejemos eso". Y buscará usted personalmente lo que necesita averiguar.

Y esta incapacidad para la acción independiente, esta estupidez moral, esta atrofia de la voluntad, esta mala gana para coger y remover por sí mismo los obstáculos, es lo que retarda el bienestar colectivo de la sociedad. Y si los hombres no obran para su provecho personal, ¿qué harán cuando el beneficio de su esfuerzo sea para todos?

Se palpa la necesidad de un capataz armado de garrote. El temor de ser despedidos el sábado por la tarde es lo único que retiene a muchos trabajadores en su puesto. Ponga usted un aviso solicitando un secretario, y de cada diez postulantes, nueve no saben ni ortografía ni puntuación.

¿Podrían tales gentes llevar la carta a García?

En cierta ocasión decíame el jefe de una gran fábrica: ¿ve usted a ese contador que está allí?

—Lo veo, ¿y qué?

—Es un gran contabilista; pero si lo envío a la parte alta de la ciudad con cualquier objeto, puede que desempeñe su misión correctamente; pero puede también que en su viaje se detenga en cuatro cantinas y al llegar a la calle principal de la ciudad haya olvidado absolutamente a qué iba. ¿Podría confiársele a un tío semejante la carta para García?

En los últimos tiempos es frecuente oír hablar con gran simpatía del pobre trabajador víctima de la explotación industrial; del hombre honrado, sin trabajo, que por todas partes busca inútilmente en qué emplearse. Y a todo esto se mezclan palabras duras contra los que están arriba, y nada se dice del jefe de industria que envejece prematuramente luchando en vano por enseñar a ejecutar a otros un trabajo que ni quieren aprender ni les importa; ni de su larga y paciente lucha con colaboradores que no colaboran y que sólo esperan verle volver la espalda para malgastar el tiempo. En todo almacén, en toda fábrica, hay una continua renovación de empleados. El jefe despide a cada instante a individuos incapaces de impulsar su industria, y llama a otros a ocupar sus puestos. Y esta escogencia no cesa en tiempo alguno, ni en los buenos ni en los malos. Con la sola diferencia de que cuando hay escasez de trabajo la selección se hace mejor; pero en todo tiempo y siempre el incapaz es despedido: la ley de la supervivencia de los mejores que se impone. Por interés propio todo patrón conserva a su servicio los más hábiles: aquellos capaces de llevar la carta a García.

Conozco a un hombre de facultades verdaderamente brillantes, pero inhábil para manejar sus propios negocios, y absolutamente inútil para gestionar los ajenos, porque lleva siempre consigo la insana sospecha de que sus superiores lo oprimen o tratan de opri-

mirlo. Ni sabe dar órdenes ni sabe recibirlas. Si se enviara con él la carta a García, contestaría muy probablemente: "Llévela usted". Hoy ese hombre vaga por las calles en busca de oficio, mientras el viento silba al pasar por entre las hilachas de su vestido. Nadie que lo conozca se atreve a emplearlo por ser él un sembrador de discordias. No le entra la razón y sólo sería sensible al taconazo de una bota número 45 de doble suela.

Comprendo que un hombre tan deformado moralmente merece tanta compasión como si físicamente lo fuese; pero al compadecerlo recordemos también a aquellos hombres que luchan por sacar triunfante una empresa, sin que sus horas de trabajo estén limitadas por el pito de la fábrica, y cuyo cabello se torna prematuramente blanco en la lucha tenaz por conservar sus puestos a individuos de indiferencia glacial, imbéciles e ingratos, que le deben a él el pan que se comen y el hogar que los abriga.

¿Habré exagerado demasiado? Puede ser; pero cuando todo el mundo habla de los trabajadores, así, sin distinción ninguna, quiero tener una frase de simpatía para el hombre que logra éxito, para aquel que luchando contra todos los obstáculos, dirige los esfuerzos de los otros, y, cuando ha triunfado, sólo obtiene por recompensa —si acaso— pan y abrigo. Yo también he trabajado a jornal, y me he hecho la comida con mis propias manos; he sido patrón y puedo juzgar por experiencia propia, y sé que hay mucho qué decir de parte y parte. La pobreza no da excelencia por sí sola; los harapos no son recomendación; no todos los patrones son duros y rapaces ni todos los pobres son virtuosos.

Mi corazón está con aquellos obreros que trabajan lo mismo cuando el capataz está presente que cuando está ausente. Y el hombre que se hace cargo de una carta para García y la lleva tranquilamente sin hacer preguntas idiotas y sin la intención perversa de arrojarla en la primera alcantarilla que se encuentre al paso y sin otro objetivo que conducirla a su destino, a este hombre jamás se le despedirá de su trabajo, ni tendrá jamás que entrar en huelga para obtener aumento de salario. La civilización es una lucha prolongada en busca de tales individuos. Todo lo que un hombre de esta clase pida, lo tendrá; lo necesitan en todas partes: en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en las oficinas, en las fábricas, en los almacenes. El mundo los pide a gritos, el mundo está esperando siempre ansioso el advenimiento de hombres capaces de *llevar la carta a García.*

* * *

El mundo confiere sus mejores premios, tanto en honores como en dinero, a una sola cosa: a la iniciativa.

¿Qué es iniciativa?

Puedo definirla en pocas palabras: hacer lo que se debe hacer, bien hecho, sin que nadie lo mande.

Al que hace una cosa bien hecha, sin que nadie se lo ordene, sigue aquel que la hace bien cuando se la han ordenado una sola vez; es decir, aquellos que saben llevar la carta a García. Estos reciben altos honores, pero su pago no guarda la misma proporción.

Vienen luégo aquellos que obran sólo cuando se les ha dado la orden por dos veces; no reciben honores y sólo tienen un pago pequeño.

Se encuentran después los que hacen una cosa bien hecha, pero sólo cuando la necesidad los aguijonea; en vez de honores reciben la indiferencia y se les paga con una miseria. Estos tales emplean la mayor parte de su tiempo refiriendo historias de su mala suerte.

Todavía en una escala inferior están aquellos que no hacen nada bien hecho, aun cuando algún compañero se lo enseñe a hacer y permanezca a su lado para cerciorarse de que lo hacen; éstos pierden constantemente sus puestos y reciben como pago el desprecio que se merecen, a menos que por suerte tengan un padre rico y, en este ca-

so, el Destino los asecha en su camino hasta descargárles un recio golpe.

¿A qué clase pertenece usted?

* * *

El Director General o Jefe de la Policía de Buenos Aires ha querido dar, según leemos en *La Prensa* de aquella gran metrópoli, una lección educativa a sus subordinados, para establecer las condiciones que, a su juicio, constituyen el verdadero mérito para lograr el ascenso. Sobre los años de servicio pone las aptitudes; doctrina ésta que se ha popularizado por medio del siguiente apotegma: "Aptitud suple antigüedad".

A fin de establecer lo que él entiende por aptitudes superiores, el Jefe de la Policía bonaerense ha escrito un diálogo a la manera platónica, lo ha hecho imprimir en grandes carteles murales, y lo ha mandado fijar en todos los cuarteles de su mando. He aquí el diálogo:

La escena pasa en una de nuestras grandes casas comerciales. Un empleado pide autorización para presentar una queja al director general.

—¿Qué hay...?

—Señor director, ayer fue nombrado X para ocupar la vacante de Z, y X es 16 años más joven que yo.

El director le interrumpe: ¿Quiere usted averiguar la causa de ese ruido?

El empleado sale a la calle y regresa diciendo: son unos carros.

—¿Qué llevan?

Después de una nueva salida, el empleado vuelve diciendo: unas bolsas.

—¿Qué contienen las bolsas?

El empleado hace otro viaje a la calle y vuelve diciendo: no se ve lo que tienen.

—¿A dónde van?

Cuarta salida y responde:

—Van hacia el Este.

El director llama al joven X, y le dice:

—¿Quiere averiguar la causa de ese ruido?

El empleado X sale y regresa cinco minutos después manifestando:

—Son cuatro carros cargados con bolsas de azúcar, forman parte de las quince toneladas que la casa A remite a Mendoza. Esta mañana pasaron los mismos carros con igual carga. Se dirigen a la Estación Catalinas; van consignados a...

El director, dirigiéndose al empleado antiguo:

—¿Ha comprendido usted?

"El Coronel Rook, dejando la cuna de su gloria, vino a encontrar su tumba, combatiendo por la libertad americana. La República no olvidará la memoria del bravo Coronel Rook".

BOLÍVAR

UN DECALOGO

POR EL SARGENTO LORENZO PABLOS

Todos debemos contribuir a la conservación del honor de las Fuerzas de Policía.

1. El interés del Agente —padre futuro de soldados del mañana, defensores de la Patria— está por sobre todo interés. Por ello, el esfuerzo constante de un suboficial debe orientarse hacia el mejor y más mínimo conocimiento del ciudadano que la Nación entrega a su cuidado y dirección.

2. Instruír es mucho, educar es más. La misma verdad científica puede ser funesta para el mundo si se aplica al mal. De ahí que no basta vigorizar el cuerpo y nutrir la mente del individuo. Lo indispensable es formar su conciencia moral.

3. La observación y el estudio han de guiar al suboficial en el ejercicio de su misión. La trascendencia de su función le impone la consiguiente responsabilidad. Debe, por tanto, estar al día en todo. Vivir solamente del pasado es retroceder, con grave perjuicio de la sociedad.

4. El suboficial debe buscar merecerse la amistad y el aprecio de sus superiores, el apoyo de sus subalternos y el respeto de todos. La estima y la consideración de aquéllos y la colaboración de éstos es de fundamental valor en la función que tiene asignada. Un buen suboficial fomenta por todos los medios a su alcance el espíritu de solidaridad, de asociación, de camaradería entre sus superiores, subalternos e iguales, miembros todos de un mismo cuerpo.

5. La tarea del cuartel, con ser grande, no es toda la que debe cumplir un buen suboficial. Se es buen suboficial en el cuartel, en la calle y en el hogar; debe ser dondequiera que esté. El desdoblamiento de la personalidad es siempre objetable, cuando no inmoral.

6. El buen suboficial debe tener siempre a mano sus reglamentos; además, buenos libros para procurar la siembra de buenas ideas en todos los ambientes en que actúe.

7. Un educador digno respeta y trata con toda consideración a los que manda, pero no los adula. De la adulación al servilismo no hay más que un paso. Y es sabido que el servilismo, generando la falsedad, ofusca y anula la voluntad para las obras de justicia y de bien común.

8. Las aspiraciones fundadas en el derecho y en un afán de superación ennoblecen al hombre. Es justo, pues, que el suboficial tenga aspiraciones y luche por satisfacerlas. Volar es el atributo de las aves. Lo repudiable es arrastrarse. De ahí la necesidad de trabajar dignamente y de defender con buenas razones derechos e ideas, sin perjuicio de rectificar propios errores, dentro del respeto a las prescripciones de disciplina que determinan los reglamentos militares. En consecuencia un suboficial consciente de su misión y de su responsabilidad cuida celosamente su dignidad de hombre y de militar.

9. En cualquiera situación, por modesta que sea, se puede servir a Dios y a la Patria y ser útil a los semejantes, y, por ende, a la humanidad. Lo esencial está en la sinceridad que se ponga en la obra que se hace. El hombre que un día y otro día ejerce su ministerio y su misión con amor y a conciencia, se parece a la corriente de agua pura que lleva la vida por donde pasa.

10. Lo bueno y lo malo que hace el suboficial es también, por reflejo, bueno o malo para sus camaradas, para la unidad a que pertenece, para el Ejército y para la Patria. Por su propio interés, por espíritu de solidaridad y camaradería, por respeto al uniforme que viste y a los emblemas que lo distinguen y por amor a su Patria, el suboficial debe mirar siempre hacia lo alto. Con ese ideal, ni aun en el atardecer de la vida le faltará la luz de una estrella.

"Y no sólo por estas razones (haber sido escrito el parte por el mismo Libertador) se calla en el parte el nombre de Bolívar, sino como ya se habrá advertido, por la muy fundamental de que fue él quien se puso a la cabeza de la división de Anzoátegui, y bajo su iluminada y directa voz de mando, esos valientes soldados se enardecieron, se exaltaron de entusiasmo patriótico, avanzaron de frente y por los flancos en desafío colérico a la muerte, destrozando en el espacio de minutos con la punta de sus espadas y de sus lanzas, por la boca de fuego de sus fusiles y bajo las patas de sus frenéticos corceles, todo lo que quedaba de fuerzas dominadoras del despotismo español en la Nueva Granada".

DANIEL F. O'LEARY

"Mañana hace cuatro años que usted dio un día grande en Boyacá; estoy cierto de que por la noche de aquel día, cuando descansábamos en Ventaquemada, no calculaba usted que a esta fecha estaríamos reconocidos por los Estados Unidos".

SANTANDER

(Carta del 6 de agosto de 1823 al Libertador).

TECNICA
Y CIENCIA

Introducción a la Sociología Rural

POR JORGE CARDENAS GARCIA

Para "Fuerzas de Policía".

RAZA, CLIMA Y TOPOGRAFÍA. La composición étnica del pueblo colombiano se distribuye entre blancos, indios, negros y mestizos, comprendiendo entre estos últimos, además de los mestizos propiamente dichos, zambos y mulatos. Los datos estadísticos correspondientes a las distintas vertientes sanguíneas son un tanto incompletos, pero aproximadamente puede calcularse sobre cerca de 12.000.000 de habitantes, en que se cifra la población actual del país, un 2,2% de indígenas, 6,8% de negros, 70,4% de mestizos y un 20 a 21% de blancos.

EL MESTIZAJE EN COLOMBIA. En el año de 1920 un eminente médico colombiano, el doctor Miguel Jiménez López, dictó en el Teatro Municipal de Bogotá una conferencia publicada bajo el título de "Nuestras razas decaen". El estudio versaba sobre los exámenes médicos de quienes ingresaban al ejército en calidad de reclutas. Cuatro órdenes de anomalías distinguió el profesor Jiménez López entre los mestizos por él observados, a saber:

Anomalías de carácter anatómico: irregularidades y abolladuras craneanas con predominio de braquicefalia excesiva y occicefalia (cráneo abombado hacia la cúspide), labios leporinos, dientes mal implantados, polidactilia (más de cinco dedos de la mano o del pie).

Anomalías fisiológicas: temperatura media axilar de 36 a 36½ grados centígrados, cuando la media entre las gentes que habitan las zonas templadas es de 37º. Eliminación de urea alrededor del 21 por mil, fenómeno que ocurre generalmente en los trópicos y que predispone a las artritis y otras dolencias debidas al exceso de ácido úrico.

Anomalías psíquicas: que se traducen en depresión del ánimo, tendencia al pesimismo, desproporción exagerada entre las reacciones y los estímulos, frecuencia del suicidio, etc.

Anomalías patológicas: observadas por la frecuente presencia en grande escala de desarreglos endocrinos, avitaminosis, afecciones del tracto digestivo, reumatismo y otras artritis, tuberculosis, pian, lepra, enfermedades mentales que conducen al asilo y a la cárcel.

A pesar del análisis francamente pesimista que se deriva del importante estudio del profesor Jiménez López, quien hace además agudas consideraciones sociológicas y de psicología colectiva, no cabe duda de que la suerte de nuestro mestizaje podría remediarse a través de la inmigración y mejores condiciones de alimentación, vivienda, vestido y lo concerniente a lograr un nivel sanitario más satisfactorio.

CLIMA Y CONDICIONES GEOGRÁFICAS. El medio natural influye sobre el hombre mediante el clima y el relieve del suelo, y su conocimiento es de grande utilidad en el estudio de la realidad social.

Desde la antigüedad griega comenzaron a esbozarse las influencias del clima sobre el hombre con los escritos de Hipócrates y Aristóteles, quien en *La Política* expresó la idea de que los habitantes de las regiones nórdicas se caracterizaban por una fuerte complexión física y por sus sentimientos de libertad, mientras que los habitan-

tes de la cuenca del Mediterráneo se distinguían por su mayor inteligencia y sociabilidad.

En el siglo XVI el francés Jean Bodin se refirió igualmente a las relaciones entre el clima y el hombre, y más tarde Montesquieu contempló el mismo problema en *El espíritu de las leyes*. Si para el filósofo francés los hombres de las regiones frías eran amantes de la libertad, en cambio los pobladores de las zonas cálidas eran fácil presa de la tiranía y del despotismo. Montesquieu dividía los climas en cálidos, templados y fríos, teniendo únicamente en cuenta el mayor o menor grado de frío o de calor, concepto éste completamente superado, por cuanto la noción de clima comprende, además de la temperatura, la altura sobre el nivel del mar, la presión atmosférica, el régimen de las lluvias y de los vientos, etc.

El clima actúa sobre la organización biológica del hombre, sobre sus posibilidades alimenticias y en lo relativo a la industria y al comercio. Biológicamente se producen en el hombre reacciones suscitadas por el clima, entre las cuales pueden mencionarse el color de la piel, la depresión nerviosa de los pobladores de las regiones árticas, el excesivo enfriamiento de las extremidades que conduce a la gangrena y a la infecundidad en las regiones frías. Los cronistas de la conquista del Perú se refieren al hecho de que los españoles establecidos en Potosí tardaron 53 años en reproducirse. El Padre Calancha, citado por Mac Lean y Estenós, da cuenta del caso de Francisco Flórez, Secretario de la Real Audiencia de Lima, quien habiendo visto morir a sus vástagos recién nacidos cuando vivía en la ciudad serrana, se encomendó a San Nicolás pidiéndole pusiera fin a los sufrimientos de su esposa, deparándole un hijo que prolongara su estirpe, y que, como tal ocurriera, se bautizó al descendiente, que fue más tarde el médico Nicolás Flórez, con el nombre del santo, costumbre que siguieron los demás vecinos del lugar; de ahí que el nombre de Nicolás fue el único que portaron en adelante casi todos los pobladores del lugar.

En cambio, ciertas endemias, como el paludismo y la enfermedad del sueño, se extienden en otras regiones debido a la acción natural del clima y a las condiciones sociales.

En cuanto al régimen alimenticio, el clima ofrece al hombre la posibilidad o imposibilidad de establecer ciertos cultivos, como también en lo relativo a las industrias y al desarrollo del comercio. La influencia del clima sobre estos aspectos, es decir, sobre el régimen alimenticio, y el tipo de industrias abrazadas por el hombre, es indirecta al través de los animales y las plantas, en tanto que su acción sobre las funciones orgánicas es siempre directa.

El adelanto técnico y el mejoramiento de los niveles de salud por los progresos de la medicina y de la higiene han venido a demostrar cómo mientras los pueblos primitivos dependían enteramente del clima, las poblaciones más civilizadas han logrado atenuar su acción y modificar formas de vida que en los primeros tiempos de la humanidad se hubieran considerado imposibles. El hombre puede combatir el frío ingiriendo alimentos ricos en calorías, tales como los aceites y las grasas o empleando vestidos que lo defiendan contra el medio, o modificando las condiciones de la vida social, haciendo inocuos los gérmenes y vectores, como en el caso del paludismo y la uncinariasis. También puede el hombre, por medio de la irrigación, aprovechar zonas antes estériles, procurarse en zonas árticas y subárticas productos de que antes carecía, de lo cual es ejemplo la agricultura que ha logrado establecer en determinadas regiones polares.

Así, la denominación de climas humanos e inhumanos ha perdido su sentido categórico desde que la población, mejor dotada desde el punto de vista técnico, ha marchado a la conquista del medio natural. No quiere esto decir que el problema de las relaciones

entre el clima y el hombre haya perdido su significado, sino que ha cambiado el planteamiento del problema, debido a las circunstancias creadas por la inventiva humana. La proposición que desde los tiempos de Bodin se resumía en la frase "a tal clima tal hombre", ha podido convertirse en esta otra: a tal grado de civilización pueden ser posibles tales o cuales condiciones naturales.

El relieve del suelo, es decir, la configuración del terreno, que puede ser valle, altiplanicie, montañoso o ribereño, ejerce también influencia sobre el hombre y sobre la sociedad en general. Las mayores civilizaciones se han desarrollado a la orilla de los grandes ríos. La egipcia, una de las más florecientes de la antigüedad, no hubiera podido producirse sin el Nilo, que con sus grandes desbordamientos mantenía siempre húmedas las tierras formando el limo que las hace más feraces, produciendo mejores cultivos y alimentación superabundante al hombre, que ya no tiene que esforzarse solamente para comer, sino que puede dedicarse a muchas otras cosas: a la ciencia, al arte, a la literatura, etc., pues ya ha asegurado su subsistencia sin grandes esfuerzos, y de ahí que la civilización egipcia no pueda concebirse sin el Nilo, como no puede interpretarse la francesa sin el Sena y sin el Ródano, ni la alemana sin el Rhin, ni la italiana sin el Po, ni la norteamericana sin el Misisipí. Solamente un gran río, el mayor de todos los ríos, el Amazonas, no ha producido en sus márgenes ninguna gran civilización hasta el momento; mas es de esperarse que este hecho cambie en el futuro, porque ya el Brasil ha comenzado la penetración en zonas que antes eran inaccesibles al hombre, de manera que con una política de buena inmigración es muy posible que dentro de algunos años tengamos una gran civilización en la hoya amazónica.

El río Magdalena ha sido la arteria por donde ha discurrido la vida toda de la República, de modo que no puede concebirse la historia de la nación, desligada de tan importante corriente fluvial.

Conviene destacar ahora la influencia del desierto. Se ha exagerado acaso la influencia que el desierto ejerce en las poblaciones que lo habitan, llegándose a afirmar que los grandes desiertos, como los de Siria y Libia, han sido la cuna de las grandes religiones monoteístas, como el cristianismo, el budismo y el mahometismo. El hombre del desierto ha adorado a un solo dios porque no ve sino un solo paisaje uniforme, un solo color: el amarillo de la arena, encontrándose raras veces un oasis que rompa su monotonía, y ha configurado su mentalidad para la noción de la unidad, y por tanto se ha prosternado ante una única divinidad y no delante de varias, como los griegos y romanos.

El desierto ha influído también en la organización de la vida política de la sociedad. El hombre del desierto ama la libertad porque no conoce el límite, y es refractario a la organización social de los grandes conglomerados, hecha a base de limitaciones.

La influencia de la montaña merece ser señalada desde el punto de vista psíquico y biológico, porque sus habitantes son generalmente sanos, respiran un aire puro, son resistentes a muchas enfermedades, tienen una complexión fuerte y sobresalen por la sobriedad de sus costumbres. Por otra parte el montañés es tradicionalista, se aferra a cuanto posee, sin la idea de introducir cambios en sus utensilios de labor y en su vida cotidiana, y permanece aislado porque las vías de comunicación a las altas montañas son muy deficientes o muy escasas.

La influencia del mar se traduce por las mayores facilidades de contacto de las poblaciones costaneras con otros grupos sociales, en un despego de lo tradicional y una marcada tendencia a la novedad, estimulada por una imaginación más o menos rica y fecunda, expresada en una vasta gama de realizaciones en la industria de la construcción naval, desde el balso

primitivo hasta los grandes trasatlánticos.

Las influencias mencionadas de la configuración del suelo sobre el carácter y la actividad de las poblaciones humanas no pueden divorciarse tampoco de las condiciones sociales, que han ejercido a su turno una acción evidente en las diversas etapas de la civilización.

ALIMENTACIÓN. Si el clima obra indirectamente sobre la población dando origen a ciertos cultivos y permitiendo al hombre una serie de combinaciones alimenticias, desde las más simples hasta las más complejas, debidas a la variedad de plantas y animales, conviene plantear el problema de la alimentación, de tánta importancia en los últimos tiempos. Si un pueblo no está bien alimentado su porvenir será oscuro y mediocre, por lo cual la ciencia de la nutrición se considera hoy como una de las bases de interpretación de los problemas sociales.

Los alimentos que ingiere el hombre se dividen en dos grupos. Los plásticos, conocidos antiguamente por los fisiólogos con el nombre de alimentos cuaternarios y destinados a construír los tejidos y a repararlos a medida que vayan perdiendo vigor por la enfermedad o por el trabajo excesivo. Comprende esta clase de alimentos las proteínas o albúminas, es decir, la carne, la leche, los huevos, etc. El segundo grupo lo forman los alimentos energéticos, destinados a suministrar energía y calor al organismo, figurando entre ellos los azúcares y las grasas.

El hombre extrae sus alimentos de distintas fuentes naturales que pueden ser minerales, vegetales y animales. Entre los minerales hay algunos muy importantes y de los cuales no se puede prescindir en el régimen de alimentación, tales como el yodo, cuya carencia produce el bocio, llamado también "coto"; el fósforo, que obra como tonificante del sistema nervioso, el sodio, o sal común, que ingerimos en los alimentos, el calcio, el magnesio, el hierro, etc.

El hombre necesita durante las 24 horas del día un cierto número de calorías que van a desenvolver la actividad de los músculos y del cuerpo en general y estimulan el normal funcionamiento de los órganos. El número de calorías que requiere el hombre medio es aproximadamente de 2.400, pero si el hombre trabaja en tareas pesadas en que los músculos se fatigan más prontamente, o está sometido a grandes y debilitantes esfuerzos, debe aumentar el número de calorías hasta más o menos 4.000. Conocido el número de unidades calóricas que necesita el organismo, debemos buscar la manera de procurárselas por medio de los alimentos, administrados de acuerdo con las exigencias de la dietética.

LAS VITAMINAS. Su descubrimiento, acaso el más importante del siglo XX, constituyó una verdadera revolución en la fisiología de la nutrición y en la higiene alimenticia. Creían los fisiólogos del siglo XIX que con una adecuada proporción de albúminas, hidratos de carbono, grasas y minerales, podía conservarse la vida y mantenerse un satisfactorio nivel de salud, sin que por otra parte hubieran llegado a imaginar que el escorbuto, la pelagra, el raquitismo, la astenia, el beriberi y otras de las llamadas enfermedades por carencia, se debían a la falta de vitaminas. Estos elementos, cuya acción en el organismo se asemeja a la de las hormonas, pueden producirse artificialmente, ya que su síntesis o preparación química es de común ocurrencia en los modernos laboratorios. Hoy no solamente se conoce la acción de las vitaminas en la prevención y la terapéutica de muchas dolencias, sino que se han podido establecer las fuentes o alimentos que las contienen.

Entre las principales vitaminas cuyo número gira alrededor de una veintena, pueden mencionarse las siguientes:

La vitamina A, indispensable para los epitelios, que forman la parte superficial de la piel y de las mucosas. Su ausencia provoca frecuentemente ulceraciones de la córnea, debilita la

resistencia a la infección y predispone a las enfermedades del sistema respiratorio. Se le encuentra en ciertas grasas animales como la mantequilla y en vegetales como las legumbres verdes, las zanahorias y los albaricoques.

La vitamina B^1, antineurítica, es necesaria al equilibrio del sistema nervioso. Su ausencia conduce al beriberi, caracterizado por neuritis, edemas y lesiones cardíacas. Se halla comúnmente en el arroz no descorticado, en las leguminosas, la levadura y el hígado.

La vitamina PP, antipelagrosa, o ácido nicotínico, contribuye a la salud de la piel, las mucosas y el sistema nervioso. Su ausencia puede conducir a la demencia, a ciertas lesiones de la piel y a la inflamación de las mucosas. El chichismo, que flagela vastas zonas de la población colombiana, tiene entre sus secuencias más evidentes la pelagra, posiblemente por la destrucción de la vitamina PP. Se la encuentra más a menudo en los cereales completos, la carne cruda y sobre todo en el hígado y la levadura.

La vitamina C, antiescorbútica, juega importante papel en la fisiología de las glándulas suprarrenales y su carencia predispone al escorbuto, caracterizado por hemorragias internas, inflamaciones y dolor en las extremidades, y conduce a la vejez prematura. Se halla en abundancia en el limón, la naranja, el repollo y la papa.

La vitamina D, antirraquítica, es indispensable a la formación de los huesos y dientes. Controla el metabolismo del fósforo y el calcio y su ausencia determina el raquitismo y la tetania, impidiendo asímismo la curación de la tuberculosis y las fracturas. Existe apenas en pequeñas cantidades en alimentos habituales como la leche, la mantequilla, el queso, la yema del huevo, pero abunda en el aceite de hígado de bacalao.

La falta de la vitamina E, o vitamina de la fertilidad, conduce a la esterilidad, a la vez que provoca el aborto y los partos prematuros en la mujer y los animales. Abunda en el germen de los cereales como el trigo y el centeno, y en ciertas legumbres como los berros, la lechuga, como también en la yema de huevo, la leche y la mantequilla.

Otras vitaminas tales como la K, antihemorrágica, la H, la M y la P, antianémicas, si bien poco conocidas, pueden y deben sumarse a las anteriores.

Cuando en una dieta predomina un solo tipo de alimento, ocasiona serios trastornos en el organismo. Las proteínas favorecen la artritis y traen como consecuencia la gota, el reumatismo y otras enfermedades. Es el caso ocurrido, entre otros, a algunos reyes de España: Carlos V y Felipe II, que fueron gotosos con el natural cortejo de consecuencias, lo que explica el carácter áspero, despótico y sombrío de este último, quien vivía siempre malhumorado. La fuente principal de su alimentación eran las proteínas (huevos, carne de todas clases), dejando de comer vegetales y frutas.

Un pueblo insuficientemente alimentado es incapaz para el trabajo, fácil víctima de las enfermedades y condenado, si no a desaparecer, por lo menos a llevar una vida mendicante y precaria. Conocida esta verdad, hoy se trata de equilibrar la alimentación, de suministrar los elementos nutritivos en las cantidades necesarias para que el organismo los absorba y asimile y pueda sostener niveles normales de salud.

ALIMENTACIÓN, ACTIVIDAD Y CARÁCTER DEL HOMBRE. No es exagerado decir que el mayor estímulo de la actividad humana, tanto individual como social, es la búsqueda de alimento. Klein ha demostrado que el instinto de nutrición prima sobre el de reproducción o conservación de la especie, encerrando en una jaula unos cuantos ratones hambrientos y en otra un queso y una rata en celo, suficientemente alimentada. Al abrir la puerta de comunicación entre ambas jaulas, los machos famélicos se precipitaron sobre

el queso, haciendo caso omiso de la hembra que esperaba en ella.

Socialmente pueden explicarse no sólo la conquista de unos pueblos por otros, sino las guerras, las grandes expediciones y empresas de navegación y de comercio por el afán de procurarse el alimento o de intercambiar con otros pueblos los productos del suelo circunscritos a determinadas regiones.

No es propia, con carácter absoluto, la división entre carnívoros y vegetarianos, ya que los comedores de carne requieren algunos vegetales. Tal ocurre con ciertos felinos, que devoran el tubo digestivo antes que la sangre y los huesos de los rumiantes, por encontrar allí un depósito de vegetales de que carece su organismo. El fenómeno inverso se produce entre los herbívoros, que eligen entre los vegetales que ingieren, hierbas ricas en microorganismos. De modo que lo que prevalece es una alimentación de tipo mixto, denominándose carnívoros a aquellos animales en que domina la carne en su tipo de alimentación, o viceversa, cuando se trata de individuos vegetarianos.

Se han señalado múltiples cambios en el carácter de los hombres y en la psicología de los pueblos según sea su tipo de alimentación, siendo más rapaces los que se nutren preferentemente de carne y otras proteínas animales que los que comen principalmente granos y legumbres. En ésta estos últimos es más alto el índice de proliferación y se hacen notar por sus sentimientos apacibles y una actitud más contemplativa de la vida, mientras que los primeros, guiados por caudillos impetuosos, están mejor armados para la conquista y la hegemonía.

Los chibchas, típicamente vegetarianos, ofrecieron al conquistador español alimentado a base de carne, queso y fermentados, una resistencia mucho menor que la que les opusieron tribus tales como los pijaos, caribes y panches, esencialmente carnívoros. Se ha explicado igualmente la reducción de la población indígena de América por el régimen de trabajo impuesto por los peninsulares, sin que a dicho régimen, sobremanera extenuante, especialmente por la mita minera, hubiera correspondido un cambio en la precaria nutrición de los aborígenes.

En Colombia, donde por la variedad de climas existen distintos tipos de alimentación, casi con exclusivo predominio del plátano, la yuca, el maíz, el arroz, en las regiones cálidas y templadas, y de la papa, el maíz, la arracacha, el trigo, en las regiones frías, el régimen de alimentación es en general muy deficiente y mal balanceado, no sólo por no existir una conciencia alimenticia en el pueblo, sino por la insuficiencia de salarios y jornales y por la falta de tecnificación de la agricultura, cuya capacidad productiva es inferior al nivel ordinario de los consumos.

NOTA: En cuanto a que por un error tipográfico el estudio publicado en nuestra edición anterior, de que es autor el doctor Jorge Cárdenas García, hace oscuro el texto de su primer párrafo sobre Generalidades de la Sociología Rural, nos permitimos reproducirlo a continuación:

"Antes de ensayar una definición de la Sociología Rural conviene decir cuál es la idea de la sociología general, ya que la primera no podría ser estudiada sin el previo conocimiento de la segunda, al menos en sus lineamientos principales. La sociología como ciencia autónoma se propone estudiar la estructura y el funcionamiento de las sociedades humanas, considerando cada una de éstas como un todo, es decir como un conjunto de hechos económicos, políticos, jurídicos, demográficos, etc., enfocados por sus aspectos más generales, cada uno de los cuales es al mismo tiempo objeto de las ciencias sociales particulares, tales como la economía política, la ciencia política, el derecho, la demografía, la historia, etc..."

Algunos aspectos de la falsificación y estafa por billetes de banco

POR EL PROFESOR JOSE MARIA GARAVITO B.

Para "Fuerzas de Policía".

El billete legítimo está hecho en tal forma que por más perfecta que sea su falsificación *siempre se descubre*, ya sea por medios simplistas o por análisis de laboratorio.

Los distintos elementos que lo constituyen son de fabricación exclusiva y de complejas fórmulas especiales; llevan, además, varias claves químicas y estructurales, las cuales requieren para su confección de complicadas máquinas de muy alto costo; tienen, además, como control visible, el número y la serie.

Desde el punto de vista científico la confección del billete legítimo es el resultado de muchas experiencias y profundos estudios de eminentes científicos, quienes, de antemano, pudiéramos decir, todo lo han previsto.

Los falsificadores se valen de varios medios para la confección de billetes y, por lo que se ve, demuestran dominio en las artes litográficas, fotografía, confección de clisés, etc. La figura número 1 muestra dos de los clisés utilizados por falsificadores. En algunas ocasiones se muestran como hábiles dibujantes y verdaderos artistas. La figura número 2 corresponde al reverso de un billete falso, íntegramente hecho a mano, y que como se ve es una verdadera obra de arte, cuyo valor es superiorísimo al del billete; tampoco ha faltado quien utilice la química, olvidándose que cualquier aplicación de ésta produce modificaciones que lo delatan. Sobre el particular tenemos estudiados muchos casos interesantes pero que por razones obvias nos abstenemos de divulgarlos, y como lo que perseguimos es obtener algún provecho para el bien común dando mayor ilustración a los Agentes de Policía y alertar a la ciudadanía, nos limitamos a describir algunos de los procedimientos que más comúnmente usan los delincuentes para estafa.

Paquete chileno. Corresponde a lo que nosotros pudiéramos llamar paquete de engaño, y consiste en un bloque de papeles en blanco recortados del tamaño y forma de los billetes, al que colocan un billete legítimo por encima y otro por debajo; dicho paquete lo envuelven en las bandas de papel con que se entregan en los Bancos los paquetes de billetes legítimos, quedando del aspecto de un verdadero paquete de billetes, y lo usan para estafa (véase figura número 3); hay otro tipo que se diferencia del anterior en que semeja un rollo de billetes amarrado con una pita o liado con un caucho (véase figura número 4).

Estafa por medios billetes. Los delincuentes se valen de varios procedimientos, entre los cuales el más común consiste en que confeccionan dos billetes partiendo por mitad uno legítimo, y cada mitad la complementan pegándole un papel del tamaño y forma de un medio billete. Para su entrega los doblan de manera que únicamente quede visible la parte del billete, y para evitar que en su presencia lo desdoblen aprovechan la ocasión de que quien lo reciba esté de mucho afán o lleve una de sus manos ocupadas.

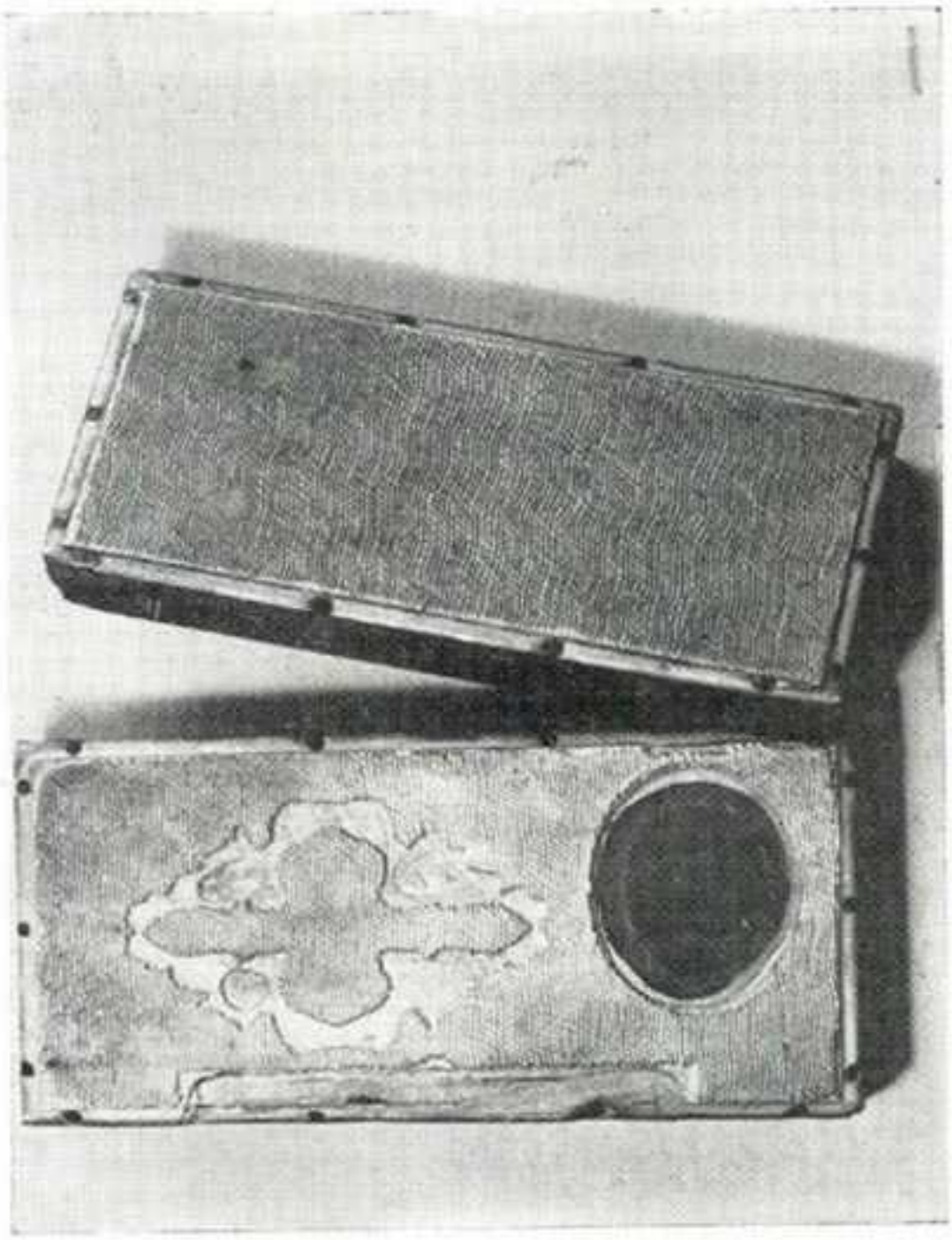


Figura No. 1

Billete negro. La estafa por este procedimiento consiste en que el estafador vende al cliente billetes falsos coloreados de negro o simples papeles negros, haciéndole creer que se trata de billetes legítimos, provenientes del exterior, en donde tiene conexiones secretas, y que para introducirlos al país los colorean de negro, evitando así que en la Aduana los descubran, y que para su ingreso los declaran como papel para trabajos fotográficos.

El estafador inventa un cuento convencedor en el que dice a su cliente que por tener que viajar al exterior para hacerse cargo de la introducción de billetes a otro país, se ve en la necesidad de vender el negocio. Le hace demostraciones por medio de reactivos "especiales", decolorando algunos billetes legítimos que previamente ha coloreado de negro y colocado en determinados sitio de los paquetes; luégo del tratamiento químico los somete a lavado y secado; una vez realizada toda la operación proceden a hacer algunas compras en presencia del cliente para demostrarle que circulan correctamente. En la figura número 5 se pueden observar: un paquete de billetes falsos coloreados de negro, un billete legítimo y un billete falso, que hemos descolorizado parcialmente.

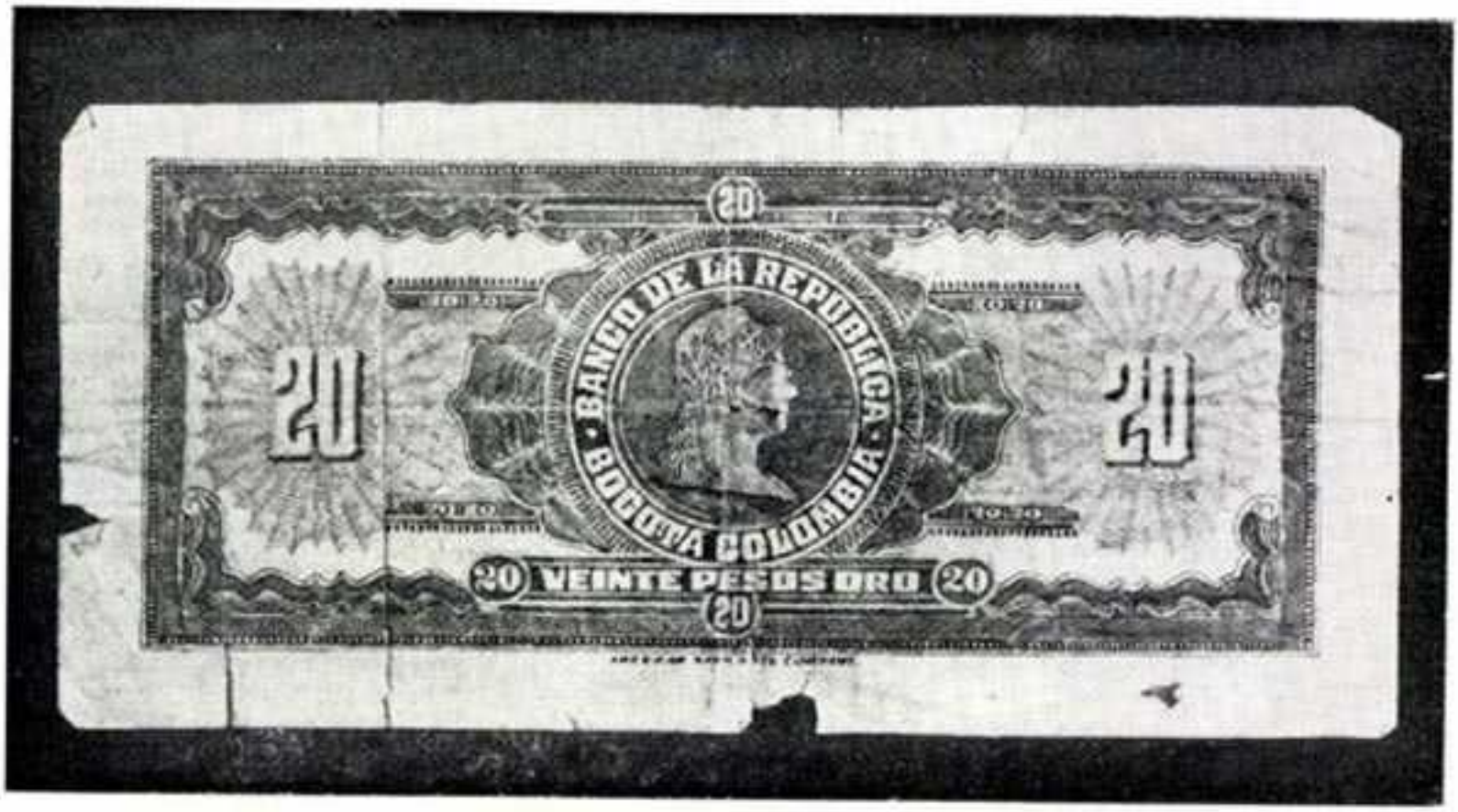
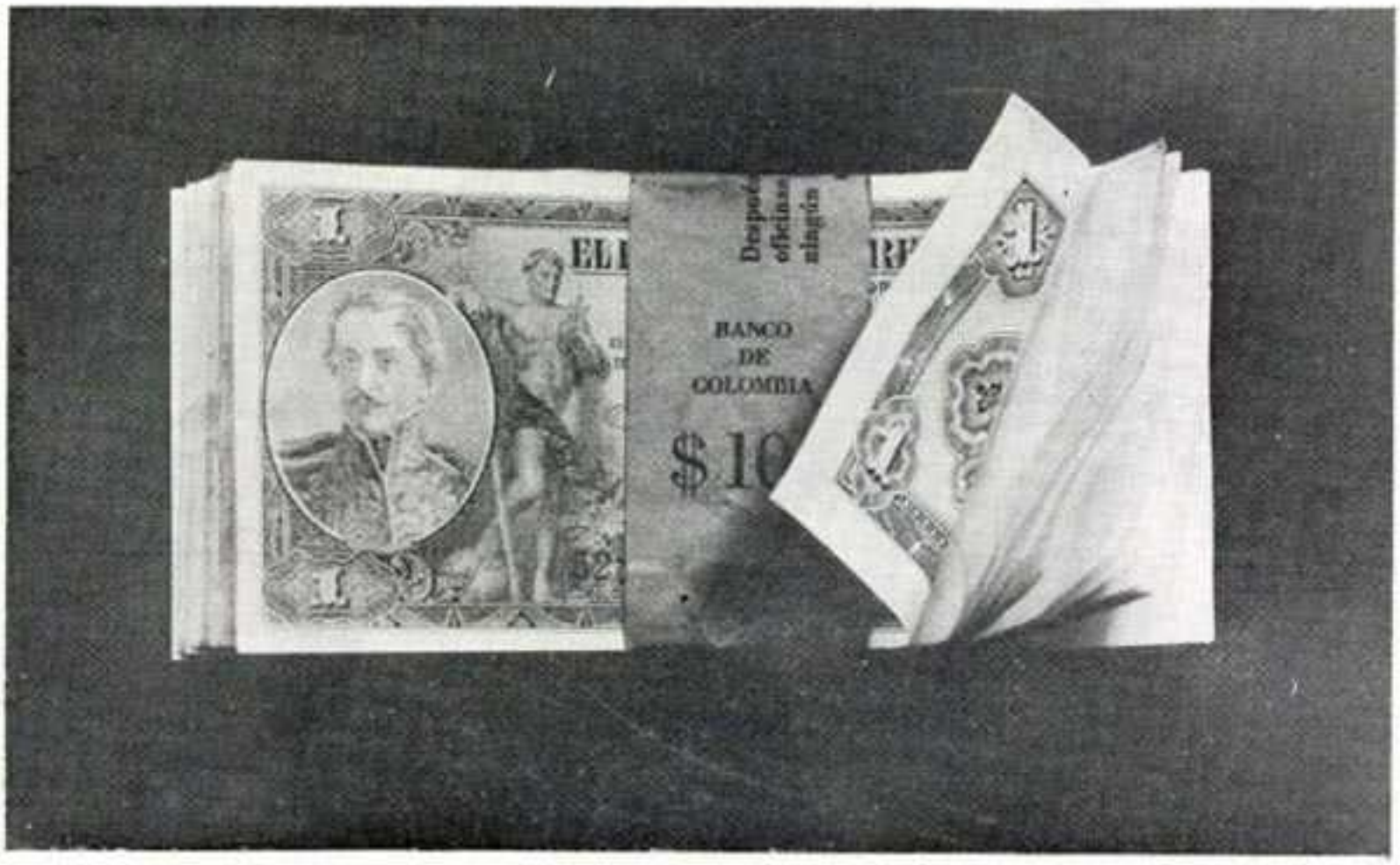


Figura No. 2

Figura No. 3



Luégo de la demostración, le vende al cliente los reactivos "especiales" y toda la existencia de billetes, la que generalmente está constituída por apreciable cantidad de paquetes de billetes de varios valores, ofreciéndole una ganancia bastante halagadora. Una vez el cliente en posesión de todos los elementos, se oculta para dedicarse tranquilamente a decolorizarlos, con la sorpresa de que ha sido estafado, pues entre los varios miles de billetes únicamente los que están encima son legítimos y todos los demás son falsos o simples papeles negros.

Estafa por venta de reactivos secretos. El más común de estos procedimientos consiste en que el delincuente vende a su cliente reactivos "secretos" junto con otros elementos, haciéndole creer que al tratar un billete legítimo con éstos se obtienen varios billetes debido a la acción que tienen estos reactivos sobre sus tintas, pasando las imágenes a papeles en blanco del tamaño y forma de los billetes, para lo cual se hace una demostración colocando el papel sobre el billete humedecido con los reactivos y frotando fuertemente con un rodillo recubierto en caucho.

El cliente, en posesión de dichos reactivos y demás elementos, procede a la confección de los billetes con la sorpresa de que ha sido estafado, pues no solamente las imágenes pasan muy débiles, defectuosas y carentes de detalles, sino que las leyendas, números, etc., quedan al revés.

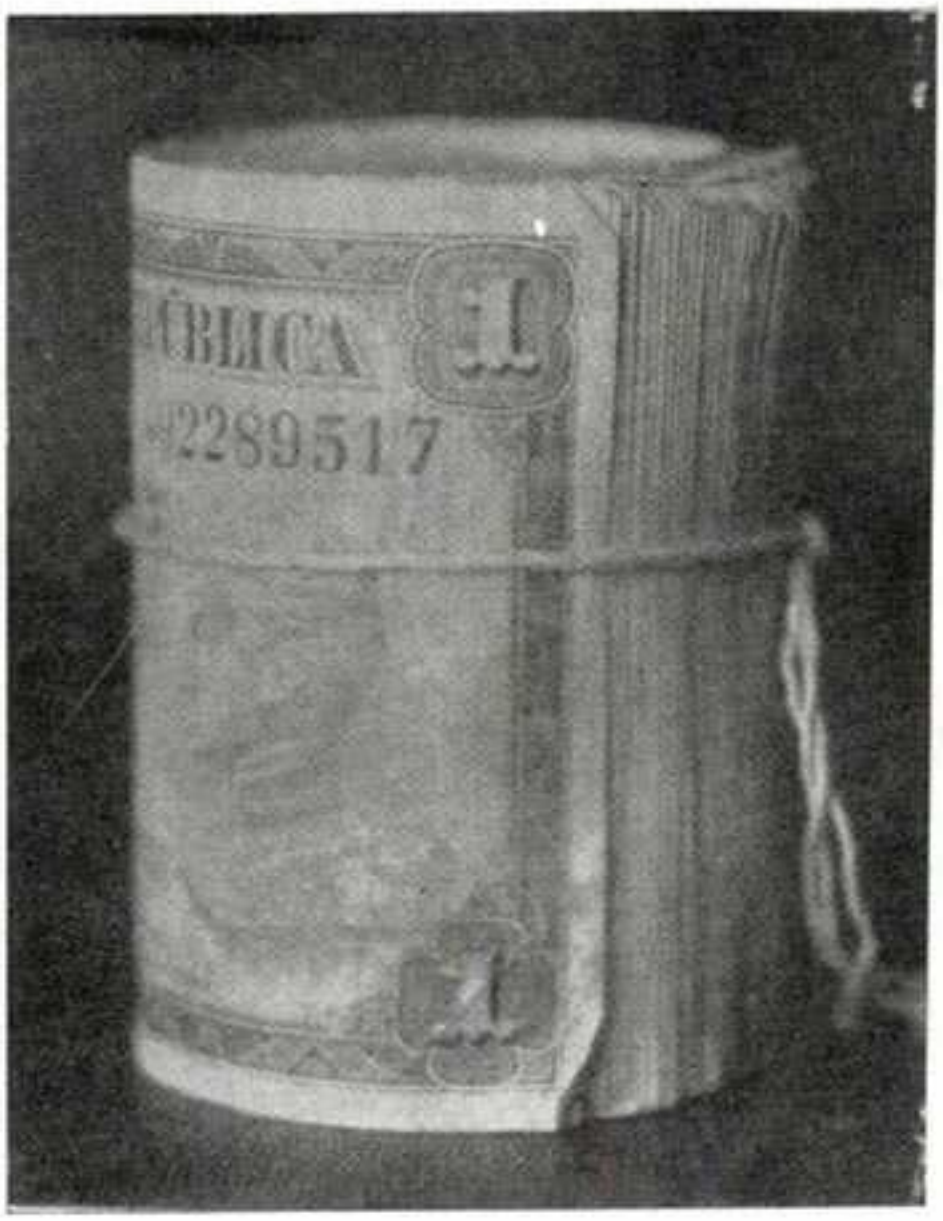


Figura No. 4

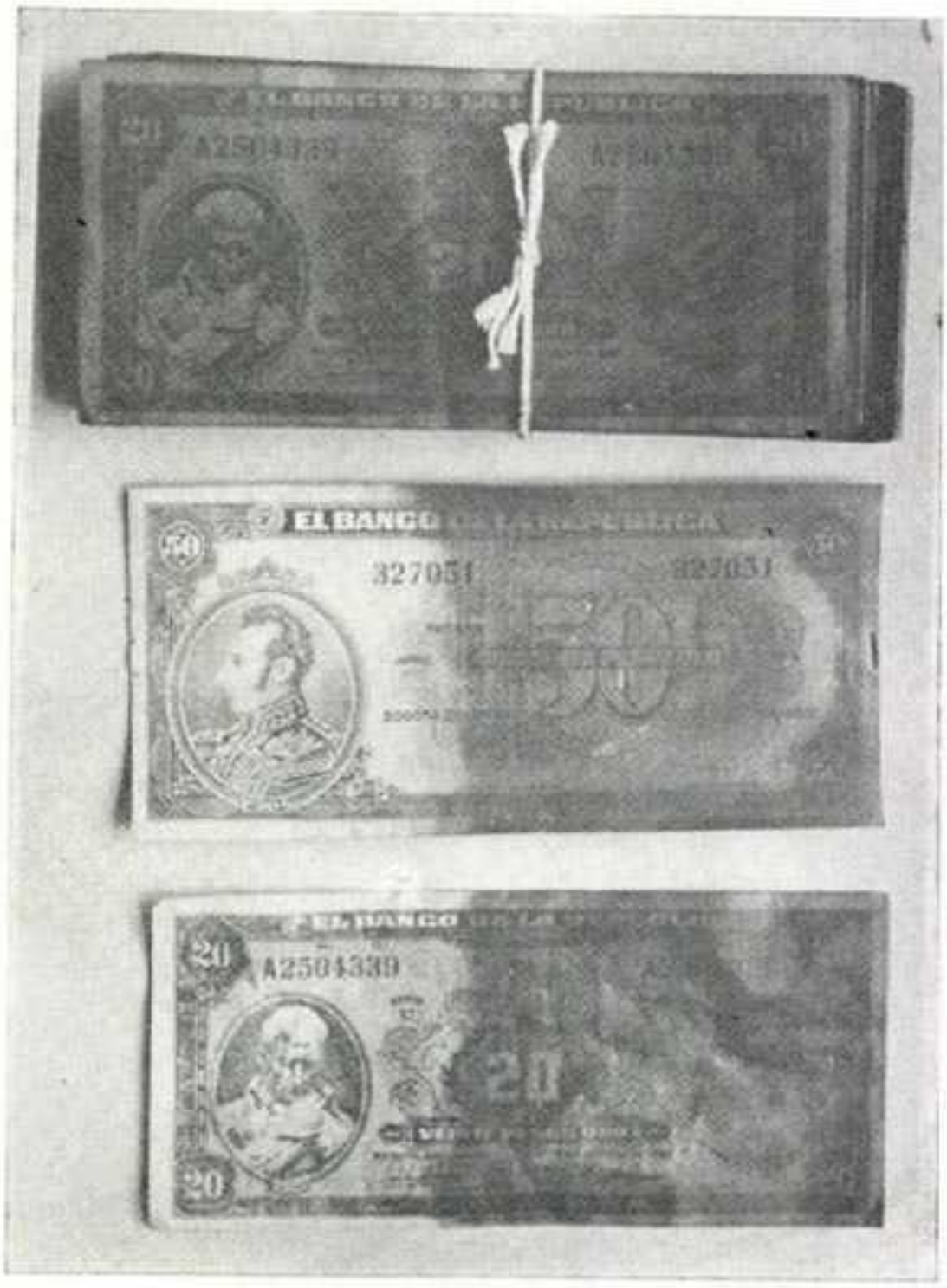


Figura No. 5

Máquina para hacer billetes. La utilizan para estafa, y hay varios tipos: una de éstas consiste en un aparato herméticamente cerrado que tiene el aspecto de una complicada maquinaria, como se ve en la figura número 6, dotada de varios interruptores, botones, manijas giratorias, bombillos pilotos y orificios con tapa por donde se colocan las tintas de diferentes colores. Todos estos dispositivos están enumerados, y para su manejo traen las correspondientes instrucciones, que para efecto psicológico, están descritas en otro idioma; el aparato en su interior lleva un sistema eléctrico accionado por pilas y timbres registradores; también tiene un sistema mecánico de poleas. A los dos lados hay dos ranuras: la una para introducción de los papeles, que vienen cortados del tamaño y forma de billetes, y la otra para la salida de los billetes. Al poner la máquina en funcionamiento, los papeles que se le introducen van quedando enrollados en un cilindro, y los billetes legítimos y nuevos, que secretamente han sido enrollados en otro cilindro, van saliendo

debido a que los dos cilindros están sincronizados para movimiento en sentido contrario por medio de poleas.

Luégo de la demostración le venden al cliente la máquina por una apreciable suma, y una vez esté en posesión de la máquina la pone a funcionar recibiendo la sorpresa de que luégo de salir unos pocos, no siguen saliendo más, por lo que procede a desarmarla en busca del daño, encontrando en el interior todos los elementos que él había introducido, dándose cuenta que realmente no se trata de una máquina para hacer billetes sino que ha sido estafado.

Como ya se dijo en el artículo anterior, el calificativo jurídico de las distintas clases de delitos que sobre el particular se cometen, son de competencia de los juristas. Lo que no quiero dejar sin advertir es que quien compra los billetes negros, las máquinas para hacer billetes y los reactivos secretos, también es un delincuente, y las personas a quienes se les ofrecen esta clase de negocios están en la obligación de poner estos hechos en conocimiento de las autoridades para beneficio de la ciudadanía en general.

Figura No. 6

Identificación de piedras preciosas

POR EL PROFESOR Dr. LUIS SANDOVAL S.

No es la primera vez que nos ocupamos de sujeto tan apasionante, sobre todo si consideramos el enorme valor intrínseco de las piedras preciosas naturales, y su posibilidad cada día mayor de ir a una identificación precisa, en estos momentos en que las piedras sintéticas empiezan a invadir el mercado.

Del simple perito que actuaba por intuición personal, y por la experiencia de años y años de ver y manipular piedras preciosas, se llega a constituír una ciencia: la Gemología, que sería la ciencia que estudia las gemas, los metales preciosos, la joyería y la platería.

Uno de los gemólogos más notables de la actualidad es el doctor A. E. Alexander, químico, director de una de las joyerías más famosas del mundo: Tiffany & Co., donde funciona, desde hace 28 años, el primer laboratorio de América de esta nueva especialidad.

Otro de estos especialistas es el director del Gem Trade Laboratory, también situado en New York, el doctor G. R. Crowningshield, gemólogo cuya palabra técnica pone punto final a toda discusión sobre joyas.

De la lupa de relojero se ha llegado al empleo de los más modernos instrumentos, como ser el dicroscopio, el diamantoscopio, los rayos X, la luz ultravioleta, la luz infrarroja, los polaroscopios y refractómetros de precisión, con baños termostáticos de una sensibilidad exquisita a fracciones de grado de temperatura. El espectrógrafo y el espectroscopio, también se emplean largamente en esta nueva rama pericial.

Para muchos, una piedra sintética o una perla cultivada son tan hermosas, o más, que una natural; pero para los conocedores, no hay nada como las maravillas que la propia naturaleza ha formado.

Muy pocos saben seguramente que las esmeraldas sintéticas, que tienen una pureza de tono y brillo hermosos, indistinguibles para el profano y aun para algunos conocedores de las esmeraldas naturales, pueden ser identificadas fácilmente por sus "impresiones digitales". Llaman así los peritos en gemología a una especie de velo que semeja a las huellas digitales, que es posible demostrar gráficamente por la microfotografía y que es característica de las esmeraldas sintéticas.

En cambio, las esmeraldas naturales tienen otro tipo de inclusiones extrañas, como las burbujitas microscópicas de gases, y cristales de sales extrañas, como el cloruro de sodio, también microfotografiables.

Hemos visto dos hermosas microfotografías procedentes del laboratorio de gemología de Tiffany & Co., en que no sólo se demuestra esta diferencia notable entre las esmeraldas sintéticas y naturales, sino lo que es más interesante, que estas inclusiones de las últimas permiten saber la procedencia de tales esmeraldas naturales. Por ejemplo, las que tienen burbujitas de gas y cristales de cloruro de sodio son sin duda provenientes de Muzo, una región de hermosas esmeraldas de la República de Colombia.

Como dicen muy bien los gemólogos, estas minucias microscópicas le dan una especie de pasaporte indeleble a cada piedra, según su procedencia.

Para los gemólogos la investigación de adulteraciones y falsificaciones

de piedras preciosas, metales preciosos o substancias relacionadas con la joyería, no tiene dificultades.

El uso de reactivos en escala microquímica permite distinguir el fraude de piedras de menor valor tratadas con sales de rádium para darles una tonalidad y brillo raro y costoso.

Otro problema de todos los días en estos laboratorios de gemología es la diferenciación entre perlas sintéticas y cultivadas. Sabemos que el cultivo de perlas es hoy negocio perfectamente establecido y que deja millones a sus propietarios, especialmente si el cultivo se ha efectuado en regiones adecuadas del globo. Hay un japonés y un italiano que son considerados los reyes de esta nueva industria para la coquetería femenina, a menor costo.

La base de este cultivo, como seguramente muchos lo saben, está en introducir un cuerpo extraño, colocado a mano, que irrite a la ostra y la obligue a cubrirlo con la substancia perlífera y formar así una perla, que lleva mucho ganado en tamaño por su núcleo extraño central.

Algunos conocedores dicen distinguir simplemente por examen visual, lo que, si no es cierto, no deja de ser curioso, pues no creemos posible hacer este distingo por un examen de superficie.

La radiografía permite en estos casos distinguir el núcleo, grosero, colocado por la mano del hombre. Las perlas auténticas presentan a los rayos X una serie de anillos concéntricos, que son las capas de crecimiento de las perlas, comparable a los anillos de crecimiento de los árboles.

El refractómetro de precisión permite distinguir, por ligeras diferencias en el índice de refracción, substancias preciosas simétricas de las naturales, como asímismo piedras sintéticas de verdaderas, a pesar de que en este terreno la perfección ha llegado a límites muy grandes.

La microquímica puede ser un elemento útil, cuando se trata de distinguir elementos preciosos, como las aleaciones usadas en joyería, el ámbar, e incluso algunas piedras mismas.

Los espectros de difracción son también útiles en algunos casos especiales. Igual ocurre con la espectrografía y espectroscopia en las diversas zonas espectrales: infrarrojo visible y ultravioleta, ya que muestras ínfimas en el primer caso permiten una identificación precisa de materiales preciosos, y en el segundo, a veces no es necesario tocar la integridad del objeto examinado, para llegar a conclusiones decisivas.

En el Gem Trade Laboratory, todo un equipo de especialistas escudriñan, por medio de un instrumental de precisión envidiable, la legitimidad y procedencia de las gemas que llegan para su dictamen. Estamos, pues, ante una nueva especialidad criminalística que muy pocos conocen y que sería de desear se extendiera a otros países del mundo para facilitar las interconsultas entre policías, cuando se presenten casos sospechosos difíciles, y aun de tasaciones, en casos de estafas u otros delitos.

SECCION
DEL AGENTE

Observación policial y filiación de las personas

POR EL SUBTENIENTE ALFONSO CASTRO RUEDA

Para "Fuerzas de Policía".

Se ha dicho, y con razón, que una de las principales cualidades que debe poseer el Agente de Policía, quizás como un sexto sentido, es el de la observación. El Agente puede saber variada teoría de las diferentes materias que estudia, pero si no desarrolla el espíritu de observación, su labor en el servicio no tendrá éxito. Generalmente cuando se comete un crimen siempre se encuentran hechos importantes para la investigación policiva, que no son anotados por muchas personas que intervienen en el esclarecimiento del delito debido a que su poder de observación no ha sido desarrollado. Para la obtención de alguna información, dato, testimonio, etc., el policía debe escrutar y anotar todo lo que ve. Necesitamos grabar todo lo que se ha visto, oído, gustado y palpado; luégo saber describir en forma oral o escrita lo que ha retenido la mente. La claridad en la expresión o descripción de algún caso depende del poder individual de observación o percepción y la habilidad para fijar las impresiones recibidas. El sentido más seguro para ello es el de la vista, aunque algunas veces puede ser defectuoso, como en el caso del daltonismo, o sea la no diferenciación de ciertos colores; pero por alto que sea el grado de agudeza visual, la mente no entrenada registra una pequeña parte de los detalles que más deben tenerse en cuenta.

Con estas consideraciones deducimos la importancia de que el Agente busque y observe las cosas que le interesan en sus recorridos diarios de servicio. El poder de observación puede ser desarrollado por medio de ejercicios, prácticas y ensayos.

¿Puede usted, por ejemplo, después de llegar de servicio, dibujar un croquis de una manzana de su sector y señalar en él los edificios más importantes, almacenes, droguerías, bares, etc.?

¿Puede usted dar la descripción de su Comandante de Escuadra, de modo que si desapareciera, la policía de otras partes del país o personas que no lo hayan visto nunca pudieran reconocerlo?

Estas y muchas otras prácticas aplicadas desarrollan ese poder de observación, tan necesario en nuestras actividades policivas.

Otro aspecto importante y que en muchos casos depende del buen o mal resultado de una investigación criminal, es la habilidad del Agente de Policía para obtener, registrar y hacer uso de descripciones de personas, siendo necesario que aprenda a distinguir la filiación de las personas, ya que en una investigación una filiación incompleta puede resultar de muy poca utilidad, a menos que ofrezca rasgos extraordinarios que distingan al delincuente de todos los demás. Sin embargo esta clase de rasgos son tan raros que el Agente debe obtener todos los detalles posibles, ya que mientras más puntos de una filiación correspondan al individuo, tanto más fácil se hará la búsqueda de la persona que se desea encontrar. Para dar la filiación de una persona es necesario observar los siguientes puntos:

a) Nombre y apellidos, incluyendo los apodos si los hay. *Edad*, fecha y lugar de nacimiento, si se conoce. *Dirección*: información relativa al lugar de residencia permanente o transitoria y lugar donde trabaja. *Estado civil*: soltero, casado o viudo. *Educación*: lee o escribe poco, o únicamente puede firmar. Grado alcanzado y si tiene alguna especialidad.

b) Presentación. *Estatura*: exacta o aproximada. *Cuerpo*: grueso, gordo, robusto, mediano, regordete, erguido, inclinado, agachado, jorobado, piernas tiesas, cascorvas, unidas, con várices.

Cutis: blanco, moreno, pálido, trigueño, rojizo, negro, barroso, pecoso, tuso, usa cosméticos. *Cara*: redonda, ovalada, cuadrada, larga, gorda, delgada. *Expresión*: tonta, astuta, regañona, simpática, sonriente, abatida. *Cabello*: su color, castaño, cano, entrecano, calvicie total, frontal o parietal. Pelo en la cara, con barba o bigote. *Cabeza*: grande o pequeña, angosta, redonda, etc. *Frente*: su inclinación, altura y particularidades. *Cejas*: color, delgadas, gruesas, pobladas, escasas. *Ojos*: color, tamaño, pestañas, párpados y si lleva anteojos, cuando el individuo es ciego, bizco, tuerto, o tiene ojo de vidrio, debe anotarse como deformidad. *Orejas*: grandes, pequeñas, ovaladas, etc. *Boca*: sus dimensiones, su abertura, sus variedades de forma. *Labios*: se anotará su grosor y particularidades. *Manos*: grandes, pequeñas, largas, delgadas, cortas, anchas, gordas, fuertes, secas. *Voz*: aguda, profunda, ronca, fuerte, suave, etc.

c) Deformidades: ésta es una de las partes principales de una descripción, ya que una marca visible, cicatriz o deformidad, o una característica o hábito peculiar, son suficientes para reconocer una persona inmediatamente. Es necesario observar si existen deformidades, marcas de nacimiento, lunares, verrugas, pecas, tatuajes, etc., su localización.

d) Peculiaridades y hábitos: la manera como habla, sus manerismos, tales como hacer gestos, si se muerde las uñas, etc.; su salud, los lugares que frecuenta, cafés de buena o mala clase, hipódromo, clubes, etc. Sería de importancia que todos los Agentes retuvieran en su memoria los puntos que se acaban de enumerar, para poder en cualquier momento y como procedimiento de rutina dar una filiación completa de las personas sospechosas que frecuentan su sector.

Un Agente que lleva algún tiempo prestando servicio en determinado sector, conoce cualquier persona sospechosa que frecuente su sitio de servicio; se comete un robo y dicho individuo desaparece; se le pide al Agente una descripción del mismo; si tuvo en cuenta lo enumerado anteriormente, la descripción podría ser la siguiente:

Fernando Martínez, apodado "El Mechudo", lugar de residencia: calle 10 número 14-28. Soltero. Parece mayor de 30 años, vendedor ambulante. Lee pero no escribe bien. Estatura, 1.70, aproximadamente. Cuerpo robusto, erguido. Cutis moreno. Cara larga, expresión astuta, pelo castaño, sin barba, frente angosta sin arrugas, ojos negros, orejas grandes, nariz delgada y puntiaguda, boca mediana, labios gruesos, dientes descoloridos e irregulares, una corona de oro visible en la mandíbula superior, voz aguda y chillona, cicatriz grande en el lado izquierdo de la frente. Frecuenta cantinas de mala clase. Viste generalmente un traje viejo negro y un sombrero negro de fieltro, viejo.

Este es un ejemplo de los muchos que se pueden presentar, y es necesario para la práctica que los Jefes de vigilancia pongan en cada turno tareas al Agente sobre la descripción de determinada persona de su sector, tareas que desarrollan el poder de observación indispensable para el buen servicio.

El Agente en la Circulación y Tránsito

POR EL SUBTENIENTE ALFONSO GOMEZ G.

Para "Fuerzas de Policía".

La misión del Agente de Policía es la protección de la vida, honra y bienes de los ciudadanos; en tal virtud todo funcionario de Policía está en la obligación de prever e impedir los accidentes de tránsito, para evitar que la vida o bienes sufran perjuicio alguno.

El Agente en su formación estudia lo relacionado con la Circulación y Tránsito en las ciudades, con el fin de poder desempeñarse correctamente en un momento dado.

Aunque en la actualidad se nos ha distanciado de dicho servicio, no es correcto que un Agente de Policía permanezca extático e indiferente ante cualquier accidente de circulación. Estudiaremos, someramente, la intervención y ayuda del Agente en la Circulación y Tránsito.

Como el Agente de Vigilancia se encuentra durante las 24 horas del día en la calle, es lógico que a menudo tenga que enterarse de cualquier contravención del reglamento de Circulación. Con un amplio sentido del servicio evitará gran número de accidentes; un conductor frente a un funcionario de Policía pondrá mayor esmero y cuidado en la conducción de su vehículo, evitando de este modo lamentables desgracias. Pero si a pesar de su presencia llegare a suceder algún accidente, tendrá que intervenir de un modo correcto y adecuado a las circunstancias del momento.

Hoy día estamos auxiliados por los semáforos en casi todas las ciudades del país; por consiguiente, hemos de conocer su significado. La luz roja nos indica peligro, y ordena la detención inmediata de los vehículos y personas. La luz verde ofrece seguridad de continuar la marcha sin peligro, dando la vía. La luz amarilla es señal de prevención, en la que estaremos alerta para el cambio, ya sea de paso o cierre de vía.

Los Agentes de Policía estarán siempre listos para que sea respetado el semáforo. Como el peatón es la persona más expuesta a los peligros de la calle, ya que el conductor está protegido por su propio vehículo, tenemos que hacer respetar sus derechos, y que éste cumpla con las normas comunes que toda persona ha de observar en una vía pública; así, por ejemplo, llamaremos la atención al conductor de un bus que para dejar o recoger pasajeros no estacione prudentemente, exponiendo a los ciudadanos a cualquier atropello por falta de precaución. No permitiremos que las personas transiten por la calzada, y que al atravesar la calle tengan todas las seguridades necesarias; si notamos que un anciano o una señora no pueden pasar, detendremos los vehículos hasta tanto no crucen, evitando con nuestra colaboración un penoso accidente.

Si a pesar de nuestra actividad se nos presenta un accidente sin ninguna gravedad, la actitud del Agente se limitará a cuidar que no se aumenten los daños ni se violen más las normas del tránsito; permitiremos que alguno de los vehículos sea movido, si por la gran intensidad de tráfico se va a causar un grave perjuicio a la normal circulación en este sector; en tal caso el Agente marcará con una tiza o lápiz el puesto preciso y la dirección de cada uno de los vehículos. Después

dará aviso a la Circulación, para que resuelva a quién corresponda el caso. No tomará medidas represivas sino únicamente las necesarias para no dejar burlar las disposiciones legales.

En caso de heridos, los más graves serán trasladados al hospital o clínica por los medios más rápidos; ante cualquier imposibilidad se procederá a la aplicación de los primeros auxilios.

Es lógico que el Agente de Policía tome todos los datos que juzgue necesarios, tales como los nombres de los heridos, su dirección, profesión, etc. Para el perfecto esclarecimiento de los hechos hemos de tener en cuenta que el testimonio de las personas presentes es de gran valor investigativo y, por lo tanto, tendremos cuidado en este aspecto.

"Los realistas ocupaban, es cierto, un terreno homogéneo, y materialmente podían darse la mano sus varios cuerpos para repeler un ataque o acentuar una ofensiva; pero la distribución que Bolívar hizo de sus fuerzas anuló aquellas ventajas y las volvió todas en su favor. Estableció sus líneas como una formidable tenaza, cuyo eje situó sobre unas eminencias que hacían frente al cuerpo enemigo principal, ordenó construír prontamente unas defensas de césped y fajina, y estableció allí la reserva de los recién organizados batallones Tunja y Socorro, bajo las órdenes de José Gabriel Lugo, Félix Soler y Fermín Vargas".

"Album de Boyacá".

INSTRUCCION BASICA

DE LA "GUIA PRACTICA DEL AGENTE".

Presentación

No olvide que por su presentación, el público se forma el concepto de lo que usted es, y de acuerdo con ella lo acatará y obedecerá.

Una buena presentación en el Agente de Policía, por sí sola, infunde respeto, acatamiento y autoridad.

Sea limpio, aseado, pulcro y ordenado en su vestir.

Haga que su uniforme le venga bien, es decir, que guarde proporción con su estatura y configuración.

Mantenga siempre su uniforme limpio y bien planchado.

Use siempre bien su cubre-cabeza, no le dé inclinación hacia los lados.

Mantenga siempre bien lustrado el cinturón y limpia su chapa.

Mantenga las insignias siempre limpias.

Mantenga el calzado bien brillado y presentado en cuanto a suelas y tacones.

Use el cabello corto y bien peinado.

Esté siempre bien afeitado.

Mantenga la boca, las manos y uñas siempre limpias.

Nunca altere o modifique las prendas reglamentarias de su uniforme.

Jamás preste su uniforme o prendas del servicio.

Mantenga siempre limpios su armamento, munición, cartucheras y demás elementos del servicio.

No descuide un solo momento las prendas anteriores.

Descuidarse en el aseo, vestirse incorrectamente o llevar prendas no reglamentarias, constituye faltas contra el prestigio de la Institución.

Conducta para con el público

No olvide que el acatamiento, respeto y cariño que el público tenga a la Policía, depende de su conducta, así como el prestigio, su ayuda y colaboración.

No olvide que usted es un servidor público, y por lo tanto está obligado a prestar sus servicios en favor de todos los ciudadanos.

Nunca éntre en confianza indebida con el público.

Jamás use lenguaje grosero, ni malos tratos de palabra u obra para con el público.

Usted puede siempre ser enérgico e imponerse como autoridad dentro de la mayor educación y buen trato.

En ningún caso se altere: al contrario, permanezca siempre calmado y en condiciones de afrontar cualquier situación.

Nunca permita que su buen genio se altere por las malas expresiones o indirectas que le lancen.

Exprésese siempre en el lenguaje correcto y con tono cortés.

Muestre en todo momento respeto y disciplina para con todas las personas, superiores y demás funcionarios públicos.

No fume en su servicio.

Jamás en su servicio tome bebidas alcohólicas.

No charle con sus compañeros ni con particulares durante su servicio.

Durante su servicio nunca éntre a los cafés o bares, a no ser que se trate de asuntos relacionados con el mismo.

Conducta privada

Relaciónese siempre con personas de buena conducta y amigas del trabajo.

Jamás ande en compañía de personas de quienes se pueda tener la más mínima sospecha.

Evite las amistades con personas que las buscan dentro de la Policía para su propia conveniencia.

Evite las amistades con personas amigas de las bebidas embriagantes o que posean otros vicios que no estén de acuerdo con un servidor público.

No frecuente los lugares de malas reputaciones.

Jamás salga en compañía de mujeres de mala conducta.

Prefiera las diversiones sencillas, guste de los deportes.

Prefiera las exhibiciones de destreza física.

Cumpla estrictamente con los deberes de su cargo.

Sea usted el hijo y el hermano modelo.

Sea el padre y el esposo cumplidor de sus deberes.

Sea usted el espejo del buen ejemplo entre sus vecinos.

Porte.

Camine siempre militarmente, con aire marcial, pero sin pedantería.

Muestre siempre su vivacidad, seriedad y energía.

Nunca meta las manos entre los bolsillos.

No se recueste en los muros, postes o vehículos.

Lleve siempre bien colocados su fusil y revólver.

Jamás coma en la calle.

Jamás dé al público la impresión de que usted es un vago perezoso.

EL CUENTO POLICIAL

LA PLAYA MAGICA

POR MANUEL PEYROU

Las nubes corrían hacia la luna. Por una ilusión óptica —o psicológica— también la luna parecía correr y hasta humanizarse en aquel proceso dramático en que moría la tarde. Hubiérase dicho —con una suficiente concesión a la fantasía— que un impulso de voluntad personal presidía la destreza con que sorteaba los pliegues blandos y grises, que la rodeaban en un caos tenebroso y flotante. Pero todo fue en vano. Después de luchar unos minutos, la luna desapareció. Y fue tan instantáneo su eclipse, que Jorge Vane, en la explanada, se sobresaltó al interrumpir este hilo pueril de pensamientos. Le quedó tiempo, sin embargo, para imaginar algo que contrariaba bruscamente la humanización anterior de ese astro; pensó, más bien, que un dios oculto y expeditivo había apagado la luna antes de irse a dormir.

El parpadeo del faro iluminó entonces el espigón a intervalos fijos. Se oyó una voz femenina que llegaba de la playa y, a los cinco minutos, Clara van Domselaar subía la escalera de la explanada. Era una joven rubia, de estatura normal, angulosa, peinada según la moda de 1900. Bajo la estilizada disposición de los cabellos, el rostro era diáfano, expresivo, con cierta gravedad en la sonrisa; sus ojos eran grandes y claros, y este es el único dato seguro acerca de su color, pues en algunos instantes parecían verdes y en otros resultaban azules; ese conjunto regular y, si se quiere, plácido, estaba cortado por una nariz audaz, levantada, que era todo un desafío. Frente a esa nariz era forzoso admitir que en días de tormenta lloviera adentro, o que en tiempos convulsos la confundieran con un manifiesto antisemita. Al llegar a la explanada, la muchacha se volvió y saludó a Vane con la mano. Y bajo el reflejo de la tarde su pelo brilló con un lento fulgor de oro apagado, como si en él se retrasara la última luz del crepúsculo.

—Le devuelvo su libro— dijo al llegar junto a Vane; —lo terminé en pocas horas.

—¿Le interesó? —interrogó Vane.

—Me intrigó, sobre todo —contestó la joven.

—A mí no me gustan los crímenes con bombones envenenados, flechas misteriosas y otras armas inusitadas —dijo Vane. —Me parece que son al cuento policial lo que la niña huérfana a la novela rosa; en su mecanismo es visible la mala fe...

—Sin embargo, un procedimiento complejo puede ser explicado por los conocimientos especiales que tenga el autor del crimen. Creo que usted me dijo ayer algo parecido...

—Sí. Eso me parece admisible —repuso Vane.

—Por ejemplo: si un médico quiere asesinar a alguien... —dijo la joven, arreglando una mecha rebelde de su pelo.

—A un médico le basta con equivocarse —comentó Vane.

—¡Oh, con usted no se puede hablar en serio! Le digo que conozco el caso de un médico que mató a una mujer de un modo muy sutil. Ella se iba a casar con otro. Despechado, dejó pasar unas burbujas de aire en la vena y ella murió de un síncope. Puede ser el principio de un tema, ¿no le parece? —terminó la joven con animación.

Subieron a la terraza del Casino y se sentaron en dos grandes sillones,

frente a una mesa que dominaba el mar.

—Yo voy a tomar un cognac en vaso grande —dijo Clara.

—A mí tráigame un whisky con ginger-ale —ordenó Vane al mozo. Luégo volvió su rostro hacia la joven, que fijaba en él una limpia mirada, y continuó: El caso del médico asesino es interesante, pero su desarrollo, que es lo que importa desde el punto de vista policial, me parece complicado...

Una animada conversación, llena de exclamaciones y risas, hizo callar a Vane. Era el General Tulio Brunelli, que subía con sus ayudantes Publio y Tito. Pomposo, con la cabeza hacia atrás, Brunelli esbozó un saludo lateral y breve y se sentó a una mesa próxima. Publio y Tito saludaron con más llaneza y se instalaron a su lado. Tito era un joven muy alto, excesivamente delgado, que caminaba con cierta flojera, como si las piernas le colgaran en vez de sostenerlo; Publio, en cambio, era muy pequeño, aplomado, con las cejas espesas y unos ojos diminutos; parecía un gnomo afeitado. El General Brunelli —hombre atezado, de regular altura, mentón enérgico y cejas pobladas— llegaba de un país que en aquel cielo de los días se asemejó peligrosamente al Destino (por la forma de atacar), y cuya preferencia por el modo indirecto se prueba con una cicatriz que tiene Francia en la espalda. En esos tiempos de diplomacia dinámica y renovadora, el General Brunelli no ofrecía credenciales oficiales; era, simplemente, enviado personal de un gran caudillo.

El General y su séquito ocupaban todo el segundo piso del Hotel Casino; en el tercero, en dos habitaciones, vivían Jorge Vane y su secretario, Jeffries.

Como en esa época el país aún se conservaba neutral, las relaciones entre Vane y Brunelli se mantenían dentro de un plano que el primero designaba como de paz armada, "no tan amena, por supuesto, como una guerra desarmada, pero al menos tolerable". Vane, de vez en cuando, lanzaba cordiales ofensivas de buen humor, que Brunelli resistía impertérrito. Hablaba, por ejemplo, de una oficina en el país de Brunelli, dedicada a investigar los hechos heroicos y los que, gracias a una adecuada interpretación, merecían ser considerados como tales. Hábiles sabuesos, hechos en tiempos de paz a la investigación de crímenes, robos y estafas, acompañaban a los ejércitos, a la espera de cualquier actitud que mereciera una citación en la orden del día. Otros pesquisantes —psicólogos— interpretaban las reacciones físicas y morales y clasificaban y encasillaban todo acto que pudiera merecer la cruz de guerra.

Se realizaron milagros de hermenéutica con el fin de dar salida a la producción en masa de insignias y medallas. Y Vane afirmaba que Brunelli había logrado su ascenso a General en virtud de haberse retirado al trote de su bridón en el curso de aquella célebre batalla en que todo el ejército se retiró al galope. El jefe del cuerpo de pesquisantes militares cali-

ficó esta hazaña como "magnífico ejemplo de fuga relativa".

—Parece que el General también escribe —dijo Clara. He visto que estaba en el hall firmando unos volúmenes. ¿Se tratará de novelas policiales?

—No creo que le interesen los crímenes, salvo en gran escala. Debe tratarse de una colección de libros sobre estrategia, que ha ofrecido al gobierno para la enseñanza en los institutos técnicos. Creo que el primero se llama *La retirada como solución momentánea*, y el segundo *Técnica del armisticio*.

—¡Oh, usted inventó esos títulos! —exclamó la joven.

—El último de esos títulos —continuó Vane con falsa gravedad— contiene un sesudo estudio sobre las banderas de parlamento: tamaño reglamentario, forma, calidad del tafetán empleado y (detalle apasionante) facilidad y rapidez para enarbolarlas. Yo pienso que en todo esto hay un exceso de bizantinismo. Al fin y al cabo, si alguna vez la camisa de Nemrod sirvió de estandarte, cualquier otra prenda puede ser útil en la hora infausta de la entrega...

El viento barrió las grandes masas de nubes, y de nuevo la luna, intensa, flotó sobre los fragmentos grises y desmadejados. Clara volvió el rostro, y la plateada luz mareó la curva de su mejilla; Vane la miró y en su cara se esbozó una ligera ansiedad. Pero si algo quiso expresar, debemos suponer que lo que después dijo no era lo que pensaba.

—Creo que en Santa Ana se cometió, hace tres meses, un crimen que nadie ha logrado explicar aún —dijo, mientras llenaba de nuevo las copas—. Se ha construído con esto una leyenda, pero yo no he conseguido que nadie me relate los hechos con claridad.

—Sí. El asesinato de Laurentino Azevedo, padre de mi amiga Delia —respondió Clara—. Conozco los detalles. Azevedo fue muerto de un balazo en la espalda el día primero de octubre. El crimen se descubrió a la mañana siguiente. La bala entró por la espalda y se incrustó, después, en el reloj de Azevedo, que se detuvo. Marcaba las once. La policía sospechó en seguida de Ricardo Grollmann, sobrino de Azevedo, porque se encontró en la casa un sombrero de su propiedad. Además, se supo entonces que Delia no era más que hija adoptiva de Azevedo y que éste pensaba hacer testamento al día siguiente; se proponía desheredar a Ricardo y legar su fortuna a Delia. Ricardo fue detenido y, después de largo interrogatorio, confesó su crimen. Sin embargo, el Comisario Velho de Barbosa —hombre muy hábil— observó que Ricardo había estado en el club la noche del crimen desde las diez y media hasta las doce. Más de veinte personas atestiguaron el hecho. Ante esa comprobación, volvió a interrogar a Ricardo, y éste, finalmente, dijo la verdad: él no era el asesino de Azevedo, pero había confesado para salvar a alguien.

—¿Dijo el nombre de esa persona?

—interrogó Vane, encendiendo un cigarrillo.

—No. Afirmó, además, que no lo diría por nada en el mundo. El hecho es que actualmente la investigación está paralizada.

En ese momento, Marco, otro de los hombres del séquito de Brunelli, salió con paso vivo del Casino y se dirigió a la mesa de su jefe. Era un hombre de regular estatura, nada corpulento pero fuerte, que causaba la impresión (indefinible, ya que no se basaba en nada concreto) de ser menos temperamental que sus compañeros. Habló unos instantes con el General Brunelli, que le contestó en forma enérgica, y luégo saludó y giró sobre sus talones. Al pasar frente a Vane, éste vio en su rostro una brusca palidez, que acentuó sus rasgos finos y el brillo de sus ojos negros.

—Tengo una impresión curiosa —dijo Vane a Clara, que lo miraba con asombro—; me parece que estamos viviendo en dos planos a la vez. Uno es el del asesinato de Azevedo, que usted me ha relatado tan concisamente; otro pudiera ser el de la génesis de algo extraño, que posiblemente ya está en marcha en este instante.

—¡Qué original! —dijo Clara, que exageraba cortésmente la impresión que le suscitaban las paradojas de Vane.

—No tanto. Ya los judíos llamaban Gnosis al conocimiento intuitivo de los misterios. Siempre he pensado que los terapeutas y los eremitas eran los detectives del más allá. Pero yo prefiero a veces estar de este lado y razonar. Usted dijo que Ricardo estaba en el club desde cerca de una hora antes que el crimen se cometiera. Bien. También me dio una escueta versión de los hechos. Pero me gustaría saber algo del carácter de Azevedo y de sus costumbres.

—Era un anciano maniático, dueño de una famosa colección de relojes de todas las épocas y estilos. También coleccionaba otros objetos, pero los relojes constituían su pasión. Creo que la colección se compone de quinientos ejemplares.

Vane aspiró profundamente el humo del cigarrillo y miró hacia el espigón. La luz de la luna, borradas ya las últimas nubes, caía sobre la suave rampa arenosa y sobre el largo brazo de piedra donde rompían las olas; atrás, como en una decoración teatral, aparecía el faro, muy nítido.

—Es curioso que en un crimen cuya coartada es una cuestión de tiempo aparezca un coleccionista de relojes, ¿no le parece? —dijo Vane mirando hacia la playa.

—Sí. Pero no olvide que Ricardo había confesado y que la coartada funcionó al revés, pues lo obligó a declararse inocente —aclaró la joven.

—Es verdad. De todos modos, no se habrá hecho lo suficiente si se especula sobre esta faz del problema. Conviene, también, indagar el espíritu del coleccionista. Este no ama las cosas con amor de hombre común, sino de donjuán, ¿no lo cree usted? Es, a un tiempo, apasionado y versátil. También es cruel. Una inexperta estampilla de Uruguay no debe hacerse ilusiones con su dueño; es muy posible que pronto sea engañada con otra del Congo Belga. La verdad es que las cosas no tienen trascendencia por sí mismas; sólo pueden satisfacer la pasión del coleccionista mediante la acumulación de ejemplares. Y mientras más ejemplares tiene un coleccionista menos atención presta a cada uno. No le preocupa, además —y esto no deja de ser interesante— el destino para que fue fabricada una cosa. Si un hombre tiene un reloj es para saber la hora; si tiene quinientos, es probable que pida la hora a la telefonista.

—¿Qué quiere demostrar usted? —interrogó Clara, levantándose. Dio unos pasos por la explanada y volvió a sentarse.

—Quiero insinuar que un hombre que tiene quinientos relojes no se preocupa de un simple reloj.

—¿Entonces? —insistió Clara, que parecía vislumbrar la solución.

—Creo que Azevedo hizo algo o dejó de hacer algo que favoreció un error cometido por Barbosa. Ahora necesito su colaboración. El día del crimen o el día anterior, ¿hubo algún cambio en la hora oficial?

—Sí —dijo Clara, con alivio—; el primero de octubre empezó a regir el atraso de la hora.

—Entonces el asunto es claro. Azevedo se olvidó de atrasar la hora. Ricardo lo mató a las once del horario anterior y llegó al club a las diez y cuarto o diez y veinte del actual. Pero no se dio cuenta de la coartada que el destino le ofrecía, y cuando lo abrumaron a preguntas, confesó. Barbosa descubrió la contradicción y, en un exceso de celo, imaginó que Ricardo mentía para salvar a alguien. Cuando volvió a interrogar al detenido y le hizo notar la falsedad de su declaración, Ricardo pescó al vuelo la coartada que el "detective" le facilitaba y la utilizó para desdecirse. ¡Pero ya decía yo que estábamos en dos planos a la vez—. Venga conmigo al otro lado.

—¿A qué lado? No entiendo —balbuceó Clara. ¿Cómo quiere que vaya al otro lado?

—Es fácil, ¡corra conmigo hacia la playa!

Clara se levantó y miró hacia el mar. En la mitad del espigón estaban dos hombres. Uno era de estatura elevadísima; el otro, muy pequeño. A la distancia se percibieron los movimientos de una animada discusión o de una lucha; un segundo después, sonó un tiro y el gigante cayó.

Vane y Clara bajaron la escalera y corrieron hacia la playa. Con instintivo impulso, Vane miró hacia atrás; el General Brunelli también corría, junto a los hombres de su séquito. Durante dos largos minutos, Clara y el joven hundieron trabajosamente sus pies en la arena y su marcha se hizo más lenta; Brunelli y sus compañeros los alcanzaron, y todos se detuvieron al principio de la rampa. Tenía un suave declive y por ella se subía al espigón. Entonces vieron que dos personas se les habían adelantado: un pescador llamado Bautista, que tenía su negocio cerca del Casino, y el Capitán Marco. Bautista hablaba animadamente. Decía:

—¡Un enano mató a Petersen! ¡Le aseguro!

Y Marco, después de leve vacilación:

—Por más enano que sea tiene que haber salido por alguna parte...

—¡Era como él! ¡Era como él! —gritó el pescador, señalando a Publio desde arriba.

—¡Mida sus palabras! —gritó el jefe. Publio ha estado conmigo todo el tiempo y hemos presenciado el hecho desde lejos.

—Así es —completó Vane—. Yo puedo atestiguarlo.

Se disponían a cruzar la franja final de arena que los separaba del espigón cuando Vane los contuvo gritando:

—¡Por favor! ¡Deténganse! ¡De aquí en adelante no hay más que tres clases de huellas!

Entonces vieron que, en efecto, el acceso al espigón sólo ofrecía las huellas ascendentes de tres personas. La marea de la tarde había alisado esa parte de la playa, y nadie había caminado por allí hasta que el gigante Petersen subió para encender la luz del faro. Las huellas restantes eran las de Bautista y Marco.

El hombre asesinado —Joannes Petersen— era el cuidador del faro; exánime y tendido en las piedras, no modificaba de ningún modo la impresión de gigantismo producida a la distancia; sus manos eran enormes, así como sus pies y su cabeza. Pronto el grupo se ensanchó con la gente que llegaba de la playa; arreciaron las conjeturas y las exclamaciones y, con cierto impresionante y lento formalismo, la autoridad se hizo cargo del asunto.

Esa noche, después de la cena, Vane caminó por la playa desierta durante media hora; nadie supo la naturaleza de sus pensamientos, pero es ló-

gico imaginar que eran confusos y heterogéneos. Cuando volvió al Casino encontró a Clara, seguida de varios jóvenes, como un cometa y su estela. Pensó retirarse, pero ella lo alcanzó.

—¿Se sabe ya algo concreto?

—Nada más concreto que un enano —repuso Vane.

Llegaron al bar, se sentaron en dos altos bancos frente al mostrador, y Vane pidió al mozo dos whiskies.

—Usted parece preocupado... —dijo Clara.

—Sí. Me parece que este no es un asunto de orden interno ni un crimen vulgar. Estoy seguro de que es casi un acto de guerra.

—¡Un acto de guerra! —exclamó la joven.

—¿Ha encontrado usted alguna vez un hombre apasionadamente rengo? —continuó Vane.

—¡Apasionadamente rengo! ¡Qué desatino!

—¿Qué me dice usted del exaltado lirismo de los tullidos? —prosiguió Vane imperturbable—. ¿La vida interior de los tuertos no le resulta apasionante? Debe ser curiosa esa impresión de mirar siempre el mundo por el ojo de la cerradura.

No entiendo su idea.

—Hoy he visto un hombre muy pequeño, en cuyos ojos sorprendí reflejos de una astucia diabólica; era un cuerpo minúsculo y contrahecho, pero allí estaba concentrada un alma potente y audaz. Se me ocurrió que era un alma demasiado grande para ese cuerpo y que lo rebasaba. Y se le escapaba, no sólo por el aliento, sino por los ojos y hasta por las manos. Yo creo que el alma luchaba por hacer que el cuerpo del hombre creciera unos veinte centímetros... Sin embargo, sé muy bien que Publio no es el asesino; yo mismo lo vi correr detrás de nosotros en el muelle.

—Aparte de crecer, ¿qué otra cosa puede hacer un enano para salvarse? —dijo bruscamente Clara, con una expresión entre enigmática y soñadora.

Jorge Vane olvidó pronto sus confusas ideas acerca de la relación entre alma y cuerpo, o entre continente y contenido, y se dedicó a buscar por todas partes al exiguo y misterioso asesino de Petersen. Pasó revista a todos los homúnculos, reales o imaginarios, de que tenía noticia, y caminó largamente por la playa, mientras Clara jugaba en las mesas de ruleta o bailaba en el salón del Casino. Transcurrieron veinticuatro horas y Vane no encontró, entre las personas que habitaban el lugar, ningún hombre o mujer que respondieran, ni remotamente, a la imagen entrevista en el muelle. Sólo Publio, nervioso secuaz del General Brunelli, era de la talla del asesino, pero todo el mundo podía jurar que durante el hecho estuvo junto a su jefe, frente a la mesa de la terraza.

Al atardecer llegó a la capital el Inspector Velho de Barbosa y se hizo cargo de la pesquisa. Era un hombre delgado, con nariz de pájaro y ojos pequeños y vivos. Conocía su oficio y tardó pocos minutos en recoger los elementos esenciales de toda investigación. En una transitoria oficina,

instalada en un pequeño salón del Casino, recibió las declaraciones de los testigos y conversó largamente con Jorge Vane.

—Esta mañana recibí un telegrama de mi gobierno. Me ordena volver de inmediato —dijo Vane, de cara a la ventana y con la vista fija en el muelle—; sin embargo, me gustaría saber algo antes de salir. Tengo la seguridad de que esto tiene algo que ver con la guerra y que se trata de un asunto de espionaje.

—¿En qué basa usted su idea? —inquirió el falcónido Inspector.

—Anoche pasó por aquí un convoy de sesenta barcos mercantes, acompañados por tres cruceros. Suponga usted que la señal convenida para avisar a los submarinos fuera la interrupción de la luz del faro. El espía fue al muelle con ese propósito, pero el gigante Petersen se interpuso. El asesino, después no pudo consumar su propósito por falta de tiempo.

Barbosa no contestó y Vane miró hacia la playa. A diferencia de la noche anterior, en que las nubes y la luna luchaban entre sí por el dominio del cielo, esta vez el astro monótono flotaba plácidamente en un cielo oscuro y vacío.

Hubo un silencio, cortado por un creciente murmullo exterior. La puerta se abrió y apareció Clara. Estaba vestida con un traje azul, de mangas cortas, y su piel, quemada por el sol, parecía más oscura que de costumbre. Sus ojos claros brillaban.

—Tengo un indicio —dijo ante el gesto contrariado del Inspector, que indudablemente no toleraba la intromisión femenina en asuntos de la burocracia policial—; pero no sé en contra o en favor de quién es el indicio.

—¿De qué se trata? —interrogó Vane.

—Se trata de esto: desde ayer por la tarde, después del asesinato, Marco no abandona al pequeño Publio. Está a su lado todo el tiempo, como para evitar que cometa alguna indiscreción o arriesgue alguna palabra comprometedora.

—Hemos hablado tanto de que un pigmeo mató a Petersen, que es muy posible que también Marco sospeche de Publio —comentó el Inspector.

—Publio está descartado —objetó Vane—; estaba junto a nosotros cuando ocurrió el crimen. Además, sólo Marco y Bautista entuvieron en el espigón después que Petersen. Lo hemos comprobado por las huellas. El hombre de Liliput que mató a Petersen tuvo que llegar allí de un modo casi mágico.

—¿Y si hubiera llegado en una lancha? —propuso el Inspector, pedestre—. Un barco más grande podría esperarlo más afuera. Un barco... o un submarino.

—Imposible —dijo Vane—. A una milla de la playa los arrecifes y los bajos de Punta Delgada se unen con los que salen de Cabo Lammont. Anoche estuve estudiando eso. Toda esta parte del mar es, en realidad, un gran lago. No hay cómo entrar ahí, ni aun en un bote de poco calado.

—Entonces me rindo —dijo Barbosa—. En muchas millas a la redonda no hay un hombre que responda a las características del que mató a Petersen.

—Ahí van —dijo Clara acercándose a la ventana—. Miren ustedes: Marco no abandona al pigmeo.

Miraron hacia la playa y vieron a Marco caminando junto a Publio. El enano avanzaba rápidamente, como si quisiera desasirse de Marco, pero éste no le perdía pisada. Cuando llegaron a la ventana, el Inspector los detuvo:

—¿Quieren ustedes hacerme el favor de llamar a su jefe? —Necesito hablar con él.

—Yo iré —dijo con decisión el pequeño Publio.

—Yo lo acompañaré —agregó Marco, y salió disparado junto a Publio.

El Inspector, Vane y Clara se quedaron estupefactos. Luégo Vane dijo:

—Voy a buscar inspiración junto a un vaso de cualquier cosa. —¿Me acompañan?

Salieron y bajaron a la explanada. Buscaron la misma mesa de la noche anterior y se sentaron. A los dos minutos apareció Brunelli y se detuvo frente a Vane.

—Me ha parecido que ustedes sospechan de mi ayudante Publio. Esa sospecha es incalificable.

—No la califique...

El General esbozó un gesto de impotencia, cerró los puños, contuvo una exclamación y siguió su marcha. Atrás pasaron Publio y Marco, en silencio y muy juntos. Y los diminutos ojos de Publio brillaban bajo la espesura de unas cejas tan frondosas que parecían haber crecido desde la noche anterior.

—Ya que no encontramos solución a este problema, hablemos de otros —dijo Vane, dirigiéndose al Inspector—. Usted intervino, según creo, en el caso de Azevedo.

—Así es —repuso Barbosa—. Un hombre, Ricardo Grollmann, confesó un crimen para salvar a alguien. Nunca logramos averiguar a quién encubría, pero la falsedad de la confesión se demostró después.

—Era una verdadera confesión —dijo Vane—; lo descubrimos anoche con Clara.

—No sea modesto; lo descubrió usted —cortó Clara, sin volver el rostro—. Estaba mirando con atención hacia la playa, y su perfil, en la dilusoria luz de la tarde, parecía más agudo aún e increíble.

Ante el agradecido asombro de Barbosa, Vane repitió su razonamiento de la noche anterior, mediante el cual se probaba que Grollmann era el asesino de Azevedo.

—Lo que tengo que hacer —dijo Barbosa— es comprobar si otros relojes de la colección dejaron de ser adelantados.

—Después de tres meses todos los relojes se habrán detenido, o alguien los habrá adelantado —opinó Vane.

—Es cierto. Este es un verdadero contraste en mi carrera policial...

—¿Contraste? —dijo Clara con animación—. Usted se refiere a la acepción de contratiempo, ¿no es así? No es lo mismo...

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó Barbosa, acercando su nariz de pájaro. Las cejas, habitualmente obstinadas, se le enarcaron de asombro.

—Debí haberlo pensado —terció Vane—; pero los honores serán para usted, Clara.

—¿De qué están hablando ustedes? —volvió a interrogar Barbosa, ya en tono suplicante.

—¿Cómo se le ocurrió? —preguntó Vane, sin hacer caso de Barbosa.

—Quizá por esa palabra que usted dijo anoche: la Gno... este... la Gnosis, creo —contestó Clara con humildad ficticia.

—Señor Vane: con todo el respeto que ustedes merecen, me veo obligado a sugerir que las bromas combinadas para enardecer a un funcionario correcto, que dedica todos sus afanes... —empezó Barbosa en el colmo del desconcierto.

—Tranquilícese —cortó Vane—; no se trata de bromas. Sencillamente, cuando estábamos hablando del caso Azevedo, volvimos al caso Petersen.

Eso es todo. Y creo que gracias a Clara van Demselaar esta noche usted podrá detener al asesino del gigante.

—Entonces, ¿quién es el asesino?

—No lo sabemos. Sólo sabemos quién no es el asesino.

—Espero comprenderlos a ustedes mejor dentro de un rato —terminó Barbosa alejándose ofuscado.

Un viento destemplado empezó a soplar desde la playa y Clara estornudó. Hubo un instante de silencio y luégo Clara estornudó nuevamente.

—¡Qué nariz más incómoda! —dijo, sacando un minúsculo pañuelo.

—Nunca he pensado en la comodidad de las narices —repuso Vane—, pero sé que la suya es audaz y define su carácter. Desde que llegué aquí he estado pensando decirle algo que usted me sugiere, pero me contienen algunas cosas inútiles y terribles: las guerras, las distancias, la misión que debo cumplir, el viaje que inicio mañana...

Clara no contestó. Miró de frente a Vane y ninguna sombra empañó el metal impasible de sus ojos. Luégo dijo con lentitud:

—¿Qué solución le damos a Barbosa?

—Es fácil: todo depende de un detalle que observaré luégo. Vamos a citar a todos en la oficina de Barbosa para dentro de media hora.

A la hora fijada estaban en el despacho de Barbosa, Jorge Vane, Clara, el General Brunelli, Publio, Marco y Tito. Las ventanas abiertas dejaban pasar una brisa cada vez más fría. Algunas nubes de tormenta se acercaban a la luna. Poco a poco, el cielo de esa noche se iba pareciendo al de la noche anterior. La luz del faro empezó a iluminar el espigón.

—Señores —dijo Vane, ofreciendo cigarrillos a izquierda y derecha: éste parecía ser un asunto sin pies ni cabeza, pero me he convencido de que anoche hubo, de ambas cosas, la cantidad necesaria: pies para llegar al espigón y cabeza para aprovechar una coartada excelente.

—El diminuto Publio enrojeció, y los ojos casi se le perdieron en la maraña de las cejas.

—¿Usted no insinúa que mi investidura está comprometida en este asunto, no es así? —inquirió el General con pomposa lentitud.

—No —repuso Vane—. El crimen se cometió, por decirlo así, a sus espaldas. Como yo lo adelanté al Comisario Barbosa, anoche pasó por aquí un convoy de sesenta barcos. Ayer, por la línea del ferrocarril de Magnolia y Noroeste, llegó del Sur un hombre con instrucciones para comunicar la noticia a los submarinos que operan al norte del Cabo Lammont. La señal era una interrupción en la luz del faro. Pero ese hombre debió partir antes de la noche, debido a una nueva misión, más urgente, que se le encargó por telégrafo. Entonces decidió confiar el asunto a otra persona: el enano que todos vimos en el espigón.

Los ojos de Publio ardieron como dos brasas diminutas. Hizo un gesto hacia Vane, pero Brunelli lo contuvo con la mano. El General se adelantó hacia el joven y dijo:

—Esta expectativa es enervante. Dígame usted si es posible que Pu-

blio estuviera al mismo tiempo conmigo y matando a Petersen.

—Sólo en un sentido visual —repuso el joven—. Y nuestra excursión a Liliput fue decepcionante. Aquí hubo una peregrina coartada, basada en una ley de la perspectiva. Hace un tiempo, en este mismo lugar, se produjo un crimen, y la coartada resultó un asunto de tiempo: anoche fue cuestión de espacio. Petersen medía exactamente dos metros con tres centímetros. A su lado, y a cien metros de distancia, bajo la luz de la luna y contra el resplandor del faro, cualquier hombre de estatura normal resulta enano. Cuando el pescador Bautista formuló en una frase la ilusión colectiva, todos nosotros lo seguimos en el error, sin detenernos a analizar los hechos. Pero el asesino era un aficionado y perdió finalmente los estribos: se dedicó a exagerar la coartada, a parecer más alto de lo que es, a caminar todo el tiempo al lado de...

En ese instante, todos notaron que alguien había salido sigilosamente; la puerta quedó abierta y una corriente de aire dispersó los papeles de la mesa; Vane y Clara miraron hacia la explanada y vieron a Marco que corría por la playa.

—Esto compromete mi honor: nosotros no somos espías —dijo Brunelli conmovido. Haré castigar al culpable.

—Creo que no es necesario —repuso Vane.

Marco se había detenido; en su mano brilló un revólver y, un segundo después, sonó un disparo; su cuerpo, al desplomarse, se convirtió en un punto negro en la playa mágica.

—Ahora tiene la estatura de la muerte —dijo Clara mirando a Vane con ojos inexpresivos.

—No —repuso éste—; ahora ha logrado una estatura de hombre.

"El 7 continuó Barreiro su marcha, y apenas se cercioró de ello Bolivar, que en persona hacía un reconocimiento de la dirección que llevaba, dio orden a su ejército de marchar hacia donde el enemigo se dirigía, con intención de interponerse entre éste y Santa Fè... La artillería, municiones, armas, banderas, caballos, cajas y bagajes quedaron en poder del vencedor. Bolivar, en persona persiguió a los fugitivos hasta Ventaquemada, donde pasó aquella noche".

DANIEL F. O'LEARY

NUEVOS COLABORADORES

Eduardo Torres Quintero. — Abogado, escritor y literato, laureado en los juegos florales de 1919, colaborador en varias revistas y publicaciones en el país, especialmente de carácter histórico y literario. Ha sido profesor de Literatura e Historia en los Colegios Ortiz y Boyacá, de Tunja; Director de Educación del Distrito Especial de Bogotá, donde desarrolló una vasta campaña en pro de la educación de las clases medias; Interventor Nacional de Precios de Boyacá y Contralor del mismo Departamento. Es miembro del Centro de Historia de Tunja.

Hermano Justo Ramón. — Conocido autor didáctico, especializado en Geografía e Historia. Sus manuales son adoptados en muchos colegios del país. Pocos como él han contribuido al adecuado conocimiento de la Geografía en las aulas escolares. Es miembro de la Sociedad Geográfica de Colombia, correspondiente de la Real de Madrid, de la Academia Colombiana de Historia y de algunas seccionales.

Norberto Solano Lozano. — Educador de amplias ejecutorias, y muy conocido en todo el país. Autor de obras didácticas de gran sentido práctico y utilidad para profesores y alumnos. Hizo estudios de especialización en la Universidad de Chile y participó como representante de Colombia en el Seminario de Educación para la América Latina, realizado en Caracas, bajo los auspicios de la UNESCO y la Unión Panamericana. Profesor de Escuelas Normales, escritor y funcionario prominente del Ministerio de Educación Nacional, se destacó por su eficiente labor frente al Departamento de Educación Técnica. Su influencia como pedagogo cubre todo el territorio nacional.

Manuel José Forero. — Actualmente Presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia; miembro de la Sociedad Bolivariana de Colombia, de la Academia Colombiana de Historia, correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid y de la Asociación Latino Americana de Sociología de Buenos Aires; profesor titular de Sociología e Historia en la Pontificia Universidad Javeriana y en la Universidad de los Andes, de Bogotá. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Adelantó sus estudios en el Colegio de San Bartolomé y en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Desempeñó en años pasados los cargos de Abogado Consultor del Gobierno Nacional y Jefe de Clasificación de la Biblioteca Nacional.

Martha Traba. — Escritora, poetisa y ensayista argentina, de amplia trayectoria literaria en Roma y en París, donde realizó estudios de Historia del Arte con el profesor Leionello Venturi, y de altos estudios en la Sorbona (École du Louvre), con el profesor Francostel. Profesora de Historia del Arte de la Universidad de Buenos Aires; cofundadora de **Ver Pistiman**, cuadernos de Crítica del Arte de Buenos Aires; autora del libro **Historia natural de la alegría**, una de sus mejores producciones poéticas. Se destacan también sus poesías **Laurel para una tierra**. Actualmente presenta en la Televisora Nacional de Colombia los programas de Arte Moderno y curso de la Historia del Arte.

Luis María Murillo Quinche. — Científico, ensayista y literato, autor de varias composiciones poéticas y estudios científicos, especialmente relacionados con los distintos temas biológicos del país, investigador de las plagas que afectan los cultivos en Colombia, particularmente destacados sobre la acción del gusano rosado en las plantaciones del algodón. Miembro honorario de la Sociedad Entomológica de Bélgica, de número de la Sociedad Geográfica de Colombia, Subsecretario y miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias. Ha representado al país en varias conferencias internacionales, ha sido distinguido por varias entidades nacionales y extranjeras, y es actualmente Secretario del Instituto de Estudios Superiores de la Universidad Nacional y Director del Servicio de Entomología Económica Nacional, posición que ocupa desde el año de 1927.

Subteniente **Alfonso Castro Rueda.** — Cursó estudios de bachillerato en el Colegio "García Rovira", de Málaga, y "Universitario", del Socorro. En comisión de estudios visitó a los Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico, Brasil y Jamaica. Ascendido por Decreto 2858 del 2 de octubre de 1952 al grado de Subteniente, presta actualmente servicios en la "División Bogotá".

Subteniente **Alfonso Gómez García.** — En el Instituto de La Salle y Seminario Conciliar de Tunja terminó estudios de bachillerato. Por invitación de la Armada Nacional y seleccionado por la Dirección de la "Escuela General Santander", participó en el crucero que efectuó la fragata "Almirante Padilla" por algunos países de Centro América. Ascendido a Subteniente por Decreto 0458 del 1º de marzo del presente año. Distinguido con la condecoración "Estrella de la Policía", en el grado de Compañero, por haber obtenido el primer puesto en la promoción "Miguel Antonio Caro".

INFORMACION
INTERNA

Como todos los años, el pasado 16 de julio las Fuerzas Armadas de Colombia rindieron piadoso homenaje de fe y devoción a la VIRGEN DEL CARMEN, su Patrona consagrada. Al hacerla objeto de fervientes plegarias, todos sus hijos la convirtieron, con veneración, en depositaria solícita de sus más íntimas esperanzas.

Condecoraciones.

Con motivo de cumplirse el segundo aniversario del Gobierno de las Fuerzas Armadas, el General Jefe Supremo Gustavo Rojas Pinilla, Presidente de Colombia, impuso la condecoración de la Orden Militar "Trece de Junio", en la categoría de Gran Oficial, al Brigadier General Deogracias Fonseca E., actual Comandante de las Fuerzas de Policía de Colombia, en imponente ceremonia que tuvo lugar en el Palacio de San Carlos; el Primer Mandatario condecoró con la misma Orden a un selecto número de altos colaboradores de su Gobierno y a destacadas personalidades del país.

Igualmente un grupo de Oficiales, Suboficiales y Agentes de las Fuerzas de Policía fue condecorado con la Orden Militar "Trece de Junio", otorgada por el Gobierno de las Fuerzas Armadas en reconocimiento a su colaboración en los programas del actual Gobierno y por sus méritos en las comisiones cumplidas para el restablecimiento del orden público en las zonas afectadas por los brotes de bandolerismo.

Publicamos a continuación la lista de los condecorados, de acuerdo con la categoría de la Orden:

En el Grado de Caballero:

Tenientes: Pedro Nel Muñoz León.
Enrique González Sánchez.
Guillermo Cuadros Corredor.
Subteniente: Carlos Ramírez Fernández.

En el Grado de Compañero:

Sargentos Primeros: Rafael Triviño Carvajal.
Sinforoso Gelves Galvis.
Sargentos Segundos: Ramón Osorio Mesa.
Alfonso Barragán.
Distinguidos: Absalón Burbano Erazo.
Eliécer Aguilera Peña.
Manuel Guerrero Mora.
Saúl Hernando González.
Agentes: Hugo Hernán Carrera Castro.
Alfonso Ramírez.
Alfonso Jiménez Sánchez.
Santiago Castro Niño.
Israel Apache Pérez.
Manuel Almeciga Cubillos.
José Ernesto Duarte.
Rodulfo Moreno.
Alcides Morales Ayala.

Homenaje.

En los salones del Comando de las Fuerzas de Policía se llevó a cabo el sábado 2 de julio un especial homenaje al señor Teniente Coronel Arturo García Patiño con motivo de su retiro de las Fuerzas de Policía.

Presidido por el señor Brigadier General Deogracias Fonseca y por altos Oficiales de las Fuerzas Armadas, el Teniente Coronel Félix M. Vera V., Jefe del S-4 del Cuartel General, en elocuentes palabras ofreció el acto en representación de los Oficiales, Suboficiales y personal civil, haciendo un alto elogio del Teniente Coronel García Patiño, quien en sentidas frases agradeció el agasajo.

Homenaje a Benjamín Jiménez.

El famoso ciclista conocido en el país como "El Sargento Jiménez", quien participó con especial éxito en la V Vuelta a Colombia, ganador de la Vuelta a Cundinamarca como representante de las Fuerzas de Policía, fue objeto de un significativo homenaje en la Escuela "Gonzalo Jiménez de Quesada". En el acto que presidió el señor Brigadier General Deogracias Fonseca, Comandante de las Fuerzas de Policía, y otros altos Oficiales, fue leída la Resolución de su ascenso a Alférez.

El compañero de armas Alférez Jaime Arroyave Rendón ofreció el homenaje con las siguientes palabras:

"...Siento verdadero placer al ver que las Fuerzas de Policía, dignamente aquí representadas por sus más altas autoridades, reconocen públicamente la importancia del deporte, lo apoyan, lo mandan, lo estimulan con trofeos y premios.

"...La educación física en todas sus manifestaciones es un medio útil y eficaz para llegar a la educación intelectual y moral, para hacer disciplina, para imponer el orden y esperar, como consecuencia lógica, la paz, el bienestar social y el progreso.

"...Colombia entera necesita de una juventud fuerte, física y moralmente, para que pueda resistir todos los embates de la barbarie de los enemigos internos y externos. En cuerpos enclenques no hay almas robustas; en la podredumbre no puede habitar el espíritu; para que haya una alma sana, noble e idealista se necesita, como receptáculo, un cuerpo sano. Las cumbres de la ciencia, de la virtud y del patriotismo no las pueden mirar sino los valientes, los que se proponen una meta y los que escalan o mueren en el ascenso.

"...Reciba Benjamín Jiménez la voz de aliento para que siga cosechando triunfos; lo felicitamos por su valor y pedimos respetuosamente a las altas autoridades de la Policía que continúen apoyando el deporte, y así nuevas unidades emprendan con decisión, confianza y coraje el camino de la gloria..."

Benjamín Jiménez agradeció:

"...El acto que hoy celebráis en honor de este modesto ciclista me llega al corazón, y mis cortas palabras no pueden ser sino de agradecimiento para todos. Vosotros mis superiores, además de auspiciadores, sois educadores, directores del sacrificio y del esfuerzo. Sin vuestro apoyo moral y material y sin la palabra animosa de vuestra autoridad, no hubiera tenido el honor de representar a las Fuerzas de Policía por los duros caminos de la Patria y por los difíciles de Puerto Rico y México.

"... Quise, con toda mi alma, poner muy en alto la representación que llevaba; quise hacerme digno de la confianza que todos vosotros habíais depositado en mí; quise representaros con honor.

"...Agradezco profundamente a mi General Deogracias Fonseca y demás autoridades, su ayuda moral y económica.

"...Mil gracias al Alférez Arroyave, quien siempre ha tenido para mí palabras de amistad sincera, y ha sido un colaborador infatigable en todas las faenas del deporte..."

Misión Militar

Los distinguidos Oficiales Mayor Bernardo Camacho Leyva y Teniente Rafael Gelves Estebanz fueron designados en representación de las Fuerzas de Policía en la Misión Militar de Colombia que viajó a la hermana República de Venezuela, para corresponder a la visita que hace poco realizó a Colombia una misión de destacados Oficiales venezolanos.

Curso de Perfeccionamiento para Suboficiales.

Un grupo de Suboficiales pertenecientes a las diversas Divisiones de las Fuerzas de Policía ha sido llamado a curso de perfeccionamiento en la Escuela de Policía "Gonzalo Jiménez de Quesada". Los suboficiales que adelantan los estudios en el mencionado plantel y las Divisiones de origen son:

División "Bogotá"

1ª Estación: Compañía de "Gaseadores". Sargento 2º Hurtado Inocencio Marco Antonio.
2ª Estación: Sargento 2º López Daza Onofre.
3ª Estación: Sargento 2º Correa Correa Pedro Augusto.
4ª Estación: Sargento 2º Barrios Mesa José María.
5ª Estación: Sargento 2º Layton Luquerna José Euclides.
6ª Estación: Sargento 2º Forero Duarte Marco Eliécer.

División "Servicios Especiales"

Sargento 2º Avendaño Víctor Julio, de Comisión "Orden Público", Tuluá (Valle).

Sargentos 2os. Chicué Sáenz Ildefonso y Quesada Fajardo José Rafael, de la Sección "Meta".

Sargento 2º Romero Romero Ricaurte, de la Subsección "Agua de Dios".

Sargento 2º Garzón José Guillermo, de la Sección "Relevos".

Sargento 2º Ladino Moreno Carlos Alfonso, de la Subsección "Contratación".

Sargento 2º Pérez Pérez Luis Modesto, de la Sección "Amazonas".

División "Nariño"

Sargentos Segundos Aux Guerrero Carlos Rosalino, Orozco Baltasar Julio Benjamín y Villamarín Viteri Segundo Diógenes.

División "Huila"

Sargentos Segundos Hernández Buitrago Víctor Manuel y López Espinosa Luis Alejandro.

División "Boyacá"

Sargentos Segundos Gallo Gómez Luis Manuel, Rojas Morales Campo Elías y Torres Gómez Felipe Arturo.

"División Valle"

Sargentos Segundos Bello Marco Emilio, Sanmartín López Carlos, Mayor Luis Alfonso, Marín Gallego Gilberto Antonio, Franco Rodríguez Aldemar y Hernández Luis Angel.

División "Caldas"

Sargentos Segundos Arroyave García Silverio, González Armando, Ramírez Bohórquez Raúl Elías y Linares Linares Elpidio.

División "Santander del Sur"

Sargentos Segundos Poveda Suárez Salvador, Marín Murcia Ciro, Herreño Ruiz Cipriano, Jerez Bermúdez Ernesto, Rincón Torrado Nicolás, Lizarazo José Olimpo y Castellanos Peña Luis Martín.

División "Bolívar"

Sargentos Segundos Plazas Serrano Zacarías y Guarín Víctor Manuel.

División "Magdalena"

Sargentos Segundos Navarro Orozco José María, Toro Zafra Bernardo, Castro Sánchez Francisco y Sarmiento Puertas Enrique.

División "Antioquia"

Sargentos Segundos Castrillón Cadavid Manuel y Cardozo Reyes Simeón.

DESTINACION

El Teniente Coronel Guillermo Quintero Cañizares, distinguido miembro del Ejército Nacional, ha sido destinado por el Ministerio de Guerra en comisión en las Fuerzas de Policía, cuyo comando, a su vez, lo ha designado en la Jefatura de la División Cundinamarca. Las Fuerzas de Policía presentan su atento saludo al destacado militar y le ofrecen toda su colaboración para el mejor éxito en sus funciones en el importante cargo que ha sido puesto a su cuidado.

Comisión de Estudios.

El Ministerio de Guerra destinó en comisión de estudios a la Escuela de "USARCARIB", en la Zona del Canal de Panamá, en especialización de los cursos de Comunicaciones, Policía Militar, Vehículos de Ruedas, Mantenimiento de Radio y Radiooperadores, al siguiente personal de las Fuerzas de Policía:

CURSO NUMERO 7 — COMUNICACIONES

Subteniente *Almeida Serrano José Raúl.*
Subteniente *Castillo Amaya Luis Eduardo.*

CURSO NUMERO 20 — POLICIA MILITAR

Alférez *Porras Abril Segundo Arsenio.*
Alférez *Castro Ortiz Luis Alfonso.*
Sargento 1º *Bello Castillo Medardo.*

CURSO NUMERO 3 — VEHICULOS DE RUEDAS

Sargento 1º *Santa Rocha Luis Alberto.*
Sargento 1º *Acosta Delgado José del Carmen.*
Sargento 2º *Reyes Bonilla Francisco Javier.*

CURSO NUMERO 8 — MANTENIMIENTO DE RADIO

Alférez	*Jáuregui Leoncio Alberto.*
Sargento 1º	*Amaya Buitrago Luis Alfredo.*
Sargento 1º	*Goyeneche Niño Héctor Wenceslao.*
Sargento 2º	*Ortiz Valencia José Aníbal.*
Agente	*Mejía Triana Siervo Antonio.*
Agente	*Solórzano Ibo.*
Agente	*Delgado Uribe Jesús.*
Agente	*Suárez Suárez José L.*
Agente	*Ramírez López José L.*
Distinguido	*Archila Pedro Jesús.*

CURSO NUMERO 26 — RADIOOPERACIONES

Distinguido	*Franco Murcia Luis Alfredo.*
Distinguido	*Rodríguez Linares Rafael.*
Distinguido	*Rosas Riaño Justo F.*
Distinguido	*Pirabán Parra Carlos M.*

ESTACION DE SERVICIO

El lunes 11 de julio del año en curso inició labores la Estación de Servicio Nº 2 de las Fuerzas de Policía, la más moderna en su género, destinada al mantenimiento de todos los vehículos asignados al servicio permanente de los Comandos y Reparticiones de Bogotá.

La inauguración de este nuevo servicio se llevó a cabo el viernes 8 de julio pasado con una recepción ofrecida por el señor Teniente Coronel Jefe del S-4, del Cuartel General, acto en el cual el Reverendo Padre Daniel Hernández entronizó la imagen del Sagrado Corazón en los salones de la Administración.

Deportes

Es muy alentador el impulso que en los últimos tiempos han tomado los deportes dentro de las Fuerzas de Policía, cuyo personal ha participado con notorio éxito en diversos eventos en las Olimpíadas Militares de la Primera Brigada, celebradas en la ciudad de Tunja recientemente y en las que la División de Policía "Boyacá" ocupó el primer lugar. La puntuación general de estas competencias fue la siguiente:

1º	Policía	293 puntos
2º	Bárbula	166 puntos
3º	Bolívar	164 puntos
4º	Tarqui	74 puntos
5º	Sucre	33 puntos

Entre las pruebas deportivas incluídas en el programa figuraron: volibol, fútbol, basquet, tennis, ping pong, levantamiento de pesas, lucha olímpica, boxeo, ciclismo, atletismo, salto de altura, salto largo, salto de garrocha, lanzamiento de bala, jabalina, disco, penthatlon y marathon. El desarrollo de estas competencias fue seguido con mucho interés por toda la ciudadanía de la capital boyacense, habiendo sido objeto de muchos elogios la actuación destacada de quienes participaron en representación de las Fuerzas de Policía.

Uno de los deportes en que más brillantemente se ha destacado el personal representativo de las Fuerzas

de Policía ha sido el ciclismo. Entre ellos se encuentra Benjamín Jiménez, subcampeón de ruta de los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos que se cumplieron en la Ciudad de Méjico. Jiménez ganó recientemente la doble a Sopó, realizando el recorrido en un tiempo de dos horas, 50 minutos, 10 segundos; también fue ganador de la Vuelta a Cundinamarca, en que se impuso sobre 35 de los mejores pedalistas, entre quienes figuraban Efraín Forero Triviño, Luis A. Huertas, Octavio Olarte y Antonio Isaza. Demostró de este modo sus excelentes condiciones y su gran empuje de pedalista.

En la Vuelta a Colombia, aunque no se contabilizaron con rigurosa exactitud, se calcula que Jiménez sufrió más de un centenar de pinchazos, lo cual no le permitió ocupar una mejor posición, habiendo logrado, sin embargo, llegar en segundo lugar en la etapa a Medellín. El "Ciclón" de la Policía, por esta causa, defraudó las esperanzas de sus numerosos admiradores.

Al señalar esta deficiente participación, atribuída a la mala suerte, debemos recordar que en México, en una carrera de 175 kilómetros, Ramón Hoyos y Benjamín Jiménez se esforzaron muy cumplidamente para traer este triunfo a Colombia. No ha perdido Jiménez, como buen deportista, la sencillez juvenil, ni el entusiasmo por los deportes, a pesar de sus triunfos en Colombia y en el exterior, y le veremos en lo sucesivo, no hay duda, empeñado en seguir triunfando.

Vale la pena recordar la puntuación de la carrera de México, en que la victoria fue de los colombianos:

1º Ramón Hoyos, 4 horas, 33 minutos, 33 segundos.

2º Benjamín Jiménez, 4 horas, 33 minutos, 35 segundos.

3º Alberto Velásquez (Uruguay), 4 horas, 35 minutos, 03 segundos.

Como se recordará, esta competencia constó de 25 vueltas al monumental velódromo de México.

En lo que se relaciona con atletismo, también tenemos dentro de las Fuerzas de Policía notables representantes, entre otros Manuel A. Cabrera. Este muchacho coronó con éxito el Cross Country organizado por *El Espectador*, quedando como ganador absoluto, y consagrándose como una de las más positivas promesas como fondista. Cabrera fue ganador de la Vuelta al Parque y de la Marathon Urbana, y el primero de mayo venció a 200 atletas, con un tiempo de 9 minutos, 14 segundos y 2 décimas.

Han sido muy merecidos los elogios que ha rendido la prensa en sus páginas deportivas a Manuel Cabrera, muchacho que se esfuerza constantemente por mejorarse. Va para él nuestra voz de estímulo y aplauso.

Una de las cosas para que el deporte siga obteniendo en las Fuerzas de Policía afortunados cultivadores, ha sido el estadio "Roberto Torres Quintero", de cuya inauguración dimos cuenta en ocasiones pasadas, y que ha venido sirviendo constantemente para la realización de diversas competencias.

El deporte es uno de los mejores elementos para cooperar en la educación física y mental de las Fuerzas de Policía, y los dirigentes de la Institución se preocupan por hacer de esta actividad un ejercicio permanente para sus miembros

Notas necrológicas

La Revista FUERZAS DE POLICÍA DE COLOMBIA presenta su condolencia por la muerte del distinguido miembro Teniente Pedro Nel Muñoz León, fallecido en la ciudad de Popayán. Por su valor, lealtad y sentido de la responsabilidad profesional, fue distinguido poco antes de su muerte con la Orden Militar "Trece de Junio", en el grado de Caballero.

Otros dos miembros de las Fuerzas de Policía, el Sargento Segundo Luis Oliverio Rodríguez Tirano y el Agente Edilberto Rivera Moreno, aumentan la lista de elementos de las Fuerzas Armadas sacrificados en aras de la tranquilidad y la paz de Colombia. Perdieron la vida a manos de los bandoleros en las regiones del Tolima durante una acción registrada el 6 de junio próximo pasado en la vereda de Ventorrillos.

SEÑORES MIEMBROS DE LA POLICIA:

Esta Revista, que periódicamente llega a vuestras manos, merece, necesita y demanda vuestro interés y vuestro cariño.

De muchas y de muy grandes cosas es digna nuestra Institución, para negarle el orgullo de presentar un órgano de divulgación de sus doctrinas, de sus inquietudes y de sus gestiones de servicio, que alcance el nivel de su prestancia y que pueda emular con las publicaciones de su género que hacen circular los Cuerpos de Policía en las naciones hermanas.

¿Su importancia?

Es indiscutible y no necesita ponderación ni análisis, pero se basa en vuestro personal interés. Sin éste, ¿qué efecto productivo pueden tener para la preparación profesional, para el provecho intelectual y para la práctica del ejercicio público, y cuál para el beneficio directo de cada Unidad, las doctrinas y los temas que para vuestra meditación o aplicación contiene?

La rectificación de una doctrina impugnable es tan provechosa para el bien general, como su aplicación por conveniente. Por tanto, vuestro criterio expresado en este sentido será una de las maneras de favorecer nuestro común empeño de magnificar esta publicación.

¿El valor de su contenido?

Es factor de éxito que estimula nuestra preocupación, pero, a la vez, es campo que espera de vosotros la buena voluntad que debéis poner para colocar en él la simiente fecunda de las ideas, de los conocimientos y de las preferencias que tengáis por cualquier ramo del saber.

Esta Revista es de la Policía y es para la Policía: por lo primero, debéis disponer de sus columnas; por lo segundo, os obliga a deducir provecho y a nutrirla.

Señores Oficiales, conductores, educadores y miembros directivos poseedores de las más altas prerrogativas: llenad estas páginas con las experiencias que os han ilustrado, con la capacidad creadora de que gozáis, y como realización de tan singulares misiones.

Suboficiales, pilares en los que reposan la armonía y el éxito de las actividades profesionales e internas de la Institución: consignad vuestras ideas en estas páginas y, apoyados en ellas, cumplid el deber de dignificar vuestra categoría.

Agentes, severos y sufridos adalides de la seguridad, del orden y del derecho: vosotros que estáis al servicio del bien común en todos los rincones de la Patria: haced presentes en estas páginas vuestros pensamientos. La sencillez de la forma será manifestación pura de nobles sentimientos, y éstos sólo son atributo de las almas grandes, fuertes y virtuosas.

Miembros civiles, servidores leales que entregáis para el servicio y beneficio de nuestra cara Institución la acción y el valor de la ciencia, de los conocimientos técnicos y especiales y de los desempeños útiles en cotidiana colaboración: derramad en estas páginas el venero de vuestro saber, de vuestras inquietudes mentales, así como el provecho y los efectos de las labores, de los oficios y funciones que desempeñáis.

Para todos vosotros se abren estas páginas que esperan generosa acogida y eficaz colaboración; a ello estáis obligados por razón de profesión y en virtud del afecto que debéis a la Institución.

¡Cumplid esta nueva y grata obligación!

no se acalore...

tome

Costeña

MAS FINA

REVISTA

FUERZAS DE POLICIA DE COLOMBIA

UNA PUBLICACION AL SERVICIO DE LA INSTITUCION

Para canjes, suscripciones y pedidos, diríjase a la calle 9a. No. 9-27, teléfono 11-501 extensión 341 de Bogotá, D. E.

Las colaboraciones son solicitadas y la responsabilidad de los escritos pertenece exclusivamente a los autores.

CONTENIDO:

SECCIÓN EDITORIAL

Planificación orgánica de las Fuerzas de Policía, por el Coronel Guillermo Padilla M. 1

NUESTROS COLABORADORES

Sobre los territorios del heroísmo, por Eduardo Torres Quintero 7
José Acevedo y Gómez y el 20 de julio de 1810, por Manuel José Forero 29
Dos héroes, por Norberto Solano Lozano 33
De un estudio sobre Goethe, por Rafael Maya 38
Timbiquí que mira al mar, por Felipe Antonio Molina 43
Bolívar, poeta, por José María Samper 46
Estrella geográfica, por el Hermano Justo Ramón 51
De la moral, por Luis María Murillo 58

ARTE

Ensayo de definición de un estilo, por Martha Traba 63

SECCIÓN ILUSTRATIVA

La influencia de lo geográfico sobre la personalidad del delincuente, por Marco Antonio Fonseca T. 73
La afectividad, por Jesús A. Ramírez Suárez 82

EL ARTE DE MANDAR

Los procedimientos del mando, por Andrés Gavet 91

SECCIÓN DEL SUBOFICIAL

Una carta a García, por Elbert Hubbard 101
Un decálogo, por el Sargento Lorenzo Pablos 106

TÉCNICA Y CIENCIA

Introducción a la Sociología Rural, por Jorge Cárdenas García 111
Algunos aspectos de la falsificación y estafa por billetes de banco, por José María Garavito B. 117
Identificación de piedras preciosas, por Luis Sandoval S. 123

SECCIÓN DEL AGENTE

Observación policial y filiación de las personas, por el Subteniente Alfonso Castro Rueda 127
El Agente en la Circulación y Tránsito, por el Subteniente Alfonso Gómez G. 129
Instrucción básica, "Guía Práctica del Agente" 131

EL CUENTO POLICIAL

La playa mágica, por Manuel Peyrou 135
Nuevos colaboradores 145

INFORMACIÓN INTERNA

Condecoraciones 151
Homenajes 153
Misión Militar 154
Curso de Perfeccionamiento para Oficiales 154
Comisión de estudios 156
Deportes 157
Notas necrológicas 160

Portada: General José Antonio Anzoátegui y Coronel Juan José Rondón.
Contraportada: Monumento al Libertador en el Campo de Boyacá.
Contraportada interior: Obelisco a la memoria de los Libertadores, levantado en el Puente de Boyacá.
Fotos: Tito. — *Ilustró:* P. J. Pinilla Jiménez.